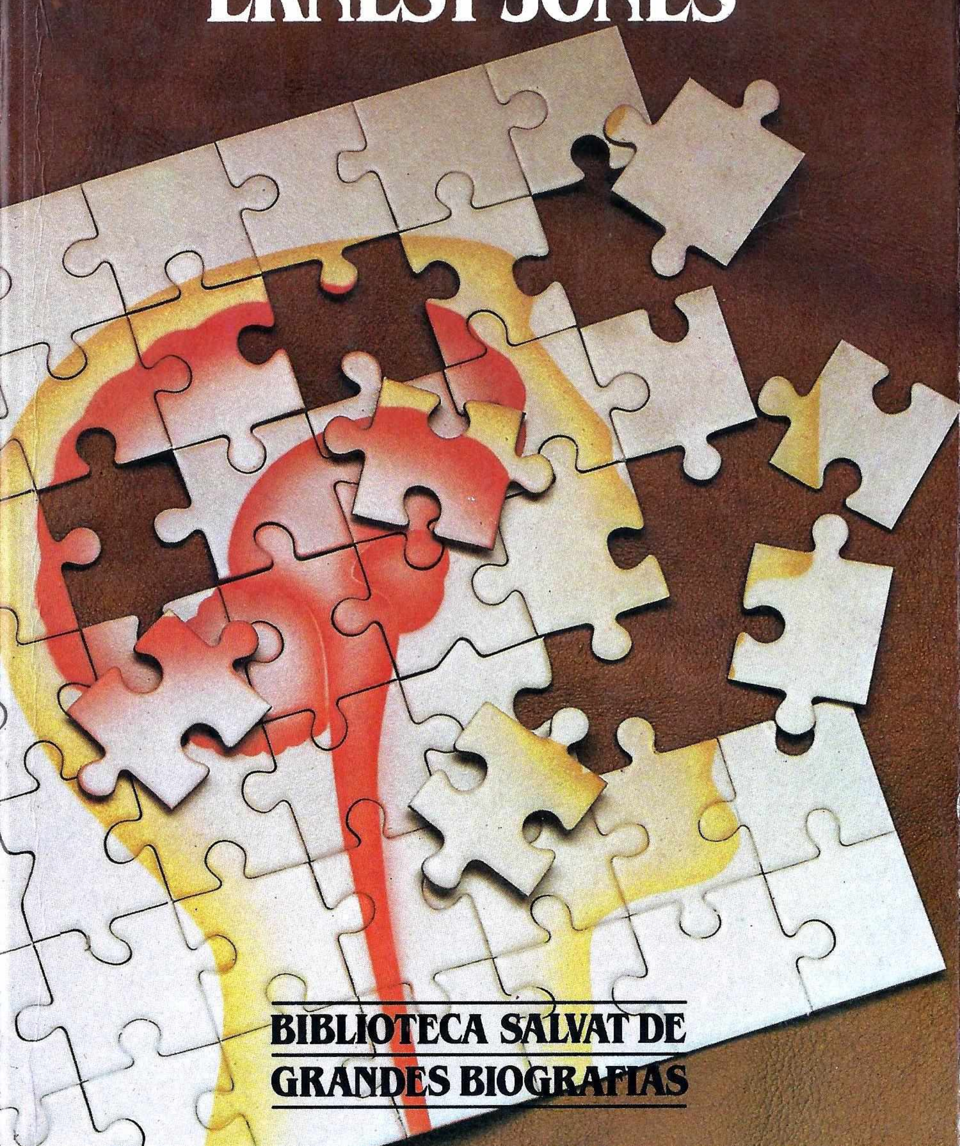
FREUD (1)

ERNEST JONES



BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS



FREUD

(Volumen primero)

BIBLIOTECA SALVAT DE
GRANDES BIOGRAFIAS

FREUD

(Volumen primero)

ERNEST JONES

Prólogo

C. CASTILLA DEL PINO

Introducción

LIONEL TRILLING

SALVAT

Versión española de la obra original inglesa: *The Life and Work of Sigmund Freud*, publicada por Basic Books Publishing Co., Inc.

Traducción del inglés a cargo del Dr. Mario Carlisky
y José Cano Tembleque.

Edición abreviada en dos volúmenes a cargo de Lionel Trilling
y Steven Marcus.

Las ilustraciones proceden del Archivo Salvat

ISBN: 84-345-8145-0 (obra completa)
ISBN: 84-345-8157-4
Depósito legal: NA-1048-1984 (I)
Publicado por Salvat Editores, S.A., Mallorca, 41-49 - Barcelona.
Impreso por Gráficas Estella. Estella (Navarra), 1985.
Printed in Spain

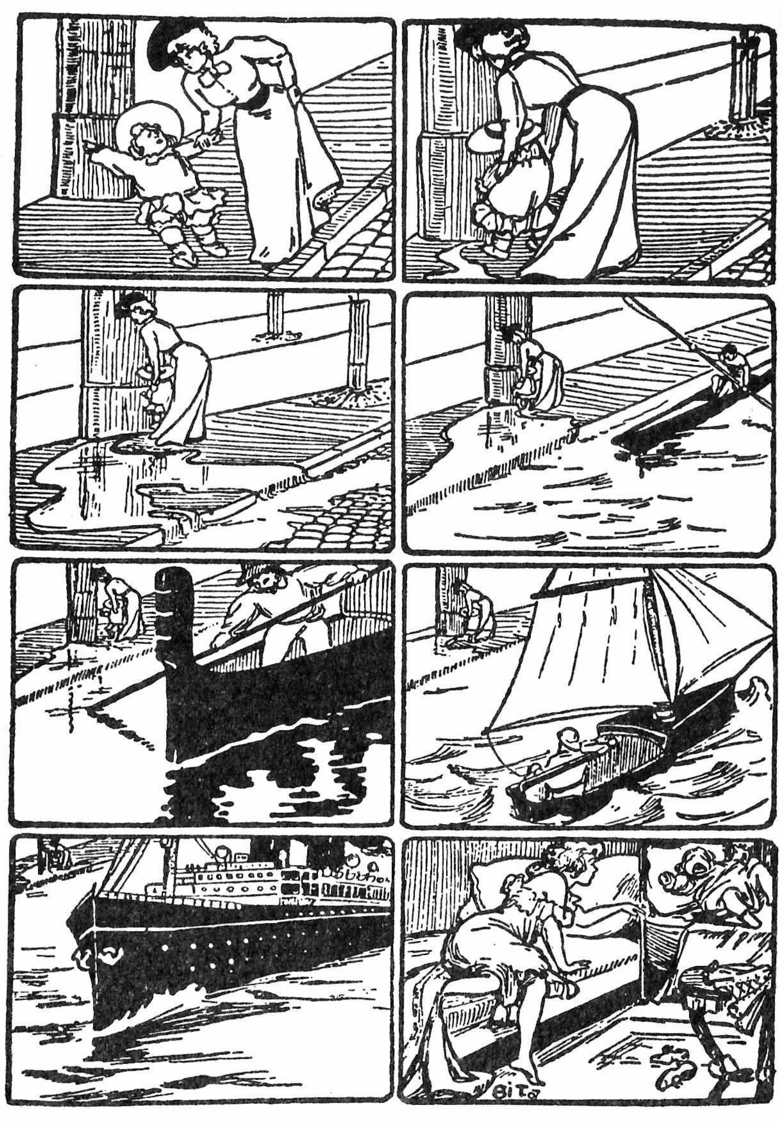
Indice



Sigmund Freud (1856-1939)

Sigmund Freud nació en la ciudad austríaca de Friburgo en 1856. Inició sus estudios de medicina en la Universidad de Viena en 1873, y en esa ciudad realizó la mayor parte de sus investigaciones sobre los fenómenos psicopatológicos, que le condujeron al descubrimiento del inconsciente y a la formulación de la teoría del psicoanálisis, en torno a la cual fundó la sociedad psicoanalítica de Viena. Contrajo matrimonio con Martha Bernays y tuvo seis hijos, entre ellos su hija Anna, también destacada psicoanalista. Durante bastante tiempo se vio aislado y fue duramente criticado por gran parte del ámbito médico, debido a las afirmaciones contenidas en su libro *Introducción al psicoanálisis* y a su descubrimiento de la sexualidad infantil. La importancia que Freud concedía a este último tema le llevó incluso a romper su relación con J. Breuer, médico vienés con quien había colaborado durante muchos años. Sin embargo, la ideas freudianas fueron poco a poco venciendo resistencias y alrededor de su creador se reunió un grupo de discípulos, algunos de los cuales, como Adler y Jung, tras romper con su maestro, prosiguieron sus investigaciones y fundaron sus propias escuelas. Freud se distinguió siempre por una gran sinceridad intelectual y, si bien defendió sus concepciones con vigor, también supo rectificar sus propias ideas. Fue un trabajador infatigable y un ameno y prolífico escritor. Le fue concedido el premio Goethe en 1930. En 1938, durante la persecución nazi, consiguió salir de Austria e instalarse en Londres, ciudad en la que murió al año siguiente.

◀ *Retrato de Sigmund Freud.*



Cómic reproducido del libro de Freud La interpretación de los sueños. *Empieza narrando el sueño de la nurse: el niño pide hacer pipí, lo consigue, y el chorrito de orina se convierte en manantial que no cesa, en riachuelo, más tarde en río y finalmente en mar. Al final la nurse es despertada por el llanto de la criatura. El sueño puede ser interpretado como un forcejeo entre una necesidad apremiante de la nurse, que quiere seguir durmiendo, y el llanto que la quiere despertar.*

Prólogo

Sigmund Freud y el psicoanálisis

por ***Carlos Castilla del Pino***

Para justipreciar la importancia de la obra de Freud —el descubrimiento de los procesos inconscientes, la construcción de la teoría psicoanalítica y el desarrollo ulterior de sus innumerables aplicaciones— hay que situarla en dos planos distintos: 1) como teoría psicológica de la conducta, o, para ser más exacto, de las motivaciones de la conducta, concretamente de las motivaciones inconscientes *de la conducta; y 2) como constitutiva del conjunto de los instrumentos intelectuales del hombre contemporáneo, válida para la interpretación del mundo en términos genéricos, junto a otros instrumentos, como pueden serlo, por ejemplo, las concepciones de la física contemporánea (cuántica, relativista, indeterminista —Planck, Einstein, Heisenberg), las de la biología, las de la lógica (Frege, Russell, Wittgenstein), las de la sociología crítica (Horkheimer, Adorno, Mitscherlich), las del marxismo, etc. El psicoanálisis, edificio prácticamente construido sólo por Freud, seguido después de desarrollos parciales de toda índole, se han intercalado entre todos estos instrumentos, cualquiera sea la serie de rectificaciones, sobre todo de carácter epistemológico, que hayan de verificarse en el futuro.*

Esta doble consideración conlleva aspectos positivos y negativos. Es evidente que la transposición de una teoría —en el sentido no de hipótesis sino de corpus teórico— desde el ámbito circunscrito de un saber, de una ciencia en el mejor de los casos, al de saber difuso como elemento de la totalidad es, quizá, una firme expresión de una suerte de éxito, cuando menos social, de esa misma teoría. Si me es posible expresarme así, diría que en este sentido la teoría, que comienza como instrumento concreto y singular en constante mostración de su validez, se estima que pasa a validarse también en el plano general, o más general, de un universo de discurso que excede de los límites del inicial en el que apareciera. Lo negativo de esta transposición estriba en que, situada ya la teoría en este plano de validación genérica, de la utilización generalizada y no bien discriminada, resbala fácilmente hacia el plano ideológico, en tanto en cuanto se acepta ya no como instrumento científico, sino como dogma, como un sistema de creencias que se barajan dogmáticamente. Esto ha ocurrido con el psicoanálisis, y no queda Freud exento de responsabilidad al respecto. En cualquier caso, este trasvase es inevitable si acaece, es el sino de las grandes concepciones teóricas, y hay que resignarse a que sea así, cualesquiera sean las protestas de los propios creadores, que tratan a duras penas de ce-

ñir su aportación al área singular en la que emergiera, y se escandalizan, aterrorizados muchas veces, de la trascendencia y plusvalía intelectuales que se le confiere... El psicoanálisis, la obra de Freud específicamente, es hoy día no sólo un instrumento intelectual de aproximación a la problemática psicológica y psiquiátrica, sino parte del sistema en que se apoya la idea del mundo que caracteriza al hombre contemporáneo, cuando menos de nuestra cultura occidental, y ello a despecho de que este mismo ignore cuánto y cuándo lo usa, cómo y para qué lo usa. La pregunta sobre el porqué de cualquiera manifestación de conducta, desde el acto en apariencia aislado, casi descontextualizado, hasta la conducta neurótica y psicótica, la creación literaria y plástica, los comportamientos globables del homo politicus o de acción, del intelectual o del místico, una forma de vida, la que quiera que sea, todo ello está sujeto a la consideración interpretativa de lo que se estima su inconsciente plurimotivación. Mediante el psicoanálisis no sólo se interpreta, en efecto, como advertía antes, una conducta tipificada, sino la vida, una vida: el psicoanálisis es, sin duda, la más plausible —aunque también, es cierto, la más sujeta al riesgo de especulación— interpretación de una biografía, el constructo biográfico más fecundo, como lo han demostrado los análisis biográficos de Edgard A. Poe, Baudelaire, Gide, etc.; mas también ha convertido la historia clínica en patografía, es decir, en biografía en la que la enfermedad es un acontecimiento coherente (Weizaecker, Siebeck, Schwarzt, entre otros).

En las páginas que siguen he de limitarme a la sola consideración del psicoanálisis en su primer aspecto, como teoría de la motivación inconsciente, o, más genéricamente, como teoría del inconsciente.

El descubrimiento básico de Freud es, en efecto, el del inconsciente como sistema constitutivo del ser humano. Ahora bien, éste no es más que una inferencia deducida de la constatación de procesos inconscientes en la constitución de los actos humanos de conducta. Este descubrimiento separa la etapa freudiana prepsicoanalítica de la analítica propiamente dicha y se expone en 1895 con la publicación de Estudios sobre la histeria. Lo que queda de definitivo ya en este trabajo preliminar es lo siguiente: debe considerarse axiomático que toda conducta tiene motivación, una o varias motivaciones, sobre todo varias, porque los actos de conducta —lo diría posteriormente al tratar de la significación de los contenidos oníricos— están sobredeterminados. Este axioma, tan obvio hoy, significa que, en contra de lo que suponía la concepción psicológica y psiquiátrica positivista vigente en el siglo XIX, no hay conductas sin sentido, por locas que éstas sean (esto por sí solo sitúa a Freud frente a cualquiera concepción fisicalista y/o biologista de la psiquiatría). De esta manera, el reto que el psicoanálisis se propone radica justamente en la comprensión del todo de la vida mental, del conjunto de la vida psíquica, incluso del más esotérico mundo surgido desde la mente psicótica. Esto habrá de verificarlo brillantemente Freud en su análisis del "caso Schreber" (1911), un magistrado afecto de parafrenia que escribió sus vivencias en un libro espléndido, Memo-

rias de un neurópata (1903). Ahora bien, tales motivaciones, no sólo de la conducta neurótica o psicótica, cuanto de la que normalmente verificamos, no son sabidas por el protagonista de las mismas; antes al contrario, las ignora porque le conviene negarlas, para lo cual adopta mecanismos de defensa de muy distinta variedad, pero que hacen posible el autodesconocimiento. Eso aparte de la propia naturaleza de tales motivaciones, puesto que, en última instancia, se trata de motivaciones de naturaleza no consciente, de procesos inconscientes que se deslizan en la profundidad del sujeto determinando su conducta en ignorancia del propio sujeto de ésta.

La consecuencia de todo ello es que la conducta humana, singular o plural, que aparece como conducta manifiesta, ha de ser interpretada para dilucidar su significación latente. Desde que surgió la obra de Freud no basta la mera descripción apariencial de la conducta para inteligirla; es la interpretación la que se dirige, ante todo, a la búsqueda de motivaciones inconscientes, profundas —lo que dio lugar a que el propio Freud denominara al psicoanálisis Tiefenspsychologie, «psicología profunda»—. De esta forma, tiene toda clase de fundamento el que Freud calificara también al psicoanálisis como ciencia del inconsciente, y aunque el calificativo de ciencia pueda ser discutible aún hoy día para el estatuto intelectual en que éste se halla, Freud pretendió siempre construir una psicología del inconsciente sobre el modelo de la ciencia natural de su tiempo, y procedió a la construcción de modelos dinámicos, tópicos y económicos (de economía psíquica, se entiende) del sujeto. Al fin y a la postre, Freud era decimonónico.

A Freud se le conoce, pues, como el creador del psicoanálisis. Pero, ¿qué es el psicoanálisis?

Para Freud, el psicoanálisis tiene una triple tarea y, en consecuencia, una triple acepción: 1) es una teoría del comportamiento humano, es decir, una escuela de investigación psico(pato)lógica que pretende la interpretación de toda conducta mediante la dilucidación de las motivaciones latentes de la misma; 2) es un método de investigación, el método psicoanalítico, especialmente constituido por la asociación libre, merced a la cual se busca el que los procesos inconscientes afloren en el sujeto y ante el sujeto, o, mejor, se hagan ostensibles ante el psicoanalista y, de éste, al propio sujeto analizado; y 3) es un método terapéutico, concretamente de ciertas alteraciones psicopatológicas denominadas neurosis (para las psicosis, esto es, para las distintas formas de locura, Freud consideraba que la terapia analítica era ineficaz, si bien podían ser interpretadas por la metodología psicoanalítica).

El lector de esta colosal biografía de Freud que escribiera su discípulo inglés Ernest Jones puede encontrar en ella la descripción de las etapas de la evolución que deciden al fin la estructura de la obra freudiana, y ligada a aquéllas, los acontecimientos de la vida fáctica de Freud, su carácter de aventura solitaria hasta bien entrada la sexta década de su vida, la lucha permanente por conocer los entresijos diná-

micos de la conducta —él no se pensó nunca terapeuta, sino apasionado del conocimiento—, su forma de imponerlo hasta conducirle una y otra vez a la oposición del mundo académico, a la del conjunto de instituciones propias del establishment, *en ocasiones a las formas más groseras de difamación y malentendimiento, a la ruptura insistente con discípulos —a veces, los más aventajados, como fue el caso de Jung, de Otto Rank, de Ferenczi—. Hoy resulta difícilmente inteligible la actitud que se adoptó ante el psicoanálisis y sus descubrimientos, que han pasado a componer parte de lo obvio. Como decía Schopenhauer, es el destino de las verdades que parezcan primero paradójicas y después triviales. La categoría revolucionaria de una verdad es siempre de carácter histórico, temporal. Era evidente que, para su tiempo, las aportaciones freudianas, inicialmente circunscritas a la patología mental, contenían todo un aparato de subversión. Cuando Freud y Jung son invitados por la Universidad de Worcester, en Estados Unidos, a pronunciar unas conferencias sobre psicoanálisis, el primero dijo al segundo: «Les traemos la peste». Efectivamente, yo mismo he demostrado que el psicoanálisis no sólo es subversivo porque atente a los orígenes humanos, demasiado humanos de, por ejemplo, la religión, sino ante todo porque es la expresión de la relatividad de los valores, y el bien y el mal quedan como constructos convencionales, culturales, sociales.*

La evolución psicoanalítica tiene lugar en varios ámbitos. A ellos voy a referirme a continuación para hacer comprensible al profano la extraordinaria innovación de la obra freudiana, su trascendencia, el carácter de inversión valorativa que supone, el giro copernicano que Freud impone a la psicología, psicopatología y psiquiatría de su tiempo. Y aun fuera de estas áreas, a la dilucidación de grandes hechos de la humanidad: mitos, religión, cultura, creación literaria y plástica; en suma, lo que el psicoanálisis entraña de aportación y enriquecimiento a la concepción humanista, inspirada en la razón y desde la razón, que, como culminación del pensamiento ilustrado de finales del XVIII, *tiene sus epígonos, justamente en el marxismo (como filosofía), por una parte, y en el psicoanálisis, como ampliación del saber sobre el hombre y los productos humanos, por otra.*

1) Hasta comienzos del siglo XIX *la psiquiatría concibe la locura como enajenación, como alienación. Para Pinel, Esquirol y sus discípulos, la locura deriva del furor incontenible de las pasiones humanas. Kant mismo, en su* Antropología, *distinguía entre las formas de locura, por ejemplo febriles, que derivaban de enfermedades del cerebro, de las otras demencias inherentes a seres humanos con descontrol de sus aspiraciones de ser, ignorantes de sus propias limitaciones. Kant sostenía que mientras las primeras deberían ser estudiadas en las facultades de Medicina, las segundas correspondían a las de Filosofía. El enajenado, el alienado es otro distinto a él mismo. Por consiguiente, la locura es una alteración de la personalidad, es decir, de la sustantividad que representa ser persona, no una alteración del cerebro.*

Pero entrado el siglo XIX, *las pasiones son dejadas a un lado y la locura, todo tipo de locura, es concebida como una enfermedad del ce-*

rebro. Griessinger, uno de los más representativos e influyentes psiquiatras de mediados del XIX, *emite el siguiente aforismo: «Las enfermedades mentales son enfermedades del cerebro», y la alteración de la personalidad trata de ser detectada en las modificaciones patológicas de la sustancia cerebral. Aunque esta meta axiomatizada no se ha visto coronada por el éxito, una y otra vez se persigue bajo la correlación de que una alteración de la persona ha de implicar necesariamente una alteración de ese órgano que se denomina cerebro. Esta es la premisa de la psiquiatría organicista, biologicista.*

Freud vuelve a dar el giro decisivo en esta cuestión. Deja al órgano cerebro a un lado; trata la enfermedad mental —como advirtió Ortega y Gasset en el prólogo a la traducción castellana de sus obras completas (1923)— como propiamente mental, no como un subproducto de la fisiología cerebral perturbada. Freud se moverá en el nivel exclusivo de lo psíquico, es decir, de la conducta en tanto significante, que diríamos hoy. Descubre entonces que el conflicto del sujeto es el responsable de la etiología de los trastornos psíquicos, neuróticos o psicóticos, y, por tanto, desplaza, de nuevo, la atención hacia la persona, y desde ésta al conjunto de sus relaciones habidas desde las primarias etapas de la existencia —sobre todo éstas— hasta las habidas con posterioridad, prácticamente reiteraciones y sustituciones de las inicialmente habidas. La génesis de la alteración mental estará en el conflicto, el cual se genera desde dos vertientes posibles: a) o bien se trata de un conflicto del sujeto con la realidad, que habrá de traducirse en la intolerancia ante ésta, en la huida de ella, en la retirada de los efectos del sujeto de los objetos externos y la proyección del afecto del sujeto en sí mismo (formaciones narcisistas que conllevan la producción de formaciones psicóticas, en las que no hay obediencia ni supeditación al "principio de realidad"; la realidad se distorsiona y el sujeto se retrae a una vida fantástica, autista, en donde encontrar la gratificación que la realidad empírica no le depara); b) *o bien se trata de un conflicto del sujeto consigo mismo, de carácter erótico o destructivo, deparador de angustias, de fobias, de obsesiones, es decir, determinante de formaciones neuróticas.*

2) Para la explicación de la génesis de tales conflictos Freud se ve obligado a construir modelos de sujeto que impliquen la heterogeneidad *del sujeto, la existencia en el sujeto de partes que luchan entre sí porque son contradictorias: el* ello *(inconsciente, que tiende al placer, a la satisfacción de instancias que habrán de ser consideradas punibles) contra el* super-yo, *que no lo deja emerger por razones "morales"; las del* ello *contra el yo, este último controlador del primero, ahora en aras de la supeditación a la realidad, es decir, a la norma, a la coexistencia con otros. Pero también el conflicto, la contradicción que emerge por la mera aceptación de una realidad externa que nos es hostil, ingratificante, y el beneficio que muchas veces obtenemos de la transgresión de normas superyoicas. Todo este conjunto de vectores, de fuerzas —de* catexias, *como se denominará desde entonces—, cada una de las partes constitutivas del sujeto, luchan entre sí, y es esa trama de*

tensiones lo que hará del psicoanálisis una psicología dinámica... *Desde la perspectiva de hoy puede decirse que la consideración psicológica bajo el punto de vista dinámico volvió obsoleta la mera consideración descriptiva, fenomenológica, por su limitación, y ello a despecho de haber surgido en la psiquiatría en el año 1913 (Jaspers), esto es, años después de estar el psicoanálisis en el mundo (pero no en el académico).*

Este modelo tripartito de sujeto que acabo de exponer sumariamente constituye lo que se llama segunda tópica, *es decir, la segunda modalización del sujeto (la primera es la que habla de procesos primarios o inconscientes y procesos secundarios o conscientes), y confiere al* ello, *—esto es, al estrato pulsional o institucional— la primacía, tanto por su extensión cuanto por su poderío. El* ello *(término que Freud hizo suyo por sugerencia, de un curioso, inteligentísimo y extravagante discípulo, G. Groddeck) es el responsable del segmento —del extenso segmento— inconsciente de la conducta, el que da sentido, cuando se interpreta, a conductas que, por su motivación inconsciente, aparentan no tenerlo. El ejemplo más claro de conducta con sentido profundo bajo la apariencia superficial de carecer de él lo componen los llamados* actos fallidos, *errores y omisiones que cometemos en la cotidianeidad y que de alguna manera remiten a nuestros conflictos pasajeros. Freud los descubrió a principios de este siglo en su* Psicopatología de la vida cotidiana. *Este mismo principio ha de aplicarse también a la vida onírica, tradicionalmente considerada en el mundo académico como conducta sin sentido, incoherente, y que para Freud representa justamente la vía regia en la penetración del inconsciente del sujeto.* La interpretación de los sueños, *publicado en 1900, es uno de los libros que, al decir de Ortega, componen las ideas del siglo XX. Apenas se vendieron unos cientos de ejemplares tras los primeros años de publicación. Pero este texto da entrada de manera sistemática a un amplio sector de nuestra vida psíquica, en apariencia también sin sentido, que se hace ostensible tras su interpretación. Por la analogía con lo que ocurre en el mundo de la locura, la interpretación de los sueños, el conocimiento de la génesis de los mismos, de su estructura, de su elaboración, de su tipología, etc. ofrecen la posibilidad de comprensión y, por tanto, de conocimiento, del mundo de la psicosis. Esta aproximación la llevó a cabo Freud en 1917 con su famoso trabajo* Adición metapsicológica a la teoría de los sueños, *pero —aunque la ortodoxia psicoanalítica esté dispuesta a marginarlo— fue C. G. Jung quien en 1906, siendo todavía discípulo del gran psiquiatra de Zurich, E. Bleuler, hizo la primera aproximación de la psicología onírica freudiana a la psicología de la demencia precoz (aún no estaba acuñada para ésta el término esquizofrenia, con el que actualmente se la conoce).*

3) Freud debió mucho al conocimiento que poseía de la literatura universal. El mismo reconoce la deuda que como científico tiene con el conocimiento del hombre que se deriva de las grandes creaciones literarias. Es lógico que fuera así. Los grandes creadores literarios no podían interesarse por el cerebro de sus personajes, sino por el personaje en tanto criatura que, aunque de ficción, se apoyaba, para su verosi-

militud, en la propia realidad. Sófocles, Eurípides, Shakespeare, Cervantes, Goethe, Dostoievski, más tarde Joyce, Kafka, Proust, por sólo citar a los excelsos, dan cuenta de las motivaciones profundas del comportamiento de sus personajes de ficción. Hasta que Freud sistematizara el conocimiento de la persona, se afirmó que para conocer el alma humana había que reflexionar sobre las grandes textos de la literatura. Por decirlo así, Freud pagó su deuda con la literatura investigando la génesis de la creación literaria a través de la función de la fantasía y trató su contenido del mismo modo que había tratado los contenidos oníricos. La novela de W. Jensen, Gradiva, es un ejemplo brillante de análisis perfecto de una creación literaria. Sus análisis de El rey Lear, Machbet, Hamlet, Edipo, Demonios y Los hermanas Karamazov, así como sus referencias a ellos, son constantes desde sus primeros trabajos. Incluso en el territorio de las artes plásticas Freud hizo aportaciones cuando menos curiosas (Moisés, de Miguel Angel; Leda y el Cisne, de Leonardo da Vinci). Para Freud la creación literaria es la forma como el poeta resuelve sus conflictos internos, identificándose en todos y cada uno de sus personajes. Pero esta creación está mediatizada por el yo, de forma que la obra sea aceptable y viable, y además lo suficientemente ambigua como para que haga posible la necesaria ocultación del autor en ella.

Hay dos tipos de biografías, a mi parecer. Uno, el de la biografía sin riesgo, la que remite a los puros hechos y acontecimientos del biografiado, una biografía que apenas dice nada de la otra vida, la vida oculta, la de los sueños diurnos y nocturnos del sujeto; es decir, la vida que anheló, lo que compuso el conjunto de sus deseos. El otro, el que atendería, más que a los hechos empíricos, a los productos de esta otra forma de vida a la que he hecho alusión. Esta última forma de biografía exige una interpretación de aquellos que se han caracterizado por haber hecho algún tipo de creación estética, porque es en ésta en donde ha de proyectarse esa vida latente del sujeto en cuestión. Naturalmente, excede con mucho de la biografía fáctica, que es una biografía "social" (en el peor sentido de la palabra). De esta biografía "social" escribió Freud en una carta a Arnold Zweig lo siguiente: «Quien quiera convertirse en biógrafo se compromete con la mentira, el disimulo, la hipocresía y aun el disimulo de su comprensión, porque la verdad biográfica no es accesible y aunque lo fuera uno no podría servirse de ella.» Nuestra vida empírica es, en efecto, una gran mentira social y, en todo caso, una forma de vida disociada radicalmente de la vida íntima.

Freud nació en 1856 en el seno de una familia judía en Friburgo, una aldea de Checoslovaquia, entonces perteneciente al imperio astrohúngaro. Aunque no creyente, ser judío le marcó para toda su vida, dado el acentuado antisemitismo de la sociedad centroeuropea de su tiempo. El padre recibió humillaciones sin cuento, algunas presenciadas por su hijo o referidas por él a su hijo. En la escuela, en el gimnasio, en la universidad, en sus relaciones académicas posteriores, incluso en su misma supervivencia durante el régimen nazi, ser judío era el

primer señalamiento. Estudió medicina en Viena, psiquiatría con Meynert —un psiquiatra de positivismo extremo— también en Viena, luego con Charcot en París. Finalmente se dedicó a la práctica privada tras el descubrimiento del método catártico —la catarsis del conflicto— que habría de caracterizar al primitivo psicoanálisis, y que hizo junto con un médico vienés, su protector de entonces, Josepf Breuer.

Buena parte de los materiales biográficos de Freud en el segundo sentido a que hacía alusión se encuentra en su obra misma. La interpretación de los sueños *es una obra científica, pero en la que la ejemplarización se hace las más de las veces sobre materiales oníricos propios, los sueños de Freud. De aquí que exista una amplia bibliografía al respecto, reanalizando los sueños de Freud (Guillaumin, Grinsteins, Anzieu, Erickson, entre otros). Otra fuente proviene de una correspondencia que Freud mantuvo con el médico W. Fliess, berlinés, otorrinolaringólogo, encontrada —sólo las cartas de Freud— en un anticuario de Berlín en 1937 por Marie Bonaparte, discípula de Freud, y utilísima partícipe en la salida de Freud de la Austria ocupada por los nazis tras el* Anschluss. *A pesar de los requerimientos de Freud, María Bonaparte se negó a su destrucción, alegando el interés de estas cartas en las que se podía seguir, durante los años 1887-1902, la gestación de la obra psicoanalítica y el autoanálisis que Freud verificaba. Bajo esta luz, Freud se nos muestra con su vertiente dependiente, muy distinta a la representada ante sus discípulos. No puede negarse la patogeneidad de la persona de Freud respecto de aquellos que, de la forma que fuese, se transferían a él.*

En 1923 se detectaron los primeros síntomas del cáncer de maxilar del que habría de morir Freud en 1939. Por entonces Freud consideró su muerte próxima, pero ello no le impidió trabajar intensamente en la redacción de libros, monografías, ocuparse de las editoriales psicoanalíticas, atender a su clientela, etc. Así permaneció hasta pocas semanas antes de su muerte. Importantes libros, como El porvenir de una ilusión, El malestar en la cultura, Inhibición, síntoma y angustia, El yo y el ello, Moisés y el monoteísmo *(su último libro), vieron la luz después de que fuera diagnosticada la dolencia que tanto le perturbó para alimentarse y para hablar. Fue sometido a 33 intervenciones sin anestesia. A su médico, el Dr. Schur, le hizo prometer que cuando llegase el momento en que seguir viviendo no tuviese sentido alguno, le ayudase a «abandonar decentemente este mundo». Conservó su lucidez hasta el último momento, a veces de manera implacable. Dos años antes de su muerte, tras el* Anschluss *de Austria y la penetración de los nazis en Viena, se le clausuró su editorial y se le prohibió el ejercicio médico. Transigió al fin a que se gestionase su salida de Austria, a la que se negara antes insistentemente. Mediante la intervención del presidente Roosevelt se consiguió de las autoridades alemanas su salida y su exilio en Londres. Antes de partir, el oficial de la Gestapo le exigió que firmase un escrito, redactado de antemano, en el que se aseguraba que había sido tratado correctamente por la siniestra policía nazi. Después de estampar su firma solicitó del oficial que le permitiera añadir algo*

más, y de su puño y letra escribió: «Sólo me resta recomendar la Gestapo a todo el mundo.» Llegado a Londres, muy afectado ya por la enfermedad y la desnutrición, prosigió sumariamente su actividad clínica, esbozó el Esquema del psicoanálisis, *redactó notas para futuros trabajos. Pero la enfermedad progresó hasta el punto de tener que recordarle al Dr. Schur lo prometido años antes. Y, en efecto, al interrogarle sobre si consideraba que había llegado el momento y responderle Schur afirmativamente, Freud se dejó que le inyectase morfina y le provocara inmediatamente la muerte.*



Sigmund Freud con su esposa, Martha Bernays, con la que contrajo matrimonio en 1886.

Introducción

por ***Lionel Trilling***

Sigmund Freud declaró en varias ocasiones su firme oposición a ser objeto de un estudio biográfico, aduciendo como una de sus razones que lo único importante en él eran las ideas; lo más probable es que su vida privada, decía, no encerrara para el mundo el menor interés. Pero la actitud del mundo no ha confirmado su opinión. La persona de Freud se yergue ante nosotros con una nitidez y significación tan excepcionales, que bien se puede afirmar de él que, en cuanto a grado de inteligencia y temperamento, no existe en los tiempos modernos un personaje de interés tan singular.

Si nos preguntamos la razón de este hecho, la respuesta inmediata la hallaremos, desde luego, en la magnitud y la índole de su obra. Las consecuencias que el psicoanálisis ha tenido para la vida de Occidente han sido incalculables. Nacido como una teoría de determinadas enfermedades mentales, llegó a convertirse en una teoría de la mente radicalmente nueva y trascendental. Todas las disciplinas intelectuales relacionadas con la naturaleza y el destino de la humanidad han sido afectadas por el peso de esta teoría. Sus concepciones penetraron en el pensamiento popular, aunque con frecuencia de forma grosera y a veces falseada, originando no sólo una nueva terminología, sino también un nuevo modo de enjuiciar las cosas. Sentimos irreprimible curiosidad por conocer la vida del hombre que provocó este cambio profundo y general en nuestros hábitos mentales, tanto porque las ideas de Freud tratan de nuestra propia vida en cuanto a personas, como porque casi siempre se experimentan de forma intensamente personal.

Además de esta primera natural curiosidad, existe otra razón para nuestro interés por la vida de Freud; una razón sobre todo intelectual, o quizá diríamos pedagógica: el papel que desempeña la biografía de Freud respecto a facilitar nuestra comprensión del psicoanálisis. El psicoanálisis, al igual que otras disciplinas, se entiende más segura y claramente si se le estudia en su desarrollo histórico. Pero lo fundamental en la historia del psicoanálisis es la explicación de cómo se forjó en la propia mente de Freud, pues sus concepciones las elaboró enteramente solo. No se niega la categoría intelectual de sus primeros colaboradores cuando aseguramos que —a excepción de Josef Breuer, que fue algo distinto y superior a un colaborador— ninguno aportó nada sustancial a la teoría del psicoanálisis. La ayuda que prestaron a Freud consistió principalmente en servir de contraste a sus ideas, en constituir una comunidad intelectual en la que éstas pudieran discutirse, comentarse y

ser sometidas a las pruebas de la experiencia clínica. La circunstancia de que Freud fuera la única persona que creara esta ciencia, y que también él solo la llevara a su grado de madurez, quizá no favorezca mucho al psicoanálisis. Pero ésta es la situación, y el relato de la vida de Freud, de los problemas intelectuales que halló y tuvo que superar, nos proporciona un conocimiento más ajustado de la efectividad de las ideas psicoanalíticas que el que podríamos extraer de su estudio en cuanto a doctrina sistemática, no importa cuán lúcidas fuesen las exposiciones a que acudiéramos. Por lo demás, creo, éste es el enfoque pedagógico que prevalece en muchos de los institutos para la formación de psicoanalistas.

Todavía existe una tercera razón que justifica el interés que para nosotros presenta la vida de Freud: la razón de mayor peso, que reside en la forma y el estilo de su vida, en el encanto y la fuerza que hallamos en su condición de personaje legendario.

Parte de este encanto y esta fuerza deriva, en mi opinión, de la consonancia que se advierte entre la vida de Freud y su obra. La obra es dilatada, metódica, valiente y de miras generosas; y lo mismo cabe decir de su vida. En nuestros días no suele hallarse pareja consonancia. El muy citado verso de un poema de W. B. Yeats dice que «el hombre tiene que elegir la perfección de la vida o del trabajo». Estas palabras son típicamente modernas. A no dudarlo, Yeats se refiere sólo a los poetas, y lo que quiere decir es que éstos derivan sus motivos y conducta de sus impulsos y pasiones, que muy probablemente serán causa de desorden en su vida personal; y supone Yeats que los imperativos éticos, las duras sanciones que fuerzan a la «perfección de la vida» se erigen en obstáculo de los procesos creadores. No pretendemos dudar que esto encierra un fondo de verdad —y verdad freudiana, desde luego—; con todo, debemos observar cuán propia de nuestro tiempo es la tendencia a convertir la vida del poeta en paradigma de toda biografía, y cuán de nuestro tiempo es la inclinación a acentuar el divorcio entre la vida y la obra, y a encontrar un especial valor en la obra «perfecta» que tiene su origen en una vida «imperfecta».

Si lo anterior es cierto, el acudir a la vida de Freud apunta a una más remota inclinación, a una estética de la biografía que prefiere que la vida y la obra concuerden entre sí, que se complace con la convicción de que Shakespeare fue hombre de noble temple, se siente satisfecha con la serena dignidad y belleza con que la estatua de Sófocles muestra a éste, y se siente contristada con las obvias mezquindades de Milton. Y el propio Freud anhelaba para su existencia lo que pudiéramos considerar una condición de intemporalidad.

Abiertamente y sin rodeos, Freud aspiraba a ser un genio, después de haber soñado, en época más temprana, en convertirse en héroe. Seguramente por la circunstancia de que, al igual que el protagonista de su novela preferida, de Dickens, *David Copperfield,* nació con una membrana, signo de un gran destino. Fue uno de esos niños a quienes estrafalarios desconocidos auguraban grandezas, basando la predicción en su apariencia. Él mismo se refería al inapreciable y virtualmente mágico don que le supuso la especial veneración de su madre: «El hombre que

haya sido el indiscutible preferido de su madre, mantiene ante la vida la actitud de un conquistador, aquella confianza en el triunfo que lleva con frecuencia al triunfo real». Era el mayor de seis hijos vivos —entre su único hermano y él había diez años de diferencia y cinco hermanas—, y la familia depositó en él todas las esperanzas, esas grandes ilusiones que las familias judías se complacen en forjar con respecto a sus hijos varones; ilusiones que entre los judíos de Viena, con sus recién reconocidos derechos, quizá fuesen especialmente elevadas. Sin duda, era él el más llamado a satisfacerlas, puesto que iban completamente de acuerdo con el *ethos* de la época; a mediados del siglo XIX todavía se acariciaba el ideal de grandes logros personales en la ciencia y el arte, y nadie había descubierto aún, anticipándose al freudismo, el peligro de «someter a presión» a un muchacho. La obligación de triunfar que le habían impuesto su familia y su cultura venía reforzada por el modelo de ética propuesto por una educación tradicional. Para comprender el modo de vida de Freud, debemos tener presente lo que para los muchachos y la mentalidad europea significaban entonces las *Vidas* de Plutarco, sobre los griegos y romanos notables. Aunque Freud, como judío, se identificó muy tempranamente con Aníbal, el gran enemigo semita del Estado romano, es bien sabido que Roma cautivaba su imaginación. Sus infantiles fantasías de fama militar fueron sustituidas por la aspiración a convertirse en un héroe cultural; cuando imaginaba que algún día su retrato tendría un lugar de honor en el aula de la Universidad, la inscripción que consideraba apropiada era el verso de *Edipo Rey:* «A quien resolvió el enigma de la esfinge, y fue el hombre más poderoso.» La antigua tradición griega y romana fue reforzada por la inglesa —Inglaterra representó para Freud la gran patria de la libertad racional, y a menudo expresó su deseo de vivir allí—. Hubo un periodo de su juventud en que prácticamente todas sus lecturas fueron inglesas; en esta época Milton era su poeta inglés preferido y admiraba a Oliver Cromwell, cuyo nombre puso a uno de sus hijos. Un heroico puritanismo inglés, unido al antiguo ideal de virtud pública, venía a asegurar la necesariamente más privada pero no menos rigurosa moralidad del hogar judío de Freud, y contribuyó a formar en el joven la idea de cómo había de conducirse en la vida: con rigor, entereza y rectitud. Siendo esto así, seguramente debe parecer paradójico que gran parte de sus propósitos terapéuticos se centraran sobre el daño infligido por las exageradas demandas de la moralidad, y que, aun defendiendo el derecho de la sociedad y cultura a plantear grandes exigencias al individuo, contemplara, sin embargo, con torva y triste mirada el sufrimiento que acarreaba el cumplimiento de aquellas exigencias. Se sometió a las más severas restricciones, viviendo, según todos los indicios, de acuerdo con la más estricta moralidad sexual, aun cuando defendía, según decía, «una vida sexual incomparablemente más libre» que aquella que la sociedad estaba dispuesta a permitir.

Un extremo de particular interés en la vida de Freud lo constituye el que sus sueños de triunfo sólo se hicieron realidad bastante tardíamente, y que sus plenas facultades no se manifestaron hasta que fue un

hombre de mediana edad. Ello es poco común en la biografía de un genio. Es realmente cierto que Freud mostró de joven signos de inteligencia y rasgos de carácter que justificaban las grandes esperanzas que maestros y amigos abrigaban sobre sus futuros éxitos en la vida, y sobre su futura carrera profesional. Pero, de basarse en las pruebas aportadas por el joven Freud, nadie podía augurar incontestablemente unos logros extraordinarios. Aunque es indudable que los éxitos conseguidos eran por naturaleza imprevisibles, con todo, incluso las mejores cualidades de que Freud hiciera gala en sus primeros trabajos científicos fueron una pálida muestra comparadas con lo que acabó realizando. Si consideramos como primer claro exponente de lo que Freud iba a conseguir el caso de Fräulein Elisabeth von R., y si aceptamos la fecha de 1892 para el mismo (pues existen ciertas dudas al respecto), Freud tenía treinta y seis años al comenzar la labor que le llevaría a la fama.

La lentitud de su desarrollo nos lleva a preguntar hasta qué punto los logros intelectuales de Freud no hay que conceptuarlos como una obra moral. Dos razones me acuden a la mente para hablar así. Se refiere una a la valentía que representa el que un hombre de mediana edad, con obligaciones familiares y una idea completamente tradicional sobre la manera de hacerles frente, arriesgara su carrera por la causa de una teoría que constituía anatema para los líderes de su profesión. Se le reprobó no sólo en base a consideraciones morales, aunque éstas fueron suficientemente apremiantes, sino con argumentos intelectuales, ya que las ideas de Freud rechazaban los supuestos científicos a partir de los cuales la medicina alemana había realizado sus grandes avances. Para hombres de la escuela de Helmholtz, la idea de que la mente —no el cerebro ni el sistema nervioso— pudiera ser la causa de su propio mal funcionamiento, e incluso el origen del mal funcionamiento del cuerpo, era peor que una herejía profesional: era una profanación del pensamiento. Freud se había educado en la tradición de aquellos hombres, y se esperaba de él que la continuase y la prestigiara. El caso es que nunca la repudió totalmente, puesto que a la vez que negaba su materialismo, defendía su determinismo; pero lo que negaba levantó una tempestad de injurias, a las que hizo frente con gran imperturbabilidad.

La otra cuestión que quería implicar cuando hablaba de la índole moral de los logros de Freud viene indicada por el propio juicio de Freud acerca de sus dotes intelectuales: nunca se sintió satisfecho de ellas. Pensaba que si alguna vez, imaginariamente, hubiera de enfrentarse a Dios, se quejaría de que no se le hubiera proporcionado «un mejor bagaje intelectual». Es bien conocido uno de sus juicios sobre su capacidad intelectual: «Yo no soy en realidad un científico, observador, experimentador, ni pensador. No soy más que un *conquistador*[1*] por temperamento —un aventurero, si se quiere traducir el término—, con la curiosidad, la intrepidez y la tenacidad inherentes a este tipo de seres.» Imposible evitar una sonrisa ante la creencia de Freud en sus insuficientes facul-

* Las notas a que hacen referencia los números aparecen en el segundo volumen de la obra.

tades intelectuales, y acaso cabría sospechar, de no sentir simpatía hacia su persona, algo gratuito en su queja, una falsa modestia. No obstante, Freud expresa una realidad. A pesar de lo intelectualmente brillantes que puedan parecer ahora sus avanzadas ideas, no *parecían* brillantes tal como él las concebía; la sensación que causaban era más bien de paciencia, de atenerse a los hechos, de obstinación. El orgullo era, en el mejor sentido de la palabra, la cualidad temperamental más sobresaliente en Freud. Sus descubrimientos los alcanzó gracias a un plan que progresaba con discreción y valentía. El científico suele alardear de humildad científica, de sujeción a los hechos, pero los hechos a los que Freud hubo de enfrentarse no sólo eran dificultosos, sino humanos, lo que equivale a decir desagradables, moralmente repulsivos, o incluso personalmente vergonzosos. No sólo fue gracias a su inteligencia, en el sentido usual del término, ni a sus simples dotes intelectuales por lo que Freud pudo comprobar que todas las historias de sus pacientes sobre violaciones sexuales que habían sufrido en su niñez eran falsas, y que su primitiva teoría basada en esos relatos tenía que ser abandonada. Algo más hubo de tener que controlara su inteligencia para que pudiese supera el disgusto por la decepción y la pena por el hundimiento de su teoría, para inquirir por qué todos los pacientes incurrieron en la misma mentira, para llegar a la conclusión de no denominarla mentira, sino fantasía, para hallarle una explicación, y elaborar la teoría de la sexualidad infantil. Y algo más tuvo que haber, además de la inteligencia, para que llevase a término el trascendental análisis de su propio inconsciente.

Los lentos comienzos de Freud constituyeron una feliz circunstancia en su vida, y la explicación de gran parte de la condición de personaje de leyenda que en él descubrimos. Debido a que su época de plena creación no empezó sino con sus años de madurez, a que sus ideas hubieron de desarrollarse paulatinamente y que le fue necesario protegerlas de la hostilidad del mundo y de las inaceptables modificaciones de algunos de sus colaboradores, su mediana edad aparece llena de una energía heroica, épica, de expresión más patente y categórica que la de sus años de formación. Hombre de mediana edad, no renuncia con el paso del tiempo a sus ideales de juventud acerca de la superación, del esfuerzo, de las grandes exigencias para consigo mismo; antes bien, se hacen más intensos y audaces. Conforme entra en años, es consciente de una gran fatiga, se refiere a menudo a la merma de sus energías, y se preocupa cada vez más por la idea de la muerte, de cuyo alcance da cumplida cuenta la doctrina de *Más allá del principio del placer*. Pero quienquiera que lea su correspondencia, o un minucioso relato de la forma en que discurría su vida, comprobará cuán poco habían disminuido sus energías vitales, cuán poco permitía a la muerte que se cerniera sobre él. No se trata simplemente de que a sus setenta años emprendiera aquella profunda revisión de su teoría de las neurosis expuesta en *Inhibición, síntomas y angustia,* sino de la gran importancia que para él seguían teniendo todas sus relaciones personales, incluida aquella que muchos hombres de edad avanzada hallan difícil y con frecuencia imposi-

ble mantener: vivir con uno mismo. Al insistir Sandor Ferenczi en el parecido que veía entre Freud y Goethe, Freud, bromeando primero y luego bastante secamente, rechazó la comparación. En una cosa, al menos, es, sin embargo, exacta: Freud, al igual que Goethe, tuvo la virtud de mantener, ya mucho después de su juventud, un interés personal, vivo y creador hacia sí mismo, que se advierte hasta en sus expresiones de cansancio y desesperación.

Este interés no cede ni en su edad más avanzada, y es por esta causa por lo que en sus últimos años Freud atrae nuestra atención más que en ningún otro periodo de su vida. Una atención cargada de dudas. Cuando leemos el relato de sus años primerizos inquirimos: «Este niño, este chico, este joven, este mimado, predilecto de la familia, ¿acabará siendo realmente Sigmund Freud?» Y leyendo el relato de sus años finales, de las postrimerías de su vida, preguntamos con igual curiosidad: «Este hombre cargado de años, este anciano, este hombre agonizante, ¿será posible que siga siendo Sigmund Freud?» En efecto, seguía siendo Sigmund Freud, y su obstinación no simplemente en seguir viviendo sino en mantener la calidad de su vida le convierte en una de las historias personales más emocionantes.

En la última etapa de su vida saboreó —aunque ésta no sea la palabra apropiada— un triunfo mucho mayor del que nunca pudiera imaginar en su juventud. Aunque los ataques al psicoanálisis no cesaron, después de 1919 empezaron a revestir menor importancia en comparación con la creciente aceptación de las teorías de Freud. En Viena, se celebró públicamente su setenta cumpleaños, y a éste siguieron otros honores. Su prestigio entre la intelectualidad quizá fuese aún ambiguo, pero no por ello dejó de ser enorme. Sin embargo, su éxito, al que siempre se refirió mordazmente, le trajo poca paz. Los últimos años de Freud fueron los más sombríos. A pesar de lo mucho que exigió a la vida, a pesar de su gran capacidad de goce, había considerado mucho tiempo la condición humana con amarga ironía; y entonces, por una serie de acontecimientos, la naturaleza cruel e irracional de la existencia humana iba a ensañarse en él con renovada y terrible fuerza.

La defección de dos de sus más valiosos colaboradores caracteriza este periodo de la vida de Freud. Nunca se había tomado las deserciones a la ligera, y, en particular, la ruptura con Jung le dolió como algo personal. Con todo, las primeras escisiones, aunque fueran de por sí bastante penosas, eran hechos que deben estimarse normales en una empresa intelectaul común, resultado natural de diferencias temperamentales, de cultura y de enfoque intelectual. Las deserciones de Rank y Ferenczi, en cambio, fueron de distinta índole. Durante años, ambos se mantuvieron en estrecho contacto con Freud, especialmente Ferenczi, el más querido de todos sus colegas, y al que Freud trataba como a un hijo. La cuestión no sólo residía en que esos compañeros de trabajo tan apreciados se dedicaran a revisar la teoría psicoanalítica por vías simplistas y extravagantes, sino que sus opiniones desviacionistas iban acompañadas de profundos trastornos de la personalidad, hasta el punto que uno de ellos, Ferenczi, murió loco.

La sombra de la muerte deja sentir su peso sobre los primeros años de esta última fase. Anton von Freund, que se había propuesto hacer progresar la causa del psicoanálisis gracias a su considerable fortuna, y a quien Freud se sentía muy unido, murió de cáncer en 1920, tras largos y terribles sufrimientos.

Días después, Freud recibía la noticia de que había muerto, a la edad de veintiséis años, su hermosa hija Sophie, a la que llamaba su «*Sunday child*». En 1923, a la edad de cuatro años, moría Heinz, el hijo de Sophie. Freud sentía por este nietecito un cariño especial —decía que para él Heinz valía más que todos los hijos y nietos— por lo que su muerte representó un duro golpe. Cada muerte la sentía como la pérdida de una parte de su ser, y afirmó que la muerte de Anton von Freund cooperó sobremanera a su envejecimiento. De la muerte de Sophie dijo que era «una profunda herida narcisista imposible de cerrar», y respecto a la muerte del pequeño Heinz, que marcaba el final de su vida afectiva.

En 1923, supo que tenía cáncer de mandíbula. Se le practicaron treinta y tres operaciones, todas muy penosas, y durante dieciséis años hubo de vivir en medio de dolores, a menudo terriblemente intensos. La prótesis que utilizaba era horrible y dolorosa, desfigurándole el rostro y el habla; y Freud era, como es sabido, un hombre un tanto vanidoso.

Carecía, por supuesto, de credo religioso que le ayudara a enfrentarse a la gratuidad de su sufrimiento, y no poseía tinte alguno de «filosofía». Con la misma obstinación de Job rechazaba el alivio que procuran las palabras; aún incluso con mayor obstinación, pues no se permitía el consuelo de la *acusación*. Así son las cosas: la vida es un asunto feo, irracional y humillante; nada puede paliar este juicio. Lo exponía con la misma simplicidad de la propia *Ilíada*.

No obstante, nada le derrumba, y en realidad nada le debilita. Decía a menudo que estaba disminuido, pero no era cierto. Solía referirse a su apatía, pero el trabajo seguía adelante. *El malestar en la cultura,* un libro de excepcional importancia, se publica a sus setenta y tres años. En el momento de su muerte, a los ochenta y tres, se hallaba escribiendo su *Esquema del psicoanálisis,* y recibe pacientes hasta un mes antes de su muerte.

Ciertamente, como decía a menudo, puede que sintiera apatía respecto a su propia vida, importándole poco vivir o morir, pero mientras se halló con vida, no se mostró indiferente consigo mismo. Y con toda seguridad este egoísmo encierra, como he sugerido, el secreto de su calidad moral. «*Mit welchen Recht?*» (¿Con qué derecho?), exclamó, inyectados los ojos, al informársele en sus últimos días de que cuando se supo por primera vez el diagnóstico de cáncer, sus amigos habían pensado en la posibilidad de ocultarle la verdad.

A pesar de que era muy viejo, que el episodio había tenido lugar hacía tiempo, que la mentira tenía un fin piadoso y que, de hecho, no llegaron a mentirle, la mera posibilidad de que pudiera limitarse su autonomía lo consideraba como un grave atentado a su orgullo, haciéndole montar en cólera al instante. Creemos que su gran capacidad de

amar dimanaba de su orgullo. A esto se refiere cuando habla de la «profunda herida narcisista» que le produjo la muerte de su hija. Quizá esboza una crítica de este rasgo cuando añade, «a mi mujer y a Annerl les ha afectado en forma más humana». Pero aunque su manera de amar fuese menos «humana» que otras, lo que es muy dudoso, era extraordinariamente intensa y ardiente. Su egoísmo le movía a reconocer y respetar el egoísmo de los demás. ¿Qué otra cosa, si no, iba a inducirle, fatigado y agobiado como estaba, a estimar que debía responder a todas las cartas de desconocidos, a escribir, por ejemplo, con semejante extensión, y en inglés, y con tal interés, a una mujer que le había escrito desde América desesperada por la homosexualidad de su hijo?

Durante sus muchos años de grandísimo dolor —ya próximo al fin, se refería a su mundo como a «una pequeña isla de dolor en un mar de indiferencia»— no tomó ningún analgésico, y sólo al final permitió que se le diera aspirina. Dijo que prefería pensar atormentado a no poder pensar con claridad. Sólo cuando supo con certeza que su fin era inevitable, pidió un sedante con cuya ayuda pasó del sueño a la muerte.

Freud halló en Ernest Jones el llamado a ser su biógrafo más idóneo. No cabe duda de que con el transcurso del tiempo aparecerán otras biografías de Freud, mas en cuanto cualquiera de ellas quiera ser de valor, habrá de basarse en la autorizada y monumental obra del doctor Jones. Huelga aclarar por qué era el doctor Jones el único preparado para la ardua tarea, pues fue el colaborador de Freud durante treinta y un años. Su participación en la implantación del psicoanálisis en el continente americano e Inglaterra resulta decisiva. Del célebre «Comité», grupo que formó Freud con los colegas más admirados y de mayor confianza, para que tras su muerte velara por la integridad del psicoanálisis, el doctor Jones era uno de los dos o tres miembros que más se distinguían por su inteligencia y buen criterio. Entregado como estaba al psicoanálisis en sus aspectos más ortodoxos —si es que así puede decirse—, creyó posible, por la misma razón de la fuerza de su compromiso, recibir y mantener el legado de Freud sobre ciertas materias teoréticas. Su propia eminencia le permitía juzgar a Freud con impresionante objetividad, y a la vez expresar sin limitaciones su gran admiración por él. Disponía de un amplio bagaje cultural que cubría muchos campos, y de un estilo literario vigoroso y transparente.

En ciertos rasgos de carácter el doctor Jones podía compararse con Freud. No tenía, ni aspiraba a ello, la circunspección majestuosa de Freud; y era muy temperamental. Pero igualaba a Freud en energía, aunque las energías de ambos fueran, sin duda, de distinta fibra, y el testimonio de su obra, así como la descripción que hace de sí mismo en su inacabada autobiografía, sugieren cuán grande fue su propio egoísmo creativo, cuán fuerte era su ansia de heroica persistencia y perfección.

De las extraordinarias cualidades personales del doctor Jones tuve conocimiento directo en una ocasión. Cuando estuvo en Nueva York, durante su última visita a América con ocasión del centenario del nacimiento de Freud, el doctor Jones accedió a intervenir en una película para la televisión, rogándoseme que fuera su interlocutor. En su forma

actual la película dura poco menos de media hora, pero era el resultado de muchos metros rodados durante tres días. El trabajo de aquellos días fue más difícil de lo que imaginé. En un tórrido mes de mayo, el doctor Jones y yo nos sentamos a una mesa de la biblioteca del Instituto Psicoanalítico y conversamos sobre Freud, el psicoanálisis y la vida del doctor Jones, ante la formidable tensión que suponían para nuestros nervios las luces, cámaras, realizadores, encargados de accesorios (pendientes, sobre todo, de la posición de mi cenicero encima de la mesa), maquilladores y electricistas. El doctor Jones tenía entonces setenta y ocho años. Tan sólo unos días antes de su llegada en avión a Nueva York, había sido dado de alta del hospital, tras una importante operación de cáncer, y durante el vuelo había tenido una hemorragia. Sin embargo, se mostraba infatigable e imperturbable. El primer día, durante la pausa del almuerzo, se retiró a la habitación que se le había destinado para descansar y recibir a su médico, el doctor Schur, que había atendido a Freud en sus últimos años. Traté de resistirme a su invitación para que le acompañara, pues pensé que debería dormir un rato o, al menos, dejar de hablar. Nada más lejos de su intención. El doctor Schur era un viejo amigo, y yo, como descubrí con satisfacción, iba por el camino de convertirme en otro más; así que el doctor Jones pensó, desde luego, que lo que la situación requería era precisamente una conversación. Recuerdo que consintió en acostarse, pero se enzarzó con el doctor Schur y conmigo en animada conversación hasta que fue hora de volver al trabajo. Nada es más agotador para algunas personas que el esfuerzo por ser claros e inteligentes en charlas improvisadas ante las cámaras. Pero el doctor Jones no tenía ese temperamento; sobre cualquier tema que se le planteara, hablaba con una claridad meridiana, directa y convincentemente, sin esfuerzo aparente; se limitaba a expresar lo que sabía y creía, y era evidente que disfrutaba al hacerlo. Al término de cada jornada el doctor Jones se dirigía alegre a cualquier acto social o público que tuviera previsto, y yo, agarrotado de cansancio, le veía partir con la sensación de haber conocido al superviviente de una raza de titanes.

Cuando, a instancia del editor americano del doctor Jones, míster Marcus y yo nos encargamos de preparar una edición de la biografía que fuese más asequible al lector medio que los tres gruesos y caros volúmenes originales, éramos, en mi opinión, lo bastante conscientes de la grave obligación que contraíamos. Estimábamos, empero, que por las características del libro, bien podríamos reducir su extensión sin merma de su alcance, ni minimizar su enjundia e importancia, y creemos haberlo conseguido.

Algunos cortes en seguida se impusieron por sí mismos, quedando plenamente justificados. El doctor Jones ha respaldado documentalmente sus manifestaciones, señalando sus fuentes en forma minuciosa; pero el lector medio no precisa de las muchas páginas que representa el despliegue de erudición de que aquél hizo gala. Sin duda, es asimismo acertado contar con las anotaciones del cirujano, relativas a las muchas operaciones de mandíbula de Freud, mas para la mayoría de los lectores

son de escaso interés. El capítulo del doctor Jones referente a la teoría inicial de Freud sobre la muerte, luego abandonada, posee en realidad un interés propio, aunque recapitula en forma ampliada lo que ya sabía el lector por el anterior hilo de la narración. Algo parecido puede decirse de las casi 170 páginas del volumen II de la edición original en las que el doctor Jones resume y comenta la obra de Freud hasta 1919; pero como su propósito al escribir estas páginas se justificaba por la necesidad de tratar en forma más reducida determinados episodios de la vida intelectual de Freud, hemos mantenido ciertos pasajes de este examen, transfiriéndolos a las partes correspondientes del relato biográfico. De la edición original, cerca de 200 páginas del volumen III están dedicadas al «Análisis histórico» de la relación e influencia de Freud sobre diversos campos culturales; esas páginas son de esencial interés, mas integran de por sí casi un libro, y son importantes, ciertamente, para un estudio de Freud, pero no estrictamente necesarias para la comprensión de su vida y su carácter. Sin embargo, también en este caso hemos conservado ciertos pasajes, utilizándolos para dar mayor claridad a algunos puntos del relato. Las cartas de Freud siempre revisten interés, pero opinamos que las incluidas completa o parcialmente en los apéndices de los volúmenes II y III no forman parte integral de la biografía. En la edición original los encabezamientos y las despedidas de las cartas ocupan mucho espacio, por lo que hemos omitido unos y otras, salvo cuando hacían al caso. Hemos respetado todas las notas a pie de página que suponen una explicación necesaria, pero omitimos las digresivas, a menos que tengan un interés concreto.

Las medidas de este tipo no fueron difíciles de adoptar. Donde comenzaron las dificultades, naturalmente, fue al trabajar con el propio texto. Nos permitimos el lujo de sentirnos tranquilos al contar con la insólita abundancia de material con que el libro estaba confeccionado y con la reflexión de que el doctor Jones disponía de muchas más pruebas de las que necesitaba. Además de su propio conocimiento personal de Freud, y de las circunstancias de su vida, de la formación del movimiento psicoanalítico y de las personalidades que lo constituyeron, estaba la masa detallada de información que consiguió en cuanto biógrafo «oficial» y de toda confianza, los recuerdos personales de los familiares, amigos y colegas de Freud, y un enorme volumen de cartas y otros documentos (el hijo del doctor Jones refiere que el primer volumen hubo de ser nuevamente redactado, al hallarse un baúl de cartas después del fallecimiento de la viuda de Freud). El biógrafo que se halla en tal situación tiene suerte, en verdad, y a la vez desgracia. Una especie de devoción natural le impele a conservar cualquier minucia informativa; considera un deber aducir todas las pruebas a su alcance, e incluso examinar su validez. Por no citar más que un ejemplo: el doctor Jones cita varias veces al principio de la narración los recuerdos de una de las hermanas de Freud; casi siempre llegaba a la conclusión de que tenía que estar equivocada respecto a lo que había recordado; consideramos que no era necesario incluir sus recuerdos —que, fieles o no, carecían de importancia en sí mismos— ni las razones del doctor Jones para tenerlos

por erróneos. Y en general, allí donde nos parecía que el doctor Jones añadía las tareas de archivero a las de biógrafo, nos encargamos de librarle de las obligaciones contraídas, de suerte que sus notables facultades de biógrafo pudieran desplegarse con toda energía.

Sólo así pudimos seguir adelante. Por lo demás, Mr. Marcus y yo confiábamos, respecto a nuestra labor editorial, en el tacto literario que esperábamos tener, en nuestro respeto por el doctor Jones, y nuestra admiración por su libro, en nuestro profundo interés por Freud como hombre y como mente. Nuestro sistema consistió en una íntima y razonada colaboración. Cada uno de nosostros leía por separado un capítulo, marcando lo que creíamos que debía omitirse. Luego leíamos juntos el capítulo, comparábamos las exclusiones que proponíamos, acostumbrando discutirlas con cierto detenimiento; teníamos por norma zanjar los desacuerdos conservando el pasaje en cuestión. En varios lugares en que nuestras exclusiones obligaban a nuevas transiciones, las realizamos con lo que creemos constituye el espíritu de la prosa del propio doctor Jones.



Jakob Freud (1815-1836), padre de Sigmund. Hombre de natural amable y gran vitalidad, Sigmund dijo de él que «siempre confiaba en la esperanza de que algo bueno había de acontecer». Jakob se casó dos veces, y Sigmund fue fruto de su segundo matrimonio.

1. Los orígenes (1856-1860)

Sigmund Freud nació a las 6,30 de la tarde del 6 de mayo de 1856, en la calle Schlossergasse n.º 117, en Friburgo, Moravia, y murió el 23 de septiembre de 1939, a las 20, en Maresfield Gardens, Londres. El nombre de Schlossergasse fue cambiado más adelante, en su honor, por el de Freudova.

En su breve autobiografía (1925) Freud escribió: «Tengo razones para suponer que la familia de mi padre estuvo establecida por largo tiempo en la Renania (en Colonia), que en el siglo XIV o XV emigraron hacia el este huyendo de una persecución antisemita y que en el curso del siglo XIX regresaron de Lituania a la Austria alemana, a través de Galitzia.» Cuando los nazis pusieron en vigor sus doctrinas raciales, Freud objetó, un poco en broma, pero contristado, que los judíos tenían por lo menos tanto derecho a vivir sobre el Rin como los alemanes, ya que aquéllos se establecieron en la región en los tiempos de Roma, cuando aún los últimos se hallaban empeñados en empujar a los celtas hacia el oeste.

En su juventud Freud se interesó por la historia de su familia, pero se ignora al presente qué prueba tuvo para lo que afirmó con respecto a la Renania, ni por qué prefirió señalar a Colonia, salvo el hecho históricamente establecido de que hubo en esa ciudad, en la época romana, una población judía. Su afirmación parece tener, sin embargo, una curiosa confirmación en el hecho de haberse descubierto en 1910, en la catedral de Brixen —actualmente Bressanone—, en el sur del Tirol, un fresco con la firma de «Freud de Çolonia». Freud y su hermano fueron a esa localidad para examinarlo, pero no se pudo establecer si ese pintor fue realmente un antepasado de su familia, o siquiera si fue judío.

El bisabuelo de Freud era llamado Reb Efraim Freud y su abuelo Reb Schlomo Freud. Este último falleció el 21 de febrero de 1856, es decir, poco antes del nacimiento de Freud. De él recibió éste su nombre judío Schlomo.

Su padre, Jakob Freud, que nació en Tysmenitz, Galitzia, el 18 de diciembre de 1815 y vivió hasta el 23 de octubre de 1896, fue comerciante, dedicándose especialmente a la venta de lana. Se casó dos veces. De su primer casamiento, contraído cuando contaba diecisiete años, tuvo dos hijos: Emmanuel, nacido en 1832, y Philipp, nacido en 1836. El 29 de julio de 1855, a la edad de cuarenta años, y tres años después del fallecimiento de su primera mujer, Saly Kanner, contrajo nupcias en Viena con Amalia Nathansohn. La vida de ésta fue más prolongada aún

que la de su esposo, desde el 18 de agosto de 1835 al 12 de septiembre de 1930. Con estos antecesores, un padre que vivió hasta los ochenta y uno y una madre que alcanzó la edad de noventa y cinco, Freud estaba normalmente destinado a una larga vida, y contaba realmente con una vitalidad que le hubiera llevado a sobrepasar considerablemente la edad de ochenta y tres años a que llegó, a no ser por su afección cancerosa. De Jakob Freud se sabe que era algo más alto que su hijo, que tenía un parecido físico con Garibaldi y que tenía un natural amable y era querido por todos en su familia. Freud observaba que él era una copia de su padre en lo físico, y hasta cierto punto también en lo intelectual. Describe también a su padre como una especie de Micawber, como una persona que «siempre confiaba en la esperanza de que algo bueno habría de acontecer». En el momento de contraer segundas nupcias era ya abuelo; su hijo mayor, que vivía cerca de él, tenía más de veinte años, y era padre a su vez de un niño, Hans, al que pronto seguiría una niña, Pauline. El joven Sigmund nació tío, como se ve, una de las muchas paradojas que su inteligencia infantil debió superar.

En cuanto a la madre de Freud, de fuerte personalidad, el autor de este libro conserva numerosos recuerdos, tanto de Viena como de Ischl, donde ella acostumbraba pasar todos los veranos, entretenida a veces en jugar a los naipes a una hora en que la mayoría de las señoras mayores descansan ya en su lecho. El alcalde de Ischl la felicitaba el día de su cumpleaños (que coincidía casualmente con el cumpleaños del emperador), haciéndose presente con un ceremonioso obsequio floral, aun cuando, al cumplir ella los ochenta, él anunció jocosamente que de ahí en adelante esas visitas semi-reales habrían de realizarse solamente cada diez años. A la edad de noventa años rechazó el obsequio de un hermoso chal, alegando que «le haría parecer demasiado anciana». A los noventa y cinco, seis semanas antes de morir, su fotografía apareció en los periódicos: «Es una mala copia —comentó—, me hace aparentar un siglo de edad.» Resultaba extraño, para un joven visitante, oírla referirse al gran maestro como «mi áureo Sigi» (*mein goldener Sigi*), y evidentemente existió, en todo y por todo, un estrecho vínculo entre ambos. En sus años de juventud fue esbelta y hermosa, y mantuvo hasta el fin su espíritu alegre y despierto y su aguda inteligencia. Era oriunda de Brody, en la Galitzia nororiental, cerca de la frontera con Rusia. Había pasado parte de su niñez en Odesa, donde se habían establecido dos de sus hermanos. Sus padres se habían mudado a Viena siendo ella muy niña aún, y tenía vívidos recuerdos de la revolución de 1848 en esta ciudad. Conservaba una fotografía que mostraba agujeros de disparos hechos durante la revolución. Casada antes de los veinte años, dio a luz a Sigmund, el primogénito, a la edad de veintiuno, y tuvo después cinco hijas y dos hijos más, en el siguiente orden: Julius, que murió a los ocho meses de nacido, Anna, que nació cuando Freud tenía dos años y medio (el 31 de diciembre de 1858), Rosa, Marie (Mitzi), Adolfine (Dolfi), Paula, Alexander, este último exactamente diez años menor que Sigmund. Todos los que llegaron a la edad adulta se casaron, con excepción de Adolfine, que se quedó con la madre. Con el advenimiento de nietos y

biznietos, la familia Freud llegó a ser considerable. Freud provenía, pues, de una estirpe prolífica.

De su padre heredó Freud su sentido del humor, su sagaz escepticismo acerca de las inciertas vicisitudes de la vida, su hábito a traer a colación un principio moral apoyándolo en el relato de una anécdota judía, su liberalismo y sus actitudes de librepensador, y quizá también su proprensión a dejarse conducir por su mujer. De su madre le venía, según él mismo decía, su «sentimentalismo». Este término, especialmente ambiguo en alemán, debe tomarse probablemente en el sentido de denotar su vivo temperamento, con las apasionadas emociones de que era capaz. En cuanto a su inteligencia, era simplemente suya.

Josef es el único tío a quien menciona por su nombre. Debe señalarse de paso que este nombre jugó a menudo cierto papel en su vida. Pasó sus años de estudiante (1875-83) en la Josefstrasse de Viena. Josef Paneth («mi amigo José», de la *Interpretación de los sueños)* fue su amigo y colega en el Instituto de Fisiología, en el que le sucedió, y Josef Breuer fue para él, durante años, un personaje importante, el hombre que le guió por el sendero que le condujo al psicoanálisis. Josef Popper-Lynkeus fue el que más próximo estuvo en anticipársele en la teoría sobre los sueños. Y sobre todo el José de la Biblia, famoso intérprete de sueños, fue una figura tras de la cual a menudo se escondía Freud en sus propios sueños.

Nació con abundante cabello, rizado y negro, tanto que su joven madre le puso por mote «mi negrito». Siendo adulto ya, su cabello y sus ojos eran negros, pero no era moreno de tez. Había nacido con la cabeza cubierta por una membrana fetal, hecho éste que se interpretó como seguro augurio de felicidad y fama. Y cuando cierto día una anciana, con quien la joven madre se topó por casualidad en un almacén de pastas, reforzó esta creencia, informándole que había traído al mundo un gran hombre, la orgullosa y feliz mamá creyó firmemente en la predicción. Manto y ropaje de héroe venían tejiéndose, pues, para él, desde la misma cuna. Pero Freud, el escéptico, no habría de apropiárselos fácilmente. He aquí lo que escribió: «Profecías como éstas deben ser muy frecuentes. Son muchas las madres felices y esperanzadas, muchas las ancianas campesinas, y otras mujeres ancianas, que después de ver perdido aquello que les dio en un tiempo su poder mundano, vuelven sus ojos hacia el futuro. No es probable, por otra parte, que una profetisa haya de sufrir en modo alguno a causa de sus profecías.» El relato de lo ocurrido debe haberse repetido con tanta frecuencia que, a pesar de todo, cuando una nueva profecía vino a reforzar la primitiva —a los once años—, no dejó de sentirse ligeramente impresionado. Esto lo describió más tarde en los siguientes términos:

«Cierta noche, hallándonos en un restaurante en el Prater, adonde mis padres solían llevarme cuando yo tenía once o doce años de edad, advertimos la presencia de un hombre que iba de mesa en mesa y por una pequeña paga improvisaba unos versos sobre cualquier tema que se le indicaba. Me mandaron que lo trajese a nuestra mesa, por lo que

el hombre demostró gratitud. Antes de pedir que se le indicara un tema, hizo oír unas rimas que se referían a mí, y dijo que, si podía dar crédito a la inspiración, yo llegaría algún día a ser "ministro". Puedo recordar todavía con nitidez la impresión que me produjo esta segunda profecía. Era la época del "ministro Burgués". Mi padre había traído a casa, hacía poco, los retratos de los graduados universitarios burgueses Herbst, Giskra, Unger, Berger y otros, en homenaje a los cuales iluminamos nuestra casa. Había entre ellos incluso judíos, de modo tal que todo escolar judío aprovechado llevaba en su mochila una cartera ministerial. Es posible que de la impresión que me quedó de esa época se derive el hecho de que, hasta poco antes de ingresar en la Universidad, yo haya querido estudiar jurisprudencia y sólo haya cambiado de parecer en el último momento.»

En un sueño que describió años más tarde, aparece como ministro de gabinete, en una época en que esta particular ambición debió haber desaparecido ya de sus pensamientos en la vigilia. En su vida de adulto su interés por la política y por las formas de gobierno no fue mayor que el del común de la gente.

Como más tarde escribiría Freud: «Cuando un hombre ha sido el favorito indiscutido de su madre, logra conservar durante toda la vida un sentimiento de vencedor, esa confianza en el éxito que a menudo conduce realmente al éxito.» Pocas veces se vio afectada esa confianza en sí mismo, una de las características sobresalientes de Freud, y éste tuvo razón en señalar como origen de ella aquella seguridad respecto al amor de su madre. Vale la pena mencionar aquí que, como cabía suponer, fue alimentado al pecho de su madre.

En la casa había también una nodriza, vieja y fea, con esa mezcla profesional de cariño hacia los niños y severidad para todo lo que en ellos fuera una transgresión. Se desenvolvía con capacidad y eficiencia. En sus obras, Freud se refiere a menudo a la que denomina «esa vieja prehistórica». El le profesaba cariño, y solía darle todas sus monedas, y se refiere a esto último como a un recuerdo encubridor.[2] Es posible que esto estuviera relacionado con el hecho de habérsela despedido, más tarde, por robo, cuando él contaba dos años y medio de edad. Ella era checa, y ambos conversaban en checo, si bien Freud olvidó más tarde este idioma. Y lo que era más importante, era católica, y solía llevar con ella al niño para asistir a los servicios religiosos. Implantó en su ánimo las ideas de cielo e infierno y probablemente las de salvación y resurrección. De regreso de la iglesia, el niño solía ponerse a predicar y a explicar cómo se las arregla el buen Dios. Sólo unos pocos recuerdos conscientes conservaba Freud de sus tres primeros años, cosa que ciertamente puede afirmarse también de sus primeros seis o siete años. Pero en su autoanálisis desenterró indudablemente muchos otros de importancia, que había olvidado. Logró esto —según afirma— a la edad de cuarenta y dos años. Entre las cosas olvidadas figura cierto conocimiento que tenía del checo. Entre las recordadas (conscientemente) figuran unas pocas, insignificantes en sí mismas, que sólo tienen el interés que

les confiere el ser los únicos recuerdos salvados de la amnesia. Uno de ellos se refiere a haber penetrado en el dormitorio de los padres, impulsado por la curiosidad (sexual), y haber sido expulsado de allí por la protesta indignada del padre.

A la edad de dos años mojaba aún la cama, y era el padre, no su indulgente madre, quien le regañaba. Recordaba haber dicho en una de esas oportunidades: «No te preocupes, papá. Voy a comprarte una hermosa cama roja, nueva, en Neutitschein» (ciudad principal del distrito). De hechos como éste fue de donde surgió su convicción de que es el padre quien representa para el hijo, típicamente, los principios de denegación, coacción, restricción y autoridad. El padre ocupa el lugar del «principio de la realidad», la madre el del «principio de placer». No hay motivo para suponer, sin embargo, que su padre fuera más riguroso de lo que es habitualmente todo padre. Hay más bien pruebas de lo contrario: que fue amable, cariñoso y tolerante, si bien justo y objetivo. Claro está que si, por otra parte, veía en su padre, como otros niños lo hacen a esa edad, «al más poderoso, más sabio y más rico de los hombres», pronto habría de verse desilusionado de una manera particularmente dolorosa.

Un incidente que no podía recordar era el de haberse caído de un taburete, a la edad de dos años, y haber recibido un fuerte golpe en la mandíbula al chocar con el borde de la mesa que estaba explorando en busca de una golosina. Se hizo una herida de cierta importancia, que requirió puntadas y que sangró profusamente. Le quedó una cicatriz para toda la vida.

Otro hecho, más importante que éste, y registrado un poco antes, fue la muerte de su hermanito, cuando Freud tenía diecinueve meses y el pequeño (Julius) ocho. Antes del nacimiento de éste, el pequeño Sigmund no había tenido que compartir con nadie el afecto y la leche de la madre, pero luego hubo de experimentar hasta qué punto pueden ser poderosos los celos infantiles. En una carta dirigida a Fliess (1897), admite los malos sentimientos que abrigaba contra el rival y agrega que la realización de los mismos con la muerte del pequeño había hecho surgir en él autorreproches, y que una tendencia hacia los mismos le había quedado desde entonces.[3] En la misma carta relata cómo fue estimulada su libido dirigida hacia la madre, entre los dos años y dos y medio, en ocasión de haberla contemplado desnuda. Vemos así que el pequeño Freud sintió bien temprano el impacto de los grandes problemas del nacimiento, el amor y la muerte.

Todo hace pensar que, después de sus padres, la persona más importante para Freud, en su primera infancia, fue su sobrino Hans, un niño que sólo contaba un año de edad más que él. Eran compañeros inseparables, y existen indicios de que sus juegos no fueron del todo inocentes. Como era de esperar, alternaban entre ellos el cariño y la hostilidad, pero no cabe duda de que los sentimientos en este caso profesados, por lo menos en lo que a Sigmund se refiere, eran de una intensidad mucho mayor que la habitual. Más tarde escribió éste, al referirse a sus héroes de la infancia, Aníbal y el mariscal Masséna: «Es posible

que el origen de este ideal bélico deba buscarse más lejos aún, en los primeros años de mi infancia, en los deseos que, en mis relaciones con un niño que tenía un año más que yo, relaciones alternativamente amistosas y hostiles, tienen que haber surgido en el más débil de los dos.» Hans era, naturalmente, el más fuerte, pero el pequeño Sigmund supo comportarse en la ocasión y no se quedó atrás en nada. No hay duda de que se hallaba dotado de una considerable dosis de belicosidad, si bien más tarde, con la madurez, ésta se vio mitigada. Era posible conocerle bastante de cerca sin sospechar todo el fuego que ardía, o había ardido, tras de su mesurado aspecto.

Cuando Freud se puso a la tarea de pasar revista a su infancia, señaló repetidas veces cómo su ambivalencia frente a Hans condicionó el desarrollo de su carácter. «Hasta que cumplí cuatro años habíamos sido inseparables. Nos habíamos querido y nos habíamos peleado, y esta relación infantil, como ya lo he dado a entender, determinó todos mis sentimientos ulteriores, en la relación con personas de mi misma edad. Mi sobrino Hans volvió a encarnarse repetidas veces, para mí, después de aquellos años, haciendo revivir, un día un aspecto, otro día otro, de un carácter que se halla indeleblemente grabado en mi memoria inconsciente. Debió haberme tratado algunas veces muy mal, y yo debo haber enfrentado a mi tirano en forma valerosa...» Y más adelante: «Un amigo íntimo y un odiado enemigo fueron siempre indispensables a mi vida emocional. Siempre me he mostrado capaz de crearlos en cada caso, y con no escasa frecuencia mi ideal infantil estuvo tan cerca de realizarse que mi amigo y enemigo coincidían en una misma persona, aunque no simultáneamente, desde luego, como fue el caso en mi primera infancia.»

Pronto se dio cuenta de que este compañero, casi de la misma edad, que él, era, además, su sobrino, hijo de su hermano Emmanuel, y que como tal llamaba abuelo a papá Jakob. Habría sido seguramente más natural que el niño mayor y más fuerte fuera el tío y no él. No hay duda de que Freud nació intelectualmente bien dotado, pero la complejidad de las relaciones en la familia debe haber representado un poderoso incentivo para su naciente inteligencia, para su curiosidad y su interés. Desde muy temprano se vio obligado a resolver desconcertantes problemas, y problemas que desde el punto de vista emocional eran de la mayor importancia para él. Vale la pena, por eso, insistir en este aspecto de la complejidad, y tratar de imaginarse lo que ello pudo significar para su mente en desarrollo.

Cuando más adelante (probablemente cuando contaba diecinueve años) su hermanastro Emmanuel le hizo el comentario de que la familia comprendía en realidad tres generaciones —que Jakob, en efecto, debía haber sido abuelo de Sigmund—, la observación le pareció iluminadora. Evidentemente el problema de las relaciones familiares llegó a un punto decisivo con el nacimiento de su primera hermana, Anna, cuando él tenía exactamente dos años y medio de edad. ¿Cómo y por qué había aparecido esta usurpadora, con la que tendría que compartir nuevamente el cálido amor de su madre, que antes fue para él sólo? Los cambios operados en la figura de la madre aclaraban, a los ojos de este niño ob-

servador, la procedencia de la criatura, pero no explicaban cómo había ocurrido todo aquello. Y en ese preciso momento, mientras la madre se hallaba en la cama con la recién nacida, desapareció la niñera. Como lo supo más tarde, se la había sorprendido robando su dinero y sus juguetes, y Philipp[4] había insistido en que se la detuviera. Fue condenada a diez meses de cárcel. Como tenía motivos para sospechar que Philipp tuviera algo que ver con esta desaparición, Freud le preguntó qué se había hecho de la mujer, recibiendo de él esta contestación jocosa y ambigua: *Sie ist eingekastelt*. Para un adulto esto significaría «ha sido puesta en prisión», pero para su mente infantil aquella expresión tomó un significado más literal: «Ha sido metida en un armario.» Esto se relaciona con un fascinante análisis que él mismo hizo, cuarenta años más tarde, de un recuerdo aparentemente incomprensible de su infancia. Se veía parado ante un cajón que su hermanastro mantenía abierto, y preguntando a éste, con lágrimas en los ojos. A continuación de esto, y aparentemente proveniente de la calle, entra en la habitación su madre, notablemente delgada (es decir, no embarazada). Al principio creyó que se trataba de alguna mala broma de su hermano, interrumpida por la llegada de su madre. Al ser psicoanalizado el recuerdo, el episodio cobró un aspecto completamente diferente. Freud echaba de menos a su madre, que seguramente habría salido a dar un paseo, y se había dirigido al perverso hermano que había puesto a su niñera en un cajón, suplicándole que no hiciera seguir a la madre igual suerte. El hermano abrió gentilmente el cajón para confirmarle que no estaba la madre en el interior del mismo, a continuación de lo cual el pequeño se echó a llorar. El análisis ulterior demostró que el cajón era un símbolo del vientre materno, y que la ansiosa requisitoria al hermano no se refería solamente a la momentánea ausencia de la madre, sino también al problema, más inquietante, de si otro inoportuno hermanito había sido colocado en ese importante lugar. Philipp era el que tenía que ver con eso de colocar gente en «cajones», y el pequeño se había forjado la fantasía de que su hermanastro y su madre, que eran de la misma edad, habían colaborado en hacer aparecer a la usurpadora Anna.

La experiencia a que acabamos de referirnos debe de haber tenido un efecto duradero, ya que Freud nunca demostró simpatía a dicha hermana. Pero evidentemente se resignó a los hechos de esta índole, y el episodio siguiente despertó el lado cariñoso de su naturaleza; Rosa fue, en efecto, su hermana favorita, y en segundo término, lo fue Adolfine.

Si contemplamos las cosas a través de la lente de la infancia no parecerá extraño que papá Jakob y la niñera ocuparan el mismo plano, como personas de autoridad y capaces de prohibir. Inmediatamente después venían Emmanuel y su mujer, y luego quedaban Philipp y Amalia, los dos de una misma edad. Todo esto resultaba muy correcto y muy lógico, pero ahí estaba el hecho desazonante de ser Jakob, y no Philipp, quien dormía en la misma cama con Amalia. Todo esto resultaba muy intrigante.

Este orden de colocación de las figuras familiares, por parejas, cosa que de por sí nos pareció natural, tendría como motivación una ventaja

psicológica más profunda, por el hecho de que, colocando al padre en una perspectiva más lejana dentro de la constelación familiar, se le podía liberar de la rivalidad con respecto a la madre, por lo que se refiere a traer nuevos niños intrusos. Tenemos todos los motivos para suponer que la actitud consciente de Freud con respecto a su padre, pese a lo que éste representaba como autoridad y frustración, fue invariablemente de cariño, admiración y respeto. Todo componente hostil era íntegramente desplazado a las figuras de Philipp y Hans. Por eso representó para él una verdadera sacudida el descubrir, cuarenta años más tarde, su propio complejo de Edipo y tener que admitir que su inconsciente había adoptado, con respecto a su padre, una actitud muy diferente de la actitud consciente. No fue pura casualidad que llegara a tal convicción cuando apenas había transcurrido un año o dos de la muerte de su padre.

Al tratar de rastrear, de la manera más eficaz posible, los orígenes de los descubrimientos originales de Freud, podemos considerar, por lo tanto, con legítimo fundamento, que el más grande de estos descubrimientos —la universalidad del complejo de Edipo— se vio poderosamente facilitado por su propia desusada constelación familiar, por el espolonazo que ésta significó para su curiosidad y por la oportunidad que representó para su completa represión.

En sus escritos, Freud no hizo nunca alusión a la mujer de Emmanuel. Su sobrina Pauline, en cambio, tuvo para él cierta significación emocional. En el recuerdo encubridor puesto al descubierto por el doctor Bernfeld se pone de manifiesto cierta atracción amorosa hacia ella, y detrás de esto una fantasía de violación perpetrada en su persona entre él y Hans. Freud mismo relató la forma cruel en que solían tratarla él y su sobrino, y se puede suponer que esta conducta incluía un comportamiento erótico, manifiesto o no. Este último rasgo constituye el primer signo de que la constitución sexual de Freud no era exclusivamente masculina. Corretear entre dos significa, después de todo, compartir la propia gratificación con otra persona del mismo sexo.

Friburgo es una pequeña y tranquila ciudad en el sudeste de Moravia, cera de los límites de Silesia y a doscientos cincuenta kilómetros al nordeste de Viena.

La ciudad estaba dominada por el campanario de la iglesia de Santa María, de sesenta metros de altura, que pretendía ocupar el primer lugar en la provincia por el repique de sus campanas. La población, que en la época en que nació Freud era de cinco mil habitantes, era católica, apostólica y romana en su casi totalidad, no pasando del dos por ciento los protestantes, y otro tanto los judíos. Un niño tenía que darse cuenta, bien pronto, de que su familia no formaba parte de la mayoría y no asistía a la iglesia, de modo que las armonías de ese repique no significaban amor fraternal, sino hostilidad, para el pequeño círculo de los no creyentes.

Para el hombre sobre quien recaía la responsabilidad de esta pequeña familia, los tiempos que corrían eran más que angustiosos. Jakob era un comerciante en lanas, y en los últimos veinte años la fabricación

de tejidos, fuente principal de ingresos de la ciudad, había decaído mucho. Tal como sucedía en toda Europa Central, la introducción de maquinarias comportaba una creciente amenaza para el trabajo manual. La nueva línea férrea de Viena, el Ferrocarril del Norte inaugurado después de 1840, había marginado a Friburgo, dislocando su comercio y produciendo una considerable desocupación. La inflación que siguió a la Restauración de 1851 acentuó aún más la pobreza en la ciudad, que en 1859, el año de la guerra italo-austríaca, se encontraba económicamente arruinada.

Los negocios de Jakob se vieron directamente afectados. Pero a la angustia consiguiente se unieron otros presagios, aún más siniestros. Una de las consecuencias de la revolución de 1848-49 había sido la de convertir el nacionalismo checo en un factor poderoso dentro de la política austríaca, y estimular con ello el odio de los checos contra la población austroalemana, la clase dirigente de Bohemia y Moravia. Bien pronto esto se volvió contra los judíos, que eran alemanes por su idioma y educación, y de hecho, en Praga, la revolución comenzó con motines de los checos contra los fabricantes textiles judíos. El infortunio económico se alió al nacionalismo naciente para volverse una vez más contra el chivo expiatorio tradicional, los judíos. Incluso en la pequeña Friburgo, los fabricantes de ropa, todos ellos checos sin ninguna excepción, comenzaron, en su descontento, a considerar a los comerciantes textiles judíos como responsables de su difícil situación. No parecen haberse registrado verdaderos actos de violencia contra ellos o contra sus bienes, pero de todos modos no es posible sentirse seguro en una comunidad pequeña y mal dispuesta.

Y aun suponiendo que todo esto no fuera así, hay que tener en cuenta que los medios educacionales con que se podía contar en una pequeña ciudad remota y en decadencia no eran muy prometedores para el cumplimiento de aquella profecía de la campesina acerca del futuro de grandeza del pequeño Sigmund. Jakob tenía todos los motivos para pensar que Friburgo no encerraba ningún futuro favorable para él y los suyos. Y es así como en octubre de 1859, cuando Sigmund contaba tres años de edad, hubo de reiniciarse el viejo éxodo de la familia —Palestina, Roma, Colonia, Lituania, Galitzia, Moravia—, tal como habría de reiniciarlo también el propio Sigmund, una vez más, unos ochenta años más tarde.

En el viaje hacia Leipzig, donde la familia se aposentó un año, antes de ir a Viena, pasaron por Breslau, donde Freud, por primera vez, tuvo ocasión de ver un alumbrado de gas, que le hizo pensar... ¡en almas de difuntos ardiendo en el infierno! Ese viaje señala también el origen de una «fobia» a los viajes en tren, que le hizo padecer bastante durante cerca de doce años (1887-99) hasta que fue capaz de resolverla mediante el análisis. Resultó que estaba ligada al miedo de abandonar su casa (y en última instancia el pecho de la madre), un temor pánico de morir de hambre, que a su vez debe haber sido una reacción a cierta voracidad infantil. Algunos vestigios de aquélla perduraron más adelante, en forma de una leve angustia (injustificada) acerca de perder el tren.

En el viaje de Leipzig a Viena, un año más tarde, Freud tuvo ocasión de ver desnuda a su madre: un temible acontecimiento que relató cuarenta años más tarde a Fliess... ¡pero en latín! Cosa curiosa, la edad que señala en su carta es entre dos años y dos y medio, aunque en realidad tenía cuatro años cuando realizaba ese viaje. Se debe sospechar la superposición de dos recuerdos diferentes de dicha situación.

Emmanuel, con su mujer, sus dos chicos, y su hermano Philipp, se fue a Manchester, donde su conocimiento de la industria del vestido le fue muy útil y le procuró cierto éxito. Su hermanastro nunca dejó de envidiarle esta migración, e Inglaterra siguió siendo, durante toda su vida, el país de sus preferencias. Complace pensar que sus últimos días los pasó en ese país, confortado por la cálida recepción y las comodidades que allí le esperaban.

Freud nos ha enseñado que las bases esenciales del carácter quedan asentadas a la edad de tres años, y que los acontecimientos ulteriores sólo pueden modificar, pero no cambiar, los rasgos establecidos en esa época. A esa edad es cuando él fue sacado —o mejor, meditando bien las circunstancias del caso, podría decirse arrancado— del feliz hogar de su primera infancia, y nos vemos obligados a examinar detalladamente lo poco que se conoce de este periodo, para aquilatar debidamente su influencia sobre el desarrollo ulterior de su vida.

Estaría fuera de lugar aquí el entregarse a especulaciones. Podemos afirmar que Sigmund era aparentemente un niño sano y normal, y sólo podemos anotar brevemente las pocas peculiaridades que distinguen su infancia del común de los niños. Son pocas pero importantes.

Era el mayor de los hijos, al menos en cuanto a la madre, y por ello el centro de lo que puede llamarse la familia interna. Este hecho ya es interesante de por sí, dado que el primogénito es siempre diferente, para bien o para mal, de los otros hijos. Esta situación puede conferir al niño un sentimiento especial de importancia y responsabilidad, así como también crearle un sentimiento de inferioridad por el hecho de ser —mientras no llega otro niño— el miembro más débil de su pequeña comunidad. No cabe duda de que en el caso de Freud sucedió lo primero. El sentimiento de responsabilidad con respecto a todos sus parientes y amigos llegó a convertirse en un rasgo primordial de su carácter. Este giro favorable se debió en parte, evidentemente, al cariño —digamos la adoración— que le profesó su madre. La solidez de su autoconfianza fue tal que sólo en raras ocasiones se vio conmovida.

Esta situación ventajosa, por otra parte, no podía considerarse tampoco como una cosa indiscutida. Su privilegio se vio amenazado, y tuvo que hacer frente a la amenaza. Si bien él era el único hijo, había que contar con Hans, a quien le correspondía, por derecho, el segundo lugar, pero que, paradójicamente, era mayor y más fuerte que Sigmund. Este debió hacer acopio de todo su vigor para luchar contra el rival y mantener a salvo su situación de primacía.

Problemas más sombríos aún surgieron el día que vislumbró que cierto hombre tenía con su madre relaciones aún más íntimas que las de él. Antes de cumplir dos años, y por segunda vez, había ya otro bebé

en camino, y pronto ello se hizo evidente. Era inevitable que surgieran tanto los celos contra el intruso como el odio hacia la persona, quienquiera que fuera, que había inducido a la madre a tan desleal proceder. Haciendo caso omiso de lo que sabía en cuanto a la distribución de las camas y de las personas que en ellas dormían, rechazaba la idea insoportable de que la nefasta persona en cuestión pudiera ser su amado y perfecto padre. Para salvar su amor al padre lo sustituyó en esto por su hermanastro Philipp, contra quien subsistía, además, la inquina por haberle privado de su niñera. De este modo, las cosas parecían más verosímiles, y eran seguramente menos desagradables.

La solución que halló era de carácter efectivo, no intelectual, pero desde el comienzo de su vida hasta sus últimos días, Freud no era hombre de que se conformara con soluciones solamente efectivas. Sentía una verdadera pasión por *comprender*. Esta necesidad de comprender se vio estimulada desde el comienzo, de tal forma que hacía imposible la evasiva. Su inteligencia se encontró con una tarea ante la que no retrocedió en ningún momento hasta que, cuarenta años más tarde, encontró una solución que a la vez habría de inmortalizar su nombre.

2. Niñez y adolescencia (1860-1873)

De este periodo de la vida de Freud conocemos menos que de su primera infancia. El mismo no tuvo, para investigar lo que se refiere a esta época, o para escribir acerca de ella, los mismos motivos que tuvo para estudiar su evolución más temprana, cuando se dispuso a hacer esto, a la edad de cuarenta y un años. Lo poco que sabemos proviene de su madre o de su hermana, así como de algunas observaciones que ocasionalmente hiciera él mismo en sus años posteriores. La imagen que nos formamos gracias a estas impresiones es la de un niño «bueno», no díscolo, muy dado a leer y estudiar. Favorito de su madre como fue, era dueño de una confianza en sí mismo que le decía que habría de realizar alguna cosa valiosa en su vida, y tenía la ambición de hacerlo, si bien la dirección en que esto habría de realizarse se mantuvo sin decidir por mucho tiempo.

Los primeros años en Viena fueron evidentemente muy poco agradables. Freud decía más tarde que recordaba muy poco de sus primeros años, entre los tres y los siete: «Fueron tiempos difíciles y que no valía la pena recordar.»

Los recuerdos ininterrumpidos comienzan a la edad de siete años. No pasan de cinco los episodios de que tenemos noticias entre los tres y los siete años. El primero, que nos relata su madre, se refiere a haber manchado con las manos sucias una silla, por lo que la consoló luego con la promesa de que llegaría a ser un hombre grande y le compraría entonces otra, un ejemplo más de lo que hoy se denomina tendencia a reparar, y afín a la promesa anteriormente hecha a su padre de comprarle una cama roja. Ello indica que el amor era en él más poderoso que la agresividad. El episodio siguiente, más interesante, fue relatado por él mismo. Era casi su único recuerdo de esa época. Cuando tenía cinco años, su padre les entregó a él y a su hermanita un libro (un relato de un viaje a través de Persia), con la perniciosa sugestión de que se entretuvieran arrancándole las láminas de color, cosa que por cierto no delataba a un padre severo. Es una extraña forma de educación, pero tuvo su efecto. Freud atribuyó a esto, más tarde, la primera pasión de su vida —la de reunir y poseer libros—, pero también llama a este episodio un «recuerdo encubridor» de algo más primitivo. Otro recuerdo se refería a su madre en actitud de asegurarle, a la edad de seis años, que hemos sido hechos de tierra y que por lo tanto debemos de volver a la tierra. Cuando él expuso sus dudas acerca de esta desagradable afirmación, ella frotó sus manos y le mostró los oscuros fragmentos de epi-

dermis que aparecieron como una muestra de la tierra de que estábamos hechos. Su asombro no tuvo límites, y por primera vez captó en cierto modo la sensación de lo inevitable. Como lo expresó más tarde: «Lentamente fui admitiendo la idea que más adelante habría de ver expresada en estas palabras: debes a la naturaleza una muerte.»

Otro episodio se refiere al recuerdo consciente de haberse orinado (deliberadamente) en el dormitorio de sus padres, a la edad de siete u ocho años, lo que le valió esta insólita expresión del padre al reprenderle: «Este niño nunca llegará a nada.» Este juicio era bien ajeno al orgullo que habitualmente sentía Jakob por su hijo. Acerca de ello escribió Freud: «Esto debe haber representado una afrenta terrible para mi ambición, ya que mis sueños registran, una y otra vez, alusiones a esta escena, seguidas siempre de la enumeración de las cosas por mí realizadas y los éxitos alcanzados, como si quisiera decir: "después de todo, ya ves que he llegado a ser algo."»

Su primer domicilio en Viena fue en la Weissgärberstrasse, una callejuela en el distrito (de amplia población judía) denominado Leopoldstadt, cerca del Prater. El rápido crecimiento de la familia les obligó a trasladarse a un piso más amplio, en la Kaiser Josefstrasse, donde vivieron de 1875 a 1885. Estaba compuesto de un *living-room,* un comedor, tres dormitorios y un «gabinete». Dice la hermana: «Teníamos numerosas habitaciones y gozábamos de una situación bastante próspera.» Pero la casa, en verdad, no nos parece excesivamente grande para ocho personas. Sabemos, además, que a menudo el padre recibía ayuda económica de la familia de su mujer, de modo que la palabra «próspera» no pasaba de ser un eufemismo. No había cuarto de baño, pero cada quince días dos robustos porteadores traían a la casa una amplia tina y varios recipientes con agua caliente y fría, y lo dejaban todo en la cocina, para venir a retirarlo al día siguiente. Sin embargo, cuando los hijos llegaban a una edad adecuada, la madre los llevaba a uno de los numerosos baños públicos. El «gabinete», una habitación larga y estrecha, separada del resto de la casa y con una ventana que miraba a la calle, le fue adjudicado a Sigmund. Allí vivió y trabajó hasta que llegó a ser interno en el hospital. El único cambio que pudo notarse en la habitación a lo largo de sus años de colegio y de Universidad fue la aparición sucesiva de nuevos armarios atestados de libros. En los años de su primera juventud solía incluso cenar en su habitación, para no sustraer ningún tiempo de sus estudios. Tenía una lámpara de queroseno para él solo, mientras que en los otros dormitorios sólo había bujías.

Para ilustrar la estimación que a él y a sus estudios se asignaba en la familia podrá servir una triste historia que relata su hermana. Cuando ésta contaba ocho años, la madre, que tenía gran afición musical, le hacía practicar el piano, pero aun cuando el instrumento se hallaba bastante lejos del «gabinete», el sonido perturbaba tanto al joven estudiante, que éste insistió en que lo retiraran. Y así se hizo. De este modo ningún miembro de la familia recibió educación musical alguna, como tampoco la recibieron los hijos de Freud. La aversión que éste sentía a la música constituye una de sus características más conocidas.

Después de las lecciones recibidas de su madre, su padre se hizo cargo de su instrucción antes de mandarlo a una escuela privada. Aun cuando era un autodidacto, el padre de Freud era evidentemente un hombre valioso, por encima del común de la gente, por su inteligencia y por su aspecto. Si se debe dar crédito al relato, el excelente progreso que se registró en esta etapa de su aprendizaje sería una prueba de la satisfactoria relación con el padre. Él mismo contaba que desde la edad de doce años solía acompañar a su padre en paseos que realizaba por los alrededores de Viena. No existía, en esa época, el interés por el deporte y el atletismo que más tarde se generalizó en Europa Central, e indudablemente el ejercicio a que se entregó principalmente fue el pedestrismo, especialmente en las montañas; más tarde hizo la observación de que el salir a pasear solo había constituido su principal placer en sus años de estudiante. También le gustaba —según afirmaba— el patinaje, pero este arte se reducía en esta época a algo muy primitivo. Era un buen nadador y no perdía nunca una oportunidad de bañarse en un lago o en el mar. Contaba que sólo una vez subió a un caballo y que no se sintió cómodo en esta situación. Pero era indudablemente un excelente caminante. A la edad de sesenta y cinco años participó en una caminata por las montañas del Harz, con una docena de colegas un cuarto de siglo más jóvenes que él, y a todos nos aventajó, tanto en velocidad como en resistencia.

La única disidencia entre padre e hijo parece haberse producido cuando, teniendo Freud diecisiete años, se dejó llevar hasta tal punto por su afición a comprar libros, que no pudo pagarlos. Su padre no pertenecía al tipo de padre severo, tan común en esa época, y acostumbraba consultar a sus hijos sobre diversas decisiones que debía tomar. Este cambio de ideas tenía lugar en lo que llamaban el «consejo de familia». Un ejemplo de esto era la elección del nombre para un chico recién nacido. El nombre de Alexander fue aceptado a propuesta de Sigmund, quien se inspiró para elegirlo en Alejandro Magno, por su generosidad y heroísmo. En apoyo de su preferencia recitó toda la historia de los triunfos del gran macedonio.

Pero el padre era, de todos modos, un patriarca judío, y exigía el respeto consiguiente. Moritz Rosenthal, el pianista, cuenta que una vez estaba discutiendo con su padre en la calle cuando se encontraron ambos con Freud, quien le dijo riendo, a guisa de reproche: «¿Cómo? ¿Estás contradiciendo a tu padre? En un dedo del pie de mi hijo Sigmund hay más inteligencia que en mi cabeza, y sin embargo, él no se atrevería a contradecirme.»

En cuanto a la formación religiosa de Freud, poco es lo que se sabe; desde luego, la niñera católica, y quizá su influencia atemorizante, pesaron en el desagrado que posteriormente sentía por las creencias y ceremonias del culto cristiano. Su padre debió de haber sido educado como judío ortodoxo, y Freud mismo era hombre versado en todas las costumbres y fiestas judías. Sus hijos me aseguraron que el abuelo había llegado a ser un completo librepensador, pero existen ciertas pruebas de lo contrario. Era indudablemente un hombre liberal, de convic-

ciones progresistas, y no es probable que haya seguido fiel a las prácticas ortodoxas después de emigrar a Viena. Por otra parte, Ernst Freud posee una Biblia que su abuelo obsequió a su padre (Freud) al cumplir éste treinta y cinco años, cuando Jakob tenía setenta y cinco. La dedicatoria, escrita en hebreo, dice así:

«Mi querido hijo:
»Fue después de cumplir tus seis años de edad cuando el espíritu de Dios comenzó a inclinarte al estudio. Yo diría que el espíritu de Dios te habló así: "Lee mi Libro; en él verás abrirse para ti fuentes de conocimiento y de inteligencia." Es el Libro de los Libros; es el pozo que han labrado los hombres sabios y de donde aquellos que han establecido las leyes han tomado el agua de sus conocimientos.
»Has tenido en el libro la visión del Todopoderoso, con buena voluntad has escuchado, has obrado y has tratado de volar alto sobre las alas del Espíritu Santo. Desde entonces he conservado la misma Biblia. Ahora, en el día en que cumples treinta y cinco años la he sacado de su escondite para enviártela en señal de cariño de tu anciano padre.»

Cuando Freud habla de haber sido grandemente influido por la temprana lectura de la Biblia, sólo pudo haberlo dicho en el sentido ético, además de por su interés histórico. Creció desprovisto de toda creencia en Dios o en la inmortalidad, y no parece haber sentido tal necesidad. Las necesidades emocionales que habitualmente hacen su aparición en la adolescencia hallaron su expresión primeramente en meditaciones filosóficas, harto vagas, y poco después en su seria adhesión a los principios de la ciencia. A la edad de nueve años, es decir, un año antes de lo habitual, aprobó el examen que le permitió ingresar en un instituto de enseñanza secundaria (Sperl Gymnasium). Su carrera en el mismo fue brillante. Sobre un total de ocho años, conservó el primer puesto durante seis. Gozó allí de un puesto de privilegio, y raras veces se le preguntaba en clase.

Cuando, a la edad de diecisiete años, terminó los cursos con una distinción honorífica, su padre le recompensó con la promesa de un viaje a Inglaterra, que fue cumplida dos años después.

Freud retribuyó la instrucción recibida del padre ayudando a su vez a sus hermanas en sus estudios. Ejerció incluso cierta censura sobre sus lecturas, descartando aquellas que creía inadecuadas para su edad. Así, por ejemplo, cuando su hermana Anna tenía quince años, dictaminó desfavorablemente con respecto a la lectura de Balzac y Dumas. En todo y por todo, era el hermano mayor. En una carta de julio de 1876, dirigida a su hermana Rosa, cuatro años menor que él, y que se hallaba con la madre en Roznau, la ponía en guardia contra la posibilidad de que se dejara marear por un leve éxito social. Había mostrado sus habilidades musicales ejecutando un programa en cítara, instrumento con el que no estaba muy familiarizada. La carta está llena de sabiduría mundana acerca de cómo la gente suele elogiar excesivamente a las niñas, en detrimento de su futuro carácter.

No cabe duda de que el joven Sigmund vivía absorbido por sus estudios y era un gran trabajador. La lectura y el estudio parecen haber llenado la mayor parte de su vida. Incluso los amigos que le visitaban, tanto en sus años de colegio como más tarde, se encerraban inmediatamente con él, en su «gabinete», para entregarse a serias discusiones, para disgusto y descontento de las hermanas de Freud, que veían comportarse a los jóvenes prescindiendo absolutamente de ellas. Un rasgo notable en él era su preferencia por las monografías amplias sobre cada tema, en lugar de los relatos condensados habituales de los textos de estudio, preferencia que imperó también en años posteriores, como se vio por sus lecturas de temas arqueológicos. Leía abundantemente al margen de sus estudios propiamente dichos, si bien afirma haber leído la primera novela a los trece años. Esto se refiere probablemente a novelas modernas; ya había leído a los clásicos alemanes.

Tenía una notable aptitud para los idiomas. El hecho de llegar a ser posteriormente un reconocido maestro de la lengua alemana es sólo un aspecto de ese talento. Además de su completa familiaridad con el latín y el griego, tuvo un conocimiento cabal del francés y el inglés. Aparte de esto aprendió por su cuenta el italiano y el español. Se le había enseñado naturalmente el hebreo. Tenía una preferencia especial por el inglés —particularmente por Shakespeare—, y cierta vez me dijo que durante diez años no había leído más que libros en ese idioma. Su primera lectura de Shakespeare fue a los ocho años. Lo leía y lo releía siempre, y siempre estaba en condiciones de traer a colación una cita oportuna de sus obras. Admiraba su portentoso poder de expresión, y más aún, su amplio conocimiento de la naturaleza humana. Recuerdo, no obstante, ciertas ideas caprichosas que tenía sobre su personalidad. Su semblante —insistía Freud— no podía ser el de un anglosajón, sino de un francés, y sugería que su nombre era una corrupción de Jacques Pierre. Quería que yo hiciera un estudio de las interpretaciones de los «baconianos» y las confrontara con las interpretaciones psicoanalíticas. No es que él fuera «baconiano», como lo era su maestro Meynert, sino que creía que valía la pena refutar esa idea, con esta sabia observación: «En ese caso Bacon habría poseído el cerebro más poderoso que haya habido jamás sobre la tierra, y a mí me parece que sería más necesario repartir entre varios rivales el mérito de Shakespeare, antes que cargar con ese peso a otro hombre insigne.» Pero más adelante se sintió muy atraído por la idea de que el verdadero autor de las obras de teatro fuera el conde de Oxford, y le disgustaba bastante el hecho de que yo no compartiese su opinión.

Se podía esperar de un biógrafo no judío la afirmación de que Freud poseía pocas características francamente judías, entre las que podría citarse, tal vez, como la más destacada, la afición a relatar anécdotas y chistes judíos. Pero él se sentía judío hasta lo más hondo de su ser, y ello, evidentemente, significó mucho para él. Tenía una exagerada sensibilidad, común entre los judíos, al más leve indicio de antisemitismo, y tenía muy pocos amigos que no fueran judíos. Se oponía enérgicamente a la idea de que los judíos fueran impopulares, o inferiores en cualquier

sentido, y evidentemente sufrió mucho, desde la época escolar en adelante, y especialmente en la Universidad, a causa del antisemitismo de que estaba impregnada Viena. Ello terminó para siempre con la fase de entusiasta nacionalismo germano por la que había pasado en su temprana edad.

La sumisión no estaba en su natural manera de ser, y su padre no volvió a recuperar el lugar que había ocupado en su estima desde la penosa ocasión en que relató a su hijo, entonces de doce años, cómo un gentil le había despojado, de un manotazo, de su gorro de pieles nuevo, arrojándolo al barro y gritándole: «¡Sal del pavimento, judío!» A la pregunta indignada del hijo: «¿Y tú qué hiciste?», el padre contestó tranquilamente: «Bajé a la zanja y recogí mi gorro.» Esta falta de heroísmo por parte de quien constituía su modelo ideal resultó chocante para el joven, quien inmediatamente comparó mentalmente esa conducta con la actitud de Amílcar, que hizo jurar a su hijo Aníbal, ante el altar de su hogar, que tomaría venganza de los romanos. Evidentemente Freud se identificaba con Aníbal, ya que desde entonces en adelante, como él lo afirmó, éste ocupó un lugar en sus fantasías.

Durante su desarrollo, Freud pasó por una fase de indudable militarismo, cuyo más remoto origen él situaba en las batallas que en su primera infancia había mantenido con su sobrino. Uno de los primeros libros que cayeron en sus infantiles manos, cuando hubo aprendido a leer, fue *El Consulado y el Imperio,* de Thiers. El mismo nos cuenta cómo sobre la espada de sus soldaditos de madera pegó pequeños rótulos con los nombres de los mariscales de Napoleón. Su favorito era Masséna, a quien generalmente se creía judío. Este culto de su héroe era favorecido por el hecho de que ambos habían nacido en la misma fecha, a un siglo de distancia. La guerra franco-prusiana, que estalló cuando tenía catorce años, despertó en él agudo interés. Su hermana nos cuenta que tenía sobre el escritorio un mapa de grandes dimensiones, sobre el que seguía en detalle las operaciones, mediante banderitas. Peroraba ante sus hermanas acerca de la guerra en general, o en particular acerca de determinados movimientos de los combatientes. Pero su sueño de llegar a ser él mismo un general debe haber ido marchitándose gradualmente, y todo lo que pudo haber sobrevivido en materia de interés por las cosas militares debe haber recibido un sosegado final después de la fastidiosa experiencia que significó para él pasar un año en el ejército, a la edad de veintitrés años y en mitad de sus absorbentes trabajos de investigación científica.

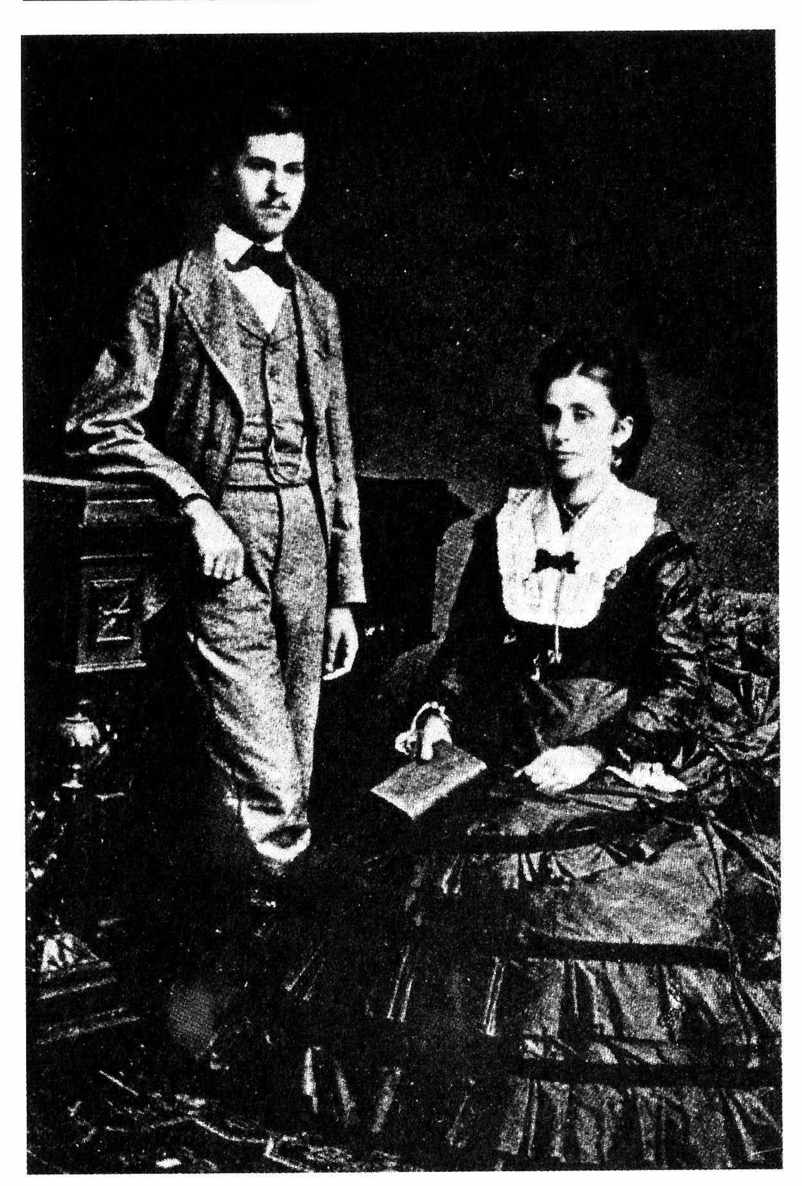
Freud no visitó el país de sus ensueños, Inglaterra, hasta los diecinueve años. Nunca dejó de envidiar a su medio hermano la suerte que éste tuvo de vivir en Inglaterra y educar a sus hijos lejos de las diarias persecuciones a que eran sometidos los judíos en Austria. Todo lo que sabemos de esta visita es el relato que él mismo hace del embarazo que le producía su tendencia a introducir géneros allí donde en inglés no correspondían; la carta extremadamente entusiasta que, según su hermana, escribió Emmanuel al padre, elogiando la evolución y el carácter de su hermano; que su visita sirvió para exaltar aún más la antigua admi-

ración que sentía por Oliver Cromwell[5] (en cuyo homenaje bautizó con el nombre de Oliver a su segundo hijo), y que una conversación mantenida con su hermanastro tuvo el efecto de suavizar las críticas de que hacía objeto a sus padres por el citado episodio del gorro arrojado a la zanja. Más tarde confesó que solía entregarse a la fantasía de haber nacido hijo de Emmanuel, con lo que su camino en la vida hubiera sido mucho más fácil.

Respecto a su evolución sexual durante estos años, sólo conocemos un espisodio. Por lo que sabemos de sus equilibrados años de madurez y de las sublimaciones evidentemente coronadas por el éxito de su adolescencia, se puede suponer que su desarrollo fue más tranquilo que el de la mayoría de los jóvenes.

Lo que se relata allí es su primera experiencia amorosa, a los dieciséis años, cuando —por única vez en su vida— volvió a visitar el lugar de su nacimiento. Permaneció en casa de los Fluss, que eran amigos de sus padres y se dedicaban al mismo negocio textil que su padre. Se enamoró instantáneamente de Gisela, la hija de Fluss, tres años menor que él. Era demasiado tímido para comunicarle sus sentimientos, o para dirigirle siquiera la palabra, y varios días después ella se ausentó para proseguir sus estudios. El desconsolado joven tuvo que contentarse con vagar por los bosques, con la fantasía de cuán placentera habría sido su vida si sus padres no hubieran abandonado ese rincón feliz, donde habría llegado a ser un robusto mozalbete, como los hermanos de ella, para casarse luego con la muchacha. Todo era, pues, por culpa de su padre. Como era de esperar, a esta fantasía estaba unida otra, si bien inconsciente, cabalmente erótica. Todo este episodio quedó luego asociado en su mente al descubrimiento de que su padre y su hermanastro Emmanuel tenían el plan de apartarlo de sus andanzas intelectuales para reemplazar éstas con otras actividades más prácticas, después de lo cual se establecería en Manchester y se casaría con Pauline, la hija de su hermanastro y compañera de juegos de su infancia. De esta manera Gisela Fluss y Pauline quedaron identificadas entre sí. El episodio amoroso con la primera, y la fantasía erótica inconsciente que lo acompañó, debe haber tenido el efecto de reanimar la fantasía infantil de violación con respecto a Pauline (y en última instancia también, indudablemente, con respecto a su madre).

Cuando se vio enfrentado con la dificultad de hallar un medio de vida en Viena, reflexionó a menudo sobre esa segunda oportunidad perdida de asegurarse una vida más fácil y pensó que había en verdad bastante que aducir en favor del plan de su padre. Pero debió suceder. El hecho de que la jovencita, en un segundo encuentro —esta vez durante su visita a Manchester a la edad de diecinueve años—, le dejó indiferente bien podría haber sido uno de los factores que le indujeron a persistir en su carrera científica. Muchas cosas serían diferentes en el mundo que nos rodea si en esa segunda ocasión sus encantos hubieran igualado a los de aquella moza campesina.



Freud, a la edad de dieciséis años, con su madre. Era una mujer de fuerte personalidad y Sigmund atribuía gran parte de la seguridad que él tenía en sí mismo al amor que siempre le demostró su madre.

3. La elección de profesión (1873)

Terminado el colegio, Freud tuvo que enfrentarse con el angustiante problema de la elección de carrera. No había tomado aún ninguna decisión, y su padre le había dejado en entera libertad para resolver la cuestión. Sus sueños de niño, de llegar a ser un gran general o un ministro, se habían desvanecido, mucho tiempo atrás, ante el embate de la realidad. Para un judío vienés, la elección debía hacerse entre la industria y el comercio, por un lado, y por otro, entre el derecho y la medicina. La primera de estas alternativas tenía que ser prontamente descartada por una persona de las características de Freud, pese a sus ocasionales lamentaciones por no haber logrado una existencia más segura. Parece que hubo, por un tiempo, una vacilación en cuanto a la posibilidad de estudiar jurisprudencia, con la idea de dedicarse a alguna tarea de carácter social —un eco de sus primitivas ambiciones políticas—, pero sus impulsos profundos le estaban conduciendo en otra dirección. Es curioso, a este respecto, que el único examen de su vida que no aprobó fue el de medicina legal.

No sentía una atracción directa hacia la medicina propiamente dicha. No ocultó, años más tarde, el hecho de que no se sentía a gusto en la profesión médica, y que no tenía la impresión de ser un miembro de la misma. Puedo recordar cómo afirmaba, suspirando, en una época tan lejana como 1910, que le agradaría poder retirarse de la práctica médica, para dedicarse a la tarea de descifrar los problemas de la cultura y la historia, en última instancia, el gran problema de cómo el hombre ha llegado a ser lo que es. ¡Y pensar que el mundo no ha dejado de aclamarle sin embargo, entre otras cosas —y con razón—, como un gran médico!

He aquí lo que él mismo relata:

«Si bien vivíamos en situación nada holgada, mi padre insistía en que, en la elección de mi carrera, yo siguiera únicamente mis propias inclinaciones. Ni por aquella época, ni más tarde por cierto, he sentido ninguna predilección especial por la carrera de médico. Me sentía movido más bien por una especie de curiosidad, que se dirigía, sin embargo, más bien a los asuntos humanos que a los objetos de la naturaleza. Tampoco había llegado a captar la importancia de la observación como el medio más seguro de satisfacer esa curiosidad. Mi temprana familiaridad con el relato bíblico (en una época en que no había aprendido casi el arte de leer) tuvo, como hube de reconocerlo mucho más tarde, un

efecto duradero sobre la orientación de mi interés. Bajo la influencia poderosa de una amistad escolar con un niño bastante mayor que yo, y que llegó a ser un político renombrado, llegué a sentir el deseo de estudiar leyes, como él, y emprender actividades de tipo social. Al mismo tiempo, las teorías de Darwin, entonces especialmente en auge, me atrajeron poderosamente por las esperanzas que ofrecían de un extraordinario progreso en la comprensión del mundo, y fue el hecho de haber oído el hermoso ensayo de Goethe sobre la naturaleza, leído en alta voz durante una conferencia popular del profesor Caryl Brühl, exactamente antes de abandonar el colegio, lo que me decidió a comenzar el estudio de la medicina.»

He aquí otra versión:

«Después de cuarenta y un años de actividad médica, mi autoconocimiento me dice que yo no he sido un médico en el verdadero sentido de la palabra. Me convertí en médico al verme obligado a desviarme de mi propósito original, y el éxito de mi vida consiste en el hecho de que, después de una larga jornada, que representó un rodeo, he vuelto a encontrar el camino que me recondujo a mi senda primera. No tengo noticia de haber tenido en mis años tempranos ansia alguna de ayudar a la humanidad doliente. Mi disposición innata al sadismo no era muy fuerte, de modo que no tuve necesidad de esta inclinación que es uno de sus tantos derivados. Tampoco me dio nunca por "jugar al doctor". Mi curiosidad infantil buscó, evidentemente, otros caminos. En mi juventud había sentido la incontenible necesidad de comprender algo de los enigmas del mundo en que vivimos y de contribuir en algo, acaso, a su solución. Lo único que parecía conceder más esperanzas en cuanto a la realización de esto era inscribirme en la Facultad de Medicina. Pero después de eso continué experimentando aún, infructuosamente, con la zoología y la química, hasta que por último, bajo la influencia de Brücke —la más grande de las autoridades que jamás tuvieron influencia sobre mí—, me afinqué en la fisiología, si bien ésta, por aquellos tiempos, no pasaba de los estrechos límites de la histología. En esa época yo ya había aprobado todos mis exámenes médicos, pero no demostré ningún interés en hacer nada realmente relacionado con la medicina hasta el día en que el maestro a quien profundamente respetaba me hizo la advertencia de que en vista de mis reducidas posibilidades materiales no me sería posible de ningún modo dedicarme a una carrera puramente teórica. Así fue como pasé de la histología del sistema nervioso a la neuropatología, y más tarde, bajo la incitación de nuevas influencias, llegué a ocuparme de la neurosis. Me siento poco inclinado a creer, sin embargo, que mi carencia de auténtico temperamento médico haya causado muchos perjuicios a mis pacientes. Porque no constituye una ventaja muy grande para los pacientes el que el interés terapéutico de los médicos en cuanto a los métodos que emplean llegue a alcanzar un tono afectivo muy exagerado. Hay más ventaja para ellos en que el médico realice su tarea fríamente y, si es posible, con precisión.»

Una divina curiosidad de este tipo puede tomar por tema los enigmas de la existencia humana y de su origen o bien el universo en su conjunto. En el caso de Freud se trata evidentemente de lo primero. Esta curiosidad puede intentar su satisfacción de dos maneras también, ya sea por la especulación filosófica o por la investigación científica. Conocemos el camino que de hecho siguió Freud, pero Wittels ha hecho la aguda sugerencia de que Freud bien podía ser uno de aquellos hombres en quienes la inclinación a las especulaciones abstractas es tan intensa que temen verse dominados por ella y sienten la necesidad de contrarrestarla dedicándose al estudio de datos científicos concretos. Esto se ve confirmado por la respuesta que cierta vez dio Freud a mi pregunta acerca de cuánto había leído sobre filosofía. «Muy poco —me contestó—. En mi juventud sentí una poderosa atracción hacia la especulación, y la refrené despiadadamente.»

El ditirámbico ensayo de Goethe es un romántico cuadro de la naturaleza como madre generosa que concede a sus hijos favoritos el privilegio de explorar sus secretos. Este juego de imágenes atrajo al joven Freud más que la prosaica perspectiva de casarse con una pariente de Manchester. Su actitud hacia el futuro era el reverso de una actitud materialista. Sin pensar en el problema de la pobreza o la riqueza, eligió una carrera idealista, prefiriéndola al confort humano.

Wittels cree que lo que atrajo a Freud en el ensayo de Goethe no fue tan sólo el sentido de lo bello en la naturaleza, sino también lo que se refiere a su significado y su propósito. No hay razón para suponer que Freud estuviera devanándose constantemente los sesos sobre la finalidad del universo —siempre fue un impenitente ateo—, pero la idea de que la humanidad se movía inspirada por propósitos, motivos y fines diversos —muchos de los cuales no necesitan ser evidentes— debe haber existido siempre en su mente, mucho antes de que la desarrollara tan brillantemente, resolviendo el enigma de la esfinge. Es razonable suponer que su incansable búsqueda del sentido de la humanidad y de las relaciones humanas se haya generado en relación con los desconcertantes problemas de su vida familiar de los primeros años. También esto parecería constituir una excelente ilustración de su afirmación de que los primeros dos o tres años de su vida son decisivos para la formación del carácter y de la personalidad.

Pero en el decisivo periodo de su vida del que nos estamos ocupando ahora es cuando comienza la realización del gran cambio, cuya consecuencia será el reconocimiento de la primacía de la inteligencia. Freud se apercibió de que el secreto último del poder no es la fuerza, sino la comprensión, hecho que atestiguaban ampliamente los grandes descubrimientos de las tres últimas centurias. Antes de aplicar esta verdad a la conducta humana era necesario, pensaba, aprender algo sobre la naturaleza, el lugar del hombre dentro de la misma y la constitución física del hombre. Aquí era Darwin quien señalaba el camino a seguir y la impresión causada por la obra de Darwin estaba en su punto culminante en esa década —del setenta al ochenta— en todos los países europeos.

Durante una conversación que cierta vez mantuve con él sobre el carácter equilibrado del ideal griego, el logro de la supremacía tanto en las realizaciones de orden intelectual como en las de orden físico —la palabra «estética» constituye tal vez un eslabón entre lo uno y lo otro—, Freud observó: «Sí, esta combinación es ciertamente preferible. Son diversas las razones por las cuales los judíos han sufrido un desarrollo unilateral y son más admiradores del cerebro que del cuerpo, pero si yo tuviera que elegir entre lo uno y lo otro, colocaría también la inteligencia en primer término.»

Esta mudanza de la fuerza a la comprensión, del cuerpo a la inteligencia, en última instancia, fue absolutamente total y de largo alcance. A pesar de múltiples provocaciones, Freud nunca se entregó a las controversias. Repugnaba a su naturaleza. Como Darwin, y a diferencia de la mayoría de los hombres de ciencia, respondía a las críticas, con todo lo sensible que era a las mismas, prosiguiendo simplemente sus investigaciones y aportando más y más pruebas. Era escaso su deseo de influir sobre sus semejantes. Les ofrecía algo de valor, pero sin ningún deseo de imponérselo. Le disgustaban los debates, e incluso la discusión de temas científicos en público, cuyo objetivo él sabía que era de simple controversia; precisamente en homenaje a esta actitud suya, la lectura de los trabajos en los congresos psicoanalíticos nunca fue seguida de discusión sobre los mismos.

Freud tenía una mente muy ordenada (así como también hábitos ordenados), y su capacidad de integrar en un grupo sistemático una gran cantidad de hechos era realmente notable. El dominio que demostró de la bibliografía sobre las parálisis infantiles o sobre los sueños no son más que ejemplos aislados de esto. Pero, por otra parte, solía despreciar la exactitud y las definiciones precisas como cosa aburrida o propia de pedantes. Nunca habría podido ser un matemático o un físico, ni siquiera un experto en la solución de problemas de ajedrez. Escribía con facilidad, fluidez y espontaneidad, y el tener que volver a escribir muchas veces la misma cosa le habría parecido fastidioso. Sus traductores van a darme la razón si yo afirmo que ciertas oscuridades y ambigüedades de menor cuantía, de un género tal que con un cuidado más escrupuloso se habrían podido evitar fácilmente, constituyen un aspecto nada despreciable de sus dificultades. Él se daba cuenta de ello, por supuesto. Recuerdo que una vez, al preguntarle por qué usaba cierta frase cuyo sentido no era claro, me contestó: *Pure Schlamperei.*[6] Hemos aludido con esto a una de sus principales características: su disgusto de verse estorbado o de algún modo coartado. Le gustaba entregarse libremente a sus pensamientos, ver adónde le podían conducir, dejando al margen, por el momento, todo lo referente a una delineación precisa, que podía quedar para ser considerada más tarde.

Ya hemos destacado su primitiva tendencia a la meditación especulativa, que él mismo hacía objeto de una ruda coerción. El motivo de esta autocoerción tal vez fuera sólo parcialmente percepción intelectual del peligro de dejarse arrastrar a un terreno alejado de la objetividad. De no haber actuado así, existía también el peligro de permitir la apa-

rición de pensamientos inconscientes para los que aún estaba muy lejos de haber sonado la hora de la madurez. Eran necesarios el coraje y los móviles de un hombre de cuarenta años para conducir su autoexamen hasta la última de sus conclusiones.

Estas consideraciones le hicieron sentir la necesidad de una disciplina intelectual, y todo señalaba hacia la ciencia como la oportunidad suprema. Ciencia quería decir entonces —y todavía significa hoy para mucha gente— no solamente objetividad, sino sobre todo exactitud, medición, precisión, precisamente las cualidades que Freud sabía que no poseía. Por otra parte, la fe que en el siglo XIX se tenía en que el conocimiento científico habría de ser el elemento primordial en la solución de los males del mundo —fe que Freud alimentó hasta el final de su vida— comenzaba a desplazar las esperanzas que anteriormente se había cifrado, alternativamente, en la religión, la acción política y la filosofía. Esta alta valoración de la ciencia llegó a Viena con retraso y procedente del oeste, especialmente de Alemania, y se hallaba en su punto culminante en la década del setenta al ochenta, que es la época de que aquí nos ocupamos. Freud estaba imbuido, por cierto, de este espíritu, y es así como, a pesar de su talento innnato para la exploración de lo desconocido y para introducir cierta especie de orden en el caos, debió de sentir que la estrictez y la exactitud ocupaban un lugar importante, como podía verse muy bien en las «ciencias exactas».

El conflicto entre la inclinación a entregarse sin restricciones al pensamiento —y sin duda también al ejercicio de la fantasía— y la necesidad de la sujeción que ofrecía una disciplina de carácter científico tuvo como desenlace el triunfo de esto último. El contraste bien podría expresarse mediante la terminología posteriormente empleada por él: el principio de placer contra el principio de realidad, si bien este último campo pronto se vio cargado también de una gran dosis de placer. Tal vez esté correlacionado asimismo con el contraste entre la creencia en el libre arbitrio y la creencia en el determinismo, la antigua antinomia que tan brillantemente él habría de resolver un cuarto de siglo más tarde. Como ocurre a menudo en situaciones como ésta, la fuerza con que se aplicó la restricción parece haber sido no solamente constante y acabada, sino también excesiva, ya que, como veremos más adelante, un uso más libre y audaz de la imaginación le habría procurado fama mundial más de una vez, en el curso de sus investigaciones de laboratorio, de no haberse obstinado tan afanosamente en perseguir las inferencias de sus trabajos hasta sus conclusiones lógicas.

La ambición de Freud en su persecución del conocimiento como secreto de todo logro, del éxito y del placer, queda demostrada por un pasaje de la carta a Fluss antes citada, en el que en son de queja expresa su terror a la mediocridad y se niega al mismo tiempo a ser tranquilizado por su amigo. Durante toda la su vida se mostró modesto en cuanto a sus propias realizaciones e hizo gala de esa severa autocrítica que estamos acostumbrados a encontrar en aquellos que se han fijado elevados fines y han alimentado grandes esperanzas. Cierta vez le conté la historia de un cirujano que decía que si algún día tuviera acceso al

trono del Altísimo, iría allí enarbolando un hueso canceroso para preguntar al Todopoderoso qué es lo que tenía que decir al respecto. «Si me tocará a mí encontrarme en semejante situación —contestó—, lo que yo le reprocharía principalmente al Altísimo sería el no haberme concedido un cerebro mejor.» Era la observación de un hombre nada fácil de contentar.

4. El estudiante de medicina (1873-1881)

A nadie puede sorprender que la carrera médica de Freud, iniciada de una manera tan poco ortodoxa, se desarrollara luego en una forma irregular y excesivamente larga: tardó en realizar sus estudios de medicina, en efecto, tres años más de lo necesario. Más adelante contaba cómo sus colegas le reprendían su tardanza, como si se tratara de un mal estudiante, pero había razones válidas para explicar ese retraso. Precisamente los temas que debía dejar rápidamente atrás eran aquellos a los que le hubiera gustado dedicar toda su vida.

Freud ingresó en la Universidad de Viena en el otoño de 1873, a la temprana edad de diecisiete años. Él mismo admitió haber seguido de una manera negligente los estudios estrictamente pertenecientes a la carrera médica, aprovechando cualquier oportunidad que se le presentaba para detenerse en lo que a él le interesaba y nutrirse en otros campos colindantes.

En su primer semestre —octubre de 1873 a marzo de 1874— Freud se inscribió en veintitrés horas semanales: doce clases de anatomía y seis de química, además de trabajos prácticos en estas dos materias. En el primer semestre de verano, de fines de abril hasta cerca de fines de julio, dedicó veintiocho horas semanales a anatomía, botánica, química, microscopia y mineralogía. Con un característico y desbordante entusiasmo siguió el curso sobre «Biología y darwinismo» que dictaba el zoólogo Claus, así como el de Brücke sobre «La fisiología de la voz y del lenguaje». Fue ésta la primera vez que vio al famoso Brücke, figura que después llegaría a ser tan importante para él. Así pasó el primer año.

En el semestre invernal siguiente (1874-75) continuó como estudiante regular de medicina, con veintiocho horas semanales de disección anatómica, física, fisiología (con Brücke) y zoología para estudiantes de medicina (Claus). Una vez por semana, sin embargo, iba a echar un vistazo a la filosofía, en el seminario de lecturas de Brentano. La asistencia a un curso de filosofía de tres años había sido obligatoria para los estudiantes de medicina en la Universidad de Viena desde 1804, pero ya no lo era a partir de 1872.

En el cuarto semestre, en el verano de 1875, se preocupa por desarrollar un programa de estudios más independiente. Le vemos asistir a clases de zoología, pero no de «zoología para estudiantes de medicina», sino de zoología propiamente dicha (cinco horas por semana). De física toma dos cursos, uno más de lo exigido para la carrera médica. Continúa con los seminarios de filosofía y a esto agrega otro curso de

Brentano, el que versa sobre la lógica de Aristóteles. A las clases de fisiología de Brücke dedica once horas por semana.

Ese viraje hacia la biología se hace más pronunciado en el semestre estival siguiente, durante el cual dedica diez horas semanales, en el laboratorio de Claus, a la zoología práctica. El resto del tiempo lo reparte entre la anatomía y la fisiología, sin dejar de asistir, sin embargo, una vez por semana, a las lecciones de Brentano.

Hacia el final del semestre, en marzo de 1876, después de dos años y medio de actividad como estudiante universitario, da comienzo al primero de sus trabajos de investigación, trabajo que le es sugerido por el profesor Claus. Carls Claus, jefe del Instituto de Anatomía Comparada, había llegado a Viena hacía dos años, procedente de Gotinga, con la misión de imprimir un carácter más moderno al departamento de zoología. Se interesaba especialmente en la zoología marina, y en 1875 se le autorizó a fundar la Estación Zoológica Experimental de Trieste, una de las primeras de su índole en todo el mundo. Se pusieron a su disposición los fondos necesarios para enviar unos pocos alumnos, por varias semanas, dos veces por año, con fines de estudio e investigación. Uno de los primeros a quienes se otorgó tal facilidad fue al joven Freud, lo cual quiere decir que el profesor tenía de él un buen concepto. Una excursión científica a las costas del Adriático era sin duda algo codiciado por los alumnos, por lo cual esa beca se convirtió en una distinción. Fue ésta la primera oportunidad que se le ofrecía a Freud de tener una visión de la civilización del Sur, hecho que coincidió además con su primer esfuerzo de investigación científica.

En el semestre estival comprendido entre sus dos visitas a Trieste, se consagró a la biología. Asistió a quince clases semanales de zoología, dedicando sólo once horas a otras materias. Estaban, además, las tres horas sobre Aristóteles, de Brentano. En cuanto a fisiología, fue entonces cuando se encontró por primera vez con Exner y Fleischl, figuras que luego fueron importantes, y tomó además varias clases sobre análisis espectral y sobre fisiología vegetal.

La tarea que se le asignaba a él se relacionaba con un problema que desconcertaba a los hombres de ciencia desde los días de Aristóteles. La estructura gonádica de las anguilas no había sido aclarada jamás. Como diría él en su trabajo: «Nadie ha encontrado jamás una anguila macho adulta, nadie ha observado aún los testículos de la anguila, a despecho de innumerables esfuerzos realizados a través de los siglos.» La dificultad estaba relacionada con la extraordinaria migración de las anguilas antes del periodo de apareamiento. En 1874 Syrski, de Trieste, había descrito un pequeño órgano lobulado, al que consideró representativo de los ausentes testículos. Este era un descubrimiento evidentemente sujeto a confirmación, y con esto había de comenzar Freud. Claus se sintió plenamente satisfecho con este comienzo, dado que renovó la beca para otro viaje en septiembre del mismo año. Más adelante, entre octubre y enero del año siguiente, pudo proporcionar a Freud ejemplares mucho más maduros. Freud disecó en conjunto unas cuatrocientas anguilas, y halló el órgano de Syrski en muchas de ellas. El examen mi-

Arbeiten aus dem zoologisch-vergleichend-anatomischen Institute der Universität Wien.

VII. Beobachtungen über Gestaltung und feineren Bau der als Hoden beschriebenen Lappenorgane des Aals.

(Mit 1 Tafel.)

Von **Sigmund Freud,** stud. med.

(Vorgelegt in der Sitzung am 15. März 1877.)

In den Monaten März und September des Jahres 1876 habe ich in der zoologischen Station zu Triest auf Anregung meines Lehrers, des Herrn Professors Claus, die Geschlechtsorgane des Aals untersucht, über welche einige Zeit vorher Dr. Syrski eine zu neuen Untersuchungen anregende Mittheilung gemacht hatte. Diejenige Jahreszeit, welche von den Autoren als die Laichzeit des Aals bezeichnet wird — von October bis Januar — konnte ich nicht in Triest zubringen. Herr Professor Claus hat aber in den letztgenannten Monaten eine grössere Menge von Aalen aus Triest kommen lassen und sie mir zur Untersuchung im zoologisch-vergleichend-anatomischen Institut übergeben. Dafür, wie für die anderweitige Unterstützung bei der Ausführung dieser Arbeit, sei mir gestattet, Herrn Prof. Claus aufs Wärmste zu danken.

Ich habe im Ganzen etwa 400 Aale untersucht, die zwischen 200mm und 650mm lang waren; doch befanden sich unter dieser Anzahl nur wenige Thiere kleiner als 250mm oder grösser als 480mm, denn ich war nicht im Stande mir hinreichend viele winzige Thierchen zu verschaffen und habe andererseits die Untersuchung von Aalen, deren Länge einen halben Meter überschritt, bald aufgegeben, weil ich bei keinem dieser grossen

32

Primera página del primer trabajo científico de Freud: «Observaciones sobre la morfología y delicada estructura de los órganos lobulados de la anguila...»

croscópico reveló que su estructura era tal que bien podría representar un órgano testicular inmaduro, si bien faltaba la prueba definitiva que confirmara tal suposición. Sin embargo, el artículo de Freud, que Claus presentó a la Academia de Ciencias el 15 de marzo de 1877 (y que fue publicado en el Boletín de la Academia en el número de abril), constituyó el primero de una serie de trabajos que confirmaron la hipótesis de Syrski.

Si bien nadie podría haber actuado mejor, dadas las circunstancias del caso, los resultados poco concluyentes de su trabajo satisficieron a Freud mucho menos que a su jefe. Un joven ambicioso como él debe de haber contado, en sus esperanzas, con que se le asignaría un tema que le permitiera realizar algún descubrimiento brillante y original.[7]

Llegamos así al final de su tercer año, fecha acerca de la cual Freud hizo más tarde (en 1925) la siguiente observación: «En el transcurso de mis primeros años en la Universidad me vi obligado a descubrir que las particularidades y limitaciones inherentes a mis dotes personales me vedaban todo éxito en muchos de los sectores científicos en los que mi avidez juvenil me había llevado a zambullirme. Es así como se aprende cuánta verdad se encierra en la advertencia de Mefistófeles: "Es inútil tu continuo vagar de una a otra ciencia; cada hombre sólo aprende aquello que es capaz de aprender." En el Laboratorio de Fisiología de Ernst Brücke, finalmente, pude hallar descanso y sentirme satisfecho, y encontré hombres, además, a quienes podía respetar y tomar como modelos; el gran Brücke mismo y sus ayudantes Sigmund Exner y Ernest von Fleischl-Marxow.»

En sus años ulteriores Freud hablaba siempre del respeto y la admiración que le había inspirado esta indiscutida figura de autoridad, sentimientos estos no exentos de verdadera veneración. Una reprimenda por haber llegado tarde, hecha por Brücke en cierta ocasión al joven estudiante, «que se sintió dominado por la terrible mirada que le clavó», persistió durante años en su recuerdo. Y la imagen de esos ojos de azul acerado ya no dejaría de aparecer ante él, a lo largo de su vida, en cualquier momento en que podía sentir la tentación de esquivar el deber o de incurrir en la menor imperfección en cuanto a su cumplimiento.

Durante toda su vida, Freud habría de mantenerse invariablemente leal a ese aspecto de la ciencia que representa el ideal de la integridad intelectual, a la verdad, de acuerdo a su mejor saber y entender. Pero no ocurría lo mismo en cuanto a otro aspecto de la ciencia: la fastidiosa exigencia de la exactitud. El sentirse obligado a la exactitud, a la medida precisa, era algo que no estaba en su naturaleza. Esta exigencia se hallaba en pugna, por el contrario, con ciertas tendencias revolucionarias que tendrían que hacer saltar algún día las barreras de las convenciones y las definiciones consagradas, como así sucedió en efecto. Durante los diez años que siguieron, no obstante, todas estas tendencias fueron mantenidas a raya, y Freud no escatimó esfuerzo alguno en cuanto a recurrir a la necesaria «disciplina científica» para coartar aquello que vagamente sentía dentro de sí. Fue un buen estudiante, realizó provechosos trabajos de investigación, pero durante años sólo consiguió someterse

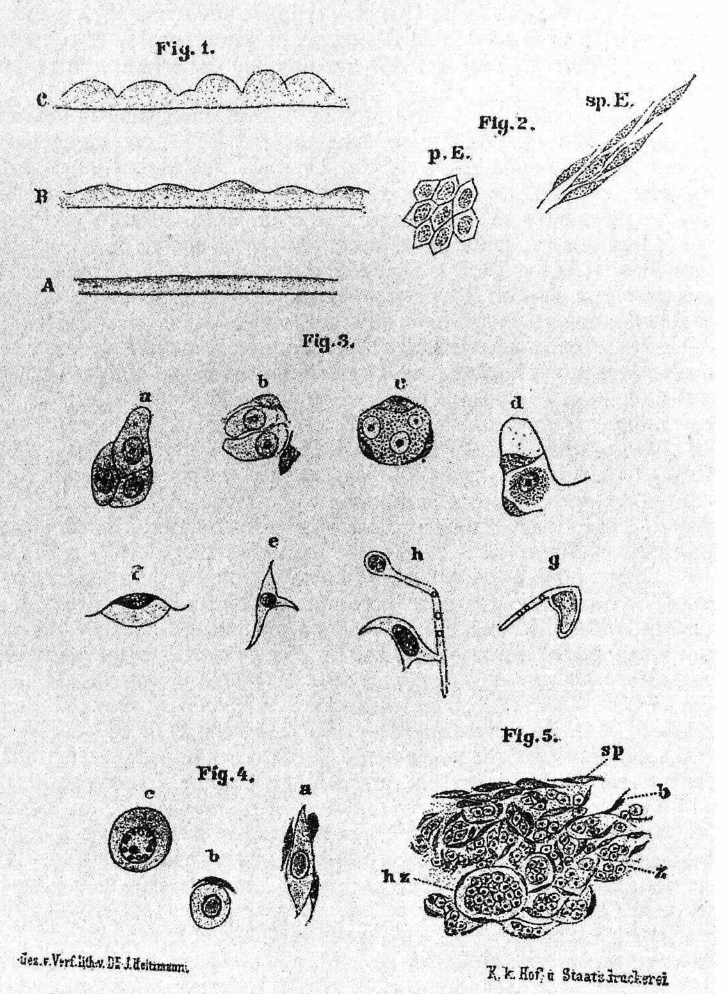


Ilustración de Freud para su primer trabajo científico.

a la disciplina científica a costa de la audacia y la imaginación innatas en él.

En cuanto a Brücke mismo, constituía un excelente ejemplo de hombre de ciencia disciplinado, digno de representar, a juicio de Freud, la meta que él mismo debería tratar de alcanzar. Brücke era, para empezar, alemán, y no austríaco, y sus cualidades representaban el extremo opuesto de la *Schlamperei* vienesa, con la que Freud estaba ya más familiarizado, y por la que sentía un desprecio bonachón, no exento quizá de una leve y secreta simpatía.

El Instituto de Brücke representaba ciertamente una parte importante de ese movimiento científico, de vastas proyecciones, cuya denominación más conocida es la Escuela Médica de Helmholtz. La impresionante historia de esta escuela científica se inicia poco después de 1840, con la amistad entablada entre Emil Du Bois-Reymond (1818-96) y Ernst Brücke (1819-92), figuras a las que pronto se unieron Hermann Helmholtz (1821-94) y Carl Ludwig (1816-95). Desde su comienzo mismo, este grupo estuvo animado por un verdadero espíritu de cruzada. En 1892 escribía Du Bois-Reymond: «Brücke y yo hemos hecho el solemne juramento de dar vigor a esta verdad: "No existen en el organismo otras fuerzas activas que las fuerzas físicas y químicas corrientes. En aquellos casos que, por el momento, no pueden ser explicados por estas fuerzas, se debe tratar de hallar la forma o vía específica de la acción de estas últimas, mediante el método físico-matemático, o bien suponer la existencia de nuevas fuerzas, iguales en dignidad a las fuerzas físico-químicas inherentes a la materia, y reductibles a la fuerza de atracción y repulsión."»

Veinticinco o treinta años más tarde esta escuela había impuesto un completo dominio sobre el pensamiento de los filósofos y los profesores de medicina alemanes, impreso un intenso estímulo a la ciencia en todo el mundo y resuelto para siempre algunos de los viejos problemas.

La figura más destacada de este grupo de hombres importantes era sin duda Helmholtz. Algunos años más tarde hizo una breve visita a Viena, y Freud lamentó no haber tenido la suerte de verle personalmente. «Es —agregaba— uno de mis ídolos.»

Brücke, a quien en Berlín daban, en tono jocoso, el título de «nuestro Embajador en el Extremo Oriente», publicó en 1874 sus *Lecciones de Fisiología.* A continuación exponemos, extractándolos de las páginas de introducción del libro, los principios de fisiología física que cautivaron al estudiante Freud. La fisiología es la ciencia de los organismos como tales. Los organismos se distinguen de los entes materiales sin vida, pero capaces de actividad —las máquinas—, por estar dotados de la facultad de asimilación, pero todos ellos constituyen fenómenos del mundo físico, sistemas de átomos movidos por fuerzas, de acuerdo con el principio de la conservación de la energía, descubierto por Robert Mayer en 1842, relegado durante veinte años y popularizado después por Helmholtz. La suma de las fuerzas (motrices y potenciales) se mantiene constante en todo sistema aislado. Las causas reales son simbolizadas

en la ciencia por el término de «fuerza». Cuanto menos sabemos de aquéllas, mayor es la variedad de fuerzas que tenemos que distinguir: mecánicas, eléctricas, magnéticas, luz, calor. El avance en la ciencia las reduce a dos: atracción y repulsión. Todo esto es válido también para el organismo que es el hombre.

Brücke nos ofrece después, en sus dos volúmenes, una laboriosa exposición de los conocimientos existentes a la sazón acerca de la transformación e interacción de las fuerzas físicas en el organismo viviente. El espíritu y el contenido de estas lecciones corresponden estrechamente a las palabras que Freud utiliza en 1926 para caracterizar el psicoanálisis en su aspecto dinámico: «Las fuerzas se ayudan o se inhiben mutuamente, se combinan unas con otras, entran en compromiso unas con otras, etcétera».

Muy estrechamente unida a este aspecto dinámico de la fisiología de Brücke se halla su orientación evolucionista. No sólo el organismo es parte integrante del universo físico, sino que el mismo mundo de los organismos constituye una familia de por sí. Su diversidad aparente es resultado de desarrollos divergentes que han tenido su comienzo en los «microscópicos organismos elementales» unicelulares. Esta familia incluye a las plantas y a los animales, tanto los inferiores como los superiores, así como también al hombre, desde las hordas de antropoides hasta el pináculo de la actual civilización occidental. En esta evolución de la vida no se registra la acción de espíritu, esencia o entelequia alguna, ni de planes superiores u objetivos finales. Sólo las energías físicas producen —de alguna manera— efectos. Darwin ha demostrado que cabe cierta esperanza de alcanzar, en un futuro próximo, alguna noción concreta del «cómo» de esta evolución. Los más entusiastas estaban convencidos de que Darwin no sólo había demostrado esto, sino que en verdad había dicho la última palabra al respecto. A la vez que entusiastas y escépticos libraban batalla entre sí, los investigadores activos trabajaban afanosamente y se sentían felices en la tarea de bosquejar los árboles genealógicos de los diversos organismos, llenar lagunas, reestructurar los sistemas taxonómicos de vegetales y animales según sus relaciones genéticas, descubrir series de transformación y hallar, tras las diversidades manifiestas, las identidades homólogas.

La personalidad de Brücke se prestaba muy bien para la insobornable actitud idealista, casi ascética, de la escuela de Helmholtz. Era un hombre pequeño, de cabeza grande e impresionante, de porte mesurado y de movimientos silenciosos y controlados. Con una boca de labios diminutos, con aquellos sus famosos «terroríficos ojos azules», era más bien tímido, pero rígido y excesivamente silencioso. Protestante como era, y con su habla prusiana, debía de parecer un hombre fuera de lugar en esa despreocupada Viena católica, un emisario de un mundo diferente, más austero, como efectivamente lo era. Trabajador escrupuloso e incansable él mismo, exigía esto mismo de sus ayudantes y a sus alumnos. He aquí una anécdota típica. Un alumno había escrito: «Una observación superficial revela...» Brücke le devolvió el manuscrito, con la línea respectiva violentamente tachada, y con este comentario al mar-

gen: «No se debe observar superficialmente.» Era uno de los examinadores más temidos. Si el alumno contestaba mal a la primera pregunta, Brücke permanecía los diez o doce minutos restantes, de acuerdo con el tiempo prescrito, tieso y callado, sordo a los alegatos del alumno o del decano, que también debía estar presente. La opinión general lo presentaba como un hombre frío, puramente racional. El grado de violenta energía que debió emplear contra sí mismo y contra sus sentimientos para elaborar esta fachada se puede ver por la reacción que le produjo la muerte de su amado hijo, en 1872. Prohibió a su familia y a sus amigos pronunciar el nombre del hijo, hizo retirar del alcance de su vista todos sus retratos y trabajó en forma más intensa aún que antes. Pero este hombre se hallaba completamente al margen de toda vanidad, intriga o ambición de poder. Para el alumno que demostraba su capacidad era el más benevolente de los padres, y le ofrecía consejo y protección mucho más allá de los asuntos puramente científicos. Respetaba las ideas personales del estudiante, estimulaba la labor original, y avalaba con su autoridad a aquellos que demostraban talento, aun cuando sus opiniones se apartaran considerablemente de las suyas. Se dice que ni uno sólo de sus alumnos o amigos llegó a serle nunca infiel.

Se ha dado por supuesto a menudo que las teorías psicológicas de Freud datan de su contacto con Charcot o con Breuer, o aun de antes. Se puede demostrar, por el contrario, que los principios sobre los cuales edificó sus teorías los adquirió en su época de estudiante de medicina, y bajo la influencia de Brücke. El emanciparse de esta influencia no consistió para Freud en renunciar a esos principios, sino en llegar a ser capaz de aplicarlos empíricamente a los fenómenos mentales prescindiendo de toda base anatómica. Esto significó para él una dura lucha, pero en todo momento su verdadero genio consistió precisamente en salir victorioso de todos los combates difíciles.

Pero Brücke se habría quedado atónito, por no decir más, si hubiera podido llegar a su conocimiento que uno de sus alumnos favoritos, un discípulo aparentemente convertido a la estricta fe, habría de introducir nuevamente en la ciencia, con su famosa teoría optativa de la psique, las ideas de «propósito», «intención» y «fin», que acababan de ser barridas del universo. Sabemos, sin embargo, que cuando Freud las introdujo nuevamente, pudo conciliarlas con los principios en los cuales se había formado. Nunca abandonó el determinismo por la teleología.

En el otoño de 1876, después de regresar de su segundo viaje a Trieste, y cuando estaba ocupado todavía con su trabajo de investigación en zoología, fue admitido en el Instituto de Fisiología, a la edad de veinte años, con la categoría de lo que se denominaba *famulus*, una especie de alumno investigador. En cuanto al edificio ocupado por el Instituto, estaba muy lejos de corresponder a sus elevadas aspiraciones y la admirable labor que realizó. El Instituto estaba instalado miserablemente en la planta baja y en el subsuelo de una vieja, oscura y maloliente fábrica de armas de fuego. Se componía de una amplia habitación en la que los estudiantes guardaban sus microscopios y donde escuchaban sus lecciones, y de dos más pequeñas, una de las cuales era el san-

tuario de Brücke. Había además, en uno y otro piso, un reducido número de pequeños compartimentos, algunos de ellos sin ventanas, que servían de laboratorios químico, electro-fisiológico y óptico. No había instalación de agua, ni de gas, ni por supuesto de electricidad. Todo había que calentarlo sobre lámparas de alcohol, y el agua debía ser llevada de un pozo situado en el patio, donde había también un cobertizo para abrigar a los animales usados en la experimentación. Este Instituto constituía, a pesar de ello, el orgullo de la Escuela de Medicina, tanto por el número como por el carácter distinguido de sus visitantes extranjeros y de sus alumnos.

Aun cuando Brücke prefería que los estudiantes presentaran sus propios proyectos de investigación, estaba siempre dispuesto a proponer un problema a aquellos principiantes que fueran demasiado tímidos o poco definidos aún para hacerlo ellos mismos. Puso a Freud ante el microscopio asignado a los trabajos sobre histología de las células nerviosas.

Junto al problema de la estructura íntima de los elementos nerviosos se plantea la interesante cuestión de si el sistema nervioso de los animales superiores se compone de elementos diferentes al de los animales inferiores, o bien si unos y otros se componen de unidades iguales. Este tema se discutía mucho en esa época. Las implicaciones filosóficas y religiosas del problema parecían pertubar mucho la discusión. Las diferencias entre la psique de los animales inferiores y la de los superiores ¿se deben solamente a un diferente grado de complicación? ¿Difiere la psique humana de la de un molusco de una manera fundamental, o simplemente en forma proporcional al número de células nerviosas en uno y otro, y al grado respectivo de complicación de las fibras? Los hombres de ciencia buscaban la respuesta a estos interrogantes con la esperanza de llegar a conclusiones definitivas —en un sentido o en otro— acerca de la naturaleza del hombre, la existencia de Dios o el fin de la vida.

A este terreno, amplio y subyugante, pertenecía el problema, muy modesto, que Brücke puso ante Freud. En la médula espinal de los amoecetes *(Petromyzon planeri),* un género de pez perteneciente a los ciclostomátidos primitivos, Reissner había descubierto un tipo peculiar de células grandes. La naturaleza de estas células y su vinculación con el sistema espinal dio lugar a una serie de infructuosos trabajos de investigación. Brücke quería que se aclarara la histología de estas células.

Con la ayuda de un perfeccionamiento en la técnica de la preparación, Freud pudo establecer definitivamente que las células de Reissner «no son otra cosa que células del ganglio espinal, las cuales, en estos vertebrados inferiores, donde la migración del tubo neural embrional hacia la periferia no ha sido completada aún, quedan dentro de la médula espinal. Estas células esparcidas señalan el camino que las células del ganglio espinal han recorrido en el curso de su evolución». Esta solución del problema de las células de Reissner era un triunfo de la observación precisa y de la interpretación genética, uno de esos pequeños logros —que se cuentan por miles— a los que se debe el hecho de que

entre los hombres de ciencia se haya consolidado la convicción de la unidad de todos los organismos dentro de la evolución.

Pero lo realmente nuevo era el haber establecido como punto de partida genético de las células unipolares las células bipolares. Esto significaba que hay una continuidad entre las células nerviosas de los animales inferiores y las de los animales superiores, y que la neta distinción entre unos y otros, hasta entonces aceptada, no podía admitirse por más tiempo.

Freud había hecho un descubrimiento muy importante en lo que se refiere al *Petromyzon:* «Durante largo tiempo las células de los ganglios espinales del pez fueron consideradas como bipolares (con dos procesos), mientras que las de los vertebrados superiores son unipolares.» Esta brecha entre animales superiores e inferiores fue cerrada por Freud. «En las células nerviosas del *Petromyzon* se observan toda clase de formas de transición de la unipolaridad a la bipolaridad, incluyendo bipolares ramificadas en T.» Este trabajo, tanto por su contenido como por su presentación y sus derivaciones, estaba sin duda alguna por encima del nivel de un principiante. Cualquier zoólogo habría podido enorgullecerse de haber realizado descubrimientos como éstos. Brücke lo presentó a la Academia el 18 de julio de 1878, y fue publicado en el *Boletín* de la misma, con una extensión de 86 páginas, al mes siguiente.

A este mismo problema de carácter general se refería el trabajo de investigación que siguió a éste, sobre un tema que fue elegido por el mismo Freud, y realizado durante los meses de verano de 1879 y 1881. Esta vez se trataba de las células nerviosas del cangrejo de río. Aquí examinó los tejidos vivos al microscopio, utilizando un objetivo Harnack n.º 8 —técnica entonces poco conocida, poco desarrollada y difícil—, y llegó a la conclusión definitiva de que los cilindroejes de las fibras nerviosas eran, sin excepción, de estructura fibrilar. Fue el primero en demostrar este carácter fundamental. Dejó establecido que el ganglio se compone de dos sustancias, una de las cuales es reticular y constituye el origen de los procesos nerviosos. Freud se limitó estrictamente en estos primeros trabajos de investigación al punto de vista anatómico, si bien puso de manifiesto que llevaba a cabo sus investigaciones con la esperanza de llegar a aclarar de algún modo el misterio de la función nerviosa. Sólo una vez en una conferencia titulada «La estructura de los elementos del sistema nervioso», en la que resume sus trabajos, se aventura a ir más allá del terreno de la histología, y lo hace en este único párrafo: «Si suponemos que las fibrillas nerviosas tienen el significado de vías aisladas de conducción, tendríamos que decir que *las vías que están separadas en el nervio confluyen en la célula nerviosa*: la célula nerviosa se convierte así en el "comienzo" de todas estas fibras nerviosas anatómicamente unidas a ellas. Excedería los límites que me he impuesto en este artículo si me dispusiera a reunir todos los hechos en que podría apoyarse la legitimidad de esta hipótesis; no sé si los elementos existentes en la actualidad son suficientes para llegar a una resolución de este problema, tan importante para la fisiología de los elementos nerviosos; podríamos suponer que un estímulo de cierta intensidad po-

dría romper el aislamiento de las fibrillas, de modo tal que la excitación sería conducida por el nervio como unidad, y así sucesivamente.»

Este concepto de la unidad de células y procesos nerviosos —núcleo esencial de la futura teoría neuronal— parece haber pertenecido personalmente a Freud, con absoluta independencia de sus maestros del Instituto. Campean a la vez, ciertamente, en las pocas frases en que lo expone, la audacia en el pensamiento y la cautela en la expresión. No expone al respecto ninguna pretensión. Pero en esta ocasión creemos que serán aportunos dos comentarios. La conferencia en que se hacían aquellas consideraciones fue dada cuatro o cinco años después de las respectivas investigaciones, de manera tal que hubo un largo periodo para la meditación. Se podría creer, pues, que después de un tiempo de reflexión tan largo aquella imaginación libre y audaz que más tarde le veríamos desplegar podría haberlo llevado a dar un pequeño paso más, ya que estaba vacilando al borde mismo de la importante teoría neuronal, la base de la neurología moderna. Pero el hecho es que, en su afán de «disciplinarse», Freud no había advertido aún que en el trabajo científico original tiene una importancia no menor la imaginación que la disciplina.

De hecho nadie se percató de estas valiosas afirmaciones, y el nombre de Freud no se menciona entre los numerosos pioneros de la teoría neuronal. Los principales fueron: Wilhelm His, con sus estudios embriológicos sobre la génesis de las células nerviosas; Auguste Forel, que fue el primero en observar la degeneración walleriana consecuente a una lesión o una sección de fibras nerviosas; y Ramón y Cajal, con sus hermosos preparados obtenidos gracias al método de Golgi, de impregnación con sales de plata. Habitualmente se hace coincidir el establecimiento definitivo de la teoría neuronal con la aparición, en 1891, de la amplia monografía de Waldeyer, en la que por primera vez se usa la palabra «neurona». No fue ésta la única ocasión en que, aún en sus años juveniles, Freud dejó escapar la posibilidad de alcanzar fama mundial, por no atreverse a proseguir hasta su última —y ya bien cercana— conclusión el curso lógico de su propio pensamiento.

Supo encarnar, en cambio, otra cualidad, característica también del hombre de ciencia original. Es un hecho típico que los progresos de la ciencia tienen su origen, en cada caso, en la invención de un nuevo método o un nuevo instrumento que pone a nuestro alcance un conjunto nuevo de hechos. Así, por ejemplo, la astronomía había llegado a un punto muerto, y sólo supo reiniciar su progreso con la invención del telescopio. Ahora bien, las invenciones histológicas que acabamos de enumerar sólo fueron posibles, o en todo caso fueron gradualmente favorecidas, gracias a un perfeccionamiento en la técnica logrado desde un comienzo por Freud, en 1877, bien poco después de ingresar en el Instituto. Se trataba de una modificación de la fórmula de Reichert, una mezcla de ácido nítrico y glicerina, para los preparados microscópicos de tejido nervioso. Freud usó por primera vez el nuevo método en su trabajo sobre las células espinales del *Petromyzon*.

Pocos años después agregó a esto una invención técnica más im-

portante —el método de coloración del tejido nervioso por el cloruro de oro—, pero ni uno ni otro métodos llegaron a usarse mucho fuera del Instituto vienés. Freud tuvo que ser un técnico experto, ya que en sus trabajos sobre el tejido nervioso del cangrejo de río habla de estudios especiales realizados sobre su material *in vivo*, técnica sumamente delicada y que aprendió de Stricker. Podemos mencionar de paso que él mismo diseñó las ilustraciones para sus trabajos sobre el *Petromyzon*, un dibujo en el primer trabajo y cuatro en el segundo.

Desde muy pronto, pues, Freud debe haberse dado cuenta de que el progreso científico requiere poder disponer de métodos nuevos o perfeccionados. A esto siguieron, primeramente, los nuevos descubrimientos realizados por este camino, y luego la estructuración de los viejos y nuevos conocimientos en una teoría de los mismos. La teoría, a su vez, puede conducir a la especulación, a la contemplación global de los problemas y la formulación de posibles soluciones, más allá del alcance de los medios existentes de observación. Es sumamente raro el caso de un hombre que haya alcanzado igual éxito en cada una de estas etapas. La obra de Freud en el terreno del psicoanálisis iba a mostrarnos el rarísimo caso de un hombre de esta clase. Aquí, él mismo ideó el instrumento, lo utilizó en el descubrimiento de un gran número de hechos nuevos, creó la teoría destinada a estructurar estos hechos y se aventuró en sugestivas especulaciones más allá de los hechos conocidos.

Un rasgo notable en las investigaciones neurológicas de Freud fue su manera de ceñirse a la anatomía. El microscopio fue su única herramienta. Parecería que la fisiología, para él, significaba histología, y no experimentación: estática, no dinámica. Esto podría resultar extraño a simple vista en un hombre de la actividad mental de Freud, pero si reflexionamos sobre ello descubrimos que estaba en relación con algo sumamente importante en su naturaleza.

En la época en que, siendo un ávido principiante, pidió a Brücke que le señalara un tema de trabajo, le fue dado uno de histología. ¿Habría en Freud cierta docilidad o sentimiento de inferioridad que interpretó esto —como sugiere el doctor Bernfeld— como si se le hubiera relegado a una esfera inferior, y fuera su deber mantenerse en ella para siempre, dejando la actividad más elevada, la de la experimentación, a los tres profesores, los «mayores»? Es posible que sea así, pero se percibe en su actitud algo más profundo que eso y sumamente característico de su personalidad.

Dos aspectos tenía esta preferencia del ojo sobre la mano, del mirar pasivamente sobre el obrar activamente. Era una atracción sobre lo primero y una aversión a lo segundo. Las dos cosas existieron. Más adelante diremos algo sobre lo primero. En cuanto a lo segundo, resalta claramente en una carta que escribió en 1878, el año a que acabamos de llegar, a un amigo, Wilhelm Knöpfmacher, en la que dice: «He pasado a otro laboratorio, y me estoy preparando para mi profesión más adecuada: mutilar animales o atormentar a seres humanos, y me estoy inclinando cada vez más por la primera de estas dos opciones.» Hubiera sido el último de los hombres capaces de permitirse ser brutales o crue-

les, y sentía incluso una gran resistencia a obstruir el camino de los demás o a tratar de influir sobre otros. Cuando más tarde le tocó en suerte el ocuparse de pacientes neuróticos, pronto desistió del método —entonces corriente y ahora resucitado en otra forma— de estimularlos mediante la electricidad. Tampoco tardó mucho en abandonar la hipnosis, que para él era «un grosero método de imposición». Prefirió, en cambio, mirar y escuchar, confiado en que, una vez comprendiera la estructura de una neurosis, llegaría también a comprender debidamente las fuerzas que la produjeron y tendría el poder de actuar sobre ellas. Pierre Janet, a quien se ha considerado erróneamente un precursor de Freud, había adoptado, después de 1980, el método opuesto. Había ideado unos experimentos, hermosos y muy ingeniosos, que le condujeron a ciertas conclusiones descriptivas, particularmente sugestivas, pero que no le acercaron en nada a las fuerzas en juego. El método que triunfó fue el pasivo, no el activo.

En el verano u otoño de 1879 Freud fue llamado a prestar su año de servicio militar. En aquella época esto era bastante menos riguroso que ahora. Los estudiantes de medicina continuaban viviendo en su domicilio, y no tenían ninguna obligación, salvo estar cerca de los hospitales. La dificultad residía en el terrible aburrimiento, y ésta fue quizá la razón por la cual pocos años después se resolvió que debían emplear la mitad de su tiempo en ejercicios de adiestramiento militar propiamente dicho. El día que cumplió veinticuatro años lo pasó Freud bajo arresto (6 de mayo de 1880), por haber estado ausente sin licencia. Cinco años más tarde tuvo interés en almorzar con el general Podratzky, que lo había hecho arrestar, y a quien no guardaba rencor, pues admitía haber faltado sucesivamente a ocho visitas.

En la primera parte del año, Freud encontró la manera de no aburrirse dedicándose a la traducción de un libro de John Stuart Mill, el primero de cinco voluminosos libros que tradujo. Era para él un trabajo simpático, pues tenía especiales dotes de traductor. En vez de ir transcribiendo laboriosamente, párrafo tras párrafo, incluso las expresiones idiomáticas, Freud leía un pasaje, cerraba el libro y pensaba de qué manera habría enunciado los mismos pensamientos un autor alemán; método éste no muy común entre traductores. Su labor de traductor era a la vez brillante y rápida. Este fue el único trabajo, original o traducido, publicado por Freud sobre un tema desvinculado de sus intereses científicos, y aunque el contenido del libro probablemente le atraía, su motivo principal fue probablemente el de matar el tiempo y ganar de paso algún dinero.

Tres de los ensayos de Mill se referían a problemas sociales: el problema de los trabajadores, la liberación de la mujer y el socialismo. Mill decía en el prólogo que la mayor parte de estos trabajos pertenecían a su mujer. El cuarto, hecho por él mismo, era sobre el Platón de Grote. Años más tarde (en 1933) Freud observaba que su conocimiento de la filosofía de Platón era muy fragmentario, de modo que posiblemente provenía todo él de este ensayo de Stuart Mill. Agregaba, sin embargo, que le había impresionado mucho la teoría platónica de la reminiscencia, que

Mill trata con gran simpatía, y sobre la que en alguna ocasión meditó mucho. Bastantes años después dio cabida, en cierto modo, a algunas ideas de Platón en su libro *Más allá del principio del placer.*

Las investigaciones que hemos descrito ocupaban, en realidad, poca parte de su tiempo, la mayor parte del cual era dedicado a sus estudios de medicina, patología, cirugía, etc. Aquí tuvo muchos maestros distinguidos y estimulantes. Algunos de ellos —como el cirujano Billroth, el dermatólogo Hebra y el oftalmólogo Arlt— eran hombres mundialmente famosos, que atraían legiones de entusiastas alumnos. Ofrecían algo más que la rutina de los conocimientos de medicina de la época. Eran innovadores brillantes en cada una de las materias respectivas y transmitían a sus alumnos el espíritu de la medicina científica. Freud, sin embargo, se mantuvo indiferente a su labor. Por Billroth, es verdad, conservó una gran admiración. Las únicas clases que halló interesantes, entre las de todos ellos, fueron las de Meynert sobre psiquiatría, materia que debió de parecer nueva a Freud, devoto de los laboratorios.

El 30 de marzo de 1881 pasó su último examen de medicina, con la calificación de «excelente». Este resultado se debió, según Freud, solamente a la memoria visual que poseyó durante toda su infancia y su adolescencia, si bien posteriormente era cada vez menos de fiar. No había aprovechado el largo intervalo para preparar el examen, pero «en la tensión que precedió al examen final debo haber hecho uso del resto de esa habilidad, puesto que, a lo que parece, sobre algunos temas debo haber dado a los examinadores respuestas automáticas que resultaron ser reproducciones exactas del libro de texto que había recorrido apenas una sola vez, con la mayor prisa». La ceremonia de graduación tuvo lugar en la hermosa aula del edificio barroco de la vieja Universidad. Estuvo presente la familia de Freud, así como Richard Fluss con sus padres, los viejos amigos de su primera infancia, allá en Friburgo, Moravia.

La obtención del título de médico no constituyó en ningún sentido un momento crucial en la vida de Freud, ni siquiera un acontecimiento de mucha importancia en sí mismo. Era algo que correspondía hacer dentro del curso natural de las cosas, y ya no podrían mortificarle con el mote de haragán. Pero él siguió trabajando en el Instituto de Brücke, con un plan de trabajo que acaso, a su debido tiempo, le llevaría a ocupar una cátedra de fisiología. Pero si acariciaba un sueño de esta índole no pasaría mucho más de un año antes de que fuera rudamente descartado.

5. La carrera médica (1881-1885)

Cabe preguntarse cuál era el estado de ánimo de Freud durante los años que pasó en el laboratorio de Brücke incompatible con todo posible plan tendente a crearse un medio de vida para el futuro, a todas luces necesario para su deficiente situación económica. No cabe imaginar que viviera olvidado de una circunstancia tan evidente, y ajeno al hecho sumamente probable de que esto le obligaría, de un modo o de otro, a ejercer la medicina. Pero soslayó el problema durante todo el tiempo que le fue posible, y hubo de tener poderosas razones para hacerlo. Dos de estas razones son fáciles de descubrir. Una de ellas era su aversión a la práctica médica, hecho éste que representa un problema en sí mismo. La otra razón era la gran afición que sentía por su trabajo de laboratorio. Esto último tenía más de una causa. Se puede suponer que encontrara ese trabajo interesante en sí mismo, pero lo más importante en este aspecto es su invariable preferencia por la investigación, en lugar del ejercicio de la profesión. El descubrir algo nuevo, para enriquecer con ello su acervo de conocimientos, era posiblemente el móvil más poderoso en su idiosincrasia.

Decidió así continuar con el trabajo de investigación tan apropiado a su carácter y tan disciplinado, hasta donde decorosamente le fuera posible, de acuerdo, primeramente, con la ayuda económica ofrecida por su padre, que tan voluntariamente le fue concedida, y más tarde, cuando esa ayuda le faltó, con la de sus amigos. Continuó al mismo tiempo, no obstante, con sus estudios regulares de medicina y decidió finalmente, en marzo de 1881, presentarse a los exámenes. Esto debió haber atenuado sin duda sus autorreproches por los tres años de retraso en la carrera, pero al mismo tiempo, como en seguida veremos, le colocó ante problemas aún más graves.

Su graduación, aparentemente, no dio lugar a cambio alguno de importancia. Freud continuó trabajando como antes, durante quince meses más, en el Instituto de Fisiología, esta vez dedicándole íntegramente su tiempo. A los dos meses fue promovido al cargo de «demostrador», al que correspondían ciertas tareas de enseñanza.

Al mismo tiempo que hacía esto, se ocupó durante un año en trabajos avanzados de investigación sobre análisis de gases, en el Instituto Químico de Ludwig, en el que era ayudante su amigo Lustgarten. Si bien la química era bastante de su agrado, no tuvo aquí ningún éxito, y más

tarde solía referirse a este año dedicado a la materia como un tiempo perdido, cuyo recuerdo le resultaba humillante. En efecto, este año de 1882 fue designado por él, posteriormente, «como el año deplorable y más infructuoso de mi vida profesional».

Freud ocupó el cargo de «demostrador» durante tres semestres. Con el correr del tiempo, por lejos que estuviera la meta final, esto habría de conducirle al cargo de ayudante primeramente, luego al de profesor adjunto y finalmente al de profesor de fisiología en su querido Instituto, objetivo lógico de sus afanes. Pero al final del tercer semestre, en junio de 1882, se produjo un acontecimiento que puede ser considerado realmente como uno de los hechos decisivos de su vida, un hecho que antes de que trascurrieran muchos años tuvo como consecuencia el que Freud se viera, primeramente sin advertirlo él mismo, ya embarcado en su carrera definitiva.

Este hecho fue la decisión de ganarse la vida como médico y renunciar a su cargo en el Instituto Brücke. He aquí cómo lo describe él mismo, en 1923, en su *Autobiografía*: «El hecho decisivo se produjo en 1882, cuando mi maestro, por quien yo sentía la más alta estima imaginable, corrigió la generosa imprevisión de mi padre aconsejándome enfáticamente, en vista de mi mala posición económica, que abandonara mi carrera teórica. Seguí su consejo, abandoné el laboratorio de fisiología e ingresé en el Hospital General.»

Cuando algunas personas, como Wittels por ejemplo, supusieron que había habido una ruptura con Brücke, Freud lo negó terminantemente, repitiendo que había tomado su decisión por consejo de Brücke. Este, por cierto, conservó un cálido interés por la carrera de Freud. Fue su principal padrino cuando aspiró al titulo de *Privat-Dozent*, siendo en esto secundado nada más que por Meynert y Nothnagel; así fue como gracias a su influencia, y contra una poderosa oposición, Freud obtuvo la valiosísima beca para el viaje de estudios a París. Quedaron así en términos de la más franca amistad. Brücke fue una de las primeras personas que visitó, cuatro años más tarde, a su regreso de París.

Las perspectivas económicas eran indudablemente bastante oscuras. Los ayudantes de la cátedra eran ambos apenas diez años mayores que él, de modo que difícilmente quedaría vacante tal cargo por muchos años. En cuanto a la cátedra misma, Freud contaba sesenta y nueve años cuando falleció Exner, el sucesor de Brücke, de modo que en el más favorable de los casos ya se ve que habría sido una muy larga espera. El sueldo que se pagaba a un ayudante, por lo demás, era tan exiguo que difícilmente bastaría para la subsistencia sin contar con ingresos privados, y ciertamente no le permitiría fundar una familia.

Con tales perspectivas, y con una base económica tan deficiente como la suya, ¿por cuánto tiempo podría resistir Freud esa situación? Al comienzo dependió casi exclusivamente de la ayuda paterna. Algunos honorarios muy reducidos, por sus publicaciones, y en 1879 una beca de la Universidad, de cien guldens (8 libras), fueron sus únicas entradas propias. Su padre, que ya tenía sesenta y siete años y la carga de una familia de siete hijos, se hallaba a su vez en una situación finan-

ciera apurada y verdaderamente incierta, viéndose en la necesidad de ser ayudado, por momentos, mediante préstamos y regalos, por parte de la familia de su mujer. Había perdido su pequeño capital en el desastre financiero de 1873. Había llegado la época, por lo demás, en que ya no ganaba nada, y se encontraban, él y los suyos, en grandes aprietos. Es verdad que había ayudado a su joven hijo, ya graduado, generosamente y con la mejor voluntad, con esa imprevisión que le caracterizaba. Había alentado anteriormente la esperanza de que Sigmund se dedicara a los negocios, pero luego se resignó —no sin un suspiro, probablemente— a la carrera intelectual de su hijo, de cuyos éxitos estaba, sin duda, orgulloso. Veía con satisfacción que su hijo pudiera continuar la senda que había elegido y se sentía contento de poder contribuir a ello en lo posible. Es cierto también que las necesidades de Sigmund eran muy modestas. Aparte de silencio y tranquilidad para sus lecturas, y la compañía de amigos que pensaran de una manera similar a la suya, apenas necesitaba algo más que libros. Naturalmente esto último gravitaba sobre su pensamiento. Había épocas en que tenía que pedir dinero prestado a sus amigos, pero lo devolvía escrupulosamente, incluso antes de la fecha prevista.

Pero hacia esa época encontró un generoso protector en la persona de Breuer, que le hacía «préstamos» casi con regularidad. Hacia 1884 su deuda con Breuer ascendía a la considerable suma de 1.500 guldens (alrededor de 125 libras).

El cuadro, en conjunto, no era brillante. Cabe preguntarse solamente cuál era el estado de ánimo del mismo Freud al respecto. Tenía veintiséis años. No había querido ser médico. Pero se encontraba en un callejón sin salida, sin tener prácticamente perspectiva alguna de contar con un medio de vida. La falta de previsión, y en este caso, incluso, de sentido de la realidad, parece cosa enteramente extraña al Freud que conocimos más tarde, tan sensible siempre a los aspectos prácticos de la vida. El relato que más tarde hace de los hechos de esa época justifica incluso la impresión de que fue la persuasiva intervención de Brücke lo que le despertó bruscamente de un sueño, el sueño idealista de servir a la ciencia al margen de toda consideración mundana.

En realidad ni Freud era ciego de ningún modo a la realidad de su situación, ni su decisión fue inesperada. Desde el momento mismo de su graduación como médico había contemplado, «con creciente pesadumbre», la inevitable decisión que se presentaba ante él de abandonar el trabajo de laboratorio por el ejercicio de la medicina. Pero lo que llevó las cosas a su planteamiento decisivo en un determinado momento fue algo nuevo que ocurrió en su vida. ¡Se había enamorado ciegamente! Más aún: en un jardín de Mödling, en un histórico sábado 10 de junio, había recibido de la dama, que no era otra que Martha Bernays, insinuaciones que le permitieron atreverse a proseguir su cortejo. Al otro día reflexionó sobre la situación y tomó una resolución

Aun cuando Freud no mencionó nunca esto como motivo de su resolución, fue evidentemente el hecho decisivo. Es muy propio de él no mencionarlo. Bernfeld observa, llamando la atención sobre el particular,

que en las autoconfesiones esparcidas en sus escritos, Freud aparece a veces como malvado, parricida, ambicioso, mezquino, vengativo, pero nunca como enamorado (salvo por algunas alusiones, muy superficiales, a su mujer).

La decisión fue indudablemente muy dolorosa, pero Freud la tomó resueltamente. Al admitir, dirigiéndose a Martha, el desgarramiento que para él había sido el «separarse de la ciencia», agregaba alegremente: «pero quizás esto no es definitivo». El primer paso que dio era una cosa inevitable. No había evidentemente ninguna posibilidad que no fuera la de procurarse un medio de vida mediante la práctica de la profesión, y para lograr esto —salvo que se decidiera a mantenerse en los últimos peldaños de la profesión— era necesario adquirir alguna experiencia clínica en el hospital, cosa en la cual no había adelantado nada hasta entonces: en aquella época los estudiantes de medicina, por lo menos en el continente, aprendían solamente en clases y demostraciones, sin adquirir ninguna experiencia personal en el cuidado de enfermos. Es así como Freud se dispuso a pasar dos años viviendo y estudiando en el hospital, para adquirir de este modo un conocimiento más cabal y de primera mano sobre todas las especialidades. Terminó por permanecer allí tres años completos. Si podía lograr el cargo de *Sekundararzt*, una especie de combinación de médico interno y de guardia, se encontraría ya, por lo menos, en una categoría mediana dentro de la profesión, situación que luego, mediando la suerte, podría mejorar aún. Esto fue, pues, lo que hizo sin demora, y el 31 de julio se inscribió en el Hospital General de Viena.

Decidió comenzar con cirugía, dando como razón que, dadas las responsabilidades que comporta la especialidad, se vería obligado a prestarle seriamente su atención, y por otra parte, por estar ya habituado a hacer uso de sus manos. Esta labor le resultó físicamente muy pesada, y sólo permaneció un poco más de dos meses en las salas de cirugía. Las consultas se prolongaban de 8 a 10 y luego de 4 a 6. De 10 a 12 tenía que ocuparse de leer la literatura referente a los casos que acababa de examinar. El jefe, el profesor Billroth, estaría probablemente de vacaciones, dado que Freud afirmó más tarde no haberse encontrado con él.

El 4 de octubre visitó al gran Nothnagel, llevando una carta de presentación de Meynert. Nothnagel acababa precisamente de llegar de Alemania para ocupar en Viena la cátedra de medicina, que luego retuvo hasta su muerte, acaecida veintitrés años más tarde. Era muy grande la influencia de un hombre en esa posición y Freud juzgó bien al suponer que su futura carrera, especialmente en lo que se refiere a su futuro ejercicio de la profesión, dependería mucho de la buena voluntad de Nothnagel. En una extensa carta hizo una descripción completa de la casa, de la apariencia personal y la manera de ser de Nothnagel, además de una escrupulosa reproducción de la entrevista. Nothnagel tenía dos ayudantes. Había una vacante, pero ya estaba comprometida. Freud le solicitó, por tanto, actuar en su sección como *Aspirant*, algo así como un «ayudante de clínica», hasta poder ocupar un cargo de *Sekundararzt*.

Meynert volvió a hablar con Nothnagel en favor de Freud, y así ingresó éste en la clínica, en calidad de *Aspirant,* el 12 de octubre de 1882. Entonces se le adjudicó un sueldo.

La sección del Hospital en que ahora trabajaba Freud era la de Medicina Interna, de Nothnagel. Este era un gran médico, si bien no tan original como Rokitansky, su antecesor. Tenía un concepto sumamente estricto de los deberes del médico. Dirigiéndose a los estudiantes, decía: «Aquel que necesita más de cinco horas de sueño no debe estudiar medicina. El estudiante de medicina debe asistir a clase desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde. Después debe ir a su casa y quedar estudiando hasta bien avanzada la noche.» Tenía, además, un carácter generoso y noble, y era idolatrado tanto por sus alumnos como por sus pacientes. Freud le admiraba y le respetaba, pero no podía imitarlo en su entusiasmo por la medicina. No encontraba mayor interés ni en tratar a los enfermos en las salas ni en estudiar sus enfermedades. A esa altura de las cosas, debía estar más convencido que nunca de que no había nacido para ser médico.

Freud trabajó bajo las órdenes de Nothnagel durante seis meses y medio, hasta finales de abril, y el primero de mayo de 1883 pasó a la clínica de psiquiatría de Meynert, donde desde el comienzo fue designado *Sekundararzt.* Cambió su residencia al hospital, y fue ésta la primera vez que abandonaba su casa, a no ser para sus breves vacaciones. Tenía entonces veintisiete años. Ya nunca más volvió a dormir en casa de los padres.

Meynert (1833-92), su nuevo jefe, era en una esfera tan distinguido, por lo menos, como Brücke lo era en la suya, de modo que pudo Freud mirarlo con el mismo respeto, ya que no con el mismo sentimiento de reverencia. Las de Meynert fueron las únicas clases de medicina que despertaron su interés como estudiante. En sus obras le vemos hablar del «gran Meynert, cuyos pasos he seguido con tanta veneración», y a pesar de amargos desengaños personales que llegaron años después, siempre lo recordaba como el genio más brillante que jamás hubiera encontrado.

Freud compartía la opinión general de que Meynert era el más grande anatomista del cerebro de su tiempo, pero la opinión que de él tenía como psiquiatra era mucho menos entusiasta. Sin embargo, es en su trabajo sobre la perturbación llamada «amencia de Meynert» (psicosis alucinatoria aguda) donde obtuvo la viva impresión del mecanismo de realización de deseos *(wish fulfillment),* que tan ampliamente habría de aplicar más tarde en sus investigaciones sobre el inconsciente.

Freud permaneció en la clínica de Meynert cinco meses, dos en la sala de hombres, y luego tres en la de mujeres. En eso consistió toda su experiencia de carácter puramente psiquiátrico. En sus cartas de la época se mostraba entusiasmado por el estímulo que decía hallar en la actitud de Meynert como maestro, «una persona que estimula más que una legión de amigos». El trabajo era intenso, y las siete horas diarias en las salas resultaban apenas suficientes. Estaba decidido a dominar la materia, y leía continuamente acerca de la misma en Esquirol, Mo-

rel, etc. No dejó de señalar lo poco que sobre el particular entendían los psiquiatras.

Los meses que pasó en la clínica psiquiátrica fueron satisfactorios en más de un aspecto. Freud afirmaba haberse hecho muy buenos amigos entre los médicos internos, «de manera que —agregaba— no debo ser una persona absolutamente insoportable». Cuando los *Sekundarärzte* se unieron para presentar a las autoridades una protesta por las escasas comodidades del Instituto Patológico, designaron como portavoz a Freud, que evidentemente empezaba a destacar entre los demás.

El 1 de octubre de 1883 Freud pasó al Departamento de Dermatología. Había en el hospital dos departamentos para la especialidad, uno para enfermedades comunes de la piel y el otro para afecciones sifilíticas y otras enfermedades infecciosas. Fue en esta última sección en la que Freud prefirió hacer su práctica, en razón de la importante relación existente entre la sífilis y las diversas enfermedades del sistema nervioso. Lamentaba, sin embargo, haber actuado solamente en la sala de hombres, y no haber podido ver, por lo tanto, los mismos trastornos en la mujer. Era un trabajo muy llevadero. Las visitas en la sala terminaban a las diez de la mañana y sólo tenían lugar dos veces por semana. Tenía así tiempo suficiente para el laboratorio.

Durante los tres meses que trabajó allí asistió también a cursos especiales de rinolaringología, ocasión en la que, al realizar los estudios prácticos en el policlínico, se encontró torpe para el manejo de los instrumentos. Había solicitado trabajar con Urbantschitsch, pero este curso ya estaba cubierto y entonces lo hizo con Ultzmann.

Antes de partir para Wandsbek, Martha solía visitar a Freud en su alojamiento en el hospital. En octubre, antes de abandonar el servicio de Meynert, tuvo que mudarse a una nueva habitación, y con el objeto de tener informada a Martha de los detalles de su vida diaria le hizo una descripción de su nuevo alojamiento. Para alegrar la habitación, Freud le pidió que le bordara dos «cuadros votivos» para colgar sobre su escritorio. Eligió, para ello, dos inscripciones. Una, adaptada de *Cándido*, era:

Travailler sans raisonner.

La otra, que según le dijo Fleischl era de San Agustín, decía:

En cas de doute abstiens toi.

Tres años más tarde, al iniciarse en la práctica médica, le hizo bordar una tercera inscripción, con una frase favorita de Charcott:

Il faut avoir la foi.

A fines de 1883 sus comodidades en el hospital mejoraron, pues disponía de dos habitaciones.

El 1 de enero de 1884 Freud inició su más largo periodo de trabajo en el hospital. El departamento tenía el nombre de Nervenabtei-

lung (Sección Nervios), pero no siempre se presentaban allí enfermos de esa condición. Cuando esos casos se presentaban, el superintendente Franz Scholz, a quien no le interesaban más, trataba de deshacerse de ellos cuanto antes, pero había una verdadera conspiración de parte de los médicos encargados de la admisión, en el sentido de hacer ingresar el mayor número posible de tales pacientes. El superintendente, al parecer, sólo estaba interesado en reducir los gastos, de modo tal que los pacientes pasaban hambre y sólo se podían recetar los medicamentos más baratos: no se podían ensayar los fármacos nuevos por ser muy costosos. Exceptuando este aspecto, sin embargo, los médicos jóvenes tenían carta blanca e incluso eran estimulados por Scholz a realizar todas las investigaciones que se sintieran capaces de emprender. Freud se sintió indignado ante el estado en que halló las salas. No se las mantenía limpias, de modo que cualquier barrido que se hacía levantaba una intolerable nube de polvo. No había instalación de gas en todo el hospital, y desde que anochecía los pacientes quedaban en la más completa oscuridad. Las «guardias» de los médicos, así como las eventuales operaciones de urgencia, tenían que hacerse con la ayuda de un farol.

Durante los seis meses a partir de entonces, Freud trabajó firmemente en el laboratorio, al que dedicaba dos horas diarias, entre las horas de visitas. Pero en julio se produjo un hecho extraordinario. Tres días antes de la fecha fijada para su mes de vacaciones en Wandsbek, llegó la noticia de que el gobierno montenegrino había solicitado el envío urgente de algunos médicos austríacos, para ayudar a contener una epidemia de cólera que amenazaba extenderse a través de la frontera. Para espanto de Freud, tanto Moritz Ullmann, el otro *Sekundararzt* «menor» —eran dos—, como el «mayor», Josef Pollak, se ofrecieron como voluntarios para la aventura, y le dejaron como único médico en su departamento. El jefe, Scholz, ya se había ausentado para sus vacaciones de dos meses. El primer impulso de Freud fue el de renunciar definitivamente a su puesto en el hospital, ir a Wandsbek y luego probar suerte como práctico general. Pero después de pensarlo más fríamente, y bajo la influencia apaciguante de sus amigos Fleischl y Breuer, decidió quedarse. Dos nuevos médicos «menores» fueron colocados bajo su dirección, y él mismo se vio colocado en el cargo de superintendente. Esto significaba haber saltado dos categorías en el escalafón. Cuando Martha le pidió que le explicara qué importancia tenía esto, él le replicó sucintamente: «Quiere decir que el director del hospital te invita a sentarte en su presencia.» Entró a ocupar su nuevo cargo el 15 de julio y permaneció en él seis semanas.

Ahora tenía a su cargo 106 pacientes, con diez enfermeras, dos *Sekundarärzte* y un aspirante bajo sus órdenes. El aspirante era un tal doctor Steigenberger, un devoto admirador de Martha que miraba al rival triunfante con temor reverencial. A Freud le gustaba toda esta situación, aun cuando refunfuñaba: «¡Qué difícil es dirigir!» Se beneficiaba también desde el punto de vista profesional: «Fue en esas semanas cuando realmente me convertí en médico.» El 1 de septiembre se ausentó para sus bien ganadas vacaciones en Wandsbek.

Scholz, a su regreso, le reprochó el no haber sido bastante económico, pero parece haberse ablandado cuando Freud le dio un informe satisfactorio de la labor médica cumplida. Sin embargo, las relaciones entre ambos se hicieron evidentemente tensas. Freud aborrecía la mezquindad, y no siempre se tomaba el trabajo de ocultar su opinión.

En la primavera de 1885, según afirma Freud, fue nombrado conferenciante en neuropatología, «en base a mis publicaciones histológicas y clínicas». Se refería evidentemente a la posición de *Privat-Dozent*. Este título, tan importante en Austria y en Alemania, no tiene equivalente exacto en las escuelas de medicina de las universidades norteamericanas ni en las inglesas. Tal vez lo que más se le acerca es el *Don* de Oxford o de Cambridge. El *Privat-Dozent* no tiene derecho de asistir a las reuniones de la Facultad, ni recibe sueldo alguno, pero se le permite dictar un cierto número de clases, habitualmente sobre temas al margen del programa. Es una posición muy cotizada. Es condición necesaria para todo progreso dentro de la Universidad, y goza de un gran prestigio entre el público en general, ya que es una garantía de especial competencia. El número de estos cargos es muy limitado, de modo que el pequeño grupo de los favorecidos constituye una elite.

Desde el principio de su carrera médica Freud tuvo bien presente esa finalidad. Lo que le importaba en esto no era solamente la posición profesional correspondiente, sino la enorme ventaja que representaba en cuanto a la seguridad que prometía de un ejercicio profesional que le permitiría casarse. En 1883 había tenido la esperanza de que el método de impregnación que había ideado tendría un éxito suficiente como para asegurarle esa recompensa, pero un año más tarde se hizo evidente que su tesis tendría que basarse sobre las investigaciones que por entonces estaba realizando sobre anatomía del bulbo raquídeo. En mayo de ese año tenía la esperanza de poder presentarse en la próxima Navidad. Pero en junio se sintió tentado de apartarse de ese plan al recibir un ofrecimiento de viaje por cuenta de un paciente psicótico a quien se le daban diez meses de vida (probablemente un caso de parálisis general). Durante este tiempo ganaría bastante dinero, lo que supondría la posibilidad de adelantar en un año el casamiento. Pero significaría también abandonar el hospital para siempre y renunciar a presentarse para optar al cargo superior. A pesar de la impaciencia de su largo noviazgo, no vaciló en la elección y continuó en su cargo. Había estado ganando dinero mediante un curso que dictaba sin la autorización legal, y un colega más antiguo lo desplazó en el mismo. Se preguntaba, por lo tanto, si tendría la posibilidad de llegar a ser docente antes de terminar el trabajo sobre anatomía, con el que había contado para el caso. Breuer opinó que sí, y cuando se dirigió a Nothnagel para pedirle su opinión, el gran hombre no sólo se mostró sumamente benévolo sino que le expresó su confianza en el triunfo de Freud de una manera realmente enfática. Le aseguró que no faltaría a la reunión en que ello se decidiría, y que él se bastaba para lograr el resultado apetecido, cualquiera que fuera la oposición. Envalentonado de este modo, Freud envió su solicitud el 21 de enero de 1885.

En la reunión del 24 de enero se designó en la Facultad una comisión compuesta por Meynert, Brücke y Nothnagel para ocuparse de esta solicitud e informar de los resultados a la Facultad. El 1 de febrero Brücke comunicó brevemente su opinión a la comisión: «Los trabajos microscópico-anatómicos del doctor Freud han tenido una aceptación general en cuanto a sus resultados. En la medida en que hasta el presente han podido ser puestos a examen han sido confirmados. Conozco bien su labor y estoy dispuesto a firmar cualquier informe en que se recomiende la aceptación del solicitante. Es mi deseo asistir a la reunión de la Comisión, si ésta llegara a ser necesaria.» El 5 de febrero Nothnagel se declaró solidario de la opinión de Brücke, y el 28 del mismo mes Brücke presentó en una reunión de la Facultad el informe de la Comisión, redactado por él y refrendado por Meynert y Nothnagel.

En su informe, Brücke analizó cuidadosa, extensa y elogiosamente los trabajos histológicos de Freud. Terminaba con la recomendación siguiente: «El doctor Freud es un hombre de buena cultura general, de carácter tranquilo y serio, un trabajador excelente en el campo de la neuroanatomía, de fina destreza, visión clara, vastos conocimientos, un cauteloso método para la deducción y dotado del talento de la expresión escrita bien organizada. Sus hallazgos gozan de aprobación y confirmación. Su estilo en las conferencias es transparente y seguro. Las condiciones del investigador científico y del docente bien dotado se unen de tal manera en él, que la Comisión hace al Honorable Colegio la sugerencia de que sea admitido a las ulteriores pruebas de aptitud.» En la reunión de la Facultad esta documentación fue inmediatamente aceptada, por veintiún votos contra uno.

Esta era la fase decisiva, y la buena nueva fue inmediatamente telegrafiada a la novia. Tres meses después recibió la invitación de presentarse al examen oral el 13 de junio, y esto hizo surgir el angustioso problema del traje. Fueron comprados el sombrero de copa y los guantes blancos, pero quedaba el difícil problema de si convenía alquilar el traje de etiqueta requerido, o mandar hacer uno sin perspectivas de poderlo pagar. Freud optó por lo último.

Había otros dos candidatos. Freud fue el primero en ser conducido al recinto, en que estaban sentados siete u ocho de los grandes. Fue interrogado primero por Brücke y luego por Meynert, sobre anatomía y patología de la médula espinal, tema en que se sentía muy a sus anchas. Tan bien estuvo, que Brücke le siguió fuera del recinto para decirle que su exposición había sido excelente y para expresarle su propio elogio y el de otros profesores presentes. Un relato completo de lo acontecido fue inmediatamente despachado a Martha. El 20 de junio la Facultad decidió, pero esta vez sólo por diecinueve votos contra tres, permitirle dar la conferencia de prueba. Aquí se trataba ya de un acontecimiento público, que fue debidamente anunciado en los periódicos. Tuvo lugar en la sala de clases del Instituto de Brücke, «donde había hecho, con inigualado entusiasmo, mi primer trabajo, y donde había abrigado la esperanza de llegar a ser el ayudante de mi jefe. ¿Será esto un presagio de que, después de todo, me será dado volver al trabajo científico y a la

Löbliches Professoren-Collegium
der
Wiener medizinischen Facultät

Beilage A.
Beilage B.
Beilagen C a–i

1) Curriculum vitae

Wien 21 Jänner 1885

Solicitud de habilitación docente, cursada por Freud en 1885.

teoría? ¿Crees en presagios?». El tema elegido fue «Los haces bulbares del cerebro», y el informe oficial dice que la disertación fue acogida con unánime satisfacción.

El 18 de julio la facultad decidió recomendar a Freud para su designación como *Privat-Dozent* en neuropatología, pero con esto no se habían terminado aún las formalidades. El 8 de agosto se le requirió para que se presentara en la Jefatura de Policía para comprobar si por su carácter merecía el honor del nombramiento y si su conducta pasada había sido irreprochable. Al anunciar esto, agregaba en tono festivo: «Decidí no divulgar nada.» Un mes más tarde, el 5 de septiembre de 1885, después de la debida consideración del caso por el Ministerio, éste decidió ratificar la designación, con lo que Freud se vio realmente convertido en *Privat-Dozent*.

Freud trabajó en la llamada *Nervenabteilung* (Sección de Neurología) de Scholz sólo catorce meses, y no veinte, como afirman otros autores. Hacia finales de febrero de 1885 el director del Hospital le informó que Scholz quería que se le trasladara a otro departamento. Freud protestó ante Scholz, pero fue en vano. Habían tenido ciertas discusiones acerca de su diferente manera de concebir la dirección de un hospital. Fue así como el 1 de marzo entró en el Departamento Oftalmológico. Allí trabajó tres meses, y el 1 de junio fue trasladado al Departamento Dermatológico. Pero un día antes recibió de Obersteiner la invitación de trabajar como suplente en un sanatorio de enfermedades mentales que éste tenía en las afueras de Viena, en Oberdöbling. Fue autorizado por su jefe para aceptar la proposición, y el 7 de junio se hizo cargo del nuevo puesto. Le daban alojamiento y comida, y 100 guldens. El médico interno jefe del sanatorio era el profesor Leidesdorf, que le tomó simpatía a Freud, y le ayudó más tarde de diversos modos. Era una institución de categoría social elevada, y Freud tuvo que usar, para trabajar de forma apropiada, sombrero de copa y guantes blancos. Entre los sesenta pacientes, había uno que era hijo de María Luisa, la emperatriz esposa de Napoleón; era un alienado mental sin esperanzas de recuperación. A Freud le agradaba vivir allí, y le preguntó a Martha si le agradaría vivir en el sanatorio en caso de que los otros proyectos, más ambiciosos, fracasaran. Pero durante su permanencia allí llegó una gran noticia. Para explicar esto tenemos que volver un poco atrás.

En una carta del 3 de marzo de 1885, Freud exponía su idea de solicitar un *Stipendium* (beca para viaje de estudios) que el Ministerio ofrecía, entre los graduados, al candidato triunfante entre los *Sekundarärtze* menores. El monto ascendía a la magnífica suma de 600 guldens (48 libras), e iba acompañado además de una licencia de seis meses. Esto último no interesaba a Freud, ya que se proponía renunciar a su puesto antes de partir, pero de todos modos su plan era ausentarse de Viena por seis meses. No se explica cómo, aun en aquellos tiempos, era posible viajar a cualquier parte y pagar el sustento de seis meses con una suma como ésa, y más teniendo en cuenta que la mitad de la misma era pagada un par de meses después del regreso del candidato. Pero Freud no se dejó nunca disuadir por obstáculos de esa naturaleza, e inmedia-

tamente decidió, de ser posible, dirigirse a París, a la clínica de Charcot. Pero conociendo, como conocía, el papel decisivo que en Viena desempeñaba el favoritismo, no tuvo esperanzas de ser el feliz agraciado por la beca.

El plazo de presentación de la solicitud expiraba el 1 de mayo, y la reunión en que se tomaría la resolución iba a celebrarse un mes más tarde, lo cual concedía a los candidatos algunas semanas para procurarse el necesario apoyo. Freud se entregó inmediatamente, con todo empeño, a esta tarea, y entre esta actividad y la preocupación que le creaban sus inciertas perspectivas de éxito, su trabajo durante los dos meses que siguieron fue muy escaso. Su amigo Lustgarten le consiguió el apoyo del profesor Ludwig, el nuevo Primarius del *Abteilung* (superintendente del departamento) en que trabajaba Freud. Nothnagel y Meynert prometieron su apoyo, y Breuer ganó para él al famoso cirujano Billroth. El profesor Leidesdorf, en cuya clínica psiquiátrica privada Freud acababa de trabajar durante tres meses como sustituto, se unió a los anteriores, asegurando además el apoyo de Pollitzer, el famoso otólogo, y otros más. Esto, no obstante, alarmó a Freud, ya que sabía que Meynert odiaba a Leidesdorf, y podría, en consecuencia, disminuir su apoyo. Más grave que esto fue que Brücke, uno de sus puntales más poderosos, enfermara unas semanas antes de la reunión, pero felizmente se restableció a tiempo.

Cuando ya se acercaba el momento de la designación, Freud calculó que podría contar con ocho votos, sobre veintiuno. Había otros dos candidatos, y cuando supo que uno de ellos era sobrino del influyente profesor Braun, consideró casi perdido su caso. Había, es cierto, posibilidad de que un empate en los votos le permitiera triunfar como tercero en discordia, pero también esta esperanza quedó desvanecida cuando al peligroso sobrino se le aconsejó que desistiera a causa de su temprana edad. Cuando llegó el día 30 de mayo, y se reunió el Consejo para constituirse en jurado, Freud escribía con tristeza: «Este es el día en que algún otro conseguirá la beca.» Pero al día siguiente supo que no se había tomado ninguna decisión y que el asunto había sido remitido a una subcomisión compuesta de tres miembros, propicios respectivamente a cada uno de los candidatos (el tercer candidato no se había retirado aún). Le molestó esta «postergación de una inútil esperanza».

Pasaron tres semanas entre argumentaciones de una parte y la otra. Sucedió entonces que en la noche anterior al día en que se tomó realmente la decisión final, Freud soñó que su representante, que era nada menos que Brücke, le dijo que no tenía posibilidades, porque había siete candidatos con mejores perspectivas que él. Dado que en la familia de Freud había, fuera de él —entre varones y mujeres—, siete hermanos, no era difícil advertir el carácter de reaseguramiento que tenía este sencillo y breve sueño. Entre todos ellos había sido, sin duda, no sólo el más prometedor sino también el más favorecido, y cualquier clase de arrepentimiento que hubiera podido sentir a este respecto estaba representado en el sueño por la severa figura de Brücke, en quien sabía, no obstante, que podía confiar sin reservas.

Al día siguiente, 20 de junio, envió a su prometida una carta ditirámbica. Su unión con ella le parecía ahora mucho más cercana que antes. Había ganado por trece votos contra ocho. «¡Oh, qué maravilloso va a ser! Vendré con mucho dinero y me quedaré mucho tiempo contigo, y voy a traer alguna cosa hermosa para ti, y luego iré a París y llegaré a ser un gran *savant* y volveré a Viena con una gran, gran aureola. Después nos casaremos pronto y yo voy a curar a todos los enfermos nerviosos incurables, y tú cuidarás de mí, y yo te besaré hasta verte contenta y feliz... Y desde entonces viviremos felices.»

Unos días después Fleischl le dijo que lo que le había valido el éxito fue «la apasionada intercesión de Brücke, que había causado sensación general».

El último día de agosto de 1885 Freud dejó el Hospital General para siempre, después de haber vivido y trabajado allí exactamente tres años y un mes. Esto señalaba casi el final de su experiencia en medicina general. Las diecinueve semanas que pasó en París las dedicó exclusivamente a la neurología. Después, durante tres semanas, estudió en Berlín —bajo la dirección de Baginsky— enfermedades de los niños, materia de la que no se había ocupado durante su preparación en Viena. La otra razón que tenía para esto era el ofrecimiento que se le había hecho de que se hiciera cargo del Departamento de Neurología de la Clínica para Niños, de Kassowitz. El importante trabajo que aquí realizó sobre parálisis infantil forma parte de sus trabajos de neurología.

Para llegar a ser un buen médico general, le habría hecho falta más experiencia en cirugía y partos, pero desde el punto de vista puramente clínico ya estaba bien preparado. Tres años de residencia en un hospital en calidad de médico es algo muy diferente de un simple diploma. El hecho de que durante esos años realizara también importantes trabajos de investigación, y alcanzara al mismo tiempo el cargo de profesor, demuestra que fue un tiempo bien aprovechado. Al terminar este periodo tenía veintinueve años.

El año 1885 fue, pues, un año de éxitos. Había dado fin a sus importantes investigaciones sobre el bulbo raquídeo, que pronto serían publicadas, logró su propósito de visitar a Charcot, en París, y pudo presentarse como *Privat-Dozent* en neuropatología.

6. El episodio de la cocaína (1884-1887)

Durante los tres años de hospital, Freud estuvo constantemente entregado al empeño de hacerse un nombre mediante el descubrimiento de alguna cosa importante, ya fuera en el terreno de la clínica o en el de la patología médica. Su móvil en esto no era simplemente, como podría suponerse, la ambición profesional, sino mucho más que esto, la esperanza de un éxito que pudiera abrirle una perspectiva suficiente en el terreno de la práctica privada como para justificar el adelanto de la fecha de su matrimonio en un año, o incluso dos, en relación con la fecha que podía animarse a considerar como probable tal como iban las cosas. Debieron de ocurrírsele muchas ideas al respecto, y en sus cartas menciona repetidas veces uno u otro descubrimiento que podría conducirle al deseado fin. Pero ninguna de esas ideas dio resultado. La mayor parte de las veces, por desgracia, sólo proporciona en sus alusiones un vistazo fugaz de dichas ideas. Los dos únicos casos en que se extiende sobre el tema son aquellos en que más cerca estuvo de lograr su propósito: son los que se refieren al método del cloruro de oro para la impregnación del tejido nervioso y al uso clínico de la cocaína.

Esto último, como luego veremos, representa algo más que uno de los tantos esfuerzos de rutina, y los problemas que plantea justifican que lo presentemos como un episodio aparte.

Lo que Freud mismo nos relata al respecto es lo siguiente:

«Aquí puedo retroceder un poco y explicar cómo fue por culpa de mi prometida por lo que yo no llegué a ser famoso siendo joven. Un interés colateral, aunque profundo, me condujo en 1884 a obtener de Merck una pequeña porción de cocaína, alcaloide poco conocido a la sazón, y a estudiar su acción fisiológica. Cuando me hallaba en medio de esta tarea, se presentó una oportunidad de hacer un viaje para visitar a mi novia, de la que estaba separado hacía dos años. Apresuradamente di término a mi investigación sobre la cocaína, contentándome con anotar en mi libro sobre el tema la afirmación profética de que pronto se habrían de encontrar nuevas aplicaciones. Sugerí, sin embargo, a mi amigo Königstein, el oftalmólogo, que investigara hasta qué punto las propiedades anestésicas de la cocaína podrían ser aplicadas en las enfermedades del ojo. Cuando volví de mis vacaciones me encontré con que no él, sino otro de mis amigos, Carl Koller (ahora en Nueva York), a quien yo había hablado también acerca de la cocaína, había hecho los experimentos decisivos sobre ojos de animales y había presentado sus

comprobaciones en el Congreso de Oftalmología de Heidelberg. Koller es considerado por esto, con razón, como el descubridor de la anestesia local con cocaína, que tan importante ha llegado a ser en el campo de la cirugía menor. Pero no he guardado ningún resentimiento contra mi novia por haber interrumpido mi trabajo.»

Las observaciones, más bien innecesarias, que vemos al comienzo y al final de este pasaje nos hacen pensar que alguien debía tener la culpa de lo sucedido, y hay pruebas suficientes de que es a sí mismo a quien realmente culpaba Freud. En otra parte escribe: «En mi ensayo hice la sugerencia de que el alcaloide podría emplearse como anestésico, pero no estuve al cuidado de llevar el asunto hasta el final.» En conversaciones privadas atribuyó esta omisión a su «pereza».

La primera noticia que tenemos acerca de este asunto de la cocaína aparece en una carta del 21 de abril de 1884, en la que da la noticia de «un proyecto terapéutico y de una esperanza». «He estado leyendo acerca de la cocaína, el componente esencial de las hojas de coca que algunas tribus indias mastican para poder resistir las privaciones y dificultades. Un alemán[8] la ha estado empleando para sus soldados, y ha informado que, en efecto, aumenta la energía y la capacidad para la resistencia. Estoy tratando de adquirir una cantidad, y la ensayaré en los casos de enfermedad cardíaca y en los de agotamiento nervioso, y especialmente en la desdichada situación que sigue al abandono de la morfina (doctor Fleischl). Tal vez otros estén trabajando en esto mismo. Quizá no salga nada de esto. Pero haré el intento, desde luego, y ya sabes que cuando se persevera, tarde o temprano se triunfa. No necesitamos más que un éxito de éstos para estar en condiciones de pensar en poner nuestra casa. Pero no des por asegurado que el éxito llegará en esta ocasión. Dos cualidades debe tener el temperamento del investigador, ¿sabes? Debe ser temerario en el intento, pero debe poner sentido crítico en su trabajo.»

Al comienzo no pensó que pudiera resultar gran cosa de esto: «Me animo a decir que va a resultar algo parecido a lo del método;[9] menos de lo que me había imaginado, pero de todos modos algo bastante respetable.» El primer obstáculo resultó ser el costo de la cocaína que había pedido a la casa Merck, de Darmstadt: en lugar de costar 33 kreutzers (6 peniques) el gramo, se encontró, con gran dolor, con que costaba 3 florines y 33 kreutzers (5 chelines y medio). Pensó al comienzo que esto iba a significar el final de su investigación, pero una vez pasada la primera impresión, encargó, sin arredrarse, un gramo, con la esperanza de poder pagarlo algún día. Inmediatamente ensayó el efecto de un vigésimo de gramo. Comprobó que había convertido su mal humor en alegría y que le producía la sensación de haber comido bien, «de modo que no hay que preocuparse de nada en absoluto», pero sin disminuir en nada su energía para el ejercicio o el trabajo. Se le ocurrió que, puesto que la droga actuaba evidentemente como un anestésico del estómago, suprimiendo toda sensación de hambre, podría resultar útil para cohibir los vómitos de cualquier origen.

Decidió, al mismo tiempo, ofrecer la droga a su amigo Fleischl. Ernst von Fleischl-Marxow (1846-1891), cuya amistad significaba mucho para Freud y cuya prematura muerte deploró profundamente, era otro de los asistentes de Brücke. Era joven, bien parecido, entusiasta, brillante conversador y un estimulante profesor. Tenía las amables y encantadoras maneras de la vieja sociedad vienesa y siempre estaba dispuesto a discutir de problemas científicos y literarios, exhibiendo un torrente de ideas provocativas.

Estas cualidades contrastaban fuertemente con su patético papel de héroe y mártir de la fisiología. A los veinticinco años, investigando patología anatómica, contrajo una infección. La amputación del pulgar derecho le salvó de una muerte segura. Pero continuó el crecimiento de neuromas, que requirieron repetidas operaciones. Su vida se convirtió en una tortura interminable destinada a una dolorosa muerte lenta.

Adiestró su mano mutilada y dolorida en trabajos experimentales de complicada técnica. Aprovechaba sus noches insomnes estudiando física y matemáticas y, más tarde, sánscrito. En un momento dado, su dolor se convirtió en intolerable, por lo que recurrió a la morfina y se convirtió en adicto a la droga. En medio de la desesperación de no poder librarse de su adicción, Freud le propuso sustituir la morfina por la cocaína. Años después, Freud hubo de lamentar amargamente haber tomado esta decisión. Fue con ocasión de un informe que había leído en la *Detroit Medical Gazette*, acerca del uso de la droga para ese fin. Fleischl se abrazó a la nueva droga, en palabras de Freud, «como un hombre que se está ahogando» y a los pocos días la estaba tomando de forma continuada.

El entusiasmo de Freud iba en aumento. La cocaína era una «droga mágica». Tuvo un éxito espectacular en un caso de catarro gástrico, en el que hizo desaparecer inmediatamente el dolor. «Si esto marcha, escribiré un ensayo sobre la droga, y espero que ella terminará por ocupar un lugar en la terapéutica, junto a la morfina, y en rango superior a ésta. Tengo acerca de esto otras esperanzas e intenciones. Estoy tomando regularmente dosis muy pequeñas contra la depresión y la indigestión, con el más brillante de los éxitos. Tengo la esperanza de que servirá para terminar con los vómitos más rebeldes, aun aquellos que provienen de un dolor intenso. En una palabra, es apenas ahora cuando me siento médico, puesto que he ayudado a un enfermo y tengo la esperanza de ayudar a otros. Si las cosas siguen como hasta aquí, no tendremos que preocuparnos ya en cuanto a poder reunirnos y quedar en Viena.» Envió cierta cantidad de droga a Martha, «para hacerla fuerte y dar color rojo a sus mejillas», la ofrecía insistentemente a sus amigos y colegas, tanto para ellos como para sus pacientes, y se la dio a sus hermanas. En resumen, mirado desde el punto de vista de lo que hoy sabemos, se estaba convirtiendo en una verdadera amenaza pública. Freud no tenía ningún motivo, naturalmente, para pensar que su conducta encerraba peligro alguno, y cuando aseguraba que, a pesar de la frecuencia con que tomaba la droga, no había advertido ansia alguna de volverla a tomar, estaba diciendo estrictamente la verdad: tal como sa-

bemos ahora, se necesita una predisposición especial para incubar una adicción a las drogas, y Freud felizmente no poseía tal predisposición.

Algunos colegas le informaron de éxitos conseguidos con la droga; otros se mostraron más reticentes. Breuer, con su cautela característica, era uno de los que no se mostraban impresionados.

Freud encontraba dificultades en la obtención de literatura sobre este tema poco usual, pero Fleischl le recomendó la Biblioteca de la Sociedad Médica, donde se encontró con el volumen recién publicado del *Surgeon's General Catalogue,* que contenía un informe completo de la misma. Ahora (el 5 de junio) calculaba terminar el ensayo en quince días más y dedicarse luego a sus investigaciones sobre electricidad, para ocupar así las restantes cuatro o cinco semanas más que aún faltaban para ponerse en viaje a Wandsbek. Lo terminó el día 18, y ya al día siguiente estaba impresa la mitad. Apareció en el *Zentralblatt für die Gesamte Therapie,* de Heitler, en el número de julio.

Este ensayo, a pesar de constituir una amplia reseña sobre el tema —verdaderamente lo mejor que se haya publicado hasta el presente—, tiene sin duda más calidad como trabajo literario que como contribución científica original. Estaba escrito en el mejor estilo de Freud, con su vívido brillo característico, su simplicidad y su distinción, cualidades que habían hallado reducida aplicación en la descripción de los nervios del cangrejo de río o de las fibras del bulbo raquídeo. Muchos años habrían de pasar antes de que se le presentara nuevamente la oportunidad de ejercitar sus dotes literarias. Hay en este ensayo, además, un tono que nunca volvió a repetirse en los escritos de Freud, una notable combinación de objetividad y calor personal, como si estuviera enamorado de su contenido. Usaba expresiones no habituales en un trabajo científico, tales como «la maravillosa excitación» que demuestran los animales a continuación de una inyección de cocaína, y administrando más bien una «ofrenda» que una «dosis». Con gran calor rechazaba la «impostura» que se había publicado acerca de esta preciosa droga.

Comenzaba el ensayo con una larga exposición de la historia primitiva de la coca y su uso por los indios de América del Sur, para luego describirla desde el punto de vista botánico y enumerar después los diversos métodos de preparación de las hojas. Hizo incluso una exposición sobre hábitos religiosos relacionados con su uso, aludiendo al relato legendario de cómo Manco Cápac, el rey hijo del Sol, había enviado la coca como «un don de los dioses para satisfacer al hambriento, fortalecer al fatigado y hacer olvidar sus cuitas al desdichado». Nos enteramos de que la noticia de la maravillosa planta llegó a España en 1569 y a Inglaterra en 1596, de cómo el doctor Scherzer, el explorador austríaco, trajo consigo hojas de coca, que fueron enviadas a Niemann, ayudante de Woehler, el aborrecido químico que se atrevió a sintetizar la urea. Fue Niemann quien aisló el alcaloide (cocaína) de la planta.

Narra luego una serie de autobservaciones, en las que pudo estudiar su efecto sobre el hambre, el sueño y la fatiga. Se refirió a «la alegría y la persistente euforia, que en nada difieren de la euforia normal de la persona sana... Se puede percibir un aumento del autocontrol y

una mayor vitalidad y capacidad para el trabajo... En otros términos, usted se siente feliz, y pronto se le hace difícil pensar que está bajo la influencia de droga alguna... Se puede realizar un largo e intenso trabajo mental o físico sin ninguna fatiga... Se llega a este resultado sin ninguno de los desagradables efectos que siguen a la alegría producida por el alcohol... No se registra absolutamente ansia alguna de volver a tomar cocaína ni después de la primera vez que se ingiere la droga, ni después de usarla repetidas veces. Se siente más bien una rara aversión a la droga». Freud confirmó las conclusiones de Mantegazza sobre el valor terapéutico de la droga, su acción sobre el estómago, estimulante y a la vez adormecedora, su utilidad contra la melancolía, etc. Describió un caso visto por él (el de Fleischl), en el que había empleado la cocaína en el proceso de hacer desaparecer una adicción a la morfina. Resumió el valor de la droga, en conjunto, como aplicable «en los estados funcionales comprendidos bajo el nombre de neurastenia», en el tratamiento de la indigestión y en los de adicción a la morfina.

En cuanto a la explicación teórica de su acción, Freud hizo la sugerencia, que luego se confirmó, de que la cocaína no actúa mediante la estimulación directa del cerebro sino por la abolición de la acción de ciertos factores deprimentes de la sensación del propio cuerpo.

En el pasaje final, escrito apresuradamente, decía: «La virtud de la cocaína y de sus sales, cuando se aplica en soluciones concentradas, de anestesiar las membranas cutáneas y mucosas hace pensar en su posible uso en el futuro, especialmente en los casos de infección local... Parece probable que en un futuro próximo se llegue a otros usos de la cocaína basados en esta propiedad anestésica.» Este es el aspecto en cuya indagación se reprochó más tarde no haber insistido.

La explicación psicológica de este autorreproche parecería ser más compleja. Es cierto que Freud tenía la esperanza de llegar a adquirir cierta fama por el estudio de la cocaína, pero no podía saber que una fama mucho mayor de la que él se imaginaba estaba al alcance del que llegara a aplicarla de una determinada manera. Cuando se percató de esto, y no fue por cierto muy rápidamente, se echó la culpa a sí mismo, pero también culpó a su prometida. Este último rasgo irracional representa, como es habitual, un indicio de cierto proceso inconsciente. Ahora bien, lo que evidentemente fascinaba a Freud en la coca era su extraordinaria reputación en el sentido de elevar el vigor mental y físico, sin tener, al parecer, ningún efecto dañino posterior. Pero la cocaína sólo eleva el vigor allí donde éste haya sufrido previamente un descenso. Una persona realmente normal no necesita ese estímulo. Freud no se encontraba en esta última y afortunada situación. Durante muchos años había sufrido periódicamente depresiones y fatiga o apatía, síntomas neuróticos que posteriormente tomaron la forma de ataques de angustia, hasta que fueron disipados por su propio análisis. Estas reacciones neuróticas se vieron exacerbadas por el torbellino de su situación amorosa, con sus largas privaciones y demás dificultades. En el verano de 1884, especialmente, se hallaba en un estado de gran agitación, ante la proximidad de la visita a su prometida, y de ninguna manera por el solo hecho de su in-

certidumbre acerca de si haría el viaje. La cocaína calmó la agitación y disipó la depresión. Le comunicó además una insólita sensación de energía y vigor.

La depresión, como toda otra manifestación neurótica, disminuye la sensación de energía y virilidad: la cocaína la restaura. Si alguna duda queda acerca de que es esto lo esencial en el asunto, resultará disipada por el siguiente pasaje de una carta del 2 de junio de 1884, carta que fue escrita cuando Freud acababa de enterarse de que Martha tenía mal aspecto y había perdido el apetito. «¡Ay de ti, mi princesa, cuando yo llegue! Te besaré hasta ponerte toda colorada y te voy a alimentar hasta que te pongas bien gordita. Y si te muestras díscola, verás quién es más fuerte, si una gentil niñita que no come bastante o un salvaje hombrón que tiene cocaína en el cuerpo. Cuando tuve mi última depresión, tomé cocaína otra vez, y una pequeña dosis me elevó a las alturas de una manera admirable. Precisamente me estoy ocupando de reunir bibliografía para una canción de loa a esta mágica sustancia.»

Para gozar de virilidad y disfrutar de la bendición de verse unido a su amada, había abandonado el camino recto y estrecho de la sobria labor «científica» sobre la anatomía del cerebro, para tomar un subrepticio atajo: una senda que habría de acarrearle sufrimientos, y no el éxito. Un par de meses más tarde otro habría de alcanzar fama mundial gracias a la cocaína. Pero esto era merced a un uso beneficioso para la humanidad, mientras que Freud, dos años más tarde, habría de verse desdeñado por haber introducido, gracias a su indiscriminada propaganda en favor de una droga «inofensiva» y maravillosa, lo que sus detractores dieron en llamar «el tercer flagelo de la humanidad».[10] Después de todo, tenía que echarse en cara haber apresurado la muerte de un querido amigo y benefactor, al crearle una grave adicción a la cocaína.

En este momento entra en escena una nueva figura: Carl Koller, un hombre que tenía dieciocho meses menos de edad que Freud, y que ganó el galardón de ser él quien había inaugurado la era de la anestesia local. Koller era en esa época interno en el Departamento de Oftalmología, en el que aspiraba a convertirse en ayudante. Sus pensamientos giraban de una manera tan exclusiva alrededor del tema de las enfermedades oculares que, al decir de Freud, su monomanía llegó a ser bastante fastidiosa para sus colegas. Percatado, con toda razón, de la necesidad de hallar alguna droga para anestesiar la superficie sensible del ojo, estaba especialmente dedicado a ello. Ya había ensayado diversas drogas, tales como la morfina y el bromuro de cloral, pero hasta entonces infructuosamente. Algún tiempo después, en una de sus conferencias, y con el propósito de ilustrar cierto principio de orden moral, Freud relató el siguiente incidente con respecto a Koller.

«Cierto día estaba yo en el patio, con un grupo de colegas, entre los cuales se hallaba este hombre, cuando pasó otro colega, que llevaba trazas de sufrir un fuerte dolor. (Aquí Freud indicaba la localización del dolor, pero yo he olvidado el detalle.) Creo que puedo ayudarle —le dije—, y nos fuimos todos a mi habitación, donde con la aplicación de

unas pocas gotas de cierta medicina el dolor desapareció instantáneamente. Expliqué a mis amigos que la droga era el extracto de una planta de Sudamérica, la coca, que parecía poseer poderosas virtudes para calmar el dolor, y acerca de la cual estaba preparando una publicación. El hombre, que tenía un interés permanente por el ojo, y cuyo nombre era Koller, no dijo nada, pero pocos meses después me enteré de que había iniciado una revolución en la cirugía oftalmológica mediante el uso de la cocaína, convirtiendo en fáciles las operaciones que antes resultaban imposibles. Este es el único camino posible para realizar descubrimientos importantes: concentrar todos los pensamientos en un interés único.»

Freud había comenzado ciertas experiencias con el dinamómetro para establecer si el aumento en la fuerza muscular obtenido mediante el uso de la cocaína era una ilusión subjetiva o un fenómeno de posible verificación objetiva, y en estas pruebas colaboró con Koller. Los dos ingirieron cierta cantidad de cocaína y, como les ocurría a todos, sintieron cierto embotamiento en la boca y los labios. Esto significó para Koller más que para Freud.

Koller leyó el ensayo de Freud cuando apareció en el mes de julio, meditó sobre él, y a principios de septiembre, cuando Freud había abandonado Viena para dirigirse a Hamburgo, se presentó en el Instituto de Anatomía Patológica de Stricker llevando una botella que contenía un polvo blanco. Anunció al ayudante del Instituto, doctor Gaertner, que tenía razones para pensar, refiriéndose a la droga, que ésta actuaría como anestésico sobre el ojo. Inmediatamente, con toda facilidad, lo pusieron a prueba. Hicieron primeramente el ensayo sobre los ojos de una rana, de un conejo y de un perro, y luego sobre sus propios ojos, con completo éxito. Koller escribió una comunicación preliminar, fechada a principios de septiembre, y consiguió que el doctor Brettauer la leyera e hiciera las demostraciones prácticas en el Congreso de Oftalmología que tuvo lugar en Heidelberg el 15 de septiembre de 1884. El 17 de octubre, leyó un trabajo en Viena, ante la *Gesellschaft der Ärzte* (Asociación de Médicos), trabajo al que dio publicidad poco después. Contenía esta afirmación: «La cocaína ha sido llevada al conocimiento de los médicos de Viena, en forma destacada, por la cabal compilación y el interesante artículo terapéutico de mi colega de hospital, el doctor Sigmund Freud.»

Freud había llamado también la atención de un colega oftalmólogo más íntimo de él, Leopoldo Königstein, un hombre que tenía seis años más que Freud y era profesor desde hacía tres años, sobre el poder embotante de la cocaína, y le había sugerido su uso para aliviar el dolor de ciertas afecciones del ojo, tales como el tracoma y la iritis. Königstein siguió fielemente la sugerencia, con éxito, y apenas unas semanas más tarde extendió su uso al campo de la cirugía, extirpando el ojo de un perro con la ayuda de Freud. Pero era un poco tarde. En la reunión del 17 de octubre leyó también un trabajo en el que describía sus experiencias con la cocaína, pero sin mencionar el nombre de Koller. Parecía una antipática lucha por la prioridad, y Freud y Wagner-Jauregg logra-

ron persuadirle para que insertara, en el trabajo publicado —no sin alguna resistencia de su parte—, una referencia a la «comunicación preliminar» de Koller del mes anterior, con lo que renunciaba a su propia pretensión. Como luego veremos, Koller no agradeció la caballerosa actitud de Freud.

El 5 de abril de 1885, Freud fue llamado por su padre, con la noticia de que algo no marchaba bien en cuanto a la visión de uno de sus ojos. Freud se inclinaba a no darle ninguna importancia, considerándolo cosa pasajera, pero Koller, que casualmente estaba también allí, le examinó y le diagnosticó un glaucoma. Llamaron a Königstein, su superior, quien hizo la intervención al día siguiente, con mucho éxito. Koller, que daba la anestesia local, con la ayuda de Freud, hizo la chistosa observación de que estaban allí reunidas las tres personas que tenían que ver con la introducción del uso de la cocaína. Freud debió de sentirse orgulloso de poder ayudar a su padre y de haber demostrado que, a pesar de todo, había llegado a ser alguien.

Freud siguió en los mejores términos de amistad con Koller. Fue uno de los que con más entusiasmo le felicitaron por el feliz resultado de su duelo con un colega antisemita, y estuvo muy preocupado por su seria enfermedad, algo más tarde, ese mismo año. La última mención que hace de él es a propósito de haberle escrito para felicitarle por un nombramiento en Utrecht, con la esperanza de ir a visitarle allí desde París.

Koller emigró después a Nueva York, donde, como lo había predicho Freud, hizo una carrera triunfal. Pero al comienzo mismo de sus éxitos había cometido un «error sintomático», que indicaba cierta perturbación de su personalidad que años después salió plenamente a la luz. Al publicar el artículo que había leído en Viena en octubre de 1884, dio como fecha de la monografía de Freud agosto en lugar de julio, dando con ello la impresión de que su trabajo había sido simultáneo y no posterior al de Freud. Pero éste y Obersteiner se dieron cuenta del «lapsus» y lo corrigieron en publicaciones subsiguientes. Con el correr del tiempo, Koller llegó a presentar la discrepancia en términos aún más burdos, llegando a afirmar que la monografía de Freud apareció un año después de su descubrimiento, que de esta manera se presentaba como algo enteramente independiente de lo que Freud hubiera hecho en cualquier momento.

Se ha supuesto comúnmente que Freud debió de sentirse muy decepcionado y también disgustado consigo mismo al enterarse del descubrimiento de Koller. El hecho, muy interesante, es que no hubo nada de esto. He aquí cómo lo cuenta él: «La segunda noticia que voy a comunicarte es más agradable. Un colega ha hallado una sorprendente aplicación de la coca en la oftalmología y lo comunicó al Congreso de Heidelberg, donde causó gran sensación. Yo había aconsejado a Königstein, quince días antes de salir de Viena, que ensayara algo semejante. Este, en efecto, descubrió algo, y ahora hay una disputa entre ellos. Decidieron presentarme sus descubrimientos y pedirme que yo juzgara quién de los dos debía publicar primero. Yo aconsejé a Königstein que

leyera un trabajo en la *Gesellschaft der Ärzte* al mismo tiempo que lo haría el otro. En todo caso esto realza el éxito de la coca, y mi trabajo conserva la reputación que le corresponde por haberla recomendado con éxito a los vieneses.»

En esta época, evidentemente, Freud miraba todavía el territorio de la coca, por así decirlo, como su propiedad privada. Lo principal era el valor que podía tener por su uso interno, y él seguía experimentando con una serie de enfermedades en cuyo tratamiento esperaba tener éxito. Lejos de sentirse desconcertado por el descubrimiento de Koller, miraba éste como una de tantas aplicaciones distintas que podían esperarse de su amada droga. Mucho tiempo tuvo que pasar hasta que pudo asimilar la amarga verdad de que el uso hallado por Koller sería prácticamente la única aplicación valiosa de la cocaína, y todo lo demás quedaría reducido a la nada.

Cuando el Club de Fisiología se reabrió para el periodo de otoño, Freud recibió numerosas felicitaciones por su monografía sobre la cocaína. El profesor Reuss, director de la clínica oftalmológica, le manifestó que su trabajo «había producido una revolución». El profesor Nothnagel, al entregarle algunos de sus artículos, le reprochó no haber publicado dicho trabajo en su revista. Mientras tanto, estaba realizando experimentos sobre la diabetes, enfermedad que esperaba poder curar con la cocaína. Si alcanzaba el esperado éxito se casaría un año antes, y serían ricos y famosos. Pero no resultó nada. Más tarde, su hermana Rosa y un amigo de ella, un médico de barco, tuvieron éxito en sus experiencias con la cocaína para evitar el «mal de mar», y Freud creyó que también en esto se abría un porvenir para la droga. Expresó la intención de ensayar el efecto de la cocaína después de marearse en los columpios giratorios del Prater, pero nada se sabe acerca de este proyectado experimento.

Inmediatamente después se produjo la discusión entre Koller y Königstein en la *Gesellschaft der Ärzte,* hecho que le abrió un poco los ojos acerca de lo acaecido. Al describir la reunión dice que a él no le tocó más que el cinco por ciento del mérito, de modo que salió de ella bien pobre. Si al menos, en lugar de aconsejar a Königstein que hiciera los experimentos sobre el ojo, él hubiera creído un poco más en ellos y no hubiera retrocedido ante la molestia de llevarlos a cabo, no habría pasado por alto el hecho fundamental (el de la anestesia), tal como hizo Königstein. «Pero me dejé desviar por tanta incredulidad como vi por todas partes.» Este fue el primer autorreproche. Y un poco después escribió a su futura cuñada: «La cocaína me valió mucho renombre, pero la parte del león se la llevaron los otros.» Tenía que haber advertido la «enorme sensación» que en todo el mundo había producido el descubrimiento de Koller.

Volvamos ahora al caso de Fleischl, que para Freud tenía una importancia muy grande, no sólo en relación con la cocaína. Sobre su personalidad ya dijimos algo en el capítulo anterior. Freud le admiró primeramente a distancia, pero una vez que se retiró del Instituto Brücke tuvo ocasión de conocerle más profundamente. En febrero de ese año, por

ejemplo, habla de su «íntima amistad» con Fleischl. Antes de eso, en el mes de su compromiso matrimonial, escribe acerca de él lo siguiente: «Ayer estuve con mi amigo Ernst von Fleischl, a quien antes de conocer a Martha envidiaba en todos los aspectos. Ahora le llevo ventaja. Estuvo comprometido durante diez o doce años con una persona de su misma edad, que estaba dispuesta a esperarle indefinidamente, y ahora se ha separado de ella no sé por qué razón. Es una persona muy distinguida, dotado óptimamente por la naturaleza y por la educación. Rico, entrenado en toda clase de ejercicios físicos, con la impronta del genio en sus rasgos llenos de energía, buen mozo, de nobles sentimientos, dotado de todas las formas del talento y hombre capaz de expresar un juicio original sobre la mayor parte de las cuestiones; siempre fue mi ideal y no pude descansar hasta el día en que llegamos a ser amigos y pude disfrutar una alegría pura al admirar su capacidad y su renombre.» Había prometido a Fleischl no traicionar su «secreto» de que estaba estudiando sánscrito. A esto seguía una prolongada fantasía acerca de lo feliz que podría hacer a Martha un hombre con todas estas cualidades, fantasía de la que se arrancaba para afirmar su propia pretensión. «¿Por qué no habría de tener yo, por una sola vez, más de lo que merezco? Martha seguirá siendo mía.»

En otra ocasión escribía: «Le admiro y le amo con una pasión intelectual, si me permites la frase. Su destrucción me conmoverá como habría conmovido a un hombre de la Grecia antigua la destrucción de un templo sagrado y famoso. Yo le quiero, más que como a un ser humano, como a una de las valiosas obras de la Creación. Y tú no tienes ningún motivo para estar celosa.»

Pero este hombre admirable sufría sobremanera. Su neuralgia, tan insoportable, que hacía diez años le estaba atormentando, le estaba agotando gradualmente. Periódicamente afectaba su mente. Tomaba grandes dosis de morfina, con las consecuencias habituales. Freud pudo ver por primera vez esta situación durante una corta visita que le hizo en octubre de 1883. «Le pregunto, absolutamente desconsolado, adónde habría de conducir todo eso. Sus padres —me dijo— veían en él a un sabio, y él trataría de continuar con su trabajo mientras ellos vivieran. Una vez que murieran ellos, se descerrajaría un tiro, ya que le parecía imposible resistir por mucho tiempo. No tendría sentido tratar de consolar a un hombre que veía tan claramente su situación.» Quince días más tarde mantenía con él otra conmovedora entrevista. «No es de esos hombres a quienes uno pueda dirigirse con huecas palabras de consuelo. Su estado es realmente tan desesperado como él dice, y no se le puede contradecir...» «No puedo soportar —me dice— el tener que realizar, para hacer las cosas, un esfuerzo tres veces mayor que el que hacen los demás, cuando estaba habituado a hacerlas con más facilidad que ellos. Nadie podría soportar lo que yo soporto —agregaba—, y yo le conozco lo bastante como para creerle.»

Como dijimos más arriba, fue a principios de mayo de 1884 cuando Freud le suministró por primera vez la cocaína, con la esperanza de que así podría prescindir de la morfina. Al principio fue un verdadero éxito.

Desde entonces Freud le visitaba regularmente, ayudándole en el arreglo de la biblioteca o en tareas similares. Pero no había pasado más de una semana cuando, a pesar de que la cocaína le estaba deshabituando de la morfina, el estado de Fleischl era digno de lástima. Después de golpear varias veces la puerta de la habitación sin obtener respuesta, Freud pidió ayuda, y al irrumpir, con Obersteiner y Exner, en la habitación, le hallaron acostado, presa de un dolor que le tenía casi insensibilizado. Breuer, su médico, dispuso entonces que Obersteiner entrara todos los días en su habitación, con la ayuda de una llave maestra. Varios días después Billroth, después de fracasar en diversos intentos de operación sobre el muñón de una mano, ensayó el efecto de la estimulación eléctrica bajo narcosis. El resultado, como era de suponer, fue desastroso, y Fleischl cayó en un estado peor que nunca.

Fleischl compartía la opinión optimista de Freud en cuanto al valor de la cocaína, y con ocasión de publicarse en el *St. Louis Medical and Surgical Journal,* en diciembre de 1884, una traducción abreviada de la monografía, él agregó una nota en la que describía sus propias experiencias favorables con la droga, en lo que se refiere a deshabituarse de la morfina. Consideraba que las drogas eran antitéticas entre sí.

En enero de 1885 Freud, que a la sazón estaba tratando de lograr el alivio del dolor en las neuralgias del trigémino mediante inyecciones de cocaína, concibió la esperanza de hacer lo mismo con los neuromas de Fleischl, pero no obtuvo resultado favorable alguno. En cierta ocasión, en abril, Freud pasó una noche entera con Fleischl, permaneciendo todo el tiempo a su lado, mientras éste tomaba un baño tibio. Freud escribió que era absolutamente imposible describir una cosa como ésta, puesto que nunca había pasado por nada semejante. «Todas las notas del más profundo dolor fueron pulsadas.» Esta no fue más que una de las numerosas noches, la primera, que hubo de pasar a su lado en el curso de los dos meses que siguieron. En esa época Fleischl tomaba dosis enormes de cocaína; Freud observó que había gastado en esto nada menos que 1.800 marcos en los tres últimos meses, lo que significaba un gramo entero por día, cien veces más de lo que solía tomar Freud, y ello sólo en alguna que otra ocasión. El 8 de junio Freud escribía a Martha que las terribles dosis de cocaína habían hecho mucho daño a Fleischl, y si bien seguía enviándole cocaína a ella, le advertía del peligro de adquirir el hábito.

Pero ya antes de llegar a esto Freud tuvo que soportar bastante. «Todas las veces me pregunto a mí mismo si he de tener que pasar alguna otra vez por una agitación y una excitación como las que he pasado en esas noches... Su conversación, sus explicaciones sobre las personas de nuestro círculo, su múltiple actividad, interrumpida por estados de completo agotamiento aliviados por la morfina y la cocaína: todo esto representa un conjunto que no puede ser descrito.» Pero el estímulo que emanaba de Fleischl era tal que compensaba incluso horrores como éstos.

Entre otros, los síntomas de Fleischl incluían desmayos (a menudo con convulsiones), insomnio grave y pérdida de todo control sobre una

serie variada de actos excéntricos. Por un tiempo la cocaína había sido útil para todos estos síntomas, pero las enormes dosis requeridas condujeron a una intoxicación crónica, y finalmente a un *delirium tremens*, que le hacía ver víboras arrastrándose sobre su piel. El 4 de junio se produjo una crisis. En su visita de la víspera Freud le encontró en tal estado —Brücke y Schenk se hallaban también allí— que fue a buscar a Breuer y luego pasó toda la noche allí. Fue la noche más terrible que jamás haya pasado. Freud pensó que su amigo ya no llegaría a resistir más de seis meses, pero soportó aún seis penosos años.

En la primavera de 1885, Freud dio una conferencia en la que expuso el panorama general de la cuestión. Destacaba el hecho de que, mientras la psicopatología contaba con muchos procedimientos para reducir la sobreestimulación nerviosa (bromuros, etc.), era pobre en recursos tendentes a incrementar la actividad decaída, es decir, cuando se trata de debilidad o de depresión del sistema nervioso. Lo que el uso de la cocaína demostraba, en algunos casos, era la posibilidad de remover químicamente cierto agente perturbador, de carácter desconocido, que actúa por vía central. Admitía que en algunos casos de adicción a la morfina no era útil, mientras que en otros era de gran valor. No había visto casos de adicción a la cocaína. (Esto era antes de que Fleischl sufriera la intoxicación cocaínica.) Podía decir, pues, que en algunos casos: «aconsejaría sin vacilación la administración de cocaína por vía subcutánea de 0,03 a 0,05 gramos por dosis, sin temor alguno a la acumulación de la droga».

Estaba muy lejos, sin embargo, de haber terminado con este asunto. El mes siguiente oímos decir que habían seguido descubriéndose nuevas aplicaciones para la cocaína. La última consistía en que los pacientes hidrofóbicos quedaban en condiciones de tragar si previamente se les pincelaba la garganta con cocaína.

Pero la marea comenzaba a bajar. En julio aparecía la primera de las aceradas críticas de Erlenmeyer en el *Zentralblatt für Nervenheilkunde*, que él dirigía. Freud hizo el siguiente comentario: «Tiene la ventaja de mencionar que he sido yo quien aconsejó el uso de la cocaína en los casos de adicción a la morfina, cosa que no hacen nunca aquellos que han comprobado su eficacia para el caso. Hay motivo, como se ve, para estar siempre agradecido a los enemigos.» Esta crítica contrastaba con un elogio extravagantemente entusiasta hecho por Wallé un poco antes. En un congreso médico celebrado en Copenhague en el verano, Obersteiner, en un trabajo titulado «Sobre el empleo de la cocaína en neurosis y psicosis», defendió calurosamente a Freud, como lo hicieron también otros. Envió una copia del trabajo a Freud, con una carta amistosa, a París. Había comprobado la eficacia de la cocaína en los casos de adicción a la morfina, cosa que pudo verificar en numerosos pacientes en su sanatorio de Oberdöbling. Pero en enero del año siguiente, en un artículo sobre psicosis por intoxicación, tuvo que admitir que el uso continuado de la cocaína podía conducir a un *delirium tremens* muy semejante al que produce el alcohol.

Y en ese mismo año, 1886, empezaron a llegar, de todas partes,

informes de casos de adicción e intoxicación cocaínicas, y en Alemania se produjo una verdadera alarma. Erlenmeyer, en un segundo ataque, en el mes de mayo, escrito sin duda para protestar contra el entusiasmo de Wallé, proclamó esta alarma en términos nada dudosos. Fue ésta la ocasión en que acuñó la expresión de «tercer azote de la humanidad». En 1884 Erlenmeyer había escrito un libro titulado *Über Morphiumsucht*, y en la tercera edición del mismo incluyó lo que había escrito sobre la adicción a la cocaína en su primer artículo. Hay, al final del libro, una frase de elogio al valor literario del ensayo de Freud sobre la coca, pero luego agrega, sin comentario: «Recomendó sin reservas el uso de la cocaína en el morfinismo.» La tercera edición fue comentada por una personalidad tan destacada como Arthur Schnitzler, el escritor austríaco más famoso de su tiempo, quien en esa ocasión rompió una lanza en favor de Freud.

El hombre que se había propuesto beneficiar a la humanidad, o en todo caso crearse un renombre por la curación de la neurastenia, era acusado ahora de haber desatado el mal sobre el mundo. Muchos debieron de ser los que le miraron, cuando menos, como un hombre de juicio ligero. Y si su sensible conciencia llegó a pronunciar igual veredicto, la triste experiencia que tuvo poco después no pudo menos que confirmarlo: creyendo en la inocuidad de la droga, había prescrito una dosis grande a un paciente, el cual falleció a causa de ello. Es difícil establecer hasta qué punto este episodio, en su conjunto, llegó a afectar el prestigio de Freud en Viena. Todo lo que él dijo más tarde acerca de esto fue que dio motivo a «graves reproches». En todo caso, su reputación no pudo mejorar cuando, un poco más tarde, apoyó las extrañas ideas de Charcot sobre histeria e hipnotismo. Era una base poco firme como para servir de apoyo, pocos años después, para llevar a los círculos médicos de Viena la conmoción de sus teorías sobre la etiología sexual de las neurosis.

En un artículo que se publicó el 9 de julio de 1887 en la *Wiener Medizinische Wochenschrift,* Freud ofreció una réplica —más bien tardía— a todas las críticas. La ocasión para ello fue un artículo escrito por W. A. Hammond, que Freud cita extensamente en su favor. Tenía dos posibilidades de defensa. Una era el hecho de que no se había sabido (hasta ese momento) de ningún caso de adicción a la cocaína que no fuera en morfinómanos. Freud sugería, a este respecto, que sólo estos últimos podían ser víctimas de una adicción a la cocaína. Ningún hábito de esta índole se adquiría —tal era la creencia generalizada— como resultado directo de absorber una droga nociva, sino que se debía a cierta peculiaridad del paciente. En esto, por supuesto, tenía toda la razón, pero el argumento, por aquel entonces, resultaba poco convincente. El segundo aspecto de su defensa era más equívoco. El factor variable al que habría que atribuir los diferentes efectos de la cocaína en diferentes personas sería, para él, la labilidad de los vasos cerebrales; allí donde la presión de los mismos se mantiene estable, la cocaína no tendría efecto alguno; en otros varios casos produce una hiperhemia favorable, y en otros, por fin, un efecto tóxico. Como no era posible determinar esto

con la antelación debida, era imperativo abstenerse de aplicar inyecciones subcutáneas de cocaína en todos los casos de enfermedad interna o nerviosa. Por vía bucal la cocaína era inocua, mientras que, administrada por vía subcutánea, resultaba algunas veces peligrosa. Nuevamente invocaba el caso Fleischl (sin citarlo) como el primer caso de morfinomanía curado por la cocaína. En este segundo aspecto de su alegato, que sólo pudo haberle sido dictado por su inconsciente, Freud había dado un paso poco feliz. En enero de 1885 había tratado, con toda lógica, de procurar un alivio a la neuralgia del trigémino mediante inyecciones de cocaína en el mismo nervio. No tuvo éxito, posiblemente por falta de habilidad quirúrgica. Pero este mismo año W. H. Halsted, el más grande cirujano norteamericano y uno de los fundadores de la cirugía moderna, hizo la inyección en nervios con éxito, echando con ello las bases del procedimiento del bloqueo de los nervios con fines quirúrgicos. Pero Halsted pagó caro el éxito, puesto que adquirió una grave adicción a la cocaína, cuya curación requirió un tratamiento de hospital. Fue, de este modo, uno de los primeros adictos a la nueva droga.

Cuando a Fleischl se le ofreció la cocaína, lo primero que hizo fue administrársela él mismo en forma de inyecciones subcutáneas. Años más tarde Freud afirmó que nunca había sido ésta su intención, que sólo había pensado en su administración por la boca. No existe prueba, sin embargo, de que hubiera protestado por ello en aquel momento, y algunos meses más tarde él mismo propugnaba la inyección subcutánea de amplias dosis de la droga precisamente para casos como el de Fleischl, es decir, para combatir la adicción a la morfina, y es de presumir que también las aplicó él mismo. Fue el profesor Scholz, a la sazón su jefe, quien acababa de perfeccionar la técnica de la inyección subcutánea, e indudablemente Freud la aprendió de él. Durante los diez años que siguieron hizo abundante uso de ella, para diferentes fines, y en sus escritos se muestra orgulloso por no haber causado nunca una infección. Por otro lado, en sus sueños —en el de Irma, por ejemplo—, el tema de las inyecciones aparece más de una vez asociado a la idea de culpa.

En las alusiones a sus trabajos anteriores que hace en su artículo de defensa de 1887, donde señala la inyección subcutánea como causa del peligro que implica el uso de la cocaína, Freud hace caso omiso del trabajo de 1885 en que recomendaba calurosamente las malhadadas inyecciones. Excluye este artículo también en 1897, al confeccionar la lista de sus trabajos para el título de profesor. Tampoco se encuentra copia alguna del mismo en la colección que conservaba de sus escritos impresos. Parece haber sido completamente suprimido.

Lo que resulta instructivo en el episodio de la cocaína es lo que tiene de revelador sobre la manera de trabajar característica en Freud. Su gran fortaleza, así como también, a veces, su debilidad, radicaba en el extraordinario respeto que le merecía el hecho particular. Esto constituye, sin duda, una cualidad muy rara. En la labor científica la gente desestima continuamente las observaciones aisladas mientras no se advierta su relación con otros datos o con nuestros conocimientos en general.

Pero Freud, no. Le fascinaba el hecho aislado, y no podía excluirlo de su mente mientras no hallara alguna explicación. La eficacia práctica de esta cualidad mental depende de otra: saber juzgar. El hecho en cuestión puede ser realmente insignificante y su explicación puede carecer de todo interés. Puede ser una invitación a la extravagancia. Pero también puede ser una joya escondida hasta ese momento o el pequeño vestigio que señala el camino hacia la veta del mineral buscado. La psicología no está aún en condiciones de explicar en qué consiste ese «olfato intuitivo» que lleva al observador a seguir la pista de algo que le parece importante, no en sí mismo, sino como representativo de una importante ley natural.

Así, por ejemplo, cuando Freud notó en sí mismo ciertas actitudes, hasta entonces desconocidas, con respecto a sus padres, inmediatamente advirtió que no eran absolutamente peculiares de él, y que había descubierto algo que se refería a la naturaleza humana en general: un repentino chispazo unió en su mente, en una misma luz, las figuras de Edipo, de Hamlet y de todas las cosas vinculadas a este tema.

Así es como trabajaba su mente. Cuando captaba un hecho simple, pero significativo, sentía y sabía que se trataba de un caso representativo de algo general o universal, y la idea de reunir estadísticas sobre el caso era algo enteramente extraño a su manera de ser. Ésta es una de las cosas que otros estudiosos, hombres de un trabajo más disciplinado y escrupuloso, le han reprochado a Freud. Pero éste es el modo de trabajar de las mentes geniales.

He dicho antes que esta cualidad puede constituir también una debilidad. Esto sucede cuando la capacidad de crítica falla en su función de decidir si el hecho en cuestión es realmente importante o no. Esta falla se reproduce, la mayor parte de las veces, por interferencia de otra idea, o también, vinculada al tema por asociación. En el episodio de la cocaína hallamos a la vez ejemplos de éxito y de fracaso: de ahí su interés. Freud observó en sí mismo que la cocaína era capaz de paralizar cierto elemento perturbador en el organismo, restableciendo con ello su completa vitalidad normal. Generalizó el hecho observado, y se sintió perplejo al ver que en otros la droga conducía a la adicción y finalmente a la intoxicación. Su conclusión en el sentido de que los otros llevaban dentro de sí un elemento mórbido del que él estaba libre era acertada, si bien tuvieron que pasar muchos años antes de que él pudiera establecer en qué consistía precisamente ese elemento.

Por otra parte, cuando observó el hecho aislado de la adicción de Fleischl a la cocaína lo relacionó erróneamente con el hecho fútil de las inyecciones. No lo hizo así al comienzo, cuando él mismo recomendaba la aplicación de inyecciones. Pero cuando llegaron, más adelante, las consecuencias desdichadas del uso de la cocaína, su reacción de autorreproche y de sentimiento de culpa tenía que concentrarse sobre algo, y se concentró sobre la odiosa inyección. Claro que entonces el recuerdo de su propia recomendación debía ser borrado. Pocos son los que podrán negar que la solución hallada concuerda con la explicación que hemos dado a su autorreproche.

7. El noviazgo (1882-1886)

No se puede comprender la vida interior de un hombre, el secreto último de su personalidad —trátese de quien se trate— si no se conoce su actitud hacia este sentimiento fundamental de la vida que es el amor. Nada podrá revelarnos la esencia de su personalidad de una manera tan penetrante y tan cabal como las opciones —desde la más grosera a la más sutil— de sus respuestas emocionales en este terreno, dado que son pocas las situaciones de la vida que ponen a prueba tan seriamente la armonía de sus funciones psíquicas.

Hay un aspecto de su personalidad que Freud mantenía estrictamente reservado a su vida privada: su capacidad para el amor y la ternura. Sus hijos sabían muy bien de esto, naturalmente, en lo que a ellos se refería directamente, pero en lo que atañe a la experiencia sentimental con su esposa —o su futura esposa— Freud nunca habló ni escribió nada. En cuanto a ella, cada vez que, ya anciana, se hacía mención de los viejos días de su noviazgo, contestaba con una beatífica sonrisa que recordaba su gran felicidad; pero si llegaba a conceder alguna información, ésta se refería, naturalmente, más a hechos que a sentimientos. Su amado había sido admirable, perfecto, a sus ojos. Esto constituía la esencia de todo lo que tenía que comunicar. Unicamente después de su muerte, a finales de 1951, fue posible revisar la correspondencia amorosa por ella conservada, y el que esto escribe es la única persona que ha tenido este privilegio.

Las cartas estuvieron a punto de ser quemadas, y esto no sólo durante los últimos años. Después de la muerte de Freud, su mujer amenazó varias veces con quemarlas y sólo desistió de hacerlo a requerimiento de sus hijas. Durante parte del noviazgo la pareja llevaba una crónica en colaboración, y era su propósito conservarla, con las anotaciones en que venían registrando todo lo que se refería a ese agitado periodo, y romper luego todas las cartas el día que se casaran. Pero cuando llegó este momento, ella no tuvo el coraje de destruir el testimonio de tanta devoción, y así fue como una y otra cosa se salvaron. Lo mismo sucedió con un diario que Freud había llevado en la época de su noviazgo.

Ya nos hemos referido a lo que significó para Freud su primera experiencia amorosa, a los dieciséis años. A todas luces no fue más que fantasía, dado que en realidad no entabló ninguna relación con Gisela Fluss. Se sabe a ciencia cierta que no volvió a experimentar emoción alguna de esa índole hasta diez años más tarde, que fue cuando conoció

a su futura esposa. En una carta dirigida a ésta afirmaba no haber prestado nunca atención a las mujeres, y que ahora estaba pagando bien caro esa negligencia. Probablemente fueron bien escasos y espaciados incluso los contactos físicos. En una carta dirigida al doctor Putnam sobre el tema de conceder mayor libertad en esa esfera a la juventud, agregaba: «Si bien yo, por mi parte, me he concedido muy poco en cuanto a esta libertad.» Esto no nos debe sorprender si tenemos en cuenta sus preocupaciones por el trabajo y sus considerables sublimaciones, resultantes a su vez de su profunda represión.

Las personas que estuvieron familiarizadas con el círculo doméstico de Freud más allá de los años de juventud podían fácilmente formarse la idea de que su casamiento no había representado más que este hecho: dos personas, más o menos educadas el uno para el otro, se habían encontrado y habían decidido casarse. En sus obras no hay más alusiones a este asunto que la que se refiere a su larga separación durante el noviazgo. Y los únicos datos que aparte de esto podrían obtenerse, los proporcionados por su hermana Anna, por ejemplo, inducen realmente a engaño.

¡Cuán diferente es la verdad, tal como surge de las cartas de amor! Nos encontramos allí con una pasión tremenda y complicada, donde tiene cabida toda la gama de emociones —desde las alturas del arrobamiento hasta las profundidades de la desesperación—, y donde todos los matices de la felicidad y la desdicha son sentidos con increíble intensidad.

Freud escribió a su prometida más de novecientas cartas. De los cuatro años y cuarto que duró el compromiso, vivieron separados tres años enteros. La costumbre de ambos era escribir diariamente, y un intervalo de dos o tres días representaba un acontecimiento desdichado que obligaba a una larga explicación. El día que Freud no recibía una carta sus amigos le hacían bromas, expresando sus dudas acerca de si realmente estaba comprometido. Hubo muchas ocasiones, por otra parte, en que había que escribir dos cartas, y hasta tres, en el mismo día. Las cartas, además, no eran cortas, o en todo caso lo eran excepcionalmente. Las de cuatro páginas se consideraban muy cortas, y a veces llegaban a doce páginas de apretada escritura. Hubo una que alcanzó las veintidós. Al comienzo de su correspondencia, Freud consultó a Martha si prefería que usara escritura latina o gótica, y para desdicha del biógrafo ella prefirió la segunda.

Antes de entrar a ocuparnos de estas relaciones, será bueno que presentemos a la futura esposa. Martha Bernays, nacida el 26 de julio de 1861, y por lo tanto cinco años menor que Freud, provenía de una familia que se había distinguido dentro de la cultura judía. Su abuelo, Isaac Bernays, fue gran rabino de Hamburgo durante el movimiento de reforma que recorrió como un vendaval el judaísmo a partir de 1818, y luchó arduamente contra el mismo. Estuvo relacionado con Heine, y su nombre aparece repetidas veces en las cartas de este último, donde se le califica de *geistreicher Mann,* hombre de elevada inteligencia. Un hermano suyo fue uno de los primeros en imprimir un poema de Heine —en

el periódico revolucionario judío *Vorwärts,* que editaba en París— y el poeta le mandó saludos cierta vez, en una carta dirigida nada menos que a Karl Marx. Uno de sus hijos, Michael, llegó a ser profesor de lenguas modernas en la Universidad de Munich, posición ésta que pudo alcanzar al precio de renunciar a su fe. Escribió un voluminoso trabajo, en varios tomos, sobre la juventud de Goethe. Otro de sus hermanos, Jakob, quien, de acuerdo con la costumbre judía, guardó luto por la apostasía de su hermano, enseñó latín y griego en la Universidad de Heidelberg, pero se negó a pagar el precio que pagó su hermano para llegar a ser profesor. El tercer hermano, Berman, padre de Martha, fue comerciante, y también se conservó fiel a su fe.

Berman Bernays y su familia llegaron a Viena, procedentes de Hamburgo, en 1869, de manera que Martha vivió allí trece años, desde la edad de ocho, hasta que conoció a Freud. Conservaba el recuerdo de su madre llorando —sus lágrimas caían, con un chasquido, sobre la cocina caldeada— ante la perspectiva de tener que abandonar su querida ciudad. Como veremos luego, su madre no estuvo satisfecha hasta el momento en que pudo retornar a su viejo hogar. El padre de Martha fue designado secretario del conocido economista vienés Lorenz von Stein, y de ahí su permanencia en Viena. En una fría noche de 1879, el 9 de diciembre, murió víctima de un síncope, en plena calle. Al morir él, su hijo Eli ocupó durante algún tiempo el mismo puesto.

Martha Bernays era delgada, pálida y más bien bajita. Que sus cautivantes maneras la hacían muy atractiva a los hombres es un hecho que se evidencía a través de muchas alusiones a la vehemencia de sus admiradores y pretendientes, cosa que no dejó de dar cierto fundamento a los celos de Freud. Aun cuando el asunto es apenas mencionado en las cartas, sabemos que antes de conocer a su futuro esposo había estado a punto de prometerse en matrimonio con un hombre de negocios, mucho mayor que ella, llamado Hugo Kadisch. Fue su hermano Eli quien la disuadió de esa unión, insistiendo en la idea de que era una locura casarse cuando no se está realmente enamorado.

En la delicada cuestión de sus prendas de belleza, Freud se expresó de la siguiente manera, con su habitual candor, en respuesta a una apreciación autopeyorativa por parte de ella: «Sé que no eres hermosa en el sentido que daría a esta palabra un pintor o un escultor. Si insistes en que demos a las palabras su más estricta corrección, me veré obligado a decir que no eres hermosa. Pero no te he estado adulando en lo que te decía. Yo no sé adular, aunque puedo, sí, estar errado. Lo que yo quise dar a entender es hasta qué punto la magia de tu ser se expresa en tu semblante y en tu cuerpo, hasta qué punto tu apariencia es testimonio revelador de lo dulce, lo generosa y lo razonable que eres. Por mi parte, yo he sido siempre más bien insensible a la belleza formal. Pero si algún resto de vanidad aún queda en tu cabecita, no te ocultaré que algunas personas aseguran que eres hermosa y aun notablemente hermosa. Yo no tengo opinión sobre el particular.» Las observaciones contenidas en la carta que siguió a ésta no fueron menos alentadoras para una mujer de veintidós años. «No olvides que la belleza sólo dura

unos años, y que tenemos que pasar juntos una larga vida. Cuando la tersura y la frescura de la juventud desaparecen, sólo es dado encontrar belleza allí donde la bondad y la comprensión transfiguran los rasgos, y allí es donde tú sobresales.»

Martha era bien educada e inteligente, si bien no se la podría calificar de intelectual. Los asuntos de la vida cotidiana, en los últimos años, fueron bastante absorbentes como para acaparar su atención.

Freud estuvo siempre preocupado —sin motivo— por su salud, y solía decir que ella no tenía en la vida más que dos deberes: conservarse sana y quererle. Durante los dos primeros años de su noviazgo, él acostumbraba insistir en que ella tomara píldoras de Blaud y bebiera vino, por lo que se puede sospechar que, tal como muchas otras jóvenes de su época, sufría de clorosis.

Eli Bernays se casó con la mayor de las hermanas de Freud, Anna, el 14 de octubre de 1883. Se ha supuesto generalmente que su compromiso precedió al de Freud, y que fue, en efecto, gracias a este compromiso por lo que Freud conoció a Martha, la hermana de Eli. La verdad es completamente otra. En realidad el compromiso de Freud, que tuvo lugar el 17 de junio de 1882, precedió al de Eli, que se produjo en la Navidad del mismo año, en casi seis meses.

Cierta tarde de abril de 1882 Martha, y probablemente también su hermana Mina, se hallaban de visita en casa de los Freud. De regreso de su trabajo, era costumbre de Sigmund correr directamente a su habitación a entregarse nuevamente a su estudio, sin preocuparse por las visitas. Pero esta vez se detuvo al ver a una alegre niña que estaba en este momento pelando una manzana y charlando jovialmente en la mesa familiar. Para sorpresa de todos, se unió a la familia. Este primer encuentro fue fatal. Durante varias semanas, sin embargo, halló más fácil mostrar una actitud insociable y más bien excéntrica que iniciar directamente la corte, pero tan pronto como se dio cuenta de la seriedad de sus propios sentimientos, se dedicó apresuradamente a la tarea de unirla a sí, «porque el menor asomo de superficialidad frente a una niña como ésta habría sido intolerable». Todos los días le enviaba una rosa roja; no un plateado *Rosenkavalier* vienés, pero sí con el mismo significado. Cada rosa iba acompañada de una frase en latín, español, inglés o alemán. El primer cumplido que recordaba más tarde haberle hecho fue compararla con la alada princesa de cuyos labios caían rosas y perlas, expresando, sin embargo, al mismo tiempo su duda sobre si la bondad y el buen sentido no salían con más frecuencia de los labios de Martha. De ello provenía el nombre de «princesa» que gustaba darle.

El último día de mayo tuvieron su primera conversación privada, mientras bajaban, tomados del brazo, del Kahlenberg. En su diario, ese día se preguntaba si él podría significar para ella, siquiera remotamente, lo que ella significaba para él, pero fue también el día, ¡ay!, que interpretó como frialdad el que ella rechazara su regalo de unas hojas de roble. Esto le hizo odiar los robles. Al día siguiente, mientras paseaba con Martha y con la madre de ésta por el Prater, le hizo tantas preguntas sobre ella, que cuando la joven regresó a su casa habló de todo ello con

su joven hermana Mina, agregando: «¿Qué deduces de esto?» La respuesta fue más bien desalentadora: «Es muy amable "Herr Doktor" al tomarse tanto interés por *nosotras.*»

El día 8 de junio la encontró haciendo una cartera para un primo de de la joven, Max Mayer, y dedujo que él había llegado demasiado tarde. Pero apenas dos días después Martha se mostró encantadora con él, y en un jardín en Mödling se cruzaron con un almendro doble, que los vieneses llaman *Vielliebchen,* lo cual impone el pago de una prenda por persona, en forma de regalo. En ese momento la atracción ya era evidentemente recíproca, y por primera vez Freud se atrevió a concebir esperanzas. Al día siguiente la joven le hizo un pastel, y se lo iba a enviar, para que él lo «disecara», con una nota: «Martha Bernays». Pero antes de mandárselo, recibió de parte de Freud, un ejemplar de *David Copperfield,* de modo que agregó algunas cálidas líneas de agradecimiento, firmando «Martha». Dos días más tarde, el 13 de junio, ella fue a comer con la familia de Freud y él se apropió de su tarjeta de visita para conservarla como un recuerdo. Agradecida por este gesto, ella estrechó su mano, por debajo de la mesa. Esto no pasó inadvertido a las hermanas de Freud, quienes sin duda sacaron las conclusiones pertinentes. Al día siguiente, miércoles, ella volvió a escribirle unas líneas, que él no recibió, sin embargo, hasta el sábado, día en que se realizó el compromiso. El jueves salieron a pasear, acompañados por el hermano de Martha, y ésta le dijo que había arrancado para él, en Baden, una ramita de capullos de lima, que le entregó el sábado. Envalentonado por esta noticia, Freud, que ya tenía su permiso para escribirle a Hamburgo y el privilegio de llamarla por su primer nombre, trató de extender ese privilegio al uso íntimo del *Du* (tú). Se fue a su casa y le escribió la primera carta, tímida, indecisa y trabajada, pidiendo este privilegio.

La respuesta de Martha a su carta, el sábado, cuando la recibió, consistió en obsequiarle un anillo de su padre, que la madre le había dado, tal vez con ese propósito. A ella le venía demasiado grande, por supuesto, y él lo usó en el dedo meñique. Freud lo hizo reproducir en un tamaño menor, para que Martha lo llevara, dado que su familia sabía que ella poseía ese anillo, e hizo la observación de que el original, después de todo, debía pertenecerle a ella.[11] Apenas un mes más tarde le ocurrió a él, con su anillo, el siguiente accidente: «Ahora tengo que hacerte una pregunta de trágica seriedad. Contéstame por tu honor y tu conciencia si el último jueves a las once sentiste menos cariño hacia mí, o más fastidio que de costumbre, o acaso me fuiste realmente "infiel", como dice la canción.[12] ¿Que a qué viene esta manera solemne de conjurarte, de tan mal gusto? Porque se me ha presentado una buena oportunidad de poner fin a una superstición. En el instante que he señalado, mi anillo se rompió por la parte en que se engarza la perla. Debo confesar que mi corazón no se hundió en el abismo, no fui presa de presentimientos acerca de que nuestro compromiso habría de tener mal fin, ni tuve la negra sospecha de que en este preciso instante estabas arrancando mi imagen de tu corazón. A un hombre sensible le hubiera ocurrido todo eso, pero mi único pensamiento fue que había que reparar el

anillo y que los accidentes de esa clase son difíciles de evitar.» Lo único que ocurrió fue que un cirujano acababa de introducir en su garganta un bisturí para abrir un absceso en una amígdala, y Freud, en su dolor, había golpeado fuertemente en la mesa con la mano. En cuanto a Martha, lo que en ese preciso momento estaba haciendo era tan poco funesto como el dar cuenta de un trozo de tarta. Un año más tarde, a buen seguro, y precisamente durante una nueva inflamación de las amígdalas —si bien más leve en esta ocasión—, el anillo se volvió a romper, y esta vez perdió la perla. Un año después ella volvió a regalarle un anillo, también con una perla. Pero hasta diciembre de 1883 Freud no estuvo en condiciones de darle un anillo de compromiso, sencillo y con un granate.

Aquel sábado tan significativo, después del cual se consideraron comprometidos en matrimonio, era el 17 de junio, fecha que ya nunca olvidarían. Durante un tiempo celebraron incluso el día 17 de cada mes. En febrero de 1885 fue cuando por primera vez se olvidaron de mencionar esa fecha en sus cartas.

Freud volvió a verla al día siguiente, tan sólo fugazmente, pero evidentemente no perdió el tiempo, pues según observó la había besado en esos días más de lo que besó a sus hermanas en sus veintiséis años de vida. A la mañana siguiente ella partía para Wandsbek, en los alrededores de Hamburgo, para pasar sus vacaciones con su tío Elias Philipps, en tanto que la madre y la hermana las pasarían en Reichenau. Ésta fue la primera de la media docena de dolorosas separaciones que tuvieron que sufrir.

Desde que se conocieron, la personalidad de Freud debe haber causado impresión en Martha, tanto más cuanto que, para satisfacción de Freud, ella le encontraba parecido a su padre. Por sus cartas, ya a partir de entonces, se tiene la evidencia de que le amaba real y profundamente. Durante mucho tiempo, sin embargo, Freud se sintió inclinado a dudar del amor de ella, y hasta el final de su compromiso le echaba en cara lo que él llamaba el *primum falsum* de sus relaciones: que se había enamorado nueve meses antes que ella de él, que la joven le había aceptado contra sus deseos y que él tuvo que pasar por una época terrible mientras ella trataba infructuosamente de amarle. Lo único cierto en todo esto parece ser que naturalmente su amor tardó más en adquirir el carácter apasionado que en seguida tomó el de Freud, sólo que, tratándose de él, era siempre difícil sacarle una idea de la cabeza una vez que ésta había hallado algún asidero. En una carta del 9 de abril de 1884 Freud hace referencia a esto como el único error que ella había cometido, pero dos años más tarde admitía que la mayoría de las mujeres dan el sí sin estar realmente enamoradas; el amor, habitualmente, viene después.

La actitud de Freud hacia su amada estaba muy lejos de ser una actitud de simple atracción. Era verdaderamente una *grande passion*. Freud iba a experimentar en su propia persona, y en toda su fuerza, el terrible poder del amor, con todos sus arrebatos, temores y tormentos. Despertó en él todas las pasiones de que era capaz su vehemente naturaleza. Si alguna vez un hombre llegó a ganar, gracias a un ardiente

aprendizaje, el derecho a hablar con autoridad del amor, ese hombre es Freud.

El día antes de la separación temió despertar de lo que tal vez no había sido más que un engañoso sueño de bienaventuranza, y no quería creer en su buena fortuna. Pero una semana después se preguntaba por qué no habría de alcanzar, siquiera una vez, más de lo que merecía. Nunca había imaginado tanta felicidad.

La característica aversión de Freud a las transacciones, evasiones y ocultamientos de la verdad se mostró en toda su amplitud en esta experiencia emocional, la más grande de su vida. Sus relaciones tenían que ser enteramente, cabalmente perfectas. Ni la menor de las sombras debería empañarlas. Por momentos parecía que su objetivo fuera más bien la fusión que la unión. Un fin como éste, imposible en todo caso, habría de encontrar, en esta ocasión, grandes obstáculos frente a una firme personalidad, ya que con toda su dulzura, Martha no era precisamente un modelo de complaciente docilidad. Apenas una semana después de la separación nos encontramos con el primer débil indicio de su intención, que nunca pudo verse realizada, de moldearla a su imagen y semejanza. Al regañarle por haberle enviado un regalo extravagante, ella le dice firmemente: «No debes hacer esto.» Esto da lugar a una inmediata reprobación por parte de Freud, seguido de los habituales autorreproches por proceder así.

Bien pronto habrían de llegar dificultades mucho más serias. Un tal Max Mayer, de Hamburgo, primo de Martha, había sido su primer pretendiente, antes de conocer a Freud. Esto fue suficiente para dar lugar a los primeros ataques de celos. Estos se vieron alimentados por una de las hermanas de él, que le habló, no sin malicia por cierto, del entusiasmo demostrado por Martha por unas canciones que Max había compuesto para ella y le había cantado. Más tarde Max provocó la furia de Freud diciéndole que Martha sentía la necesidad de ser amada y que por ello pronto encontraría marido.

Freud siempre se atormentaba a sí mismo mucho más de lo que hacía sufrir a los demás. Incluso después de este primer y ligero incidente sintió la necesidad de decirle a Martha que había superado el estado de ánimo en que se hallaba cuando le había escrito y se sentía ahora avergonzado. «¿Cabe mayor locura que ésta? —me decía yo mismo—. Has conquistado a la queridísima niña, completamente sin mérito por tu parte, y no encuentras nada mejor que acusarla, apenas una semana después, de acritud y atormentarla con tus celos... Cuando una niña como Martha siente cariño hacia mí, ¿cómo puedo temer a un Max Mayer o a una legión de Max Mayers?... Fue una expresión de este amor tan hondamente arraigado, pero torpe y autotorturante... Ahora me he desprendido de esto como de una enfermedad... Mi sentimiento con respecto a Max Mayer era una desconfianza de mí mismo, no de ti.» Esta sensatez no había de durar mucho, sin embargo, y volvió a ser empañada una y otra vez.

Bien pronto fue eclipsado por una figura más perturbadora: esta vez no era un extraño para Freud, sino su íntimo amigo Fritz Wahle.

Max era un músico y Fritz un artista, hechos nada tranquilizadores en sí mismos. Freud tenía una opinión formada acerca de la capacidad de estos hombres para hacerse querer por las mujeres, y una vez le habían hablado, además, de la reputación especial que tenía Fritz de ser capaz de seducir a cualquier mujer y apartarla de otro hombre. «Yo creo que hay una enemistad, de carácter general, entre los artistas y las personas cuya vida transcurre entre las alternativas de la labor científica. Sabemos que, en su arte, poseen la llave maestra que abre fácilmente todos los corazones femeninos. Mientras que nosotros quedamos mirando, impotentes, el extraño diseño de la cerradura y tenemos que atormentarnos bastante hasta descubrir una llave apropiada.»

Fritz estaba comprometido con una prima de Martha, Elise, pero durante mucho tiempo había sido un amigo fraternal de Martha, con la que iba a pasear y a quien aconsejó en diversas ocasiones. Era una amistad íntima, aunque aparentemente sin un verdadero *arrière pensée*, pero en una ocasión por lo menos —*¡terribile dictu!*— ella le permitió que le diera un beso. Esto había ocurrido, además, el mismo día en que Freud y Martha habían paseado por el Kahlenberg, cogidos de la mano, sin que ella conociera todavía los sentimientos del joven. Esta inquietante información se la proporcionó a Freud, más tarde, su amigo Schönberg, a quien él suplicó que le dijera «lo peor», pero ya mucho antes de eso había habido bastantes disgustos. La cosa comenzó por la suposición, por parte de Fritz, de que su antigua amistad con Martha cambiaría muy poco, suposición que aparentemente no encontró oposición por parte de ella. Ninguno de los dos, por cierto, vislumbraba nada serio en sus sentimientos. Ni tampoco Freud pensó nada en ese sentido al comienzo, si bien el tono de la correspondencia entre los dos le parecía impropio e incomprensible. Schönberg advirtió, entonces, que la conducta de Fritz era extraña. Sus ojos se llenaron de lágrimas cuando se enteró del compromiso de su amigo, y desde entonces, por afectuosas que fueran las cartas de Martha, él se quejaba de que ella se estaba despreocupando de él y de que sus cartas eran frías.

Schönberg reunió a sus dos amigos en un café para que ventilaran sus diferencias de una vez y reanudaran nuevamente su amistad. Fritz se mostró insolente y ciertamente raro. Amenazó con matar a Freud y suicidarse luego, si Freud no hacía feliz a Martha. Freud, inocente aún, se rió en voz alta, a lo que Fritz declaró descaradamente que si él le escribía a Martha induciéndola a romper con Freud, estaba seguro de que ella así lo haría. Freud no tomaba todavía la cosa muy en serio. Entonces Fritz pidió papel y lápiz y en el acto escribió una carta a Martha. Freud insistió en leer la carta, cuyo texto le hizo subir la sangre a la cabeza. Schönberg, que también la leyó, se sintió igualmente violento. Contenía las mismas expresiones de antes: «Querida Martha» y «amor imperecedero». Freud rompió la carta, y Fritz, mortificado, se retiró. Ambos amigos le siguieron, tratando de hacerle volver a sus cabales, pero él sólo atinó a estallar en llanto. Esto aplacó a Freud, cuyos ojos también se humedecieron. Tomó del brazo a su amigo y le acompañó a la casa. Pero a la mañana siguiente Freud cambió de ánimo, y se sintió aver-

gonzado de su debilidad. «El hombre que hace aflorar lágrimas a mis ojos tiene que hacer mucho para que yo le perdone. Ha dejado de ser mi amigo, y pobre de él si llega a ser mi enemigo. Estoy hecho de una pasta mucho más dura que la suya, y si llegamos a medirnos, verá que no está a mi altura.» En cuanto a interponerse entre él y Martha: *«Guai a chi la toca»*.[13] «Puedo ser implacable.»

Freud comprendió finalmente la situación, aun cuando Martha no aceptó su punto de vista, protestando que Fritz no era más que un antiguo amigo. Pero a él le resultaba patente ahora que, sin saberlo conscientemente, Fritz estaba realmente enamorado de ella. «La solución del embrollo es ésta: sólo en el terreno de la lógica es imposible la coexistencia de cosas contradictorias. En los sentimientos, persisten y viven felices una junto a otra. Argumentar como lo hace Fritz es negar la mitad de la vida. Y donde menos se debe negar la posibilidad de tales contradicciones es en los sentimientos de los artistas, gente que no tiene la oportunidad de someter su vida interior al severo control de la razón.» Allí hablaba el futuro psicólogo.

Martha no quería aceptar, sin embargo, ninguna de sus explicaciones. No era más que una simple amistad, como en efecto Fritz aseguraba a Freud unos días más tarde, cuando volvieron a encontrarse. Su inconsciente, probablemente, estaba mejor enterado, pues demostraba la actitud característica de una mujer bondadosa frente a un amante desdichado: una gran piedad. Freud llegó a la conclusión de que lo único que podía hacerse era conseguir prestado, a toda costa, el dinero necesario para ir a Wandsbek y restablecer la armonía perturbada. Así lo hizo, llegando el 17 de julio, «el día del compromiso», por lo tanto, y permaneciendo diez días allí. Esta fue la primera de la media docena de visitas que realizó. En la carta en que le anunciaba su llegada, agregaba:

Journeys end in lovers meeting
Every wise man's son doth know.[14]

Antes de partir tuvo que pasar, sin embargo, por momentos terribles. La amenaza de Fritz en el sentido de ordenar a Martha que le abandonara dado que él la atormentaba hizo surgir en Freud la duda acerca del ascendiente que tenía sobre ella, que tal vez había sobreestimado. Esto le produjo un «miedo espantoso». Una carta de Martha a Fritz, escrita más tarde, en que le aseguraba que la amistad entre ambos seguía igual que antes, le condujo a un estado de frenesí que le hizo vagar de noche por las calles durante horas enteras.

La necesidad de conservar el secreto, con respecto al proyectado viaje a Wandsbek, presentaba no pocas dificultades. Freud se propuso engañar a Eli haciéndole creer que salía para una excursión por lo que eufemísticamente se llamaba la Suiza sajona, pero el tiempo amenazaba lluvia, y eso quitaría verosimilitud al proyecto. En Wandsbek mismo, donde se alojó en el Post Hotel, se planteaba el problema de entrevistarse con Martha sin que sus parientes se enteraran de su presencia. Fue a visitar a una amiga de la joven llevando preparado un nombre supuesto

para el caso de que ésta se mostrara poco cordial, y sin duda se hubiera presentado con una barba postiza, a no ser porque tenía la propia. Transcurrieron días de desesperación antes de que Martha pudiera concertar un encuentro, que tuvo lugar en el mercado de Hamburgo. «Las mujeres —como decía él— son mucho más inteligentes para esto que los hombres.» Los contados encuentros que tuvieron lugar fueron muy felices, y a su regreso a Viena escribió que se sentía renovado por un centenar de años.

Fue probablemente en esa ocasión cuando él propuso un compromiso a prueba por un año, idea que ella rechazó con esta sola palabra: «Tontería». Evidentemente era una treta ideada para ponerla a prueba, y más tarde él dijo que de haber sido tan fríos y razonables, seguramente se habrían separado para siempre al cabo de una semana.

La felicidad así restaurada no duró, sin embargo, mucho tiempo. A poco más de una semana de su regreso tuvo que confesar que su recriminación a Martha no había sido tan objetiva como a él le había parecido —se había engañado en aquella ocasión— y que era realmente celoso. ¡Y hasta qué punto! Tuvo ocasión de conocer todas las torturas de que es capaz este soberano afecto. En los momentos de lucidez comprendía que su desconfianza hacia Martha surgía de una falta de confianza en cuanto a ser él mismo digno de ser amado, pero esto no hacía más que empeorar las cosas. El no poseía nada de aquella magia que tienen, para las mujeres, los hombres como Max y los demás artistas. Se dejaría cortar la mano derecha por no verse acosado por la idea de que Martha había amado a Max y Fritz y que él nunca podría llegar a ser su sustituto. Era una explicación que se le imponía por su indiferencia con las mujeres en su juventud. Era tan grande su sufrimiento que nada le hubiera costado tirar la pluma y hundirse en un sueño eterno. Al otro día la desesperación cedió su lugar a la furia. «Cuando vuelven a mi recuerdo tu carta a Fritz y el día que pasamos en el Kahlenberg, pierdo todo control sobre mí mismo, y si tuviera el poder necesario para destruir todo el mundo, inclusive nosotros dos, para que todo comenzara de nuevo —aun a riesgo de que no pudiera volver a crear a Martha y a mí mismo— lo haría sin vacilar.»

Un par de semanas más tarde le escribía sobre su odio a Fritz, a quien en otras circunstancias podía haber querido. Pero ella no debería tratar de reunirlos nunca. Los recuerdos serían siempre demasiado dolorosos. Cuando ella regresó a Viena, el 11 de septiembre, hubo indicios de que Fritz no se hallaba aún preparado a resignarse ante el nuevo estado de cosas. Intervino Schönberg, y en una carta dirigida a Martha trató de poner en claro toda la situación. Freud le hizo saber además que, a menos que ella evitara la menor aproximación por parte de Fritz, él arreglaría definitivamente la situación con éste. Las primeras conversaciones no fueron satisfactorias. Martha se mostraba evasiva y silenciosa. Era una pena la forma en que malograban los contados y hermosos momentos de sus encuentros. Pero Freud se mostró inconmovible, y finalmente ella tuvo que ceder en lo referente a Fritz. Si no lo hubiera hecho así —como más de una vez él le dijo más tarde—, se habrían se-

parado. Fritz, por su parte, no volvió a suscitar complicaciones, pero la herida tardó mucho en curar. Tres años más tarde, Freud todavía calificaba de «incurable» el doloroso recuerdo.

El lugar dejado por Fritz fue ocupado por dos rivales aún más perturbadores, esta vez de la propia familia de Martha: el hermano y la madre, a quienes corresponde presentar ahora. Eli Bernays, un año mayor que Martha, era un sincero amigo de Freud, de carácter generoso y dotado de un talento especial para los obsequios oportunos. Freud conservaba como un tesoro la copia de la Declaración de Independencia de Estados Unidos que él le dio, y la colgó sobre su cama en el hospital. Freud sentía mucho afecto por Eli antes de la ruptura, y más tarde dijo que le había costado «el mayor de los esfuerzos» decidirse a ello. La situación de Eli era mejor que la de cualquier otro miembro de ambas familias: editaba un periódico sobre economía y era un astuto hombre de negocios. Mantenía él solo a su madre y a sus hermanas, después de la muerte de su padre, en 1879, y ayudó también a la familia de Freud después de casarse con Anna, la mayor de las hermanas. Tomaba la vida con menos seriedad que Freud, quien lo consideraba como una especie de niño echado a perder —el mayor de los hijos y el único varón superviviente—, precisamente la misma situación de Freud en sus primeros diez años. La opinión de Freud, sin embargo, era indudablemente errónea.

La madre de Martha, Emmeline Philipp de Bernays (nacida el 13 de mayo de 1830 y fallecida el 26 de octubre de 1910), era una mujer inteligente y esmeradamente educada: su familia procedía de Escandinavia y ella conservaba aún el conocimiento del idioma sueco. Al igual que su marido, profesaba las estrictas reglas del judaísmo ortodoxo, y había educado a sus hijos para seguir las mismas prácticas. Esto fue, de por sí, un serio motivo de fricción, ya que Freud no quería tener nada que ver con esto y despreciaba lo que para él no era más que pura superstición. Por consideración a su madre, los sábados, días en que está prohibida la escritura, Martha escribía sus cartas a lápiz, en el jardín, para no hacerlo en presencia de aquélla. Esto le producía gran fastidio a Freud, que solía motejarla de «débil» por no hacer frente abiertamente a la madre. «Eli se figura bien poco qué clase de hereje haré de ti», fue una observación que él hizo desde muy temprano, y en conjunto —en las cosas prácticas de la vida— lo logró. En su primera alusión a la madre de Martha, Freud dice: «Es fascinante, pero extraña, diferente, como lo será siempre para mí. Busco en ella las semejanzas contigo, pero difícilmente encuentro alguna. Su misma calurosa cordialidad tiene el aspecto de condescendencia, y es una persona que exige ser admirada. Preveo que tendré más de una oportunidad de hacerme antipático a ella, y no me propongo evitarlo. Uno de los motivos es que ha comenzado a tratar mal a mi joven hermano, a quien quiero mucho. El otro es mi decisión de que la salud de Martha no sufra las consecuencias de una falsa devoción y de los ayunos.» Las dos cosas que más le reprochaba eran su complacencia y su amor a las comodidades, en contraste con su propia pasión de ahondar en las cosas y removerlas por doloroso

que ello pudiera resultar, y su negativa a resignarse a su edad y colocar en primer término las cosas de sus hijos, como lo hacía siempre la madre de Freud. Ella seguía conservando la autoridad en la familia, ocupando el lugar del padre, y esto era, para él, una actitud demasiado masculina, contra la que Freud reaccionaba evidentemente en forma negativa. Schönberg consideraba esto, lo mismo que Freud, puro egoísmo.

Evidentemente Freud estaba buscando complicaciones, y las encontró, o las produjo. No debería haber ningún otro varón en la vida de Martha, por lo menos en sus afectos. En este principio parecía haber incluido también a la madre de su novia. La actitud de ésta hacia su madre era de devoción y estricta obediencia. Su resuelta voluntad significaba para Martha no egoísmo, sino algo que debía ser admirado y nunca puesto en tela de juicio. Su hermana Mina, en cambio, se mostraba completamente franca en sus críticas a la madre. Esto constituyó el primer vínculo entre ella y Freud. El contraste entre las dos hermanas fue netamente delineado por él, con agudeza psicológica: «Tú no quieres mucho a tu madre, de modo que tratas de ser tan considerada con ella como te es posible; Mina la quiere, pero no es indulgente con ella.»

Por aquel tiempo, en julio de 1882, Eli vivía con los Freud, otro indicio más de la estrecha relación entre las dos familias. Se mostraba tan amistoso y encantador, que Freud se sentía más bien avergonzado por el gran secreto que le estaba ocultando. Pero aun entonces comentó, quince días apenas antes del compromiso, que Eli llegaría a ser «su más peligroso rival». Unas semanas más tarde, Eli, de quien solía sentirse tan amigo, se le había hecho «insoportable».

La «oportunidad» para el caso se presentó bien pronto por sí misma. Alexander, que entonces tenía quince años, había sido tomado a Eli como alumno para enseñarle algunas materias de lo que llegaría a ser más tarde su ocupación, y tal como era costumbre entonces, no se le pagaba sueldo alguno. Al cabo de nueve semanas, Freud, que no tenía otras razones para proceder de ese modo, dio instrucciones a su hermano en el sentido de que pidiera un sueldo y que no continuara si se lo negaban, o incluso si se producía una demora. Eli le hizo la promesa de empezar a pagarle dos meses después, en enero, y Alexander, obediente a su hermano, le abandonó. Eli se sintió molesto, y se quejó a Freud, el cual le respondió con su característica intransigencia. Eli informó a su madre de la rudeza de Freud, que se puso, naturalmente, del lado del hijo. Martha, con quien Freud había considerado ampliamente el asunto, se puso de parte de éste, si bien lamentaba la crudeza de su actitud. Freud decía más tarde que si no se hubiera puesto de su parte habría roto con ella, tal era la convicción que tenía de que le asistía la razón. Martha se sentía muy afligida, no obstante, ante la idea de una disensión entre él y su familia, y le rogó que hiciera algo para remediar la situación. Aunque en parte a costa, evidentemente, de sus sentimientos, él hizo un esfuerzo en ese sentido. Envió a la señora Bernays una carta en la que exponía su actitud, el 25 de octubre, carta que se conserva, si bien hecha pedazos, rota posiblemente por la enojada madre. Después de algunos ceremoniosos cumplidos, pasaba revista labo-

riosamente a todos los aspectos de la cuestión, sin ninguna consideración para los sentimientos de ella. Fue un esfuerzo sumamente desdichado en el terreno de la diplomacia, género en el que Freud nunca llegó a descollar.

El asunto se resolvió, sin embargo, al poco tiempo. Eli, que era un partido nada desdeñable y se hallaba en una situación social y económica mejor que la de cualquier miembro de la familia Freud, estaba cortejando a la hermana mayor de éste, con la que se comprometió a final de año. Freud se sintió muy complacido por ello y se hizo más amigo de Eli, reconociendo que éste debía ser una buena persona al casarse con una chica que no tenía un centavo, cuando habría podido atender mejor a este aspecto de sus intereses. Esta novedad, unida a la atmósfera familiar de la Navidad, fue quizá la razón que indujo a la joven pareja a comunicar su secreto a mamá Bernays, cosa que hicieron el día 26, a la vez que le hacían el presente del *Glocke*, de Schiller. No sabemos cómo recibió ella la noticia, pero existen indicios de que hubo de transcurrir mucho tiempo antes de que se reconciliara con Martha por haber elegido un pretendiente que carecía de medios y perspectivas, con el añadido de que, evidentemente, no simpatizaba con sus puntos de vista religiosos.

En una carta a Mina, del 22 de enero, Freud escribía: «Confesamos libremente que hemos sido muy injustos con Eli. En todas las cosas de importancia demuestra ser de elevadas miras y amplia comprensión.»

En enero empezaron a escribir un relato de su compromiso —para ser leído posteriormente—, en lo que ellos dieron en llamar *Geheime Chronik*, con la idea de que, viviendo en una misma ciudad, tendrían pocas cartas en el futuro que pudieran recordarles esos días de tanta emoción.

Escribían por turno. Era una mezcla de diario y autoconfesión. En la primera página que allí escribió Freud se lee: «En mí se encierra cierto coraje y audacia que no es fácil desterrar ni extinguir. Cuando me examino severamente, con más severidad de la que pondría en ello mi amada, advierto que la naturaleza me ha negado muchos de sus dones, y concedido poco, realmente muy poco, de aquella clase de talento que obliga al reconocimiento. Pero me ha dotado de un intrépido amor a la verdad, el ojo fino del investigador, un recto sentido de los valores de la vida y el don de trabajar en forma intensa y de hallar placer en ello. Bastantes, pues, de los mejores atributos, como para hallar soportable mi extrema pobreza en otros aspectos... Vamos a estar unidos a lo largo de esta vida, tan fácil de entender en sus fines inmediatos como incomprensible en cuanto a su propósito final.» Se proponían estudiar juntos historia y poesía, «no para embellecer la vida, sino para vivirla».

En marzo de 1883 la hostilidad de Freud hacia Eli resurgió, y fue más poderosa que antes. Sus diferencias, cuyas razones no podemos exponer aquí, se prolongaron hasta después del casamiento de Freud, y fue compartida en cierta forma por Martha. El desagrado de Freud se intensificó a causa del apoyo que Eli prestó a la idea de su madre de trasladarse a Hamburgo. Durante años los dos viejos amigos dejaron de

dirigirse la palabra. Freud no asistió al casamiento de Eli con su hermana Anna, en octubre de 1883, si bien esto se debió en parte al poco agrado que sentía por las formalidades. Fue una fiesta de etiqueta, acompañada de ceremonias que Freud describía (de oídas) como «simplemente odiosas». No pensaba entonces que llegaría el momento en que también él tendría que someterse a las mismas ceremonias.

Dieciocho meses más tarde, un día, al salir de su casa, Freud se cruzó con Eli que venía de visita. Se saludaron con una inclinación de cabeza, sin intercambiar palabra. Entonces Freud, aprovechando que Eli no estaba en su casa, fue a visitar a su hermana y a felicitarla por el nacimiento de su primogénito. No dejó de advertir, sin embargo, que no debía considerarse este gesto suyo como signo de reconciliación con su esposo.

En 1892 Eli hizo un viaje a Estados Unidos, para cerciorarse de las posibilidades que allí podría encontrar, y un año más tarde fue a buscar a su mujer para establecerse en Nueva York. Para esa época la antipatía de Freud había perdido su primitiva intensidad. No solamente ayudó a su cuñado en cuanto a las dificultades de orden monetario que suponía la emigración, sino que se hizo cargo de uno de sus vástagos, Lucie, durante un año, hasta tanto quedaran solucionadas todas las cosas en el nuevo país. Durante el resto de sus vidas, los dos hombres mantuvieron sus relaciones en términos francamente amistosos. El sentimiento del vínculo familiar no se apagó, y años más tarde Freud hizo todo lo que pudo para poner en manos de su brillante sobrino, Edward Barnays, la publicación de sus obras traducidas en Estados Unidos.

Entre tanto, y como resultado de dicha ruptura, Freud no quiso visitar más a Martha en su casa, y durante dos meses se vieron solamente en la calle o en casa de Freud, siempre tan llena de gente. Esta desagradable situación solamente cambió el 1 de mayo, cuando contó con una habitación en el hospital, donde ella entonces comenzó a visitarle. Más graves fueron las duras exigencias que hizo a Martha. Esta tuvo que contravenir su inclinación a estar en buenos términos con todo el mundo, y colocarse siempre de su parte en la disputa que él mantenía con el hermano y con la madre de ella. Tuvo que reconocer, en efecto, que ya no les pertenecía a ellos sino únicamente a él. Tuvo que renunciar a su familia y por añadidura también a sus propios «prejuicios religiosos». Martha no pudo hacer nada sino callar y esperar a que llegaran tiempos más apacibles. Pero precisamente esta actitud de silencio y «evasión» era la más apropiada para molestar a Freud: él prefería mucho más que las cosas se plantearan en un conflicto a la luz del día.

El plan materno sobre Hamburgo empezaba a madurar. Schönberg protestó con vehemencia porque se llevaban a su prometida (Mina), pero todo fue en vano. De nada le servía llamarla «vieja egoísta». Eli estimulaba a la madre en su plan, pensando sin duda que él gozaría de más tranquilidad en su ausencia. Las súplicas y protestas de Martha no fueron tan vigorosas como hubiera querido Freud —un motivo más para provocar desacuerdos—, pues la voluntad de su madre era, para ella, la ley. La partida tuvo lugar, finalmente, y Freud se vio separado de Mar-

tha por segunda vez, el 17 de junio de 1883, y ahora por un periodo de duración absolutamente imprevisible. La madre de Martha trató de tranquilizarle diciéndole que sólo iban a Hamburgo para ver si les agradaba, y decidir luego si se quedarían allí. Freud aludiría más tarde, a menudo, a este «engaño».

Freud se había sentido inquieto ante la idea de que la poca salud de Martha, con sus mejillas pálidas y sus ojeras azules, se debiera a sus ardientes abrazos en las insatisfactorias circunstancias de sus ocasionales encuentros. Esto constituía su primera referencia a lo que más tarde habría de describir como la neurosis de angustia de las parejas de novios. Pero la separación total que significó la partida para Hamburgo le afectó a él mucho más seriamente que a ella. Su situación, en ese momento, era evidentemente desalentadora. No había iniciado todavía ningún trabajo de investigación que pudiera favorecer decididamente su futuro profesional y sus proyectos de matrimonio, las preocupaciones de familia eran aplastantes y ahora quedaba privado, incluso, del único consuelo que le ayudaba a afrontar la situación: compartir sus preocupaciones con Martha durante sus conversaciones con ella. A su aflicción se sumaba el resentimiento contra el hermano y la madre de Martha, que no habían tomado en cuenta sus intereses, y contra ella misma, por no haber luchado más enérgicamente. El mes que siguió a la partida estuvo enteramente colmado de amargura por parte de él, azoramiento por parte de ella, e incomprensión por una y otra parte, tal como es frecuente ver en tales circunstancias, pero que en el caso de Freud, con su impetuoso temperamento, se exageraban y ahondaban hasta lo trágico. Pecisamente es este tono trágico, tan característico de sus emociones en este periodo de su vida, lo que resulta difícil describir aquí, en este breve resumen, sin reproducir un considerable número de largas cartas, cosa que, por más de una razón, no resulta factible.

Aparte de una mayor intensidad en sus emociones, Freud difería de Martha en varios aspectos. Tenía ella el natural deseo femenino de ser amada, pero estaba segura de serlo. En cuanto a él, no sólo sentía ese deseo o necesidad con una intensidad mayor de lo que es común en el hombre, sino una perpetua falta de certeza acerca de si realmente era querido. Periódicamente sufría, por ello, torturantes ataques de duda acerca de si Martha le quería, y el vehemente anhelo de recibir las consiguientes expresiones de seguridad. Como suele ocurrir en tales casos, se le ocurrían diversas ideas para poner a prueba ese cariño, algunas de ellas enteramente inadecuadas e incluso fuera de lo razonable. La prueba principal que exigía era una completa identificación con él, con sus opiniones, sus sentimientos y sus propósitos. No sería realmente suya si en ella no veía estampado su «sello». Sin esto, no había manera de decir con quién estaba realmente comprometida. Apenas poco más de un año después expresaba su satisfacción por la resistencia que ella había opuesto, a pesar del dolor que con ello le había causado, ya que la debida valoración de su «sólida» personalidad no hacía más que volverla más preciosa que nunca a sus ojos.

Mientras se trataba de situaciones en que sus intereses eran los mis-

mos, Martha pasaba muy bien por la prueba, pero allí donde había de anularse a sí misma o de renunciar a sus propios principios, no cedía. Las exigencias de posesión absoluta, de exclusividad en el afecto, de fusión total en la actitud de ambos hacia otras personas: todo esto fue resistido con éxito por su «sólida» personalidad. Y llegó la hora en que Freud se alegró de haber fracasado en ello. Lo que menos quería, después de todo, era poseer una muñeca, por muy ardiente que fuera su deseo de contar con alguien que compartiera sus luchas.

Por regla general todas las parejas de novios, así como también los casados, pasan por un proceso de adaptación recíproca en forma automática, al azar de los hechos de cada día y sin reflexionar sobre qué es exactamente lo que les está ocurriendo. Freud, por el contrario, se dio cuenta desde el primer momento de que estaban frente a una «tarea» definida, y había algo casi sistemático en su manera de plantearla. «Mantener reservas el uno frente al otro sólo puede conducir al extrañamiento. No tiene ninguna utilidad: cuando hay dificultades es necesario vencerlas.» Su odio a las medidas paliativas y su decisión de conocer siempre la verdad hasta el fin, por amarga que sea, debe haberse entremezclado con el lado agresivo de su carácter, dando lugar a una combinación a la que no resultaba nada fácil oponerse. Llegaba a admitir, incluso, que sería fastidioso no hallar en la otra persona nada que requiriera ser enmendado. La senda que Martha elegía, en cuanto significaba evitar lo desagradable, sólo podía conducirlos a la ruptura. Todas estas manifestaciones de Freud provienen del primer mes de noviazgo.

Toda la vida amorosa de Freud nos habla de un notable esfuerzo de ocultamiento. Acaso pueda decirse que era algo que requería ser cuidadosamente protegido. Sólo en condiciones muy favorables se podía permitir que se expresara y se explayara libremente. Aun tratándose de la mujer a quien tanto quería, se tiene la impresión de que sentía a menudo la necesidad de manifestar cierta dureza o de expresar una crítica adversa antes de permitirse dar rienda suelta a sus sentimientos de cariño. A veces la extrema bondad y el amor profundo se cubrían en él de una capa más dura, que bien podía inducir al observador a hacerse una idea falsa sobre su carácter. Hacia el final de su compromiso le dijo a Martha que nunca le había mostrado realmente la mejor parte de sí mismo; es posible que no se haya revelado nunca en todo su vigor. Pero Martha intuía lo suficiente como para otorgarle una inquebrantable confianza en que el amor, tratándose de él, saldría siempre victorioso de toda situación afectiva complicada, y esto fue lo que la sostuvo en las duras pruebas a que se vio sometida.

Las dos semanas que siguieron a su separación, en junio de 1883, figuran entre las peores por las que tuvieron que pasar. En cartas muy dulces y llenas de paciencia, Martha consentía en convertirse en su «camarada de lucha», como él quería, pero manifestaba claramente que no era su intención unirse a él en un ataque a su familia. Se sucedieron cartas amargas en las que Freud le acusaba de debilidad, de cobardía, de optar por el camino más fácil en lugar de hacer frente con valentía a las situaciones dolorosas. Estas misivas culminaron en una, fechada el últi-

mo día del mes, en la que le decía que a menos de que ella admitiera cuán justificadas eran sus exigencias, él reconocía que había sido derrotado. Estaba demasiado exhausto para continuar la lucha. «En ese caso pondremos fin a nuestra correspondencia. Ya no tendré ninguna exigencia que hacer. Mi anhelante y tempestuoso corazón habrá muerto. Ya no me quedará otra cosa que cumplir con mi deber en algún puesto olvidado, y cuando llegue la hora del triunfo encontrarás en mí un modesto y considerado compañero de tu vida... Si no eres aquella por quien te he tomado, mía es la culpa por haber buscado tu amor sin conocerte.» Lo que a ella le dolía sobre todo era la idea de que su influencia tuviera por resultado debilitar el espíritu de Freud. «Una mujer debe suavizar, no debilitar al hombre.» Sus cartas tuvieron el efecto deseado. El 1 de julio escribía él: «Renuncio a mi exigencia. No necesito un compañero de armas, tal como yo tenía la esperanza de hacer de ti: soy bastante fuerte para luchar solo. No volverás a oír de mí ni una sola palabra áspera. Observo que no logro en ti lo que he querido, y que perderé a mi amada si persisto. He reclamado de ti lo que no está en tu naturaleza, y nada te he ofrecido a cambio... Has renunciado seguramente a lo menos valioso, conservando lo más esencial, aquello a lo que me aferro con todos mis sentimientos y pensamientos; tú sigues siendo para mí, mi preciosa y dulce amada.»

Pero la resignación no fue nunca un sentimiento propio de Freud. A menudo expresaba su satisfacción por haberles tocado pasar por una época tan terrible. «Los recuerdos de esta clase acercan más íntimamente a la gente que las horas vividas en común. La sangre y los sufrimientos en común constituyen la base de los vínculos más firmes.»

En uno de los próximos capítulos veremos algo acerca del desdichado papel que en esos años desempeñó la pobreza de Freud. Era, por supuesto, lo único que se oponía a la unión con su amada, y una razón importante, además, para la oposición de la familia de ésta a sus aspiraciones como pretendiente. A él le irritaba también el hecho de que sólo en muy contadas ocasiones podía hacerle siquiera un modesto obsequio. Tales ocasiones figuraban, para él, entre «los más grandes momentos» de su ardua existencia. Pero aun en este funesto tema del aspecto económico no dejaba de hacer lo posible por hallar un lado favorable. Desde muy temprano escribió: «Me he reconciliado con el hecho de que seamos pobres. Piénsalo un poco: si el éxito fuera una cosa exactamente proporcional a los méritos de cada uno, ¿no nos veríamos privados del éxito de nuestro cariño? Yo no podría saber si soy yo el objeto de tu cariño o es la consagración lograda en el concepto de los demás, y en el caso de no lograr el éxito, mi dama podría decirme: "Ya no te quiero; has demostrado no valer nada". Esto resultaría tan odioso como esos uniformes que uno ve, en los que se halla escrito el valor de la persona, en el cuello o en el pecho.» Y esto otro: «Cuando podemos compartir, he aquí la poesía en la prosa de la vida.»

Freud participaba en gran parte de la mojigatería de su época, para la cual toda alusión a los miembros inferiores era considerada incorrecta. He aquí lo que escribía sobre un incidente, ocho meses después de

ocurrido: «Tú no sabes, al parecer, hasta qué punto soy observador. ¿Recuerdas cuando paseábamos con Mina por el *Beethovengang* y tú te apartaste para levantarte las medias? Es un atrevimiento de mi parte el mencionarlo, pero confío en que no lo tomarás a mal.» Había que pedir disculpas por la más leve de las alusiones. Al compararla a la robusta mujer de dos mil años atrás, observaba que el pie de la Venus de Milo podía comprender dos veces el de ella. «Perdóname que haga esta comparación, pero esa antigua dama no tiene manos.» A mediados de 1885 Martha expresó su deseo de permanecer en casa de una vieja amiga que, como ella decía delicadamente, «se había casado antes de la boda». Rigurosamente le prohibió el contacto con semejante fuente de contaminación moral, si bien es justo decir que la dama en cuestión le merecía además otra clase de objeciones.

Ahora podemos reanudar el relato, una vez más, en forma cronológica. Pasadas las dos o tres semanas, muy dolorosas, que siguieron a la separación, las cosas volvieron momentáneamente a un cauce más apacible. Hacia el final del segundo mes Freud todavía creía probable que la familia regresara a Viena, pero ahora no estaba seguro de que ello le agradaría. Habría necesidad de volver nuevamente a las citas fugaces —en el hospital o en la calle—, él se vería distraído de su trabajo y los ardientes abrazos podrían perjudicar nuevamente la salud de Martha. Muy razonable, por cierto. Pero muy poco preveía de los terribles sufrimientos que en los próximos años le depararía la soledad, la privación y la nostalgia. La señora Bernays no tenía, por supuesto, la menor idea de volver. La «adaptación» prosiguió su curso, y era bastante satisfactoria ya al iniciarse el segundo año, si bien volvieron a surgir dificultades más tarde. Hacia mayo del año siguiente, Freud, con mucho optimismo, pensaba que ya no había ninguna posibilidad de reyertas entre ellos, pero apenas dos semanas más tarde volvieron a surgir graves reproches, de parte de él, por la facilidad con que ella había consentido en la separación, acompañados de una violenta sublevación ante lo que él denominaba su dependencia, es decir, su mala situación económica.

Pero antes de eso, a finales de febrero, hubo una grave tormenta, durante varios días. Acababa de observar, precisamente en esos días, que los ocho meses de separación habían pasado como si hubiera sido una sola semana; sin duda sus absorbentes nuevas investigaciones de anatomía habían contribuido a ello. Se trataba, una vez más, de la vieja cuestión del estrecho vínculo de Martha con su madre. No había ningún motivo especial que explicara esta vez el reproche, a no ser que se quiera encontrarle alguna relación con la dolorosa ciática que padecía en esa época, pero de todos modos sus sentimientos de esta índole podían aflorar espontáneamente, y así sucedía, en efecto, periódicamente. Pronto pasó el episodio, y sus «malas pasiones» se apagaron, para dejar lugar a expresiones excepcionalmente intensas de amor y ternura. Entonces hizo esta confesión: «Querida mía, estás esperando a un hombre no muy agradable, pero yo confío en que ese hombre no ha de darte motivo de arrepentimiento.»

La ciática de Freud fue ocasión para que se pusiera de manifiesto

en él una de las características que habrían de acentuarse en su vejez: su gran antipatía por las situaciones de desvalimiento y su amor a la independencia. Nada podía hacer contra el aluvión de parientes y amigos que invadían su habitación, pero le fastidiaban sobremanera. «Parezco una mujer en la cama de parto, y a veces reniego del amor desenfrenado de la gente. Más me agradaría escuchar palabras ásperas y estar sano y trabajar; demostraría a los demás, en esas condiciones, hasta dónde llega mi cariño hacia ellos.»

De esa época proceden algunas de sus más cálidas expresiones de amor, lo cual no obstó para que, apenas quince días más tarde, surgieran nuevas dificultades, tal vez como consecuencia del disgusto sufrido. Le escribió a Martha que le parecía urgente que ella abandonara la casa de su madre, sustrayéndose a la influencia de ésta, y que él pediría a Fleischl que tratara de encontrar un lugar adecuado para ella, naturalmente en Viena. El obstáculo que se había opuesto a esto en la época de la partida a Wandsbek —la insistencia de parte de ella de que debía ser en casa de una familia judía, por razones dietéticas— había desaparecido. Pero Martha, en su respuesta, dio un doble paso en falso. En primer lugar, sugirió que estaría en casa de su hermano, en Viena, mientras se trataba de resolver la situación. Tuvo que abandonar esta idea tan pronto como recibió la áspera respuesta de Freud. Entonces, incautamente, agregó que el plan era bueno por cuanto representaría cierto alivio para la madre. ¡Como si de eso se tratara! «De acuerdo con esto —comentó sarcásticamente Freud— hubiera sido lo mismo que fueras a Hungría.» Esta observación de Martha sacó enteramente de quicio a Freud, quien escribió entonces dos de sus cartas más furiosas. Ella había pensado primeramente en su madre, no en él. «Si esto es así, eres mi enemiga: si no superamos este obstáculo, nos iremos a pique. No tienes más que una alternativa. Si no me quieres bastante como para renunciar por mí a tu familia, yo estaré perdido para ti y destrozarás mi vida, sin lograr gran cosa tampoco de tu familia.» Una vez más el tacto y la dulzura de Martha lograron suavizar las cosas, y nuevamente pudieron enfocar, dichosos, la perspectiva de su futura unión.

El mes de septiembre, en Wandsbek, parece haber sido un mes de no turbada felicidad, a juzgar por las alusiones que luego hizo a esa época. Martha le esperó en la estación, a las seis de la mañana, y él la saludó «como en un sueño». Y aunque no hacía más de dos meses que él había jurado que ni siquiera le dirigiría la palabra a la madre, hizo buenas migas con ella, por primera vez, llegado el momento, y así siguieron ya por toda la vida. Es evidente que Martha pudo persuadirle finalmente de que le quería a él antes que a la madre, si bien seguía abrigando cierta consideración hacia ésta. Un par de meses más tarde hacía la observación de que su relación con Martha misma había llegado a un grado de armonía mucho mayor que antes del viaje.

Pero este intervalo feliz exacerbó en él el anhelo de la unión definitiva, en cuya espera habían de transcurrir todavía dos años de sufrimiento y privación. Es verdad que ahora se sentía más seguro del cariño de ella, y que su labor de investigación, de la que dependía la posi-

bilidad de esa unión, marchaba bien, pero el hecho aciago de la separación, de todos modos, seguía en pie.

La actitud de Freud hacia el hecho de la separación, y de la privación consiguiente, cambió fundamentalmente después de su mes de estancia en Wandsbek, en 1884. Antes de eso manifestaba un amargo resentimiento, especialmente contra la madre, pero también contra Martha, por haberle sido ésta arrancada tan contra su voluntad. Pero su estancia junto a ella representó un nuevo punto de partida en sus relaciones. Desde ese momento no sólo se sintió más confiado en su amor —salvo alguna que otra recaída de mal humor—, sino que descubrió el hecho de que también la madre era un ser humano, no un ogro. El resentimiento de la separación cedió su lugar a la nostalgia, que fue intensificándose gradualmente a medida que se acercaba la perspectiva de la unión final.

La mezcla de pasión y resentimiento característica de la primera época del noviazgo se había convertido ahora en un profundo amor. Era ahora un sentimiento de una intensidad más pura que antes, pero no había comenzado aún a transformarse, naturalmente, en el tranquilo sentimiento que habría de conocer después del casamiento. El mismo comprendía muy bien lo absorbente, e incluso egoísta, que es el amor. Cuando le llegó la noticia de que Schönberg, su mejor amigo, se estaba muriendo, confesó que las azules ojeras de Martha le intranquilizaban más que el triste estado de su amigo.

Freud se mostró siempre muy ansioso por la salud y la seguridad de su preciosa prometida. En el verano de 1885 se enteró de que ella no estaba del todo bien. «Realmente me pongo enteramente fuera de mí cuando me afligen noticias tuyas. Pierdo inmediatamente el sentido de todas las cosas y me sobrecoge el miedo terrible de que caigas enferma. Me siento tan aturdido que apenas puedo seguir escribiendo.» Al día siguiente, después de recibir una tarjeta de ella, escribía: «De modo que estaba enteramente equivocado al creerte enferma. Estaba muy enloquecido... Uno está enloquecido cuando está enamorado.» Treinta años más tarde le tocaba ocuparse del carácter patológico del sentimiento amoroso, para lo cual contaba con cierta experiencia personal.

Cuando estando ella de paseo por Lübeck se le ocurrió la fantasía de que podría ahogarse mientras se bañaba, él contestó: «Debe de existir un punto de vista desde el cual aun la pérdida del ser amado tiene que parecer un hecho trivial en el curso de miles de años de historia humana. Pero debo confesarte que yo me voy al extremo opuesto, desde el cual tal hecho sería absolutamente equivalente al fin del mundo, al menos del mundo que a mí me interesa: una vez que mis ojos ya no puedan ver, allá él, que continúe... ¡qué es Hécuba para mí!» Un mes o dos más tarde, a propósito de la muerte inminente de su amigo Schönberg, escribía: «Hace tiempo que he tomado una decisión, cuyo pensamiento no me resulta de ningún modo doloroso, para el caso en que tuviera que perderte a ti. El que tengamos que renunciar el uno al otro por la separación, es cosa que está fuera de cuestión: tú te convertirías en otra persona completamente distinta, y en cuanto a mí, estoy bien seguro de

ello. No tienes idea de lo mucho que te quiero, y confío en que nunca tendré que demostrarlo.»[15]

El año 1885 fue mucho más feliz que los anteriores, no sólo por sus éxitos profesionales, sino sobre todo porque, después de su visita a Wandsbek, en el otoño precedente, se sentía confiado en cuanto a haber conquistado definitivamente el amor de Martha. Estaba seguro, sin embargo, de que no hubiera sido así sin la dura lucha que entre ellos tuvo lugar. En enero de ese año contestaba así a una observación de ella acerca de lo juiciosos que eran entonces y cómo había sido tonta su conducta anterior: «Admito que somos muy juiciosos ahora al no alimentar ninguna duda sobre nuestro amor, pero no habríamos podido llegar a esto sin lo que sucedió entonces. Si aquellas horas tan abundantes de sufrimiento que por ti he pasado hace dos años y, después, la profundidad de mi desdicha no me hubieran hecho ver, de una manera incuestionable, la intensidad de mi amor, no podría haber arraigado en mí la convicción de que disfruto ahora. No despreciemos ahora aquellos tiempos en que bastaba una carta tuya para sentir que la vida valía la pena de ser vivida, y en que una decisión tuya era esperada como una decisión de vida o muerte. Yo no sé cómo podría haber procedido de otro modo. Fueron tiempos difíciles de lucha y de victoria final, y sólo después de eso pude hallar la tranquilidad necesaria para trabajar, con el propósito de lograrte finalmente. Entonces tenía que luchar por tu amor, tal como ahora lo hago por ti, y tanto he tenido que ganarme aquello como tengo que ganarme esto.»

Sea cierto o no, es de todos modos característico en Freud, que no confiaba que nunca algo bueno pudiera ocurrir por sí mismo. Tuvo que luchar duramente por todo lo que alcanzó en su vida. Su experiencia parecía confirmar esta idea suya, pero tampoco puede decirse que él, por su parte, haya elegido siempre el camino más fácil.

En ese año podía asegurarle que la quería mucho más que tres años atrás, cuando apenas la conocía. Lo que entonces no era más que una imagen, ahora era una personalidad. El mundo, ahora, parecía encantado. «Al comienzo te quería con un amor al que se mezclaba un amargo dolor, después de lo cual vino la gozosa confianza de la lealtad y la amistad imperecederas. Ahora te quiero con una especie de apasionado encantamiento. Lo único que ha quedado de todos esos sentimientos y que sobrepasa todo lo que había esperado.»

Vamos a abandonar estas alturas y buscar un descanso a la tensión en el relato de dos hechos de menor seriedad. El primero de ellos ocurrió ese mismo invierno, cuando Martha le pidió permiso para patinar, ejercicio que entonces se consideraba impropio del sexo femenino. Freud se opuso terminantemente, no, como podía suponerse, por temor a que se fracturara una pierna, sino porque podría verse obligada a ir tomada del brazo de otro hombre. No estaba seguro, sin embargo, al respecto, y solicitó la opinión de su amigo Paneth. Tres días más tarde le concedió el permiso, pero a condición de que patinara sola.

Seis meses más tarde apareció otro problema. «Tenemos ahora una ola de calor tan intenso como para separar a los amantes más cariño-

sos. He aquí cómo me lo imagino. La chica está sentada en un rincón, lo más lejos posible de las abrasadoras ventanas. El, cuyo amor supera en ardor al mismo termómetro, se acerca súbitamente a ella e implanta en sus labios un cálido beso. "¡Sal de aquí, tengo demasiado calor!" El se queda inmóvil, consternado, con una emoción tras otra dibujadas en sus facciones, y finalmente se da la vuelta y se va. El sentimiento amargo, de una amargura que está más allá de lo imaginable, que le acompaña —y frente al cual se siente completamente impotente—, es algo que yo conozco. No está a mi alcance saber qué es lo que ella está pensando al respecto, pero creo que se burla de él y llega a la siguiente conclusión: "Si es tan mezquino como para sentirse ofendido por esto, no puede ser que me quiera." He aquí lo que puede traer el calor.»

Durante las seis semanas que Freud pasó en Wandsbek en el otoño de 1885, llegó a establecer relaciones cordiales duraderas con la madre de Martha. En sus cartas, después de esto, le mandaba afectuosos saludos. Sólo faltaba Eli, pero esta dificultad tardó más en ser superada. No es que el resto de la familia de ella aprobara realmente el que se casara con un réprobo. «Hubieran preferido que te casaras con un viejo rabino o con un *shójet.*[16] Nosotros dos nos alegramos de que no haya sido así, y los parientes pueden comportarse como mejor les venga en gana. La ventaja que deriva del hecho de que tu familia no me aprecie es que voy a recibirte sin ninguna clase de apéndices familiares, que es la cosa que más deseo.»

Freud se sentía fundamentalmente orgulloso de su decidida conducta en todo este asunto. Antes de abandonar el tema de las relaciones durante el noviazgo tenemos que ocupárnos de un alarmante episodio que tuvo lugar en junio de ese mismo año, tres meses antes del casamiento. Hemos visto ya cómo la adaptación mutua había progresado tan favorablemente en los dos años precedentes que podía considerársela, al parecer, perfecta, dentro de la relatividad de estas cosas humanas: todas las dudas, los temores, descontentos, sospechas y celos de la época precedente se fueron acallando, uno tras otro. Nada más inesperado, por lo tanto, que encontrarnos, en el mes de junio de ese año, con una reyerta que no sólo llegó a ser la más amarga de todo el noviazgo, sino que estuvo en un tris de echar por tierra todas sus esperanzas de matrimonio.

Para entender lo que ocurrió tenemos que describir el estado de ánimo de Freud en esa época. Tras el disgusto que representaba para él el hecho de no haber alcanzado la fama con su trabajo sobre la cocaína, tuvo que soportar crecientes acusaciones de haber creado el peligro de una nueva toxicomanía. Esto debe haber sido bastante como para producir el desconcierto, pero más importante que todo eso era su profunda duda cerca de poder ganarse la vida en Viena con su profesión. Su impresión a este respecto, en el mes de mayo, era que sería muy improbable. Aun frente a los pacientes que acudían a él se sentía —cosa curiosa y sin duda injustificada— incapaz de actuar correctamente. Pero lo más importante de todo era la creciente tensión que le producía el pensamiento de que sus esperanzas, por tanto tiempo poster-

gadas, habrían de realizarse al fin. La posibilidad de que en el último momento apareciera algún nuevo obstáculo era algo que le atormentaba, tanto más cuanto que todavía no había podido resolver los inconvenientes de orden económico, que estaban en la base de todo.

Para ahorrar de lo que ganaba en su profesión lo necesario para hacer posible el matrimonio harían falta varios años, de modo que sus planes dependían casi íntegramente del dinero de Martha. Aun con eso, quedaba sin resolver el problema de los muebles, y todos los intentos que hizo por conseguir un préstamo para ello habían fallado hasta ese momento. Luego vino, en el mes de junio, la noticia de que debería presentarse a maniobras militares en agosto, lo cual significaba, además del gasto correspondiente, prescindir por cierto tiempo de todo ingreso. Toda su situación, por lo tanto, había llegado a su máximo grado de tensión.

En este momento apareció el nuevo obstáculo que temía. Martha había confiado a Eli la mitad del dinero de su dote. La idea que Freud se había hecho de esto era que los billetes estarían bien guardados en una caja —o a lo sumo en un banco— y que de ningún modo serían tocados. No era capaz de distinguir, al parecer, entre inversión y especulación, y en efecto no invirtió nunca un centavo a no ser en sus últimos años. A un hombre de negocios como Eli, en cambio, le resultaba igualmente insoportable la idea de un «dinero ocioso», de modo que decidió invertir el que recibió de Martha. Tenía que responder a ciertos compromisos, y precisamente en ese momento, por haber resultado infructuosas ciertas inversiones que había hecho, se encontraba en dificultades de liquidez. Esta situación, tan habitual para un hombre de negocios, tenía para Freud, en cambio, un significado equívoco. No estaba familiarizado con las distinciones entre capital y dinero en efectivo: para él el dinero estaba o no estaba. De modo que al enterarse de que Eli estaba en dificultades, interpretó la noticia de la peor manera posible y dijo a Martha que pidiera que le devolviera su dinero. Al cabo de una quincena —Eli parece haber sido siempre remiso para la correspondencia— llegó una tarjeta, redactada en términos evasivos, que despertó las más negras sospechas de Freud, haciendo revivir en él su antigua desconfianza y hostilidad. Escribió a Martha una serie de cartas frenéticas, insistiendo en que ella debía ejercer la más intensa presión para rescatar el dinero, conducta que evidentemente no era la más apropiada por parte de él. Comunicó a Martha sus sospechas de que Eli había utilizado para sí mismo ese dinero, cosa que ella rechazó como calumnia. Estaba bien segura de que Eli le devolvería el dinero, que nunca la había dejado malparada, y por lealtad hacia el hermano a quien tanto debía se sentía muy dolida ante el duro lenguaje usado con él.

Fue entonces cuando los viejos sentimientos, adormecidos durante largo tiempo, y que parecían haber desaparecido por completo, irrumpieron nuevamente, esta vez con una violencia que no habían alcanzado antes en ningún momento. La mujer que él amaba, en lugar de ponerse de su parte, tomaba partido por su odiado rival, el hombre ruin que estaba poniendo obstáculos a su unión. Y esto en el último momen-

to, después de tantos años de espera y privación. Le resultaba insoportable. Era verdaderamente increíble que la confianza que finalmente había depositado en su amor hubiera resultado equivocada, que esa confianza se viera traicionada en este crítico momento, y que se vieran enfrentados ahora a una irreparable ruptura.

La crisis estalló cuando, al enterarse Eli por Martha de que el dinero era para instalar la casa, le ofreció solucionar el asunto mediante la compra de muebles para pagar a plazos, con su garantía. Martha, en lugar de rechazar de plano la proposición, no la rehusó, por más que a ella misma también le disgustaba la idea de compra a crédito. Y aquí fue donde Freud no se contuvo más. Estar dependiendo de alguien en cuyas promesas no creía, correr el riesgo de ver algún día que le embargan la casa y le desmantelan el consultorio: si Martha no era capaz de ver hasta qué punto sería una locura el aceptar semejante proposición, realmente había llegado el fin. Le mandó un ultimátum que contenía cuatro puntos, el primero de los cuales era que ella le escribiera a Eli una carta indignada, diciéndole que era un pillo. Martha no quiso enterarse siquiera de los otros puntos.

A esto siguieron amenazas de hacer sentir a Eli el peso de su ira, denunciándole a su jefe. Pensándolo un poco más, y sin comunicarle nada a Martha, decidió escribir él mismo una enérgica carta a Eli, que consiguió hacerle llegar por intermedio de Moritz, su futuro cuñado, quien se encargó de hacerle comprender la seriedad de la situación. Eli reunió de algún modo el dinero y se lo envió a Martha al día siguiente. Con un acento de inocencia ofendida, declaró no haber tenido idea de que lo necesitara con tanta urgencia, que ni siquiera sabía que la boda había de celebrarse tan pronto y que deploraba las maneras «brutales» de su futuro esposo. Martha reprendió a Freud por su desconsiderado proceder, expresando su asombro de verle tan afectado «por unos míseros guldens». Él le explicó entonces que no se trataba del dinero en sí, sino que habían estado en juego sus esperanzas de matrimonio y su felicidad. Ella no debía volverle a escribir hasta que le prometiera romper las relaciones con Eli. Estaban en ese momento al borde de un abismo.

Pero el tacto y la firmeza de Martha le dieron, una vez más, el triunfo. La crisis pasó, pero ambos salieron de ella destrozados. Martha llegó a confesar incluso que por primera y única vez se sintió huérfana de todo cariño. Lo que la sostenía era el recuerdo de cómo su amado había vuelto a ella, años atrás, en la Alserstrasse, después de abandonarla en un gesto de enojo. Pero estaba terriblemente agotada. Freud, por su parte, aunque declaraba haber estado a punto de morir, se sentía bastante triunfante por haber derrotado él solo, sin la ayuda de ella, a su enemigo. El huracán, finalmente, pasó.

Al releer el impresionante relato que acabo de esbozar, lo que se destaca ante todo es el carácter intenso de las pasiones de Freud y la enorme diferencia que hay entre el tranquilo hombre de ciencia, aspecto bajo el que se le representa tan a menudo, y la clase de hombre que fue en realidad. Sus instintos eran mucho más poderosos, sin duda al-

guna, que los del común de los hombres, pero mucho más poderosas aún eran sus represiones. La combinación de estas dos características trajo como resultado una excepcional intensidad interior: acaso pueda considerarse esto como el rasgo esencial de todo gran genio. Había conocido ya antes lo que significa sentirse desgarrado por el amor y el odio, y le tocaría pasar por ello todavía más de una vez, pero ésta fue la única ocasión de su vida —y fue cuando sus sentimientos giraban en torno a una mujer— en que el volcán estuvo a punto de entrar en erupción con incontenible fuerza destructiva.

8. El matrimonio (1886)

De Freud puede decirse que no sólo fue un monógamo, en un grado realmente poco común, sino que estuvo en camino de convertirse, en cierto momento, en uno de esos maridos que marchan a remolque de su mujer. Pero así como, después de cierto periodo, había declarado que su amor «estaba pasando de su fase lírica a una fase épica», fue bastante realista como para saber que una vida matrimonial dichosa habría de ser menos tempestuosa que la fase emocional precedente. «La sociedad y la ley, para mí, no podrán impartir a nuestro amor ni más gravedad ni una mayor bendición que las que ya ostenta...Y cuando tú seas ante todo el mundo mi querida esposa y lleves mi nombre, nuestra vida transcurrirá en medio de una tranquila dicha en cuanto a nosotros mismos y una seria labor en beneficio de la humanidad, hasta el día que tengamos que cerrar nuestros ojos en sueño eterno y legar a los seres más allegados un recuerdo del que todos se sentirán satisfechos.» He aquí un deseo ampliamente extendido, pero que pocas veces se expresa a escasas semanas de un compromiso.

Había advertido ya a Martha que debía prepararse a pertenecer enteramente a la familia de él, no a la de ella. La frase de Meynert que citaba un año más tarde, según la cual «la primera condición en todo matrimonio es el derecho de echar a los parientes políticos», debía considerarse, al parecer, como unilateral.

Sin embargo, el espíritu que predominaba en la imagen que se hacía de su vida futura era más tranquilo y delicado. «Necesitamos apenas dos o tres pequeñas habitaciones donde podamos vivir y comer, y recibir a un huésped, y un lugar donde el fuego para cocinar no se extinga nunca. Y éstas son las cosas que en ellas pondremos: mesas, sillas, camas, un espejo, un reloj que recuerde a los felices mortales el correr del tiempo, un sillón en el que se pueda pasar una hora en agradables ensoñaciones, alfombras que hagan más fácil a la dueña de la casa la tarea de mantener limpios los pisos, bonitas cintas adornando los anaqueles, ropas hechas a la última moda y sombreros con flores artificiales, cuadros en las paredes, vasos para el agua de todos los días y para el vino de las ocasiones festivas, platos y fuentes, una despensa en que haya algo para cuando nos sintamos repentinamente con hambre o cuando llegue una visita inesperada, un manojo de llaves que deberá repiquetear ruidosamente. Son muchas las cosas que podrán darnos gusto: la biblioteca y el canastillo de la costura, la lámpara cordial. Y todo deberá ser mantenido en orden, no sea que la *Hausfrau,*[17] que ha repartido su

corazón en pequeños fragmentos, uno para cada mueble, tenga motivo de queja. Y aquí se verá una cosa que es testigo de la seria labor que asegura la solidez del hogar, y más allá, otra que hablará de nuestro amor a lo bello o de los queridos amigos cuyo recuerdo nos es grato, o de ciudades que uno ha visto, o de las horas que uno no quiere olvidar. En conjunto un pequeño mundo de felicidad, de callados amigos y de símbolos honrosos de humanidad.»

En este cuadro de los primeros tiempos del compromiso no hay lugar aún para los niños: el gran afecto de Freud a los niños no se había manifestado todavía. Un par de años más tarde aparecen otras ideas: «Este es un momento feliz para nuestro amor. Pienso siempre que, una vez casados, ya no se vive —la mayor parte de las veces— el uno para el otro, como sucedía antes. Se vive más bien el uno con el otro, para una tercera cosa, y el marido pronto ve aparecer peligrosos rivales: el cuidado de la casa y de los niños. Entonces, a despecho de todo el amor y el sentimiento de unión, la ayuda que cada uno halló en el otro se acaba. El marido busca nuevamente amistades, acude a los bares, encuentra fuera de casa intereses de orden general. Pero no es forzoso que esto sea así.»

La cuestión de la ceremonia de bodas fue, por un tiempo, un problema candente. El solo hecho de pensar en eso era para él una maldición: detestaba todas las ceremonias, y en especial las religiosas. Su esperanza era que su casamiento sería todo lo más silencioso y secreto posible.

Cierta vez asistió a un casamiento judío, el de su amigo Paneth con Sophie Schwab. Contempló la escena dominado por el horror e inmediatamente escribió una carta de dieciséis carillas describiendo todos los odiosos detalles con un maligno espíritu de burla.

Difícilmente, a lo largo de todo el noviazgo, hubo un momento en que el pensamiento predominante de Freud no fuera el de darle término lo más pronto posible. Todos sus esfuerzos tendían a ese fin. Ensayó una idea tras otra, un invento tras otro, con la esperanza de alcanzar cierta reputación que le diera la posibilidad de asegurarse la vida con su profesión, y, por tanto, poder casarse. Nada le ayudó en ese sentido, a excepción de sus serias investigaciones histológicas. Parecía no ignorarlo, y por ello se empeñaba con ardor en esa tarea, pero no era posible ya que volviera a centrarse en investigaciones de su exclusivo interés con la misma intensidad con que lo había hecho antes, y con que volvería a hacerlo más tarde. Sus perspectivas eran, como lo dijo él al comienzo, «extremadamente calamitosas». No había ningún indicio de la posibilidad de vivir sin recurrir a préstamos, no hablemos ya de pagar todas sus considerables deudas anteriores. Pero Freud seguía luchando, sin dudar de que algún día cambiaría la marea. Muchos años habían de pasar —y aun después de casados— antes de que esto sucediera, de modo que tenía ante sí largos años de lucha económica.

Freud calculaba, y lo hizo así en diferentes épocas, que no sería prudente casarse sin disponer de 2.500 guldens (unas 200 libras), como respaldo necesario para afrontar las dudosas perspectivas del primer año.

Cuando llegó el momento sólo contaba con los mil que quedaban de la donación que le había hecho Paneth un par de años antes. Pero entretanto vino a salvarles la ayuda de una tía de Martha, Lea Löwbeer, y así pudieron contar con una dote que triplicaba esa cantidad.

En lugar de hacer conjeturas sobre la fecha de casamiento, era tiempo ya de que la fijaran, y sugerían para esto el 17 de junio de 1887, exactamente cinco años después del compromiso. Martha aceptó la idea, lo cual le proporcionó casi una satisfacción tan grande como el primer «sí». Un par de meses más tarde, cuando Sigmund tuvo la seguridad de la beca para ir a París, adelantó la fecha, situándola en diciembre de 1886, pero en la primavera del año siguiente, escribiendo desde Berlín, lo único que consideraba seguro era que la fecha no pasaría de la que se había fijado, junio de 1887. Tan pronto como volvió a Viena —en abril de 1886— y supo que tenía asegurado el puesto en el Instituto Kassowitz, sus esperanzas volvieron a revivir, haciéndole considerar ahora la posibilidad de casarse en noviembre de ese año. La meta largamente anhelada estaba ya casi a la vista. Pero antes tenía que ver si podía establecerse en Viena.

Freud partió de Berlín en la mañana del 3 de abril, y llegó a Viena al día siguiente. Fue primeramente a un hotel, pero como allí su habitación era demasiado pequeña para escribir, consiguió que su madre encontrara para él una habitación en Novaragasse, 29, dos puertas más allá de donde vivía entonces su familia, y allí permaneció una semana, mientras buscaba un lugar permanente para iniciar su práctica profesional privada.

Eran muchas las visitas que debía hacer después de una ausencia tan prolongada, y era necesario explorar la situación general. Breuer le abrazó y besó calurosamente, pero en una entrevista que tuvo lugar quince días más tarde se expresó en forma pesimista acerca de las posibilidades profesionales para Freud. Lo más adecuado sería, en su opinión, cobrar honorarios reducidos, atender gratis a un número considerable de pacientes y contar con una entrada no mayor de cinco guldens diarios durante los dos primeros años. Como no había ninguna otra entrada probable durante tan largo periodo, Freud llegó a la conclusión de que al cabo de seis meses se vería obligado a emigrar, pero en opinión de Breuer tampoco esto podría conducirle a nada, a menos que pensara en ir a emplearse como mozo de restaurante. Al cabo de uno o dos días, sin embargo, Freud superó su desaliento, si bien creyó que la idea de Breuer en cuanto a cobrar honorarios bajos probablemente era acertada. Otro amigo de Freud, Heitler, le comprometió inmediatamente a colaborar con él en el *Zentralblatt für Therapie*, del que era director. El arreglo con Wassowitz se mantuvo en vigor, y el Departamento de Freud se inauguró inmediatamente. Trabajaría allí los martes, jueves y sábados, de tres a cuatro. Meynert se mostró amistoso y le invitó a su laboratorio. Nothnagel fue menos acogedor y no pudo prometer mucho, pero demostró, en ese sentido, que era hombre de hacer más de lo que decía. Era, al parecer, de carácter poco amistoso.

Freud observó que todos esos hombres tenían cada uno una «ma-

nera» característica en su trato. Lo mejor para él sería decidirse a hacer otro tanto. Optó en consecuencia por aprovechar su tendencia natural a la rectitud y la honestidad: haría de ello una especie de «manierismo», al que todos los demás tendrían que habituarse. Si esto no le valía un éxito, él al menos no se habría rebajado.

El 15 de abril se mudó a un apartamento que había alquilado en el número 7 de Rathausstrasse, detrás del magnífico edificio del Ayuntamiento, en el mejor distrito profesional de Viena. Pagaba por el apartamento 80 guldens por mes, con servicio incluido. Se componía de un vestíbulo y dos amplias habitaciones. Una de éstas fue dividida en dos con una cortina, de modo que la mitad posterior podía usarse como dormitorio. Había, además, una habitación pequeña, que servía para la labor oftalmoscópica. El apartamento estaba elegantemente amueblado, y no tuvo que comprar más que un sofá. Biblioteca y libros ya tenía. Hizo colocar una placa profesional de vidrio, con letras doradas sobre fondo negro, para la calle, y otra de porcelana para la puerta del apartamento. La esposa de Breuer insistió en ser ella misma quien fijara ambas placas.

Freud ya había hecho su primera consulta, antes de eso, en casa de Pollitzer. Los honorarios fueron inmediatamente a Wandsbek, para que Martha se comprara una pluma y vino para celebrar la ocasión. Una semana más tarde hizo otra consulta con Pollitzer, que le valió 15 guldens. Pero cuando Pollitzer se enteró, por Fleischl, de que Freud, sin contar con medios propios, estaba a punto de casarse con una chica que no tenía un centavo, se escandalizó.

Freud hizo conocer su iniciación en la práctica profesional mediante el siguiente anuncio en los diarios y en la prensa médica: «El doctor Sigmund Freud, docente en neuropatología, acaba de regresar de una estancia de seis meses en París, y reside actualmente en Rathausstrasse, número 7.» En el *Neue Freie Presse* este anuncio le costó 20 guldens. Envió también doscientas tarjetas a diferentes médicos. El histórico día elegido para esta arriesgada aventura fue el 25 de abril de 1886, curiosa elección dado que era un domingo de Pascua y en ese sagrado día no quedaba nada que no se cerrara o se suspendiera en Viena.

Durante los primeros meses que siguieron hizo el cálculo diario de las entradas, y, por lo general, también una descripción de los pacientes. La mayor parte de los enfermos que pagaban provenían de Breuer, mientras que los que acudían directamente eran generalmente atendidos gratis. «Breuer está haciendo todo lo que puede.» En julio Nothnagel le envió al embajador de Portugal. Poco después Freud tuvo ocasión de encontrarse con Nothnagel en una consulta, y para su gran sorpresa y satisfacción se enteró de que aquél ya le había enviado varios pacientes, si bien, por diversas razones, ninguno de éstos había vuelto a su consultorio. Se sintió más seguro, de este modo, del apoyo de este gran hombre. Aun cuando hubo, naturalmente, fluctuaciones —con días sin entrada alguna—, su éxito, en conjunto, fue mayor del que había esperado. Hubo un día en que la sala de espera estuvo llena desde las doce hasta las tres. En sólo el mes de junio ganó 387 guldens (31 libras), suma

muy satisfactoria para un principiante, y que sobrepasaba los diez guldens diarios que necesitaba para vivir.

Freud tenía confianza, sin embargo, en su capacidad como médico, y se quejaba siempre de su sentimiento de ineptitud frente a los pacientes. Una cosa es, después de todo, la plena responsabilidad que comporta el ejercicio privado de la profesión, y otra bien diferente el trabajo hospitalario en común, al que se había acostumbrado tanto. Su confianza decaía más aún cuando las cosas no marchaban bien. Cierta vez, por ejemplo, hizo una pequeña operación, sin éxito, a un actor muy conocido, Hugo Thimig. El paciente le escribió una carta de agradecimiento, en términos corteses, pero no volvió más. Freud devolvió al paciente los honorarios que éste le había enviado. En una carta a su futura esposa le decía que le era necesaria una buena dosis de sentido del humor para no tener que «avergonzarse de su ignorancia, su embarazo y su desamparo».

Tenía bastantes ocupaciones este verano. Trabajaba todas las mañanas en el laboratorio de Meynert, en el desarrollo de sus investigaciones anatómicas. Además de la redacción del correspondiente artículo, que se publicó en agosto, continuaba con la traducción de Charcot, compuso el informe sobre el viaje, preparó la comunicación a la sociedad médica, que fue postergada para octubre, y dio dos conferencias sobre hipnotismo. Aparte de eso, estaba el trabajo en el Instituto Kassowitz y su propio consultorio.

Pero al poco tiempo la importancia de todas estas actividades se vio empalidecida por los desconcertantes problemas que giraban alrededor de la gran cuestión del casamiento. Estaba completamente inseguro de si podía llegar a ganarse la vida en Viena, y a principios de mayo, por lo que escribió, sus esperanzas en ese sentido eran escasas. Hacia finales de abril no tenía más que 400 guldens, suma suficiente como para mantenerse él sólo durante seis semanas más o menos. No fue antes de finales de julio cuando pudo sentirse confiado en contar ya con una base satisfactoria.

A lo largo del prolongado noviazgo, el único obstáculo había sido la dificultad económica, y ésta se hizo realmente seria cuando ya se hallaba cerca el momento tan ansiado; las cartas cambiadas en el par de meses siguientes estaban llenas de complicados cálculos, pero, puestos a la tarea de rehacerlos, nos será fácil resumirlos de una manera bien concisa. Además de lo que le quedaba a Freud de la donación de Paneth, Martha tenía 1.800 guldens (145 libras) ahorrados de una herencia y del regalo de la tía. De esta suma ella necesitaba 1.200 para el ajuar y la ropa blanca, que según costumbre de la época debía aportar la novia. Había dado a guardar a su hermano Eli 800 guldens (64 libras) y por lo que Freud pudo entender de los negocios de éste le parecía dudoso que los fuera a recuperar. Tal como vimos en el capítulo anterior, la delicadeza de Martha al requerir ese dinero a su hermano fue causa de la más grave de todas las querellas entre ella y Freud. Al final éste intervino rudamente y Eli envió el dinero a Martha a finales de junio.

Freud se había impuesto la obligación de dar a su familia 500 gul-

dens por año, para sus necesidades más urgentes. Calculaba, además, en otro tanto los gastos de casamiento, luna de miel y viajes. Tenía el propósito de asegurar su vida en 1.000 guldens por año, pagaderos por trimestre, y quedaban todavía los muebles, el alquiler y algunas reservas para gastos después de casados. El margen era evidentemente más que estrecho. La primera cosa a sacrificar fue el seguro, a cambio de comprometerse Freud a no hacer enviudar a Martha por lo menos en un año. Si el alquiler no era muy elevado podían afrontar también ese punto, pero ya no quedaba nada para muebles. Quiso obtener los muebles por el sistema de «venta-alquiler», pero la ordenada y económica Martha se oponía al recargo de precio que a la larga supone ese sistema, y además no le agradaba indudablemente la idea de comenzar su vida matrimonial sobre semejante base. Tanto se habló sobre este tema de los muebles que Freud terminó por hacer el siguiente comentario: «Tengo la impresión de que la más adorable de las mujeres en este mundo es fatal llegado este punto, y sólo ve en el marido un complemento —necesario, es verdad, pero complemento al fin— de una casa hermosa.»

Freud trató de conseguir más dinero prestado de sus amigos, y al no lograrlo escribió a su futura suegra rogándole que solicitara un préstamo a su acaudalada hermana. Pensó al comienzo que bastaría con 1.000 guldens, pero inmediatamente tuvo que doblar la cantidad. Sin embargo, semejante petición era poco hábil, pues podía causar una mala impresión al único pariente en que Martha confiaba, y fracasó.

A mediados de junio Freud comenzó a preocuparse, sin ninguna razón, por la salud de Martha y a mostrarse ansioso de saber que seguiría bien después del matrimonio. Le envió, por ello, una suma de dinero con instrucciones precisas de gastarlo en algún viaje de recreo. «Si llego a enterarme de que lo has gastado en comprarte alguna prenda, la romperé cuando llegue allá, y si no puedo averiguar cuál es esa prenda, las romperé todas.» Esta observación, con su aire de broma, era el primer indicio de la rabia que pronto habría de estallar con motivo de la actitud de Martha frente a su hermano.

Su carta del día siguiente delataba su impaciencia provocada por la larga privación, ya próxima a su fin. A propósito de las formalidades del casamiento, decía: «Entonces respiraré nuevamente, querida mía, y gustosamente me veré, una vez más, en aprietos y economizaré, y si alguna vez hemos de tener que rompernos la cabeza pensando dónde habremos de sacar esto o aquello, ¿qué nos importará? Después de todo, seremos dos seres unidos, lejos de las formas más horribles de la pobreza —inevitable a veces también en el caso de tanta gente que se quiere—, en vez de tener que consolarnos con el pensamiento de un futuro que nunca podrá ser tan hermoso como aquéllo que por llegar a él se ha sacrificado. ¿Hasta cuándo se es joven, hasta cuándo se está sano y hasta cuándo se es bastante maleable como para adaptarse cada uno al cambiante humor del otro? Llegarás a verte convertida en una vieja solterona si esperas a que yo pueda ahorrar lo suficiente como para pagarlo todo, y hasta habrás olvidado la risa. Te extraño tanto desde que he regresado, que apenas conservo ya la impresión de seguir pertene-

ciendo al género humano. Te extraño mucho, porque en todos los aspectos te he identificado conmigo, como amada, como esposa, como camarada, como compañera de trabajo, y me veo obligado a vivir en la más penosa de las privaciones. No puedo aprovechar mi tiempo, no puedo gozar de nada, durante semanas enteras no se me ha visto una expresión de alegría; en una palabra, soy sumamente desdichado.»

En ese momento la castigada pareja recibió otro golpe. Freud fue llamado para participar durante un mes en maniobras militares, cosa que él no esperaba que sucediera hasta el año siguiente. Esto no sólo significaba gastos para equipamiento y otros, sino la pérdida, además, de los ingresos de todo un mes, con los que contaban en sus cálculos. Freud afrontó estoicamente la situación, decidido a no permitir que se alteraran sus planes. La señora de Bernays, por su parte, le escribió una carta que terminaba así:

«No me crea usted incapaz de imaginarme lo incómodo de su vida actual, pero cargar con los gastos de una casa sin contar con los medios necesarios para ello es una maldición. Durante años la he experimentado yo misma, de modo que puedo juzgar muy bien. Le ruego y le imploro que no lo haga. No desprecie mi advertencia, y espere tranquilamente hasta que cuente con medios fijos de subsistencia.

»Recupere primeramente cierto grado de calma y tranquilidad, de las que en este momento carece en un grado tan deplorable. Usted no tiene ninguna razón para ese mal humor y esa desesperación, que rayan en lo patológico. Deje a un lado todos esos cálculos, y vuelva a ser, ante todo, un hombre sensato. En este momento lo que usted parece es un niño mimado que no consigue lo que quiere, y llora, en la creencia de que así logrará todo.

»No tome a mal esta última frase, pero es realmente así.

»Tome bien en cuenta estas palabras, realmente bien intencionadas, y no piense mal de su afectísima...

»Mamá.»

Ignoramos si esta carta de la futura suegra mereció alguna respuesta de Freud, pero sí sabemos que no afectó para nada su propia decisión.

Lo único que aún faltaba por hacer era encontrar una casa apropiada para la joven pareja, y amueblarla, pero las dos cosas comportaban, cada una por su lado, problemas bastante serios. Freud no podría ganar dinero si no contaba con un lugar donde ejercer, y por otra parte, no era posible que vivieran en habitaciones sin mueble alguno. Un telegrama de Martha, de principios de julio, traía la jubilosa noticia de una solución: «¡Hurra, 1.250 guldens!» Era un regalo de bodas de la tía Lea, de Brünn. Hubo además otro regalo, de 800 marcos, proveniente del tío Louis, de Londres, y que Martha valoraba más aún que el otro, por cuanto representaba un sacrificio mayor por parte del donante. El costo de los muebles estaba, por lo tanto, cubierto, y los preparativos podían seguir su curso.

Aparte de la natural impaciencia, la razón que inducía a Freud a

optar por septiembre en lugar de noviembre era de orden puramente práctico. En Viena las viviendas se alquilaban por trimestres, de modo que tenía que ser el primero de agosto o el primero de noviembre. A pesar de todos sus esfuerzos, e incluso de los anuncios que publicó, se encontró con que las viviendas adecuadas eran muy escasas. Sólo podía buscar después de las horas de trabajo. Era un problema fastidioso, pues estaba empeñado en tener preparada la casa adonde podría traer a su esposa, y el tiempo que le quedaba antes de partir para las maniobras militares era limitado. La vivienda más adecuada que pudo encontrar estaba en la Ferstelgasse, pero presentaba el gran inconveniente de no desocuparse antes de noviembre, lo cual significaba no poder atender su consultorio durante el mes de octubre, el mejor del año, cosa que de ningún modo podía permitirse. Podía también quedarse con su vivienda actual, agregándole las dos habitaciones que al presente ocupaban los inquilinos principales, pero esto significaría un costo de 1.400 guldens, cosa que tampoco era posible. Finalmente Freud alquiló un espacioso piso de cuatro habitaciones en el número 5 de Maria Theresienstrasse.

Todavía le esperaba el último golpe a Freud, antes de la realización de sus esperanzas. Durante todo el tiempo se había estado tranquilizando con la idea de que en Alemania, que era donde iba a casarse, bastaría para el caso con la ceremonia civil, con lo que se ahorraría el penoso dilema de tener que cambiar de «confesión religiosa» —cosa que, en rigor, no podía haberse planteado seriamente en ningún caso— o bien enfrentar las complicadas ceremonias del casamiento judío, cosa que aborrecía. Pero a comienzos de julio Martha se vio obligada a informarle que, si bien el casamiento civil era válido en Alemania, no sería reconocido en Austria, con lo cual, llegados a Viena, no estarían casados. No había otra alternativa que aceptar la ceremonia judía. Pero ella le alivió el trance todo lo que le fue posible. Se fijó para la ceremonia un día de trabajo, de modo que serían muy pocos los amigos que podrían asistir, con lo cual podría llevarse a cabo en casa de la madre de ella. Allí se podría reemplazar la habitual indumentaria, más bien de gala, por un sombrero de copa y una levita. Eso fue lo que se hizo.

Las maniobras militares de Olmütz, de las que diremos algo en el próximo capítulo, se prolongaron desde el 9 de agosto hasta el 10 de septiembre. Al término de las mismas Freud volvió a Viena para quitarse el uniforme militar y partir el día siguiente a Wandsbek. Se encontró con que la paga militar no pasaba de la mitad de lo que se le había hecho creer que recibiría, por lo cual tuvo que escribir reservadamente a su futura cuñada, Mina Bernays, para pedirle prestado el dinero necesario para el viaje a Wandsbek. Pudo, con todo, comprar un regalo de boda para su novia, un hermoso reloj de oro. También había pensado en un collar de coral para Mina, pero dado que el embajador de Portugal no había pagado todavía sus honorarios, había que prescindir de ese regalo.

El matrimonio civil se celebró el 13 de septiembre de 1886, en el Ayuntamiento de Wandsbek. Sesenta y cinco años más tarde la señora

de Freud recordaba aún con toda claridad el comentario que había hecho el funcionario acerca de la forma decidida en que ella estampó su nueva firma, sin ninguna vacilación. Freud pasó las noches de los días 12 y 13 en casa del tío Elias Philipp, quien se había encargado de entrenarle en el aprendizaje de las «brojes» (oraciones) que el novio tendría que recitar al día siguiente en la ceremonia de la boda. Probablemente se mordió los labios en el momento de colocarse bajo la *Chuppe,*[18] pero todo salió bien. Sólo ocho parientes estuvieron presentes, aparte de los familiares más cercanos, y la pareja partió inmediatamente para Lübeck.

De Lübeck enviaron una carta conjunta a la madre, escribiendo alternativamente las frases. La última, escrita por Freud, decía así: «Dado en nuestra actual residencia en Lübeck, en el primer día de lo que confiamos llegará a ser una Guerra de los Treinta Años entre Sigmund y Martha.» La guerra no llegó nunca, pero los treinta años se convirtieron en cincuenta y tres. El único indicio de «guerra» durante los largos años que siguieron fue una pasajera diferencia de opinión acerca del serio problema de si los hongos debían cocinarse con o sin pedúnculos. La promesa que había hecho, bromeando, dos años antes, de que tendrían una riña por semana, fue completamente olvidada.

Ella contaba exactamente veinticinco años, y él treinta. Deben haber formado una pareja bien parecida. Freud era buen mozo, delgado pero robusto; destacábase en él la cabeza bien formada, la regularidad de sus rasgos y sus centelleantes ojos oscuros. Medía un metro setenta y su peso era aproximadamente de sesenta y cuatro kilos. A su esposa le agradaba ponderar más tarde el hermoso tinte cobrizo con que volvió de sus maniobras militares.

Con un estilo perfectamente churchilliano, Freud logró preparar el ánimo de su esposa para los duros tiempos del comienzo, a la espera confiada de un futuro mejor, a su juicio indudable. Desde el principio, sus previsiones se cumplieron ampliamente. El primer mes, octubre, del que tanto había esperado, fue extremadamente pobre en ingresos. Reinaba un tiempo hermoso, y todos los médicos se quejaban de que la gente prefería gozar del clima cálido a venir al consultorio para un tratamiento. En una carta a Mina, decía Freud que tendría que optar entre suponer que su éxito profesional durante el verano había sido excepcional, o que lo excepcional era su fracaso actual. Naturalmente prefería pensar esto último. Había ganado solamente 112 guldens en todo el mes, y necesitaba 300 guldens mensuales para los gastos corrientes solamente. Las cosas se presentaban algo más que difíciles, si bien los dos lo tomaban a broma. Ya había empeñado el reloj de oro que había recibido de Emmanuel, y ahora le tocaba el turno a otro reloj de oro, su regalo de bodas a Martha, a menos que Mina acudiera en su auxilio, cosa que ésta hizo, por cierto. Al mes siguiente, sin embargo, la marea comenzó a volver, de modo que la aventura resultó no haber sido tan desatinada, después de todo.

La hora de consulta era al mediodía, y a los pacientes les daban por entonces el apelativo de «negros». El origen de esta curiosa denominación reside en una graciosa caricatura del *Fliegende Blätter* en que

aparece un león que bosteza, rezongando: «¡Las doce ya, y ni un solo negro!»

Freud había alcanzado finalmente el cielo de ventura con que había soñado. Pocos matrimonios pueden haber sido más satisfactorios que el suyo. Martha fue, por cierto, excelente esposa y madre. Era una admirable ama de casa —el raro tipo de mujer que podía conservar indefinidamente una sirvienta—, pero no fue nunca una de esas *Hausfrauen* que estiman las cosas más que a la gente. La comodidad y las conveniencias de su esposo estaban antes que nada. En los primeros años él acostumbraba comentar con ella por la noche los casos que había visto, pero más tarde no cabía esperar que ella siguiera el vario vuelo de su imaginación más de lo que lo hacía la mayor parte del mundo.

Pronto comenzaron a llegar los hijos, para completar la felicidad de ambos. Dos años más tarde, Freud escribía una carta: «Vivimos muy felices, en una actitud cada vez más modesta. Cuando oímos llorar a la criatura nos imaginamos que ésta es la cosa más feliz que podía ocurrirnos. No soy ambicioso y no trabajo demasiado.» Tres hijos, una niña y dos varones (16 de octubre de 1887, 7 de diciembre de 1889 y 19 de febrero de 1891) nacieron en esta su primera casa. Los niños fueron bautizados con los nombres de Jean Martin, por Charcot (y no por Lutero como se dijo), y Oliver, por Cromwell, el viejo héroe de Freud. La familia en crecimiento exigía más espacio, de modo que en agosto de 1891 se mudaron al conocido domicilio de Berggasse, 19, que tenía además la ventaja de un alquiler más barato. La vivienda se amplió un año más tarde, al ocupar Freud tres habitaciones más, en la planta baja, que fueron destinadas a piezas de estudio, sala de espera y consultorio. Allí vivió cuarenta y siete años, y allí nacieron tres hijos más, un varón y dos mujeres (6 de abril de 1892, 12 de abril de 1893 y 3 de diciembre de 1895). El hijo recibió el nombre de Ernst, por Brücke.

Freud no fue tan sólo un padre amante, sino también indulgente, tal como cabía esperar de los principios generales que profesaba. Las numerosas enfermedades de sus hijos le producían, naturalmente, gran preocupación. Cuando la hija mayor tenía cinco o tal vez seis años, estuvo a punto de morir de difteria, la «peligrosa enfermedad» a la que alude Freud en sus obras. En el momento de la crisis, el conturbado padre le preguntó qué era lo que más quería en ese momento, y la hija le contestó: «Una fresa.» No era la estación apropiada, pero había una casa, muy renombrada, donde se podían conseguir algunas. El primer intento que hizo la niña de tragar una fresa le ocasionó un ataque de tos que eliminó totalmente la falsa membrana, y al día siguiente la criatura se hallaba en franco camino de restablecimiento. Su vida había sido salvada por una fresa... y por un amante padre.

Cuando los niños fueron seis, ya avanzado el año 1896, vino a unirse a la familia la cuñada de Freud, Mina Bernays (18 de junio de 1865-14 de febrero de 1941), que no se separó ya de ellos hasta su muerte. Antes de eso, y después de la muerte del que fue su prometido, fue dama de compañía de una señora, ocupación que nunca le resultó simpática. De joven realizaba sus tareas domésticas con un plumero en la mano y

un libro en la otra, de modo que no era nada sorprendente que su vida se viera absorbida por preocupaciones intelectuales, y especialmente literarias. «Tante Mina» era ocurrente, interesante y entretenida, pero tenía una lengua mordaz, fuente de no pocos epigramas familiares. Siempre estuvo en excelentes relaciones con Freud. No había ninguna atracción sexual por ninguna de las dos partes, pero él encontraba en ella una compañía estimulante y divertida, y alguna que otra vez realizó con ella cortas excursiones en días de descanso, cuando Martha, a su vez, no se hallaba en condiciones de viajar con él. Todo esto dio lugar a la leyenda, maliciosa y absolutamente falsa, de que Mina había desplazado a su hermana en el cariño de Freud. Este gustó siempre de la compañía de mujeres intelectuales y más bien masculinas, de las que pueden señalarse unas cuantas en su vida. Resulta sorprendente quizá que «tía Mina» no haya ayudado nunca a Freud en su labor literaria, aprendiendo, por ejemplo, taquigrafía[19] y dactilografía. Pero Freud no podía separarse nunca de su pluma, que utilizaba tanto para su correspondencia privada como para sus trabajos científicos; evidentemente pensaba mejor con el lápiz en la mano.

9. La vida privada (1880-1890)

De la correspondencia de Freud surgen dos impresiones sobresalientes acerca de su vida en esa época: su terrible pobreza y la calidad de sus amistades. Sobre lo segundo hablaremos un poco más adelante.

La actitud de Freud respecto al dinero parece haber sido siempre excepcionalmente normal y objetiva. En sí mismo, el dinero no tenía interés para él. Si lo había, era para ser usado, y a este respecto fue siempre muy generoso en cuanto la oportunidad se presentaba. Hasta podría decirse que era un poco desaprensivo en materia de dinero, salvo cuando lo necesitaba desesperadamente para algún fin determinado. Y tanto daba que se tratara de darlo o de recibirlo de un amigo, de darlo en préstamo o de tomarlo prestado. En sus primeros años de estudiante eran tan modestas sus necesidades que bien poco podía importar el dinero. La cosa más importante que podía proporcionarle eran libros.

Pero era, al mismo tiempo, enteramente realista en cuanto al dinero, y estaba muy lejos de despreciarlo. Evidentemente era mucho lo que con él se podía conseguir, y su falta comportaba privaciones. Le importaba mucho, por ello, el verse estorbado en sus deseos, ya se tratara de viajes o de otra cosa, por falta de dinero. Y son pocos los que se han visto contrariados más de lo que lo fue él, en este sentido, durante su juventud, ya que la intensidad de sus deseos fue una característica permanente de su carácter.

Lo primero que hizo dos semanas después del compromiso fue ponerse él mismo «bajo tutela», para protegerse de su propia extravagancia, haciendo de Martha su banquera. Le mandó poner una moneda de plata en la alcancía: «El metal tiene el mágico poder de atraer más metal; el papel se lo lleva el viento. Me he vuelto supersticioso, ¿sabes? La razón es terriblemente seria y sombría. Un poco de superstición es algo que tiene bastante encanto.» Pero tenía realmente algo de supersticioso, de lo que dan cuenta numerosos pasajes de su correspondencia. Así, por ejemplo, contaba que siendo niño había elegido el número 17 en una lotería que revelaba el carácter de las personas, y salió la palabra «constancia», que ahora relacionaba con 17, fecha de su compromiso. El le enviaba todo el dinero que podía ahorrar y ella se hacía cargo del fondo común. Luego tomaba prestado de este fondo, y volvía a restituir el dinero, según las circunstancias. Hubo ocasiones en que ella pareció sentirse avengonzada de recibir el dinero, pero entonces él se burlaba preguntándole si se pertenecían o no el uno al otro, y si prefería volver al trato de «señorita» y «señor doctor».

No sólo eso, sino que se comprometió a enviarle cuenta semanalmente de todos sus gastos, día por día, y algunos de estos informes se han conservado. Por el primero de ellos, de mediados de septiembre de 1882, nos enteramos de que sus únicas dos comidas del día le habían costado un florín y once kreutzers, y que había gastado en cigarrillos «la escandalosa suma» de 26 kreutzers. Un día gastó 10 kreutzers en chocolate, pero entonces agrega, como excusa: «Tenía mucha hambre en la calle, yendo a casa de Freuer.» Un día faltaban 10 guldens porque se los había prestado a Königstein, pero al día siguiente sólo pudo incluir un golden que faltaba como «¿prestado?». Finalmente tuvo que confesar que había perdido la suma de 80 kreutzers jugando a las cartas.

Esta lamentable pobreza continuó durante años; y todavía más allá del 1890, a lo largo de su correspondencia con Fliess, hay numerosas referencias a la angustia de sus cálculos monetarios. En el verano de 1883 menciona el caso de un amigo que necesitaba urgentemente que le prestaran un gulden por pocos días. El dinero de Freud en ese momento se reducía a la suma de cuatro kreutzers, de modo que se puso en movimiento y no descansó hasta conseguir prestado el ansiado gulden... pero demasiado tarde para el caso. «¿No te parece que estamos haciendo una vida admirablemente bohemia? —escribía—, ¿o no eres suceptible a este tipo de humor, y te compadeces acaso de mi miserable situación?» No hay que admirarse, pues, de que le hiciera reír la predicción de Fleischl en el sentido de que algún día ganaría 4.000 guldens (640 libras) al año. No siempre la cosa era tan divertida. En otra oportunidad, un año más tarde, ni siquiera tenía 4 kreutzers, y se hallaba ante la perspectiva de no tener nada que comer durante tres días, hasta recibir el importe de su sueldo en el hospital. Afortunadamente, un alumno a quien él preparaba para sus exámenes le pagó tres guldens, y salvó con ello la situación. Se sintió afligido cuando, por primera vez en diez años, no pudo comprar para su hermana Rosa ni siquiera un pequeño obsequio con ocasión de su cumpleaños. Esto sucedió después de su estancia en París. ¡Cuán molestas debieron de ser, para un hombre de la amplitud mental y de la generosidad de Freud, las mezquindades inseparables de la pobreza!

El problema del vestir era sumamante difícil, especialmente dado que Freud atribuía importancia al requisito de una adecuada apariencia, relacionándola estrechamente con el respeto a sí mismo. Tenía, es cierto, un sastre muy complaciente, un amigo de la familia, a lo que parece, pero de vez en cuando había que hacer, de todos modos, un pago, aunque fuera el pago inicial, en cada caso. Cuando se le dijo a su sastre que Freud era uno de los hombres más inteligentes en el hospital, el elogiado hizo el siguiente comentario: «La buena opinión de mi sastre es para mí no menos importante que la de mi profesor.» Ningún gasto podía hacerse sin la debida consideración previa. Solía tratar previamente con Martha, por ejemplo, la conveniencia de invertir parte de su pequeño capital en la compra de un nuevo traje, o incluso de una corbata. En cierta ocasión Martha le regaló una, de modo que, por primera vez, contó con dos buenas corbatas. Ocasiones hubo en que no pudo salir a la

calle por no exhibir roturas demasiado grandes en el traje, y por dos veces menciona haber pedido prestado un traje a Fleischl para hacer una visita a un amigo de cierta respetabilidad.

Pero los dos aspectos en que su pobreza se le hacía más penosa eran el de no estar en condiciones de ofrecer a su prometida más que obsequios o comodidades absolutamente insignificantes —hecho más importante aún por ser ella también pobre—, y menos aún de ir a visitarla, y en segundo lugar, las necesidades urgentes de su propia familia. Quedó asombrado al saber que Martha, por razones de salud, tomaba diariamente un vaso de cerveza. «¿De dónde sacas el dinero?» —le preguntó—. Un sueño que nunca llegó a realizarse fue el de poder comprarle algún día un brazalete de oro (*eine goldene Schlange*). Tal deseo data de una época tan antigua como 1882, y hay muchas alusiones al mismo. A comienzos de 1885, cuando era candidato a profesor universitario, estaba muy esperanzado al respecto, y aseguraba a Martha que todas las esposas de los profesores, para distinguirse de las esposas de los otros médicos, usaban brazaletes de oro con forma de serpiente. Pero sus esperanzas, una y otra vez, quedaban sin cumplir. Tres años y medio más tarde, es decir, poco antes de la Navidad de 1885, pudo procurarle uno, en Hamburgo, pero era de plata. En cuanto a visitarla, el costo parecía sencillamente prohibitivo.

Luego estaba su propia familia, motivo constante de ansiedad y una verdadera carga para él. Su padre, que nunca fue hombre de mucha iniciativa ni de éxitos, se hallaba ahora cerca de los setenta, y estaba cayendo en un estado de impotencia fatalista, e incluso de puerilidad. Hacía algún tiempo ya que no ganaba nada, y es difícil decir de qué vivía la familia. Las seis mujeres de la casa llevaban una administración bastante precaria, o por lo menos bastante embrollada, y cuando a finales de 1884 Emmanuel se empeñó en introducir un poco de orden en ella, Freud se mostró bastante escéptico sobre lo que tal orden podía durar. Es curioso que Freud sólo cite a su madre para referirse a dos cosas: que era muy dada a quejarse y que tenía un pulmón gravemente afectado por la tuberculosis. Esto último constituía, naturalmente, un grave motivo de ansiedad, y Freud se ocupó constantemente de que pudiera abandonar Viena durante la temporada de calor, para ir al campo. En 1884, por ejemplo, Freud escribía que estaban tratando de prolongar su vida un poco más. Habría sido para él un gran alivio, y no poca sorpresa, el saber entonces que ella habría de vivir aún casi medio siglo más, y alcanzar una saludable vejez. Freud hacía lo que podía, pero con bastante frecuencia debió admitir que no estaba en condiciones de enviar nada a su madre, o a la familia. En situaciones como ésa no se sentía capaz de ir a visitarlos y presenciar su triste situación. Repetidamente se sintió apesadumbrado al contemplar el estado de extenuación de sus hermanas, y cierta vez, al haber sido invitado a un almuerzo, relató cuán difícil le era comer carne asada sabiendo que sus hermanas tenían tanta hambre. Hubo una época en que su padre, su hermano menor y sus tres hermanas se mantenían con un gulden por día.

Los ingresos de Freud durante esos años fueron exiguos e insegu-

ros, y provenían de diversas fuentes, de las que dejó detallada constancia. Estaba, ante todo, su sueldo del hospital, a partir de abril de 1883. Se le daba una habitación con calefacción, igual que al peón encargado de encender las lámparas, como escuetamente apunta Bernfeld. Más tarde la asignación subió a treinta guldens mensuales, menos de la mitad de lo que costaba la comida. Durante mucho tiempo su almuerzo consistió en un plato de carne de ternera, cuyo costo era de 60 kreutzers (medio chelín), y la cena, en carne en conserva y queso, por 36 kreutzers. El postre no era indispensable. En cierta oportunidad se propuso ahorrar tiempo y dinero cocinando él solo, o mejor dicho, no cocinando. Compró una cafetera para prepararse el café, una provisión de jamón, queso y pan.

Las reseñas que hacía para un periódico médico le rendían 20 guldens por trimestre. En cierta oportunidad le pagaron 15 guldens por el montaje de un aparato científico. Durante los cuatro años de su vida de hospital, Freud tuvo pacientes privados, cosa que entonces estaba permitida, y a finales de 1884 tenía incluso una placa en la puerta con ese objeto. Durante los dos primeros años los pacientes eran enviados por los amigos, especialmente por Breuer, pero en julio de 1884 Freud pudo anunciar con orgullo que había visto a su primer paciente venido de afuera, atraído por lo que había oído de su descubrimiento sobre la cocaína. Este paciente le pagó 2 guldens. Sus honorarios habituales eran 3 guldens (alrededor de 5 chelines), pero para eso tenía que atravesar a veces toda Viena al ir a aplicar un tratamiento eléctrico. En cierta ocasión, después de atender a un paciente durante varios meses, cobró la suma de 55 guldens. Los debía íntegramente, decía, pero no fue tan tonto como para emplear ese dinero en pagar sus deudas. Había necesidades más urgentes que atender.

Aparte de eso tenía los alumnos, especialmente los que le enviaba Fleischl. Esta fuente de ingresos se inició en el verano de 1884, y la tarifa era habitualmente de tres guldens por hora. Durante cierto tiempo se levantaba a las cinco de la mañana para dar una lección antes del desayuno, y disponer así de más tiempo para su trabajo.

Más lucrativas fueron las clases con demostraciones que comenzó a organizar en noviembre de 1884, habitualmente para médicos norteamericanos que estudiaban en Viena. Varias de estas clases fueron dadas en inglés, la primera de ellas el 3 de febrero de 1855. Freud dictó varios de estos cursos, la mayor parte de ellos sobre clínica neurológica, pero también uno sobre las aplicaciones médicas de la electricidad. El número de los asistentes variaba entre seis y diez, que era el máximo que admitía. Un curso se componía de veinticinco clases y duraba cinco semanas, produciéndole la considerable suma de 200 guldens. Desgraciadamente, esta provechosa fuente de recursos no duró más que tres meses, a causa de dificultades con respecto al material. Por último tuvo un ingreso de 290 guldens por la traducción del libro de Charcot.

Con todo esto estaba lejos de cubrir su presupuesto, y siempre tuvo que depender de los préstamos de sus amigos. El primero en ayudarle en este sentido fue su viejo maestro de escuela, Hammerschlag,

un hombre muy pobre él mismo, y que vivía de una pequeña pensión. «Durante mis años de estudiante, a menudo, y sin que jamás se lo haya pedido, me ayudó en momentos en que estaba desesperado por las dificultades de dinero. Me sentía muy avengonzado al comienzo, pero más tarde, cuando él y Breuer demostraron ser de la misma opinión, cedí y acepté el dinero a tan buenos amigos sin ninguna obligación.» En cierta oportunidad, Hammerschlag recibió cincuenta guldens para darles el destino que le pareciera mejor. Se los dio a Freud, quien a su vez entregó la mayor parte a su familia.

El principal donante, sin embargo, fue Breuer. Durante mucho tiempo tuvo por costumbre prestar, o dar, a Freud cierta suma mensual. Esto parece haber comenzado en el último año de la estancia de Freud en el Instituto de Brücke, no mucho antes de su compromiso. En *La interpretación de los sueños* hay una alusión a un amigo, que a todas luces es Breuer, que le había ayudado durante cuatro o cinco años. La última entrega que hizo a Freud fue en febrero de 1886. En mayo de 1884 su deuda había llegado a 1.000 guldens, cosa que provocó este comentario suyo: «Mi autorrespeto —dijo— se acrecienta al ver que valgo tanto para alguien.» En noviembre alcanzaba a 1.300 guldens, y en julio del año siguiente, a 1.500, suma ésta muy considerable. La deuda siguió en aumento, dado que la cifra que Freud cita muchos años más tarde (16 de enero de 1898) en una carta (inédita) a Fliess es de 2.300 guldens. Mientras se hallaba en buenas relaciones con Breuer —y éstas fueron inmejorables durante años— la situación era llevadera, pero sabemos que llegó a ser sumamente molesta para Freud después de la ruptura, más allá del noventa. Breuer trató siempre de aliviar esta situación. Freud mencionaba haberle expresado a Breuer, en varias ocasiones, cómo el hecho de recibir dinero lesionaba su autorrespeto, y que su amigo le insistió no sólo en que estaba en condiciones de desprenderse de ese dinero, sino que Freud debía tener en cuenta su propio valor para el mundo. Pero un hombre del carácter sensible de Freud no podía dejar de sentirse apenado, en cierta forma, en tal situación. En cierta ocasión escribió: «Breuer parece encarar estos préstamos como una cosa regularmente instituida, pero a mí siempre me resultan molestos.» Su anhelo de independencia, tanto en lo económico como en otros aspectos, era constante, y por cierto vehemente.

También Fleischl se convirtió en un puntal. En el verano de 1884 dijo a Freud que debía tomar prestado, sin ningún sentimiento de vergüenza, cuanto necesitaba, y le preguntó por qué aceptaba sólo de Breuer, y no de él. «Dentro de un círculo pequeño y selecto de personas que están de acuerdo en las cosas de mayor importancia, sería tan erróneo de parte de uno de ellos el negarse a compartir sus opiniones con los demás como el no estar dispuesto a aceptar de ellos ninguna ayuda.» Después de esto, Freud tomó dinero prestado de él en varias ocasiones, y al partir para París Fleischl le insistió en que no dejara de escribirle si llegaba a necesitarlo. Murió antes de poder recobrar su dinero.

Joseph Paneth, como Fleischl, disponía de recursos propios y tenía

igual actitud que éste en cuanto se refiere a ayudar a amigos más o menos afortunados que él. Con Paneth la cosa se presentó de otra manera. En abril de 1884 comunicó a Freud su resolución de ingresarle la suma de 1.500 guldens, que serviría para apresurar la fecha de su matrimonio. Los intereses de esa suma, 84 guldens, podría utilizarlos para visitar a Martha, y el capital estaba siempre a su disposición. Freud se sintió muy feliz, naturalmente, con esto, y escribió a Martha que entraban, al parecer, en el segundo volumen de su interesante romance, al que daba el título de «riqueza», como en *Little Dorrit*. Toda la situación daba la sensación, en efecto, de un capítulo tomado de Dickens. «¿No es una cosa espléndida que un hombre rico trate de atenuar la injusticia de nuestro nacimiento y la ilegitimidad de su propia situación de privilegio?»

Llegado el caso, Freud no pudo mantener intacto dicho capital. Tuvo que recurrir a él en más de una oportunidad para sufragar sus gastos en París y en Berlín, y al final de ese viaje ya faltaba una tercera parte del dinero.

Martha, a su vez, tuvo la suerte de encontrar un protector providencial. En noviembre de 1883 su tío Ludwig Bernays les prometió a ella y a su hermana 50 marcos a cada una todos los trimestres, pero como su intención era ayudar indirectamente a la madre, la mayor parte del dinero pasaba a ésta. Sin embargo, en marzo del año siguiente Martha anunció a su prometido la perspectiva de un regalo mucho más importante.

En la primavera de 1885 la noticia se hizo más concreta. En realidad se trataba de dos golpes de buena fortuna, seguidos muy de cerca uno de otro. Un pariente de su abuela materna le había dejado, al fallecer, 1.500 marcos. Un par de semanas más tarde llegó la otra noticia, aún más favorable. Lea Löwbeer, hermana de la madre de Martha, regalaría a ésta y a su hermana Mina 1.500 guldens (aproximadamente 200 libras) a cada una.

Varias veces, en sus obras, Freud alude a su necesidad sentimental de un amigo querido y un odiado enemigo. Lo que hay de cierto en esta dramática aseveración es que era capaz tanto de amar como de odiar apasionadamente, y también el hecho de que lo uno podía despertar lo otro, pero la inferencia que algunas veces se ha hecho, en el sentido de que tales afectos ocuparon gran parte de la vida de Freud o que constituían un rasgo prominente de su personalidad, es falsa: sólo conozco cinco o seis casos de esta índole en su vida. Si bien, naturalmente, la mayor parte de las querellas tienen lugar entre dos partes igualmente activas, hay algunas que son más unilaterales que otras.

Tampoco sería justo decir que era una persona difícil para congeniar o para mantener una amistad con él. No era de ningún modo el tipo de hombre que se empeña, con toda clase de gentilezas, en cautivar a toda la gente que conoce. Era, por el contrario, una persona cuyo primer contacto daba más bien una impresión de brusquedad. Pero era, por otra parte, una de esas personas de quienes se puede afirmar que cuanto mejor se las conoce más se las quiere. En todo caso, no hay nin-

guna duda ni respecto al número ni a la solidez de sus amistades en cualquier periodo de su vida, y este hecho debería hablar por sí solo.

Él mismo sabía que carecía de la capacidad de mostrarse desde el ángulo más favorable frente a las personas que conocía por primera vez. «Considero una seria desdicha el que la naturaleza no me haya dotado de esa cualidad indefinida que sirve para atraer a la gente. Si vuelvo la vista a mi pasado, puedo decir que es de esto de lo que más he carecido para hacer mi existencia de color de rosa. Siempre he necesitado de bastante tiempo para hacer una amistad, y cada vez que me topo con alguien advierto de su parte un sentimiento, que él naturalmente no tiene por qué analizar, que le impulsa a subestimarme. Se trata apenas de una mirada o una sensación, o algún otro secreto de la naturaleza, pero es algo que le afecta a uno de una manera muy desdichada. Lo que me compensa de ello es el pensamiento de cuán íntimamente ligados se sienten a mí todos aquellos que han llegado a ser mis amigos.»

De la generación de más edad, el más importante de sus amigos era el profesor Hammerschlag, que le había enseñado en la escuela Sagrada Escritura y el hebreo. De él decía Freud: «Me profesó un cariño conmovedor durante muchos años: hay una tal secreta simpatía entre nosotros que podemos conversar con toda intimidad... siempre me considera como un hijo.» La esposa de Hammerschlag le merecía también la más alta opinión: «No conozco gente mejor ni más humana que ellos, o que esté tan exenta de inspiraciones innobles.» Años después, Freud bautizó a la menor de sus hijas con el nombre de una hija de Hammerschlag que en 1885 se casó con Rudolf Lichtheim, de Breslau, un hombre que murió un año más tarde. A otra de sus hijas le dio el nombre de una sobrina de Hammerschlag, Sophie Schwab, a quien Freud esperaba ver casada con Paneth.

Entre sus amistades estrictamente personales había dos grupos bien definidos: aquellos que llegó a conocer a lo largo de su actividad médica y científica, generalmente mayores que él, y un pequeño grupo de amigos que eran más o menos de su misma edad. Estos últimos, unos quince o veinte, constituían lo que ellos mismos denominaban el *Bund* (Unión). Acostumbraban reunirse regularmente una vez por semana en el Café Kurzweil, para conversar y jugar a las cartas o al ajedrez. A veces organizaban también pequeñas excursiones al Prater o a los alrededores de Viena, en compañía de algunas amigas... a menudo sus propias hermanas. Pero Freud prestaba poca atención al sexo opuesto, omisión ésta que halló su venganza cuando llegó a enamorarse.

Entre los compañeros del *Bund* estaban Eli Bernays, Ignaz Schönberg, los tres hermanos Fritz, Richard y Emil Wahle, y los tres hermanos de Gisela Fluss, Richard, Emil y Alfred. Los tres últimos eran amigos de la época de Friburgo, que habían ido a Viena en 1878, mucho tiempo después que la familia de Freud. Los tres primeros habrían de desempeñar un importante papel en la vida de Freud un par de años más tarde. Schönberg fue, en los primeros años de la década de los ochenta, su mejor amigo; con los otros dos hubo desavenencias que dieron lugar a un prolongado distanciamiento.

Nadie en la familia de Freud sabía cómo éste llegó a conocer tanto el español. El misterio fue aclarado en una carta a Martha, con motivo de haber ido él a encontrarse con un viejo amigo del colegio, Silberstein, a quien no había visto desde hacía tres años. Silberstein había sido su amigo más íntimo en los días de colegio, y con el que pasaba todas las horas de que disponía fuera de clase. Estudiaron juntos el español, y crearon una mitología para uso propio y palabras de exclusiva pertenencia, en su mayor parte derivadas de Cervantes. En otro libro encontraron un diálogo filosófico entre dos perros tirados a la puerta de un hospital, y adoptaron para sí los nombres de los dos animales. Silberstein era Berganza; Freud era Cipión, y solía firmar sus cartas al amigo: «Tu fiel Cipión, perro en el hospital de Sevilla.»[20] No puedo dejar de imaginarme el asombro que le produciría que alguien, repentinamente, le llamara Cipión medio siglo más tarde. Constituyeron una sociedad letrada a la que dieron el nombre de «Academia Castellana», y como miembros de ella escribieron una enorme cantidad de *belles-lettres,* de estilo humorístico. De mayores, sus respectivos intereses resultaron divergentes, y el pasado quedó enterrado. Silberstein se convirtió en banquero. Ignaz Schönberg ya estaba comprometido por entonces (1881-82) con Mina, la hermana menor de Martha Bernays. Mina contaba a la sazón dieciséis años. De haber seguido las cosas un curso favorable, habría llegado a ser cuñado de Freud. Esperaban llegar a constituir un feliz cuarteto. Freud hizo cierta vez la observación de que dos de ellos eran personas cabalmente buenas, Martha y Schönberg, mientras que los otros dos —él y Mina— eran dos salvajes apasionados, y no tan buenos: dos que eran adaptables y dos empecinados.

Schönberg ya estaba afectado de tuberculosis pulmonar, enfermedad bastante corriente en Viena. Dado que la mayor parte de estos enfermos se restablecían, el hecho no fue tomado muy en serio al comienzo. Era una persona de talento y seria, aunque carente de humor e indeciso. En el verano de 1883 el estado de sus pulmones empeoró.

En abril de 1884, Schönberg, que carecía de ingresos, consiguió un empleo con el profesor Monier Williams, en Oxford, para ayudar en la preparación de un diccionario sánscrito. Recibiría por ello 150 libras al año. Partió de Viena en mayo, inmediatamente después de graduarse.

En Oxford las cosas no anduvieron bien, y la salud de Schönberg empeoró hasta tal extremo que al cabo de un año tuvo que abandonar Inglaterra. Viajó a Hamburgo, para ver a Mina, por última vez, y luego se dirigió a Baden, cerca de Viena. Allí, en el mes de junio, le examinó Freud, quien consideró que su caso no tenía remedio. Ya tenía afectada la laringe. En ese momento Schönberg rompió su compromiso, pues no quería por más tiempo mantener unida a sí a una mujer. A propósito de esto Freud escribió a Martha que ellos, en iguales circunstancias, habrían obrado de otro modo: sólo la muerte podría separarlos.

Schönberg falleció a comienzos de febrero de 1886. Freud sintió agudamente la pérdida de su amigo. Dentro del círculo de Freud, esta muerte no era la primera. En el verano de 1883 se sintió consternado ante el anuncio de que el doctor Nathan Weis, amigo y colega de hos-

pital, se había suicidado, ahorcándose en un baño público, apenas diez días después de su regreso de la luna de miel. Era un hombre excéntrico, y Freud fue quizá la única persona inclinada a tratarle.

De los antiguos amigos de Freud, la personalidad más simpática era Breuer, el único judío. Era también el único a quien un psicólogo consideraría aproximadamente «normal», cumplido éste nada común, por cierto. Las cartas de Freud están llenas de referencias a la intensa consideración mutua que entre ellos reinaba, y a la alta estima que le merecían las genuinas cualidades de Breuer. Con gran frecuencia se ven aparecer allí su inteligencia, sus amplios conocimientos, su sentido práctico, su sabiduría y sobre todo su delicada comprensión.

Freud era visitante asiduo de los Breuer, y nos habla de lo feliz y cómodo que allí se sentía: «Son gente —decía de ellos— inmensamente buena y comprensiva.» Freud sentía un gran afecto por la joven y hermosa mujer de Breuer, y más tarde bautizó con su nombre —Matilde— a su propia hija, la mayor. Hablar con Breuer era «como estar sentado al sol», «irradiaba luz y calor». «Es una persona magnífica, y no sé qué es lo que ve en mí para ser tan amable.» «Es una persona que siempre le entiende a uno.» Posiblemente, lo mejor que dijo de él fue con ocasión de la enfermedad de Fleischl. «Breuer se comportó otra vez de una manera magnífica en el asunto de Fleischl. No se le puede definir con sólo decir cosas favorables de él. ¡Sería necesario subrayar la ausencia de tanta, tanta maldad!»

Difícilmente podría decirse que Breuer haya tratado nunca de influir sobre Freud. Este buscaba a menudo su consejo; así, por ejemplo, para decidir la especialización en neurología, para presentarse a solicitar la beca de viaje, en el delicado asunto de Schönberg y Mina, etc. Breuer adivinaba siempre cuál era la verdadera actitud de Freud en cada caso, y en este sentido le estimulaba, pero sin dejar de compartir él también el problema. Cuando disentía de él, tenía la costumbre de exponer su objeción con una sola palabra. Así, por ejemplo, cuando comenzó a considerar la idea de adscribirse a la religión protestante[21] para poder casarse sin tener que aceptar las complicadas ceremonias de boda judías, que tanto le disgustaban, Breuer musitó simplemente: «Demasiado complicado.» En 1884, antes de partir para su mes de vacaciones en Wandsbek, Freud le solicitó un préstamo «adicional» de 50 guldens. «Querido compañero —le contestó tranquilamente Breuer—, no se los prestaré. Sólo le servirán para volver de Wandsbek sin un centavo, endeudado con su sastre, y con un terrible sentimiento de degradación por el desarreglo cometido.» «Mi querido amigo —le dije yo—, no perturbe, por favor, mi forma aventurera de vida.» «Pero fue inútil —continúa relatando Freud—. Era una actitud admirable, y una verdadera muestra de intimidad por su parte, no sólo el haberme negado el préstamo, sino también el preocuparse por lo sensible que soy, pero de todos modos me molesta.» Unos días después, sin embargo, Breuer fue a verle con el dinero, y le dijo que sólo había querido refrenarle un poco, pero de ninguna manera coartar su libertad.

A menudo, al hacer sus recorridos, Breuer llevaba consigo a Freud.

Tales viajes cubrían a veces una distancia considerable, de modo que tenían que permanecer fuera de Viena. En uno de estos casos, en Baden, Breuer hizo inscribir a Freud, en el hotel, como hermano suyo, para que no tuviera que dar propina al camarero. Pero la ocasión más inolvidable para Freud fue cuando Breuer le invitó a pasar un par de días en una casa que había alquilado para el verano en Gmunden, en el Salzkammergut. Pocas veces había salido Freud tan lejos de Viena ni había visto un paisaje tan hermoso, lo que le dio motivo para hacer de todo ello una extensa y lírica descripción.

Vale la pena tener en cuenta todo esto al encontrarse, en la correspondencia de Freud de la década de los noventa, con la amarga animosidad que allí demostraba hacia Breuer, sentimiento este que, por otra parte, nunca dejó traslucir en sus escritos destinados a ser publicados, en los que siempre habló de Breuer en términos elogiosos y de gratitud. Es forzoso llegar a la conclusión de que Freud cambió más en este caso que Breuer, y que el motivo de este cambio debió de haber sido más bien interno que externo.

Ahora diremos algo acerca de la salud de Freud en esos años. En primer lugar, los trastornos físicos: dos indisposiciones, una tras otra, y un ataque de viruela, en abril de 1885. Esta fue benigna y no dejó cicatrices, pero el estado tóxico concomitante parece que fue grave. En otra oportunidad, en el otoño de 1882, Nothnagel le diagnosticó fiebre tifoidea ambulatoria, pero también ésta fue de carácter leve. Más molestias le produjeron sus dolores «reumáticos» de la espalda y de los hombros. De cuando en cuando afirmaba, también en años posteriores, que padecía de «calambre de los escritores», pero escribía tanto que el mal podía bien ser de carácter neurítico, no neurótico. Había tenido anteriormente una neuritis braquial propiamente dicha, dolencia que también había padecido su padre en la juventud. En marzo de 1884 tuvo que guardar cama a causa de una ciática del lado izquierdo, que le obligó a faltar a su trabajo durante cinco semanas. Pero al cabo de quince días ya estaba harto. «Era por la mañana, y estaba en la cama sufriendo los más desagradables dolores, cuando pude verme en el espejo, y me horroricé de mi barba de salvaje. Decidí no tener más ciática, renunciar al lujo de estar enfermo y transformarme nuevamente en un ser humano.» De modo que se vistió, se fue directamente al barbero y luego fue a visitar a unos amigos, para gran consternación de éstos.

Freud era una de esas desdichadas víctimas de un grave catarro nasal, de cuyas serias incomodidades no pueden formarse una idea quienes no han conocido más que un resfriado benigno, y durante años padeció también de complicaciones sinusales. Tal como le decía en una carta a su cuñada, estas dolencias sólo difieren de las enfermedades de carácter grave por su pronóstico más benigno. Veinte años más tarde, a propósito de un poema que escribió Lou Andreas-Salomé, lleno de lírico optimismo, y en el que la autora afirmaba que le gustaría vivir mil años, aunque éstos no contuvieran más que dolor, Freud se limitó a comentar secamente: «Un solo catarro bastaría para quitarme a mí tales deseos.»

En agosto de 1882 tuvo una angina muy grave, que durante varios días le impidió tragar y hablar. Al recobrarse de esta dolencia se apoderó de él «un hambre gigantesca, como la de un animal que despierta de un sueño invernal». En el párrafo siguiente describe cómo esto iba acompañado de una inmensa nostalgia de su amada: «Un anhelo terrible, aunque terrible es apenas adecuado para el caso: más bien habría que decir desazonante, monstruoso, espantoso, gigantesco, en una palabra, una indescriptible nostalgia de ti.»

Durante su vida, Freud sufrió frecuentes ataques de jaqueca que le incapacitaban para todo, y que eran enteramente refractarios a cualquier tratamiento. Se ignora aún si tales dolencias son de origen orgánico o funcional. La siguiente observación de él mismo sugería más bien lo primero: «Era como si todo el dolor fuera externo; yo no me identificaba con la enfermedad, me mantenía por encima de ella.» Esto fue escrito en un momento en que estaba demasiado débil para estar levantado, pero su estado mental era perfectamente lúcido. Esto me hizo recordar una observación similar que hizo muchos años más tarde, con ocasión de quejarme yo de un fuerte resfriado: «Es puramente externo; el hombre interior queda intacto.»

Estas molestas dolencias, sin embargo, le hacían sufrir mucho menos que las de origen psicológico, que le atormentaron durante los veinte primeros años de su vida de adulto. No sabemos en qué periodo comenzó lo que él llamaba entonces su «neurastenia», ni si existió antes de la época a que corresponden sus cartas. Indudablemente debió verse exacerbada por las contradictorias emociones desatadas por su pasión amorosa, si bien, cosa curiosa, parece haber llegado a su apogeo algunos años después de su casamiento. Los síntomas que más le molestaban eran de carácter intestinal (grave indigestión, a menudo acompañada de constipación), cuya índole funcional él no supo reconocer entonces, y un mal humor muy pronunciado. Este último síntoma encontró ocasión de manifestarse, naturalmente, en el curso de su relación amorosa, tal como tuvimos oportunidad de señalar al describir esta última.

Tal como era usual en esa época, Freud atribuía su «neurastenia» a las preocupaciones, la ansiedad y las excitaciones propias de la vida que llevaba, y efectivamente, cuando se lee un relato detallado de su vida de entonces, surge la impresión clara de que estaba sujeto a una tensión excesiva y turbulenta. Pero al mismo tiempo observa que todos sus males desaparecen, «como por arte de magia», cuando se halla en compañía de su prometida. Sentía, en tales momentos, que poseía cuanto podía importarle y que todos sus males cesarían con sólo decidirse por una existencia modesta y satisfecha. Todo andaría muy bien, por lo tanto, tan pronto como se casaran. Pero esta predicción no se cumplió.

«A pesar de estar dotado de una constitución robusta, no he gozado de buena salud durante los dos años últimos. La vida ha sido tan dura que realmente me hacía falta la alegría y la felicidad de tu compañía para mantenerme sano. Estoy como un reloj al que no se ha hecho

ninguna reparación durante mucho tiempo y tiene todas sus piezas llenas de polvo. Como mi persona ha adquirido mayor importancia, incluso para mí, desde que te he ganado a ti, pienso más que antes en mi salud y no quiero desgastarme. Prefiero dejar a un lado mi ambición, hacer menos ruido en el mundo y tener menos éxito, antes que dañar mi sistema nervioso. El tiempo que deba seguir en el hospital viviré como los *goim,*[22] modestamente, aprendiendo las cosas corrientes y sin empeñarme en descubrimientos ni en profundizar en las cosas. Lo que nos ha de hacer falta para independizarnos puede ser logrado mediante un trabajo constante y honesto, sin afanes desmesurados.»

No tiene nada de sorprendente que la prolongada privación haya conducido a veces a la envidia. Una noche había un baile de gente joven en casa de los Breuer. «Puedes imaginarte la furia que en mi despertó ver tanta juventud y tanta belleza, felicidad y diversión, después de mi dolorosa jaqueca y de nuestra larga separación. Me avergüenza confesar que en tales oportunidades siento una gran envidia. He resuelto no asistir a ninguna reunión donde haya más de dos personas, por lo menos en los próximos años. He llegado a ser una persona realmente desagradable e incapaz de disfrutar de nada. La reunión en sí era muy agradable: predominaban las chicas de quince a dieciocho años, y algunas de ellas eran muy bonitas. Mi presencia allí era tan discordante como la peste.»

Sus estados de ánimo eran, por cierto, inestables, y cuando las cosas marchaban bien llegaban a veces a ser pronunciadamente eufóricos. Disfrutaba entonces del «elevado goce de comer bien». «El trabajo marcha de una manera espléndida y es altamente prometedor. Martha, me siento todo lleno de pasión; todo cobra en mí, en este momento, una intensidad tal, mis pensamientos tienen tanta agudeza y claridad, que me parece maravilloso ver cómo consigo mantenerme tranquilo cuando estoy acompañado.» «Desde que disfruto de buena salud la vida me parece llena de sol.» «¡La vida puede ser tan deliciosa!» Pero tal estado de ánimo también podía cambiar rápidamente. El 12 de marzo de 1885 escribía: «Nunca me sentí tan nuevo como en este momento», y el 21 del mismo mes: «No puedo soportar esto por mucho tiempo.»

Estos periodos de mal humor no podían denominarse depresiones en el sentido psiquiátrico de la palabra. Lo que llama la atención en todo momento es que nunca aparece una señal de pesimismo o de desesperanza. Repetidas veces, por el contrario, impresiona la nota de absoluta confianza en el éxito y la felicidad que al final habían de alcanzar. «Superaremos todo esto», es una observación que aparece una y otra vez. «Comprendo que no tengo por qué experimentar ansiedad respecto al éxito final de mis esfuerzos; se trata solamente de saber cuánto tiempo tardará en llegar.» En general, Freud era más optimista de lo que supone la creencia popular. Un año más tarde, cuando parecía que una inminente guerra entre Austria y Rusia habría de alejar una vez más las posibilidades de matrimonio, se expresaba de este modo: «Contemplemos el futuro, y tratemos de ver qué resultará de todo esto. Nada:

es sólo un capricho del destino, empeñado en robarnos los años de nuestra juventud. Nada puede herirnos en realidad; nos vamos a reunir finalmente, y vamos a amarnos tanto más cuanto que hemos conocido sobradamente lo que es la privación. Ni los obstáculos ni la mala suerte pueden impedir mi éxito final, tan sólo podrán postergarlo, mientras nos conservemos bien y yo sepa que tú estás contenta y me quieres.»

Vamos a ocuparnos ahora de cosas de índole más externa. A pesar de todas sus preocupaciones, Freud era un gran lector, e hizo todo lo que pudo por compartir tal actividad con Martha. Confiaba, al principio, en que lograría despertar el interés de ella por su trabajo, y hasta llegó a escribir con este fin una introducción general a la filosofía, que tituló *ABC filosófico*. Después lo intentó con la *Introducción a la ciencia*, de Huxley, que probablemente no tuvo más exito que el anterior. Posiblemente, no se sorprendió mucho al descubrir que su mentalidad no estaba igualmente conformada que la de él. Tampoco pudo convencerla de que tratara de dominar el inglés, por más que frecuentemente ejerció presión en este sentido, en una época en que la literatura inglesa constituía para él el principal alivio, «su deseo favorito», como él decía. Por otra parte, Martha encontraba placer en comentar con él las buenas novelas, y estaba muy al tanto de los clásicos alemanes más frecuentes. A menudo se escribían citas poéticas, especialmente de Goethe, Heine y Uhland, y a veces ella redactaba toda una carta en verso. Freud hizo lo mismo en cierta ocasión. Con frecuencia, Freud iba más lejos que Martha en sus citas, copiando en sus cartas pasajes de Burns, Byron, Scott y Milton.

Lo que más le gustaba enviar como obsequio, tanto a Martha como a su hermana, eran libros. Pueden citarse, entre éstos, las obras de Calderón, *David Copperfield,* el libro que más le gustaba de Dickens, la *Odisea* de Homero, libro que significaba mucho para ambos, el *Doctor Luther* de Freytag, *Kabale und Liebe* de Schiller, *Geschichte der Päpste* de Ranke y *Moderne Geister* de Brandes. De esta última obra lo que más le gustaba era el ensayo sobre Flaubert, mientras que el ensayo sobre Mill le parecía mediocre. *Tom Jones*, de Fielding, si bien le gustó muchísimo, no le parecía apropiado para su casta mente.

A menudo, Freud hacía comentarios sobre diversos libros. *Hard times* de Dickens era, a su juicio, un libro cruel, que le dejó una impresión parecida a la de haberse frotado todo el cuerpo con un cepillo de raíces. De *Bleak house* —cosa curiosa— no tenía opinión tan elevada. Era deliberadamente dura, como la mayor parte de la obra última de Dickens, y adolecía de excesivo manierismo personal.

Freud menciona también haber leído la *Gerusalemme liberata* de Tasso, las obras de Gottfried Keller, las novelas de Disraeli, *Vanity fair* de Thackeray y *Middlemarch* de George Eliot. Esta última obra le atrajo mucho, y comprobó que iluminaba múltiples aspectos de sus relaciones con Martha. *Daniel Deronda,* obra también de Eliot, le asombró porque la autora demostraba un gran conocimiento de las expresiones judías «que sólo son usuales entre nosotros mismos». De las lecturas más li-

geras que le gustaron, cita a Nastroy, Fritz Reuter y el *Tom Sawyer* de Mark Twain.

Los libros que más profundamente le impresionaron, por lo menos en esos años, fueron *Don Quijote* y *Les tentations de Saint Antoine*. El primero lo había leído durante su niñez. Su amigo Herzig le había proporcionado ahora un ejemplar de lujo con ilustraciones de Doré, edición que había anhelado tener desde hacía mucho tiempo. Siempre le habían gustado mucho esas aventuras, y al releerlas le parecieron la cosa más entretenida y de más gusto que jamás había conocido. Le envió un ejemplar a Martha, a quien escribió, entre otras observaciones sobre el libro: «¿No te parece muy conmovedor leer cómo una gran persona, que es idealista, se burla de sus ideales? Antes de que tuviéramos la suerte de conocer las profundas verdades de nuestro amor, hemos sido todos nobles caballeros que pasábamos por el mundo prisioneros de un sueño, malinterpretando las cosas más simples, magnificándolas hasta el punto de convertir los lugares comunes en algo noble y raro, y terminando por representar una triste figura. He aquí por qué los hombres leemos con respeto acerca de lo que en un tiempo fuimos y en parte somos aún.»

Más serias fueron las reflexiones que le inspiraron *Les tentations*. Su lectura la realizó en parte en el viaje a Gmunden, en compañía de Breuer, para terminarla al día siguiente. «Yo ya estaba hondamente conmovido por el espléndido panorama, cuando para colmo leí este libro, que en la forma más condensada y con vividez insuperable arroja sobre nosotros toda la hez del mundo: no sólo pone sobre el tapete, en efecto, el problema del conocimiento *(Erkenntnis)*, sino los verdaderos enigmas de la vida, todos los conflictos nacidos del sentimiento y el impulso; y fortalece en nuestro ánimo la sensación de perplejidad ante el misterio que reina por doquier. Es cierto que estos problemas siempre están ahí, y deberíamos pensar constantemente en ellos. Lo que hacemos, empero, es restringirnos a una limitada finalidad de cada hora, de cada día, acostumbrándonos a la idea de que ocuparnos de esos problemas es únicamente la tarea de una hora, como si creyéramos que sólo en esa hora especial existen. Pero de pronto, una mañana, nos asaltan y nos roban la tranquilidad y la alegría.»

Un comentario sobre John Stuart Mill dio lugar a una reveladora exposición de sus conceptos sobre la mujer. Refiriéndose a la traducción que había hecho, en 1880, de la última obra de Mill, escribía:

«Yo censuraba en esa ocasión su estilo falto de vida y deploraba no hallar una sola frase digna de ser recordada. Pero más tarde, he leído un trabajo filosófico del mismo autor, ingenioso, lleno de vida y de generosa vena epigramática. Fue quizá, entre los hombres de su siglo, el que más logró liberarse de los prejuicios dominantes de la época. Por otra parte —y esto siempre va unido a lo otro— carecía en muchas cosas del sentido del absurdo; por ejemplo, en el terreno de la emancipación femenina, y en el del problema de la mujer en general. Recuerdo que uno de los principales argumentos del ensayo que yo traduje, era que la mujer casada podría ganar tanto como su marido. Seguramente

estás de acuerdo conmigo en que el manejo de una casa, el cuidado y la crianza de los niños exigen de un ser humano la más completa consagración y excluyen casi en absoluto toda posibilidad de un trabajo remunerado, aun en el caso de que una organización simplificada de la casa ponga a la dueña a cubierto de los trabajos de limpieza, cocina, etc. Simplemente ha olvidado todo esto, así como todo lo concerniente a la relación entre sexos. En este terreno, no hay manera de descubrir en él el sentido de lo humano. Su autobiografía es tan etérea y revela tanta mojigatería, que jamás daría lugar a deducir que los seres humanos se dividen en hombres y mujeres, y que esta diferencia es la más significativa de todas cuantas existen en la realidad. Nunca surge, de su manera de presentar el tema, que la mujer es un ser distinto del hombre; no diré inferior, pero sí opuesto a él. Su opresión es para él análoga a la de los negros. Toda mujer, por más que carezca de sufragio y de derechos civiles, podría rectificar su opinión. La idea de arrojar a la mujer a una lucha por la existencia tal como la que afronta el hombre es realmente una idea que nació muerta. Si yo me imaginara, por ejemplo, a mi gentil amada como una competidora, esto sólo podría conducir a que le dijera, como lo he hecho hace diecisiete meses, que la quiero, y a implorarle que se retire de la contienda para refugiarse en la tranquila actividad de mi hogar, al margen de toda competencia. Es posible que ciertos cambios en la educación puedan suprimir todos los atributos de ternura en la mujer, necesitada de cariño y a pesar de ello tan victoriosa, y que entonces ella pueda ganarse la vida igual que los hombres. También es posible que en tal caso no hubiera derecho a lamentar la desaparición de la cosa más deliciosa que el mundo puede ofrecernos, nuestro ideal de femineidad. Creo que toda acción reformadora, tanto en el terreno de la ley como en el de la educación, fracasará ante el hecho de que, mucho antes de la edad en que un hombre está en condiciones de labrarse una posición en la sociedad, la naturaleza ha cifrado el destino de la mujer en la belleza, el encanto y la dulzura. Mucho es lo que la ley y las costumbres pueden dar a la mujer de lo que hasta ahora le ha sido negado, pero su posición, por cierto, seguirá siendo la misma de ahora: un ser adorado en su juventud, y en sus años de madurez, una querida esposa.»

Freud no habría sido vienés si no hubiera frecuentado asiduamente el teatro. A menudo, en Viena, el teatro era antes que la comida. Pasados los veinte años, en una época en que incidían sobre él la pobreza, el trabajo y las preocupaciones, estas visitas se hicieron menos frecuentes. En las cartas se mencionan tales visitas una media docena de veces. Cuando se reunió con sus hermanastros en Leipzig, ellos le acompañaron en su viaje de regreso hasta Dresde, donde pasaron juntos la noche. En el Residenz-Theater vieron representar *Esther,* de Grillparzer, y *Le malade imaginaire,* de Molière. La opinión de Freud fue desfavorable. En París, a despecho de la estrechez económica, concurrió varias veces al teatro. *Oedipus Rex,* con Mounet-Sully como protagonista, le produjo una profunda impresión. Después vio el *Tartuffe* de Mo-

lière, en una magnífica representación de los hermanos Coquelin. Fue una interpretación maravillosa, pero el asiento de un franco, en la galería alta, le valió un serio ataque de jaqueca. En otra ocasión, se representaba *Hernani*, de Hugo, con Mounet-Sully en el papel protagonista. No quedaban más localidades que las de seis francos. El primer impulso de Freud fue no comprarlas, pero luego volvió en un estado de ánimo repentinamente despreocupado, para declarar más tarde que jamás había gastado tan bien esa suma; tan excelente había sido la representación. Con su amigo Darkschewitsch fue a ver *Le mariage de Figaro*, y sintió nostalgia de las melodías de la ópera que había visto en Viena, en compañía de Martha.

Todo esto fue en la Comédie Française. Pero la gran sensación fue ver a Sara Bernhardt en la Porte St. Martin. Volvió luego con su amigo ruso, pagando esta vez cuatro francos. El asiento le resultó muy estrecho: «Más lugar tendría en una tumba, y allí estaría más cómodo, pues estaría estirado.» Tampoco se vio favorecido en este aspecto al tener que seguir la costumbre, imperante en la época, de mantener el sombrero de copa sobre las rodillas durante toda la representación. «De la pieza representada, *Theodora*, de Victorien Sardou (que ya ha escrito una Dora y una Feodora, y de quien se dice que está escribiendo actualmente una Termidora, una Ecuadora y una Toreadora), no puedo decir nada bueno. ¡Pero cómo trabaja esta Sara! Apenas le oí pronunciar las primeras palabras, con su vibrante y adorable voz, sentí que la conocía ya desde hacía años. Nada de lo que dijera podría haberme sorprendido; creía inmediatamente todo lo que decía... Nunca he visto una figura más cómica que la de Sara en el segundo acto, donde aparece con un vestido completamente sencillo, pero bien pronto la risa se interrumpe ante la vida y el embrujo que emana de cada pulgada de esta diminuta figura. Y luego su manera de halagar, de implorar y de abrazar. Es increíble la cantidad de posturas que es capaz de adoptar, y cómo participan en sus movimientos todos y cada uno de sus miembros y articulaciones. ¡Qué curiosa criatura! Me imagino, además, que no tiene por qué ser en su vida privada diferente de como es en el escenario.»

Sólo tres óperas menciona en esos años: *Carmen, Don Giovanni* y *La flauta mágica*. Encontró esta última decepcionante. «Algunas de las arias son maravillosamente hermosas, pero el conjunto es bastante pobre, sin ninguna melodía verdaderamente original. La acción es muy tonta, el libreto es disparatado y realmente no puede compararse con *Don Giovanni*.»

Más de una vez, en vista de la inseguridad de sus perspectivas de ganarse la vida en Viena, Freud pensó establecerse en otra parte. El asunto que más le preocupaba era el que se refería a la fecha de la boda, pero sabemos de todos modos que su actitud frente a Viena era profundamente ambivalente. Conscientemente la detestaba —el amado Steffel no era para él sino un «abominable campanario»— y él no dejaba de expresar una y otra vez esa aversión. Pero algo había que le retenía incoscientemente allí, y el inconsciente ganó la batalla.

Un par de meses después de su compromiso escribió:

«Sufro en la espera de que llegue el momento de mi independencia, para poder realizar mis propios deseos. Ante mí surge la imagen de Inglaterra, con su gente sobriamente industriosa, su generosa devoción al bienestar público, el obstinado y fino sentido de la justicia que tienen sus habitantes, la llama viva del interés general, cuyo dolor y cuyas chispas conocen sus periódicos: todas las impresiones imborrables de mi viaje de hace siete años, viaje que ha tenido una influencia decisiva en mi vida, han despertado en mí toda su furiosa pujanza. Estoy leyendo nuevamente la historia de la isla, las obras de los hombres que fueron mis verdaderos maestros, todos ellos ingleses o escoceses. Y estoy recordando el periodo histórico que para mí es el más interesante, el reinado de los puritanos y de Oliver Cromwell, con el elevado monumento de esa época, el *Paradise Lost*, que hace bien poco, cuando no me sentía seguro de tu amor, me sirvió para consolarme y fortalecerme. ¿Realmente tenemos que quedarnos aquí, Martha? Si ello nos es posible, busquemos para hacer nuestro hogar un lugar donde los valores humanos son más respetados. Una tumba en el Zentral Friedhof es la cosa más desdichada que puedo imaginar.»

Sus huesos, finalmente, hallaron reposo, después de todo, no en ese temido cementerio de Viena, sino en su amada Inglaterra.

Un año después reapareció su *Wanderlust* (ansia de viajar). Por un lado tenía la posibilidad de ganarse la vida en Viena si llegaba a ser profesor universitario, pero por otra parte, era tan alto el concepto que se tenía de este título en el extranjero, que le convendría más emigrar después de obtenerlo. Posiblemente era exagerado ese reconocimiento tan extendido de los títulos de Viena en el extranjero. Esta vez se trataba de Norteamérica, donde muchos hombres de ciencia alemanes estaban encontrando un verdadero hogar. En noviembre de 1883 se mostró entusiasmado con un proyecto que expuso a Martha para que ésta lo considerara detenidamente. Por su parte, declaraba que lo tomaba muy en serio. Dejaría el hospital para la Pascua de 1885, sus amigos le prestarían bastante dinero como para mantenerse durante un año, se casarían en Hamburgo y partirían inmediatamente. Pero ella se mostró fría al respecto. Gustosa le acompañaría en su aventura, pero temía que, si fracasaba, él se sentiría amargado por haber perjudicado a sus amigos. Emmanuel, a quien consultó al respecto el mismo mes, quería que fuera a Manchester. Por el momento abandonó el proyecto, pero siguió pensando en él. Pocos meses después era Martha quien volvía sobre el tema diciendo: «He oído decir que los americanos no están sobrados de anatomistas del cerebro. ¿No te convendría ir allí? Esperemos a que te ofrezcan una cátedra.» La respuesta de Freud se redujo a esto: «Y así fue como en adelante vivieron felices, con próspera fortuna y altamente respetados en los Estados Unidos.» Mina sugirió que se quedaran en Austria hasta que su fama llegara a Norteamérica, de modo que serían los norteamericanos quienes vendrían a verle a él, y no tendría que tomarse la molestia de salir del país. La predicción llegó a realizarse pero fue necesario que pasaran para ello treinta años.

Mezclados con sus dudas acerca de su futuro, no faltaron arranques de optimismo. El 2 de febrero de 1886, por ejemplo, escribía desde París: «Siento muy adentro que tengo el talento necesario para llegar a figurar entre los diez mil que más valen.»

El tema de la emigración reaparecía de vez en cuando en su correspondencia. Cuatro meses antes de su matrimonio todavía se sentía inseguro acerca de si podría ganarse la vida en Viena. El día que cumplió treinta años escribía: «Me bastará con que tú me despiertes todas las mañanas con un beso para no importarme donde me encuentre, en Norteamérica, Australia o donde quiera que sea.»

Freud sufrió la mayor parte de su vida, aunque en grado variable, de *Reisefieber* (angustia de emprender un viaje). Esta llegó a adquirir su mayor intensidad en la última década del siglo. Le daba a veces el nombre de fobia, cosa que no era, por cierto, puesto que nunca le disuadió de hacer un viaje. Era, quizá, un contrapeso a su gran afición a los viajes. Esta afición tenía diversas raíces: el placer de huir de Viena, el gusto de ver nuevos paisajes y nuevas costumbres y su afán de buscar la belleza, ya fuera natural o producida por la mano del hombre. Hablaba de su «delectación infantil de encontrarse en alguna parte», y tenía la esperanza de que siempre continuaría siendo así.

Sobre la vida en París como estudiante de Charcot en el invierno de 1885-1886 era tanto lo que Freud tenía que decir que la tarea de la selección resulta particularmente difícil. El solo nombre de la ciudad tenía connotaciones mágicas. He aquí lo que escribía: «Durante muchos años había sido París la meta de mis ansias, y el embeleso con que pisé por primera vez el pavimento fue para mí la garantía de que también habría de lograr la realización de otros deseos.»

Las seis primeras semanas vivió en el Hotel de la Paix, 5 Impasse Royer-Collard, un callejón sin salida que nace en la calle Gay-Lussac, en el barrio latino, a dos minutos del Panteón. Abandonó su habitación cuando salió para Wandsbek, el 20 de diciembre, y a su regreso a París, nueve días más tarde, tomó otra en el Hotel du Brésil, en la calle de Goff. Por la primera habitación había pagado 55 francos al mes, y por la segunda 155, pero aquí estaba incluida la pensión. Al advertir que las cortinas que rodeaban su cama eran de color verde, les aplicó reactivos químicos para asegurarse de que no contenían arsénico. En el primer periodo tuvo que pagar dos comidas diarias, a razón de 2 francos cada una. Contando todo, la vida en París le costaba 300 francos al mes, incluyendo libros y el dinero que enviaba a su madre.

Al comienzo se sintió perplejo al ver la cantidad de gente y la complicada vida de París, una ciudad que tenía «docenas de calles como la Ringstrasse, pero el doble de largas». Cuando llovía, las calles se ponían tan sucias que parecía venirle bien el nombre romano puesto a París: Lutetia, la ciudad fangosa. El primer día se sintió tan solitario en medio de la muchedumbre que a no ser porque tenía una larga barba, sombrero de copa y guantes, habría estallado en llanto en medio de la calle. El tema de la soledad y nostalgia se prolonga a lo largo de sus cartas de París. «Me siento aquí como si me hubieran abandonado en una isla

desierta en medio del océano, ansiando ver llegar la hora en que venga el barco que restablezca mi comunicación con el mundo. Porque tú eres todo el mundo para mí, y a veces el barco no llega.» Pero después de un tiempo se sintió más aclimatado, encontró que la ciudad era «magnífica y encantadora», habló de su «magia» e incluso empezó a sentir «un patriotismo local por París». Le envió a Martha una larga descripción de su geografía y de los lugares principales para visitar, todo ilustrado con un excelente croquis. En el Louvre, lo primero que visitó fueron las antigüedades asirias y egipcias. No menciona en ningún momento haber ido a ver los cuadros. Pero un hombre como Freud no podía dejar de descubrir bien pronto el Museo Cluny. Père Lachaise lo dejó asombrado, pero la gran impresión fue indudablemente Notre-Dame. Por primera vez en su vida tuvo la impresión de hallarse en el interior de una iglesia. Dos veces menciona haber subido a la torre, el 5 y el 11 de diciembre, y según declaró más tarde, este lugar llegó a transformarse en su paseo favorito. Penetró en la atmósfera de *Notre-Dame de París,* la novela de Victor Hugo de la que hasta entonces no había tenido una opinión muy elevada, e incluso dijo que la prefería a la neuropatología. Lo que eligió como *souvenir* de París fue una fotografía de Notre-Dame.

Menos favorable fue su impresión respecto a la gente francesa. «Arrogantes» e «inaccesibles», son términos que se repiten a menudo en sus cartas. Mucho de esto se debe achacar a una exagerada susceptibilidad por parte de Freud. Su dominio del francés dejaba mucho que desear, no obstante las cuatro lecciones que tomó —más no le fue posible— antes de salir de Viena, y hablaba en París el inglés y el español todo lo que le era posible. Era natural, por lo tanto, que el grupo de médicos del hospital, después de las primeras expresiones de cortesía, prefiriera prescindir de él en sus conversaciones. Por lo demás, un acento alemán no era en esa época el mejor pasaporte para la susceptibilidad de la gente. El general Boulanger acababa de ser designado ministro de Guerra y estaba a punto de iniciar la campaña que se conoció con el nombre de «boulangismo». Gilles de la Tourette, el famoso neurólogo, hizo partícipe a Freud, de forma profusa, de la terrible venganza que se tomarían con Alemania, cuando éste le había declarado que no era alemán ni austríaco, sino judío.

En general, la gente despertaba sus sospechas y su aprensión. Los comerciantes «te engañan con una fría y desvergonzada sonrisa». «Todos son corteses, pero hostiles. No creo que haya mucha gente decente aquí. De todos modos, yo soy uno de los pocos que lo son, y esto me hace sentirme aislado.» «La ciudad y la gente tienen algo que produce un sentimiento de desazón. Parece ser de una especie diferente a la nuestra. Creo que están poseídos por los mil demonios. En vez de *Monsieur* y *Voilá l'Écho de Paris* les oigo gritar *A la lanterne* (¡A la horca!) o *A bas dieser und jener* (¡Abajo éste o aquél); son la gente de las epidemias psíquicas, de las históricas convulsiones de masas.» Ni siquiera los redimía el sexo femenino. «La fealdad de las mujeres de París difícilmente puede ser exagerada: ni una sola cara medianamente bonita.»

Pero Charcot lo compensaba todo. Las palabras de elogio que vemos usar a Freud son semejantes a las que emplea siete años más tarde en la ardiente nota necrológica que escribió sobre Charcot. «Tenía una tremenda capacidad para infundir aliento, casi diría excitación.»

«Creo que estoy cambiando mucho. Charcot, que es a la vez uno de los más grandes médicos, un hombre "de una sensatez genial" *(ein genial nüchterner Mensch)*, está echando por tierra simplemente todos mis puntos de vista y mis propósitos. A menudo salgo después de una clase como cuando salgo de Notre-Dame: con nuevas impresiones que requieren ser elaboradas. Pero me absorbe: cuando me aparto de él no siento más el deseo de trabajar en esas sencillas cosas mías. Siento que mi cerebro está saciado, como después de una velada en el teatro. No puedo decir si la semilla llegará algún día a dar sus frutos, pero lo que sí sé es que jamás ningún ser humano ha tenido sobre mí una influencia semejante.» Bastaría este importante párrafo para considerar que se debe a Charcot la más importante de las influencias que actuaron sobre Freud para convertir al neurólogo que había en él en un psicopatólogo.

No puede haber duda alguna sobre la impresión que le produjo Charcot. Cuando éste, después de una ausencia por enfermedad, le estrechó la mano, haciendo, a la vez, una amable observación, Freud escribió: «A pesar de mi sentido de independencia, me sentí muy orgulloso por esta prueba de distinción, puesto que él no es solamente un hombre al que debo estar subordinado, sino también un hombre con el cual me siento muy contento de estarlo.»

He aquí la descripción que hace de su aspecto: «M. Charcot entró a las diez. Es un hombre alto, de cincuenta y ocho años, que viste sombrero de copa y tiene unos ojos oscuros, curiosamente suaves (uno de ellos carece de expresión y parecería mirar hacia adentro), con largos cabellos que caen hacia atrás, sobre sus orejas, cuidadosamente afeitado, de rasgos muy expresivos y labios gruesos, sobresalientes: en una palabra, con la figura de un sacerdote mundano de quien se espera mucho ingenio y conocimiento del arte de vivir bien.» Esta es la impresión que le produjo a Freud, la primera vez que le vio, el 20 de octubre de 1885.

Nos enteramos de que Mme. Charcot era robusta, baja de estatura, vivaz y agradable, pero de una apariencia no muy distinguida. Se decía que su padre era dueño de incontables millones.

Freud visitó la palaciega residencia de Charcot en el Boulevard St. Germain seis veces, tres correspondiendo a una invitación de carácter social y las otras tres para ocuparse de los detalles de la traducción que estaba haciendo de las clases de Charcot.

El momento más sobresaliente en estas relaciones fue la primera velada, dos días después de esta visita inicial. Había que ir vestido de etiqueta, sumamente incómoda para Freud. Este tuvo que renunciar, enojado, a utilizar el lazo blanco de que disponía para el caso, y conformarse con otro hecho, de color negro, que había traído de Hamburgo. Más tarde se alegró mucho al saber que tampoco Charcot era capaz de afrontar por sí solo, con éxito, tan duro trance, pues debía recurrir a la

ayuda de su mujer. No fue poco el temor que sentía de cometer algún *blamage*, pero todo salió bien, y Freud se sintió satisfecho.

El 2 de febrero hubo otra reunión social, esta vez sin etiqueta. Había unas cuarenta o cincuenta personas, de las que Freud apenas conocía alguna que otra. Fue una velada aburrida. Pero la tercera le compensó holgadamente por ésta. Fue una cena, y constituyó la más admirable velada pasada en París. Entre los distinguidos invitados estaba también el propio Alphonse Daudet, con su esposa. «Un rostro magnífico. Una estampa reducida, una frente estrecha, con abundantes cabellos ondulados, larga barba, rasgos finos, una voz resonante y lleno de vida en sus movimientos.»

Freud se despidió de Charcot el 23 de febrero, y ya no volvió a verle más. Charcot no se hallaba en París cuando Freud visitó esta ciudad en agosto de 1889, y cuando aquél estuvo en Viena, en julio de 1891, en viaje de regreso de una consulta en la que había participado en Moscú, Freud se hallaba de vacaciones. Al despedirse, Freud le pidió que le firmara una fotografía de él, que había comprado, pero Charcot le entregó además otra mejor y también dos cartas de presentación para Berlín. Charcot se mostró en todo encantador, y los dos hombres se separaron en los mejores términos.

Ranvier fue el único francés, aparte de Charcot, que invitó a Freud a cenar. Fuera del hospital conoció, en general, pocas personas. Visitó a Max Nordau, para quien llevaba una carta de presentación, pero le pareció vanidoso y tonto, y no cultivó su amistad. Martha tenía dos primos en París, y Freud los visitó varias veces. Pero estaban allí dos viejos camaradas. Uno de ellos era Darkschewitsch, el noble ruso que Freud había conocido en Viena y con quien había colaborado en su trabajo de investigación sobre el bulbo raquídeo. Este hombre se sintió impresionado al oír que las deudas de Freud llegaban a 4.000 guldens. El otro era también un viejo conocido de los días de Viena, Richetti, un médico austríaco que tenía un próspero consultorio en Venecia. En ese momento, Freud se sintió muy impresionado al recibir de él el ofrecimiento de su casa en Venecia para su luna de miel, pero nada sabemos de que lo recordara cuando llegó la ocasión. Volvió a aparecer en París a mediados de noviembre, también para asistir a las demostraciones de Chacot.

Los Richetti estaban evidentemente encariñados con Freud, y dado que no tenían hijos, él podía permitirse ese tipo de fantasías que llamaba «fantasías de Schnorrer» (pordiosero), consistentes, en este caso, en soñar con heredar parte de su fortuna. Era una pareja divertida, acerca de la cual Freud relata algunas anécdotas. Una de éstas se refiere a haber ido los tres, en cierta ocasión, a almorzar a lo que parecía un restaurante y que resultó ser una casa de tolerancia de categoría.

Una de esas «fantasías de pordiosero», más interesante que ésta, es la que nos relata Freud quince años más tarde. En ella se veía conteniendo a un caballo desbocado, después de lo cual alguien bajaba del carruaje y le decía: «¡Usted es mi salvador, le debo la vida! ¿Qué puedo hacer por usted?» Tales pensamientos fueron rápidamente dominados,

pero años más tarde volvió a encontrarse con ellos, por la curiosa vía de este descubrimiento: había estado identificándolos con un supuesto cuento de Alphonse Daudet. El recuerdo fue desagradable, dado que por esa época había superado su antigua necesidad de protección, cosa que ahora rechazaba violentamente. «Pero lo irritante en todo esto es el hecho de que difícilmente hay algo que provoque más hostilidad por mi parte que la idea de ser el protegido de alguien. El espectáculo que en este sentido nos ofrece nuestro país basta para quitar todo deseo al respecto, y mi carácter, por otra parte, es poco apropiado para el papel de niño protegido. He abrigado siempre un enérgico deseo "de ser yo mismo" un hombre poderoso.»

Hay otro episodio de París que vale la pena recordar. Accediendo a un encargo de su casa, visitó a la esposa del médico de la familia, que residía en la calle Blue, en el Faubourg Poissonière. «La pobre mujer tiene un hijo de diez años que, al cabo de dos años de estudios en el Conservatorio de Viena, ganó el Gran Premio, y fue considerado como extraordinariamente dotado. Y el malvado padre, a pesar de su exceso crónico de trabajo y de verse con una casa llena de niños, en lugar de decidirse a estrangular en secreto a su hijo, le envía con la madre a París, a estudiar en el Conservatorio y ganar otro premio. Hay que imaginarse lo que significa el gasto, la separación, el trastorno en la casa.» El niño que pudo librarse de aquel envidiable destino se llamaba... Fritz Kreisler. Un par de años más tarde estaba actuando en el Steinway Hall de Nueva York.

Freud salió de París el 28 de febrero. Tres veces habría de estar allí: en 1889, en 1910 y en 1938.

Respecto a Berlín, era mucho menos lo que había que decir. Freud se sentía, por suspuesto, más ambientado allí, pero se sintió desilusionado en cuanto a los neurólogos. «*In meinem Frankreich war's doch schöner.*»[23] «Me pasé el tiempo suspirando como una María Estuardo de la neuropatología.» Estaban muy rezagados en relación con Charcot, y ciertamente admitían el hecho. La comparación le permite apreciar la grandeza de aquel hombre. Mendel fue el único que mereció su atención, pero Mendel lamentaba que Charcot hubiera dirigido su atención a un tema tan difícil, estéril y tan poco consistente como la histeria. «¿Puedes entender tú qué motivo hay para deplorar que la mente más poderosa busque medirse con los problemas más difíciles? Yo no...» Trabó una buena relación, no obstante, con Mendel, y se comprometió a hacer la reseña periódica de la literatura neurológica vienesa para su *Neurologisches Zentralblatt.*

Una visita al Museo Real de Berlín despertó en él nostálgicos recuerdos del Louvre. «Las cosas más interesantes que encuentro en el Museo son, por supuesto *(sic)*, las esculturas de Pérgamo, fragmentos que representan la batalla de los dioses con los gigantes; *son escenas llenas de vida.* Pero los niños que veo en la clínica representan para mí más que las piedras: tanto por su pequeñez misma como porque generalmente los tienen bien aseados, me atraen más que los pacientes de formato más grande.»

De tanto en tanto, Freud comenta en sus cartas los acontecimientos de orden general, y algunos de estos comentarios son de considerable interés. En el verano de 1883 tuvo lugar en Hungría el infame proceso «por crímenes rituales», que produjo en el judaísmo mundial una gran tensión. Freud discutió el diagnóstico psiquiátrico del testigo principal. Se alegró, por supuesto, del desenlace favorable del proceso, pero no abrigaba esperanzas de que ello pudiera hacer mucho en el sentido de disminuir el antisemitismo reinante.

Freud tuvo más de una ocasión de referirse al pueblo, en sentido genérico *(das Volk)*. Al presenciar la representación de *Carmen*, por ejemplo, se le ocurrieron ciertas reflexiones.

«La multitud da rienda suelta a sus impulsos *(sich ausleben)*; nosotros, en cambio, nos contenemos. Hacemos esto para mantener nuestra integridad. Hacemos economía de salud, de capacidad para el goce, de fuerzas: ahorramos para algo, sin saber a ciencia cierta para qué. Y este hábito de constante refrenamiento de los instintos naturales nos otorga la cualidad del refinamiento. Sentimos, además, con más profundidad, y por ello no nos atrevemos a exigir mucho de nosotros mismos. ¿Por qué no nos embriagamos? Porque el «displacer» que nos producen la incomodidad y la vergüenza del malestar que sigue a la embriaguez *(Katzenjammer)* excede al placer de embriagarse. ¿Por qué no nos enamoramos nuevamente todos los meses? Porque el corazón se nos desgarra con cada separación. ¿Por qué no hacemos amistad con todo el mundo? Porque la pérdida del amigo o cualquier desdicha que a éste le ocurriera nos afectaría amargamente. De aquí que nuestro afán esté más vinculado a la preocupación de evitar el dolor que a la tarea de procurarnos goces. Cuando el esfuerzo es coronado por el éxito, aquellos que se refrenan son como nosotros, que estamos unidos para la vida y para la muerte, que soportamos la privación y el ansia del reencuentro en homenaje a la fidelidad empeñada, y que seguramente no habíamos de sobrevivir al duro golpe de la fatalidad que nos arrebatara lo más querido: seres humanos que, como Asra, son capaces de amar sólo una vez. Toda nuestra conducta se basa en el supuesto previo de que hemos de vernos al abrigo de la pobreza más cruda, de que hemos de estar siempre en condiciones de liberarnos progresivamente de los males que derivan de nuestra organización social. El pobre, la gente común, no podría sobrevivir sin su dura epidermis y sus modalidades frívolas. ¿Por qué habrían de sentir con intensidad sus deseos si todos los males que la naturaleza y la sociedad atesoran van dirigidos contra los que ellos aman? ¿Por qué habrían de despreciar el placer del momento si tras de éste no hay otro que les espera? Los pobres son demasiado impotentes, están demasiado expuestos a todo para actuar igual que nosotros. Cuando yo veo a la gente procurando pasarlo bien, y dejando de lado todo sentimiento de seriedad, pienso que ésa es su compensación por estar tan desamparados frente a todas las epidemias y enfermedades, y todas las desventajas de nuestra organización social. No voy a proseguir mis reflexiones en este sentido, pero podría demostrar que *das Volk* (el pue-

blo), en sus juicios, creencias, esperanzas y trabajos, es completamente distinto que nosotros. Existe una psicología del hombre del montón, que es un tanto diferente de la nuestra. Esta gente tiene también un sentimiento de la comunidad más vivo que el nuestro: sólo ellos tienen la sensación viva de cómo una vida individual se continúa con otra vida que le sigue, mientras que para nosotros, el mundo entero se desvanece con nuestra propia desaparición.»

Este pasaje está lleno de ideas que vemos llegar a su plena madurez medio siglo más tarde, especialmente en *El malestar en la cultura*. Es necesario recordar que los campesinos austríacos, en quienes se inspira Freud para estas observaciones, son bastante diferentes de la clase correspondiente de cualquier otro país y otra época.

Abundan en sus cartas pasajes repletos de sabiduría mundana y de agudeza psicológica. Una amiga de Martha, después de tres años de vacilación, se había comprometido, para encontrar, al poco tiempo, que sus sospechas anteriores se confirmaban y romper en consecuencia el compromiso. Martha hizo, en esa ocasión, ciertas observaciones condenatorias del pretendiente, lo que motivó la siguiente contestación de Freud:

«La decidida muchacha demuestra su altivez, y ha tomado una decisión que exige valor. Pero, querida mía, cuando tú la veas seguramente no le dirás francamente cuál es la pobre opinión que nosotros tuvimos siempre de su pretendiente. Y ello por varias razones. En primer lugar, quedaríamos como unos tontos después de haberla felicitado calurosamente por su decisión anterior. En segundo lugar, no te escucharía, dado su estado de ánimo, que yo me imagino muy bien. Lo que le acosa en este momento, más que nada, es la vergüenza de haber aceptado calurosamente a un hombre indigno. A la decisión de ruptura sigue una reacción en la que culmina el efecto del esfuerzo hecho anteriormente en el sentido de encariñarse con ese hombre. En ese momento, toda observación condenatoria por parte de un extraño no hace más que evocar en su memoria un recuerdo amistoso del hombre que ella ha menospreciado, y que después de todo tiene, a los ojos de una mujer, el relevante mérito de haberse enamorado sincera y apasionadamente. En tercer lugar, querida, recuerda el caso del señor X. y piensa qué papel hacen ahora los que en un determinado momento hablaron mal de la mujer a la que él había renunciado, y que ahora es su esposa. Un buen número de estos compromisos son seguidos de una reconciliación, y constituye un cumplido poco común para Cecilia, de mi parte, el suponer que esto no ha de suceder en su caso. Por lo tanto, querida mía, refrénate y manténte neutral y cautelosa, y aprende de mí cómo se puede ser absolutamente franco con una sola persona, y con las demás, no insincero pero sí reservado.»

Sólo tres veces encontramos observaciones sobre personajes de la vida pública, y las tres veces con ocasión de su muerte. La primera de

ellas se refiere a Bismarck, de quien dice que pesaba sobre todo el continente como una pesadilla (*Alp*): su muerte traería un alivio general. Si bien esto pudo haber sido un juicio completamente objetivo, tal vez no esté de más recordar que el padre de Freud cumplía años el mismo día que Bismarck (1815), y que en cierta ocasión Freud preguntó a Fliess si acaso sus cálculos numéricos podrían predecir cuál de aquellos dos hombres moriría primero. El hecho es que la figura de Bismarck ejercía sobre Freud —tal vez precisamente por la razón que acabamos de sugerir— una peculiar fascinación. Cuando el gran hombre visitó Viena, en 1892, Freud hizo varios intentos de verlo, pero lo más que consiguió fue echarle una rápida ojeada de espaldas, después de esperar en la calle, para ello, dos horas y media. De más está decir que esta conducta no era nada propia de Freud. Otro detalle al respecto, más interesante aún, es que el padre de Freud sentía una admiración tan grande por Bismarck —por el hecho de la unificación de Alemania— que cuando tuvo que traducir la fecha de su nacimiento del calendario judío al cristiano eligió la del nacimiento de Bismarck.[24] Había, como se ve, bastantes detalles que vinculaban a Jakob Freud con Bismarck.

El segundo personaje de quien se ocupa en sus cartas —cosa bastante extraña— es el rey Alfonso XII de España. Freud señala que su muerte le produjo una profunda impresión, agregando —y ello es indudablemente la causa— que era el primer rey a quien él sobrevivía. Y comentaba luego: «La absoluta estupidez del sistema hereditario se advierte en el hecho de que todo un país se vea trastornado por la muerte de una sola persona.»

La tercera ocasión fue la muerte trágica del rey Luis II de Baviera, que también impresionó mucho a Freud. En este caso agregaba además, lo cual es verdad, su sentimiento de contrariedad por la muerte del médico del rey, el doctor Von Gudeler, a quien Freud conocía como anatomista del cerebro. Pero a su juicio Von Gudeler había procedido rectamente al arriesgar su vida —y perderla, como sucedió— en su intento de evitar que el rey se ahogara.

En el verano de 1886, un año antes de lo que esperaba, Freud tuvo que participar, durante un mes, en maniobras militares en Olmütz, pequeña población de Moravia. Fue agregado a la Landwehr, a la que había sido transferido en febrero de ese año, como cirujano mayor del Ejército. No estuvo libre del servicio militar hasta finales de 1887. Ingresó como *Oberarzt* (médico mayor, asimilado al grado de teniente), pero en el curso del servicio fue ascendido a *Regimentsarzt* (médico de regimiento, asimilado al grado de capitán).

Representó un ejercicio violento, que puso a prueba la recia contextura de Freud. Se levantaban a las tres y media de la mañana y marchaban sin descanso hasta el mediodía, después de lo cual había que atender a la labor médica. Martha, como buena mujer, le aconsejó no realizar ninguna marcha cuando hiciera mucho calor. Debería de ser muy prudente, y procurar no marchar demasiado rápido. Este episodio no contribuyó, por cierto, a incrementar la admiración de Freud por la profesión de las armas, como puede verse en la carta a Breuer:

«1 de septiembre de 1886

»Estimado amigo:

»Difícilmente puedo describir lo agradable que fue mi sorpresa al enterarme de que ambos visitaron a mi pequeña y fueron con ella tan "gentiles", como se acostumbra decir. Tengan ustedes como recompensa el mejor de los paseos, un tiempo que sea lo menos fastidioso posible y un invariable buen humor.

»En cuanto a mí, aquí estoy bien atrapado en este sucio aprieto —no encuentro otra manera de describir la situación— y "trabajando en negro y amarillo".[25] He dado unas conferencias sobre higiene de campaña: las clases fueron bastante concurridas y hasta fueron traducidas al checo. Todavía no he sido "confinado a los cuarteles".

»La única cosa notable de este pueblo es que no parece estar tan alejado como realmente está. A veces hay que marchar tres y cuatro horas para llegar a él, y hay ocasiones en que me parece estar siempre a esa distancia, a una hora en que habitualmente no se está despierto para nada. Del mismo modo que en cierta ocasión Paul Lindau observaba en una reseña sobre una novela cuya acción transcurre en la Edad Media, "la mayor parte de mis lectores difícilmente se acordará de que haya habido alguna vez una época que se denomina mediados del siglo cuarto", yo podría preguntar si cabe que un ciudadano cualquiera esté ocupado en algo entre las tres y las tres y media de la mañana. Jugamos a la guerra continuamente —cierta vez realizamos incluso el sitio de una fortaleza— y yo juego a ser médico militar, y reparto boletos en los que se consignan horribles heridas. Mientras mi batallón realiza el ataque, yo estoy echado en tierra con mi gente sobre un terreno rocoso. Las municiones son cosa fingida, como lo es el mando, pero ayer el general se volvió airadamente hacia nosotros sobre su cabalgadura, preguntando: «Reservistas, ¿dónde estarían ustedes si se hubieran usado municiones de verdad? Ninguno de ustedes hubiera logrado escapar con vida."

»La única cosa soportable en Olmütz es un café de primera, con helados, periódicos y un buen surtido de golosinas. El servicio, como todas las cosas de aquí, se halla bajo la influencia de la vida militar. Cuando dos o tres generales —no puedo evitarlo, pero siempre me hacen recordar a los loros, ya que los mamíferos no suelen vestirse con tales colores (salvo la parte posterior de algunos monos)— se sientan juntos, todo el ejército de los mozos les rodea y para ellos ya no existe nadie más. Cierta vez, en mi desesperación, tuve que recurrir a la prepotencia. Tomé a uno de los mozos por los faldones de la chaqueta y le grité: "Mira que puedo llegar a ser general algún día, de modo que me vas a traer un vaso de agua." La cosa tuvo éxito.

»Un oficial es una criatura desdichada, que envidia a sus colegas, es prepotente con sus subordinados y vive temeroso de sus superiores. Cuanto mayor es su propio rango, más teme a éstos. Me repugna la idea de llevar inscrito en el cuello del uniforme cuánto valgo, como una muestra de mercadería. Pero el sistema tiene, no obstante, ciertas grietas. Hace poco estuvo aquí el comandante en jefe, que se dirigía a las

piscinas procedente de Brünn, y pude comprobar con verdadero asombro que su equipaje... no llevaba ningún distintivo especial.

»Pero sería una expresión de infinita ingratitud no admitir que la vida militar, con su inevitable "debes hacer tal cosa", es excelente para la neurastenia. Antes de una semana había desaparecido completamente.[26]

»Todo este asunto está llegando ya a su fin. Dentro de diez días tomo un vuelo en dirección al norte, para olvidar estas cuatro semanas de locura.

»No me he ocupado aquí de ninguna cosa de carácter científico. El curioso caso de parálisis agitante de que le informé hace poco ha vuelto a producirse repentinamente, y el hombre jura que las inyecciones de arsénico que le puse le han hecho mucho bien.

»Pido disculpas por esta charla que ha brotado no sé cómo de mi pluma, y ansío ver llegado el momento de visitarle en su casa en Viena, en esta ocasión, con mi esposa.

»Suyo cordialísimo.

»Dr. Sigmund Freud»

Vamos a finalizar este capítulo con algunos párrafos en que Freud se describe a sí mismo, sin olvidar, no obstante, que la autoobservación no siempre constituye el mejor exponente de objetividad. Siempre anheló la independencia: he aquí una palabra que le vemos emplear constantemente. Repetidas veces afirmó Freud que no era ambicioso, o que apenas lo era. Esto es cierto, indudablemente, en el sentido de la ambición social o incluso del mero rango en la profesión, pero, no es menos cierto que acarició siempre un poderoso deseo de realizar algo importante en la vida, y que además fuera reconocido como tal. Esta finalidad era concebida esencialmente, en su caso, bajo la forma de descubrimientos científicos. Cuando apenas comenzaba sus investigaciones anatómicas escribió: «No creo nada fácil conquistar la atención del mundo, que tiene la piel dura y es también duro de oído.» Pero este deseo de reconocimiento de su obra no parece haber sido una desmedida exigencia de fama. «Yo no he sido realmente ambicioso. He buscado en la ciencia la satisfacción que ésta ofrece en la investigación misma y en el momento del descubrimiento, pero no he sido nunca uno de esos que no pueden soportar la idea de ser arrebatados por la muerte sin dejar su nombre grabado en un peñasco.» «Mi ambición quedará satisfecha si, en el curso de una larga vida, voy aprendiendo a comprender algo acerca de este mundo.»

La explicación que dio a Martha acerca de sus ocasionales explosiones de mal humor era indudablemente correcta. «Dada mi violencia y mi apasionamiento, colmado como estoy de toda clase de demonios enjaulados impedidos de salir a la superficie, éstos no pueden hacer otra cosa que rugir y alborotarse, cuando no descargarse contra ti, querida mía. Si yo estuviera realizando alguna atrevida actividad en la que me fuera dado aventurarme y ganar, sería amable en mi vida privada, pero

me veo obligado a ejercitar la moderación y el autocontrol, e incluso tengo fama de proceder así.» Pero su trabajo mismo, si bien ponía a prueba su paciencia, le obligaba a la disciplina. En medicina, la mayor parte de la inteligencia se emplea en evitar lo irrealizable, pero es, con todo, una manera tranquila de aprender a ser sensato.

La mediocridad burguesa y la estolidez de la rutina eran cosas abominables para él. «Difícilmente nuestra vida ha de ser tan idílica como tú la pintas. Aun si llego a ser profesor universitario, dar clases no se avendrá con mi modo de ser, y mi querida Martha, una Frau Professor germana nata, tendrá que renunciar a su distinguido rango. Tampoco serviría yo para eso. Todavía hay dentro de mí algo de salvaje, que hasta ahora no ha encontrado una expresión adecuada.»

La mentalidad de Freud era del tipo de aquellas a quienes la facilidad aburre y estimula la dificultad. Como él mismo decía: «Un fracaso (en el trabajo de investigación) estimula en uno la inventiva, crea un libre flujo de asociaciones, hace surgir una idea tras otra, mientras que una vez que ha asomado el éxito, aparecen con él cierta estrechez y cierta torpeza mental, que obliga a retroceder siempre a lo ya establecido e impide toda nueva combinación.»

La descripción más extensa la hallamos un par de años más tarde, cuando pudo saborear, hasta cierto punto, el éxito.

«¿Crees que realmente produzco una impresión simpática a primera vista? Yo mismo lo pongo en duda. Creo que la gente advierte en mí cierta cosa extraña, y que ello proviene, en última instancia, de que no he sido joven en mi juventud, y que ahora, cuando comienza la madurez, no puedo volverme más viejo. Hubo una época en que tenía ansia de aprender y una gran ambición, y todos los días me afligía el que la naturaleza no hubiera estampado en mí, en uno de sus arranques de gracia, como sabe hacerlo a veces, la impronta del genio. Después de eso, y desde hace mucho, ya sé que no soy un genio, e incluso no comprendo ya cómo había querido serlo. Ni siquiera tengo mucho talento. Toda mi capacidad para el trabajo reside probablemente en mis atributos de carácter y en la ausencia de deficiencias intelectuales realmente notorias. Pero sé que una mezcla de esta naturaleza es muy favorable para los éxitos nada rápidos, y que en condiciones favorables puedo llegar más lejos que Nothnagel, con respecto al cual siento que soy superior, y alcanzar tal vez el mismo plano de Charcot. Pero esto no significa que he de llegar efectivamente a ello, ya que no podré contar con tales condiciones propicias y carezco del genio o la energía necesarios para crearlas por la fuerza. ¡Pero cómo estoy dando vueltas a la cosa! Quería decir algo enteramente diferente, explicar de dónde proviene ese mi modo de ser inaccesible y abrupto para los extraños, a que tú te refieres. Es sólo consecuencia de la desconfianza, porque muy a menudo he tenido ocasión de sentir cómo me trata de mal la gente ordinaria y mala. Y esto irá desapareciendo gradualmente a medida que no tenga ya por qué temerles, a medida que logre una posición más independiente. Me consuelo siempre con la idea de que ni los que se encuentran respecto

a mí en una posición de subordinados ni los que se hallan en el mismo plano que yo me consideran persona desagradable. Sólo pasa eso con los que están en una categoría superior a la mía, o son más que yo en cualquier otro sentido. Puede ser que no lo parezca, pero lo cierto es que, desde los días de la escuela primaria, he estado siempre en vehemente oposición con mis maestros, fui siempre un extremista, y habitualmente he debido pagar por ello el precio que corresponde. Pero cuando conquistaba una situación privilegiada, al frente de mi curso, y merecía la confianza general, ya no tenían nada de qué quejarse en cuanto a mí.

»¿Sabes lo que me dijo Breuer cierta noche? Que había descubierto la persona infinitamente audaz e intrépida que se ocultaba en mí, pero nunca me atreví a decírselo a nadie. A menudo he sentido como si hubiera heredado toda la pasión de mis antepasados cuando defendían su Templo, como si fuera capaz de entregar generosamente mi vida por una causa grande. Y con todo esto he sido siempre tan impotente, tan incapaz de expresar ese flujo pasional siquiera con una palabra o un poema. Es así como siempre me he estado refrenando, y creo que la gente lo advierte en mí.»

10. El neurólogo (1883-1897)

Fue a mediados de septiembre, cuando tocaba a su fin el periodo en que trabajó con Meynert, cuando visitó a Breuer para conocer su opinión acerca de la posibilidad de hacerse especialista; pero antes de que le planteara la cuestión, Breuer mismo se le adelantó. La ocasión se planteó con motivo de la reciente muerte del doctor Weiss, el neurólogo que había estado a punto de imponerse. Freud expuso la situación. Consideraba que tenía alguna que otra condición seria, pero poco talento y escasas ambiciones ya, a no ser la de casarse. Si se reducía al campo de la neurología se vería atado en Viena y podría ser que tuviera que tener a su futura esposa en una espera infinitamente prolongada, mientras que si redondeaba una preparación más o menos general, como para ser capaz de asistir a un parto, extraer un diente o componer una pierna quebrada, podría seguramente abrirse paso, y estaría en condiciones de ir «al interior del país, a Inglaterra, a Norteamérica o a la Luna». Luego de reflexionar, Breuer le dio el sabio consejo de buscar un camino intermedio, continuar con lo que estaba haciendo y no perder de vista ninguna de las dos posibilidades. Al día siguiente, en consecuencia, Freud solicitó al director del hospital que lo anotara en la lista de los que esperaban una vacante en el departamento de enfermedades del sistema nervioso, y que lo transfirieran, entre tanto, a la sala de enfermos de sífilis.

En los catorce meses que estuvo en el departamento del doctor Franz Scholz, en el que ingresó el 1 de enero de 1884, Freud tuvo considerables oportunidades —aunque no tantas como él hubiera deseado— de estudiar enfermedades orgánicas del sistema nervioso. En una carta del 1 de abril de 1884, escribía: «Me estoy definiendo cada vez más, ante mi jefe, como un neuropatólogo, en la esperanza de conseguir que él favorezca mis planes.» Más tarde, Freud se refirió a Scholz diciendo que había sido entonces «un fósil y un débil mental». No obstante, si era poco lo que se podía aprender de él, su indolencia senil tenía al menos la ventaja de dar carta blanca a los médicos que trabajaban con él. Freud tuvo, de esta manera, una oportunidad más o menos extraoficial de enseñar. He aquí lo que dice él mismo al respecto, con su habitual sinceridad: «Me fui familiarizando gradualmente con el terreno. Era capaz de determinar el punto de localización de una lesión en el bulbo raquídeo en forma tan exacta que el anatomopatólogo ya no tenía nada que agregar. Fui la primera persona en Viena que mandó un caso para la autopsia con diagnóstico de polineuritis aguda. La fama de

mis diagnósticos y de su confirmación *post mortem* me trajo un aflujo de médicos norteamericanos, a quienes di clase en mi departamento en una especie de *pidgin-english*. No entendía nada en cuanto a la neurosis. En cierta ocasión presenté ante mi auditorio a un neurótico que sufría de una persistente cefalea como un caso de meningitis crónica localizada; con toda razón se rebelaron contra mí, y mis prematuras actividades didácticas terminaron allí. Puedo agregar, en mi descargo, que esto sucedía en una época en que hombres de mayor autoridad que yo, en Viena, diagnosticaban habitualmente una neurastenia como tumor del cerebro.»

Tres publicaciones sobre clínica datan de este periodo de su estancia en la división cuarta del hospital. Los respectivos casos fueron estudiados, todos ellos, en 1884. Jelliffe, que pasó revista a los trabajos neurológicos de Freud, habla de ellos como «modelos de buena deducción neurológica».

El primer caso era un aprendiz de zapatero, de dieciséis años de edad, que ingresó el 7 de enero de 1884, con encías sangrantes y petequias en las extremidades inferiores, pero sin ningún otro síntoma que escorbuto. A la mañana siguiente, cayó en un profundo coma y falleció esa misma tarde. Durante el día, en las frecuentes y cuidadosas revisiones que se le hicieron, evidenció una cantidad de síntomas confusos, entre ellos parálisis motrices del ojo, vómitos, irregularidades en las reacciones pupilares y hemiparesia. El diagnóstico fue de hemorragia meníngea, afectando indirectamente los ganglios basales (efecto éste que había sido destacado por Wernicke), y la autopsia, hecha bajo la dirección del profesor Kunradt, lo confirmó punto por punto.

El segundo caso era un joven panadero que estuvo bajo la observación de Freud desde el 3 de octubre de 1884 hasta su muerte, el 17 de diciembre del mismo año, y a quien hizo el diagnóstico de endocarditis con neumonía, además de una neuritis aguda múltiple (de la médula y el cerebro), todo ello confirmado por la autopsia de Kunradt.

El tercero era un caso de atrofia muscular, con curiosas alteraciones sensoriales, y Freud hizo el diagnóstico de siringomielia, afección ésta de la que hasta ese momento se conocían muy pocos casos. El paciente, un tejedor de treinta y seis años, estuvo bajo observación y tratamiento de Freud durante seis semanas, a partir del 10 de noviembre de 1884, y luego abandonó el hospital.

En las décadas de los ochenta y los noventa cobró gran importancia en neurología la electricidad, tanto galvánica como farádica, no sólo para fines de diagnóstico, sino también —y más aún— como piedra angular de la terapéutica. Desde temprano advirtió Freud la necesidad de adquirir cierto conocimiento sobre el tema.

Durante más de un año, desde marzo de 1884 hasta julio de 1885, Freud intentó diversos trabajos de investigación, en la esperanza de hacer algún descubrimiento de valor, con la colaboración de distintos colegas, Bettelheim, Heitler, Plowitz, etc. Los únicos temas que menciona, a este respecto, son un intento de establecer cuáles son las modificaciones que produce la fiebre en la conducción eléctrica del aparato neu-

romuscular, y un estudio, que hizo con Königstein, sobre la reacción eléctrica del nervio óptico. Pero nunca publicó nada en este terreno.

Nada más, en cuanto a la formación y a la experiencia de Freud en el terreno de la clínica neurológica, durante los dieciocho meses que precedieron a su viaje a París. Pero durante ese periodo, así como antes del mismo, sus verdaderas preferencias estaban en sus investigaciones de histología. Durante los dos años que estuvo en el laboratorio de Meynert —del verano de 1883 al de 1885— realizó algunos trabajos originales verdaderamente de primera categoría.

Conocía muy bien, como todo aquel que trabaja en la ciencia, la importancia de la técnica. El mismo se había distinguido en este aspecto en sus trabajos de la época de estudiante, y ahora estaba empeñado en descubrir nuevos métodos para el examen del tejido nervioso. Dos de ellos tuvieron éxito. Los dos fueron resultado de la elaboración de ciertas sugerencias de Flechsig, el gran rival de Meynert, y este hecho fue quizá el comienzo del distanciamiento entre éste y Freud.

Se dispuso a trabajar en ese sentido un par de semanas después de ingresar en el nuevo laboratorio. Estaba convencido de que el éxito le aseguraría el título de profesor, pero tal éxito no parecía muy probable. Lo primero que intentó fue concentrar la luz solar sobre un corte grueso de tejido, al objeto de deslindar el recorrido de las fibras. No obtuvo ningún resultado. Pero en octubre se le ocurrió una nueva idea, y ésta tenía que traerle suerte, porque acababa precisamente de romper el anillo que le había dado Martha. Freud estaba siempre dispuesto a creer en los presagios de la fortuna. Tomó una idea que había esbozado Flechsig en 1876, y que luego fue abandonada, en el sentido de que tal vez podría colorearse el tejido nervioso con alguna solución de cloruro de oro. Después de una semanas de experimentos, en los que fue ayudado por su amigo el químico Lustgarten, le sonrió el éxito, como si este triunfo significara la solución de todas las dificultades de su carrera. Lo primero que hizo fue reunir a algunos amigos, hacerles jurar que guardarían el secreto y permitirles luego el uso de este nuevo y maravilloso método, cada uno en su respectivo terreno: Höllander, por lo tanto, podría utilizarlo para el cerebro, Lustgarten para la piel, Ehrman para las glándulas suprarrenales y Horowitz para la vejiga. «Fue así como, hecho un general en jefe, distribuí las diferentes partes del cuerpo.» Hacia finales de mes estuvo en condiciones de aplicarlo a sus propios cortes, y comenzar así la dilucidación de problemas de estructura.

En febrero tuvo noticia de que Weigert había ideado un nuevo método para la impregnación de tejido nervioso, por lo que se apresuró a enviar una «comunicación preliminar» de su propio método al *Zentralblatt für die medizinischen Wissenschaften*, reservando el informe completo para el *Pflüger's Archiv für Anatomie und Physiologie*. Hizo también que su amigo Fleischl enviara una copia a Ferrier, en Londres, para su publicación en *Brain*, siendo éste el primer trabajo de Freud que llegó, por intermedio de esta última revista, a mis manos. Freud lo escribió en inglés, pero lo hizo corregir por un norteamericano.

Por su parte, estuvo sumamente complacido con el éxito del mé-

todo, que le proporcionó «un cuadro maravillosamente claro y preciso de las células y fibras».

Causó cierta sensación en esa época, y en seguida llegaron solicitudes para su publicación en checo, italiano y ruso. En pruebas ulteriores, los resultados fueron, sin embargo, variables. En manos de algunos experimentadores dieron excelentes resultados; en otros casos, los resultados fueron dudosos, y dignos, por lo tanto, de poca confianza.

Bajo la dirección de Brücke, Freud había estudiado las células de la médula espinal, la parte del sistema nervioso que todavía concitaba su principal interés, pero para llegar a ser un neuropatólogo completo había que seguir hacia arriba. Dio comienzo, por lo tanto, con la porción inmediata del sistema nervioso central, el bulbo raquídeo. Muchos años más tarde, comentando los intentos de los médicos en el sentido de explicar la angustia mórbida como un trastorno de este órgano, escribía, en un tono más bien jocoso: «El bulbo es una cosa muy seria y muy hermosa. Recuerdo muy bien cuánto tiempo y cuántos desvelos he dedicado a su estudio hace años. Pero hoy debo declarar que no conozco nada que me parezca más inconducente para la compresión psicológica de la angustia que el conocimiento de las vías que sigue la excitación de ese órgano.»

Freud dedicó dos años al estudio del bulbo raquídeo y publicó tres trabajos sobre el particular. La estructura de este pequeño órgano, tan extraordinariamente complicado y en el que convergen gran cantidad de haces nerviosos, era muy precariamente conocida a la sazón y constituía un tema sumamente debatido. Establecer el origen y las conexiones de las fibras que atraviesan el órgano requería gran destreza, paciencia y precisión.

Lo que debe destacarse especialmente en cuanto a las investigaciones de Freud en este terreno es el método que adoptó. Ya en noviembre de 1883 soñaba Freud con una técnica enteramente distinta para el estudio de la estructura más fina del sistema nervioso central. Ya había desarrollado la idea sugerida por Flechsig —impregnación con el cloruro de oro— y en sus manos, por lo menos, proporcionaba un cuadro más claro que el que podía ofrecer cualquier otro procedimiento. Ahora comenzó a aplicar otro descubrimiento de Flechsig, mucho más importante aún: el que se refiere a que la mielinización de las fibras nerviosas no se produce simultáneamente, sino en un grupo primero y luego en otro. Esto encerraba la posibilidad de una nueva ventaja en cuanto a distinguirlas unas de otras, y Freud aprovechó ampliamente la ocasión. Consideró, con toda razón, que éste era muy superior al único método existente entonces, que consistía en el estudio de preparados de una larga serie de cortes consecutivos, y era muy escéptico en cuanto a las conclusiones alcanzadas por esta vía. El descubrimiento embriológico de Flechsig se convirtió en guía para el establecimiento de las conexiones anatómicas. Reemplazó, de esta manera, la estructura adulta por un cerebro fetal, en el que al comienzo sólo pueden verse unos fascículos mielinizados, en lugar del «cuadro inextricable de los cortes transversales, que apenas permiten llegar a algo más que una visión topográfica super-

ficial». Después, comparando los cortes fetales de diferentes etapas se puede observar directamente el recorrido y las conexiones de los fascículos nerviosos, cosa que en su presentación madura tan sólo se puede conjeturar. Las estructuras primitivas, como puede comprobarse, persisten sin desaparecer jamás, sólo que en el curso del desarrollo se van haciendo cada vez más complicadas. Para establecer esto, Freud estudió primeramente cerebros de gatitos y perritos, y más tarde de fetos y lactantes.

Freud publicó solamente una parte de sus investigaciones sobre el bulbo. Cuando estaba dando fin a las mismas, ya su interés se estaba desplazando hacia los temas de índole más clínica.

El primero de estos tres artículos, que versan todos sobre las raíces y conexiones del nervio acústico, apareció en el *Neurologisches Zentralblatt* en junio de 1885. El material eran bulbos raquídeos de fetos de cinco a seis meses, cuando las fibras acústicas ya están mielinizadas.

El segundo artículo apareció en la misma publicación, en el mes de marzo (1886). Lo que se proponía era investigar las raíces inferiores del pedúnculo inferior del cerebelo.

El tercer artículo apareció en una publicación especializada de otología, con varias ilustraciones, en agosto y septiembre de 1886. Exponía detalladamente los orígenes y conexiones del nervio acústico, pero el interés principal de este trabajo de Freud consiste en haber demostrado que los núcleos del quinto, octavo, noveno y décimo pares craneales (sensitivos), con sus triples raíces, son enteramente homólogos a los ganglios radiculares posteriores de la médula espinal. Allí se ocupó, incluso, del sentido en que se prolongan estos núcleos (con éxito, digamos, en cuanto se refiere al quinto par) en su progresión hacia el exterior, que termina en los ganglios espinales, ilustrándolo en detalle en el caso del nervio acústico.

Todavía Meynert se comportaba muy amistosamente con Freud. Su cambio de actitud, del que vamos a ocuparnos más adelante, se produjo en 1886. Evidentemente, Meynert ya estaba declinando. Murió unos años más tarde, en 1892, el mismo año que Brücke. Le resultaba difícil mantenerse al tanto de los nuevos métodos e ideas en el terreno de la anatomía del cerebro, máxime cuando su propio interés había virado hacia la clínica psiquiátrica, y tal vez sentía envidia del joven Freud, que con toda facilidad había dominado y asimilado esas novedades y estaba evidentemente en camino de un éxito seguro. La reacción de Meynert en esta situación fue un gesto de sumisión. El se reduciría a la psiquiatría y Freud lo reemplazaría en la anatomía. «Un día Meynert, que me había dado acceso a su laboratorio aun en épocas en que yo no trabajaba con él, me propuso que me dedicara definitivamente a la anatomía del cerebro, prometiéndome que me transferiría la labor de dar clase, porque advertía que ya era demasiado viejo para manejar los métodos más recientes. Y no acepté el ofrecimiento, alarmado por la magnitud de la tarea. Es posible que además ya hubiera sospechado, en cierta forma, que de ningún modo era tan amable la disposición de ese gran hombre hacia mí.» Es posible que le alarmara también la sugerencia de rea-

nudar una anodina carrera académica —que acababa de abandonar—, a la espera de una improbable cátedra universitaria.

Después de esto tuvo lugar la visita al gran maestro Charcot. Este estaba entonces en el apogeo de su fama. Nadie, ni antes ni después de él, llegó a ejercer jamás un dominio tan absoluto en el mundo de la neurología, y haber sido discípulo suyo era un constante pasaporte de distinción. La Salpêtrière bien podía denominarse La Meca de los neurólogos. Había recogido majestuosamente las viejas salas de ese instituto para casos crónicos, delimitando y bautizando una cantidad de enfermedades del sistema nervioso, como quien procede en tierra de nadie. Y era una gran personalidad: afable, bondadoso, ingenioso, pero dominante por su innata superioridad. En una semblanza que de él hizo Freud después de su muerte, en 1893, hablaba de la magia que irradiaba de su aspecto y de su voz, la gracia y la franqueza de sus modales, la buena voluntad con que ponía todo a disposición de sus alumnos y la lealtad que durante toda la vida les dispensaba. «Como maestro, Charcot era realmente fascinante: cada una de sus clases era una pequeña obra de arte por su plan y su realización, perfecta por su estilo, y tan impresionante en su expresión, que sus palabras seguían resonando y el tema tratado no se borraba de la vista y la memoria por el resto de la jornada.»

Freud había traído una recomendación de Benedikt, el hipnotizador vienés, pero tal vez recordaría de todos modos su nombre por Darkschewitsch, que un año antes, siendo discípulo de Freud, había regalado algunos artículos de éste a Charcot. Este recibió a Freud muy cortésmente, pero no volvió a acordarse de él hasta que Freud, que no se sentía nada feliz en París, estaba a punto de abandonar la ciudad para volver a Viena. Fue entonces cuando despachó la siguiente carta, que una amiga, Mme. Richetti, redactó para él.

«Señor profesor:

»Después de dos meses de sentir la fascinación de su palabra, y sumamente interesado en el tema que usted magistralmente trata, se me ha ocurrido ofrecerme a usted para la traducción al alemán del tercer tomo de las *Leçons,* si es que usted desea encontrar un traductor y está dispuesto a utilizar mis servicios. En cuanto a mi capacidad para tal empresa, debo declarar que solamente padezco de afasia motriz sensorial en francés, y que he dado prueba de mi estilo en alemán en mi traducción de un tomo de estudios de John Stuart Mill.

»La traducción del primer capítulo del tomo tercero de las *Leçons*, que trata de problemas nuevos, planteados y aclarados por usted, me permitirá, estoy seguro de ello, prestar un servicio a mis compatriotas, a quienes esta parte de sus investigaciones les resulta menos accesible, a la vez que presentarme a los médicos alemanes con una valiosa recomendación.

»Sólo me queda por explicar por qué me tomo la libertad de dirigirme a usted por escrito, siendo que tengo la suerte de dirigirle la palabra personalmente, al estar autorizado a asistir a su servicio en la Sal-

pêtrière. Es para evitarle a usted la violencia de una respuesta negativa, para la cual —se lo confieso francamente— estoy a medias preparado, puesto que bien podría ser que usted ya haya dispuesto de la autorización que me permito solicitarle aquí, o que alguna otra razón le mueva a denegármela. En tal caso bastaría con que usted no me hable nada al respecto. Tengo la esperanza, al mismo tiempo, de que tendrá usted la amabilidad de disculparme esta petición, y cuente con la sincera admiración de su afectísimo...

»Dr. Sigm. Freud»

Un par de días más tarde Freud relató, en una de sus cartas, la inmensa alegría que le produjo la aceptación de Charcot, no sólo en cuanto a aquellas *Lecciones* que ya habían aparecido en francés, sino también las que aún no habían sido publicadas. Cuatro días más tarde ya había asegurado la publicación por Deuticke, de Viena, y un mes después enviaba parte de la traducción. Siempre había sido un traductor muy veloz, y pronto tuvo terminado este volumen. En el prefacio al mismo, que lleva fecha del 16 de julio de 1886, expresaba su satisfacción por el hecho de que la versión alemana apareciera varios meses antes que el original francés. Apareció en 1886, con el título de *Neue Vorlesungen über die Krankheiten des Nervensystems, insbesondere über Hysterie*. Tal como había hecho cuando tradujo a Bernheim (1888), publicó un largo extracto del libro —un caso de coxalgia histérica en un hombre a continuación de un accidente— en el *Wiener Medizinische Wochenschrift* (mayo de 1886, núms. 711 y 755). Charcot le expresó su agradecimiento obsequiándole con una colección completa de sus obras, encuadernadas en cuero, con la siguiente dedicatoria:

«A Monsieur le Docteur Freud, excellents souvenirs de la Salpêtrière.

»Charcot»

Freud nos dejó en sus cartas una vívida descripción de Charcot, sus aspectos y sus modales. Destacó la diferencia entre su delicado y fino interés por los pacientes y la «serena superficialidad» de los médicos vieneses. Al cabo de una semana, todavía declaraba que en ninguna parte podría haber aprendido tanto como con Charcot. En las visitas a las salas, y a través de la riqueza extraordinaria —única, en realidad— de material con que contaba la Salpêtrière, y ayudado por las valiosas y densas observaciones de Charcot, debió de ser mucho lo que Freud aprendió en neurología. Pero la impresión más imborrable que le dejó su contacto con Charcot provenía de las opiniones de éste sobre la histeria, tema del que vamos a ocuparnos extensamente a continuación.

A su regreso de París Freud llevó consigo una lámina en la que aparecía Charcot hablando vivamente a sus ayudantes y discípulos. La paciente cuyo caso está describiendo se halla en una actitud de desmayo, en un estado semiconsciente, sostenida por Babinsky, cuyo brazo rodea su agraciado talle. La hija mayor de Freud escribe al respecto: «Du-

rante mi infancia (esta lámina) ejerció una extraña atracción sobre mí, y yo solía preguntar a mi padre qué le ocurría a la enferma. La respuesta invariable de mi padre era que "tenía la ropa demasiado ceñida", con una intención moralizadora sobre la tontería de seguir tal costumbre. La mirada que dirigía al cuadro me demostraba, ya entonces, con ser tan pequeña, que para él encerraba recuerdos importantes o felices, y que era cara a su corazón.»

Cuando Freud fue a París, todavía las investigaciones anatómicas le interesaban más que los temas de clínica, y al principio trató de proseguir aquéllas en el laboratorio de la Salpêtière. Charcot y Guinon le procuraron, para ello, algunos cerebros de niños. Entonces comenzó un trabajo con el que se proponía estudiar la degeneración descendente en «su amada» médula espinal. Por esta época no publicó nada sobre temas de patología, pero en la monografía sobre parálisis cerebrales infantiles que escribió cinco años más tarde describió su estudio sobre un caso de esa índole, que le fue encomendado por Charcot. Era el caso de una mujer que había estado internada en la Salpêtrière desde 1853, sufriendo de hemiplejía y otros síntomas. Freud hizo un informe, de una admirable prolijidad, sobre hallazgos de la autopsia. Era una descripción muy detallada de la esclerosis resultante de una embolia sufrida treinta años antes. En cuanto a las facilidades de trabajo que ofrecía el laboratorio de la Salpêtrière, indudablemente diferentes de aquellas a que él estaba acostumbrado, le resultaban cada vez menos satisfactorias, y el 3 de diciembre anunció su decisión de retirarse. Esto marcaba casi el final de su trabajo frente al microscopio: de ahí en adelante habría de convertirse en clínico puro. En la carta que siguió a esto enumeró siete razones convincentes por las cuales había tomado esa decisión, alegando, empero, que tenía la intención de reiniciar las investigaciones anátomicas cuando regresara a Viena. Una abundancia tal de razones indica, por lo general, que se está impidiendo que aflore la razón fundamental, y se puede suponer que esta última no era otra cosa que la fascinación de la psicopatología que en su ánimo despertó la influencia de Charcot. Pero había, aparte de eso, un motivo de índole más personal. A un año de su compromiso ya había advertido la existencia de cierto conflicto entre el hecho de verse absorbido por su «trabajo científico», que para él quería decir trabajo de laboratorio, y su amor por Martha. A veces afirmaba que aquél era un sueño y éste, su amor, una realidad. Más tarde le dijo a Martha que la anatomía del cerebro era el único rival serio que ella tuvo o pudo llegar a tener jamás. Luego, desde París, escribió: «Sé desde hace mucho tiempo que no puedo dedicar mi vida íntegramente a la neuropatología, pero la idea de que uno puede sacrificarlo todo por una adorada mujer se me ha hecho clara apenas llegar aquí, en París.» Esto fue una semana antes de retirarse del laboratorio de la Salpêtrière. Al anunciar esta última decisión, agregaba: «Puedes estar segura de que he superado mi amor a la ciencia en la medida en que se interponía entre nosotros dos.» Todo esto tenía, además de los aspectos puramente emocionales, sus aspectos prácticos. Freud sabía muy bien que mantener un hogar era solamente posible con el trabajo clínico.

Freud dejó París a finales de febrero de 1886, pero en su viaje de regreso pasó unas semanas en Berlín, para aprender algo sobre enfermedades de los niños en general, en la clínica de Adolf Babinsky. Sabía que no tendría probabilidades de salir de Viena, una vez que volviera allí. La razón que tenía para realizar ese estudio era que no tenía perspectivas —probablemente por motivos raciales— de obtener un puesto, que realmente no logró nunca, en la Clínica Psiquiátrico-Neurológica de la Universidad de Viena, pero en cambio el pediatra Max Kassowitz (1842-1913) le había ofrecido, antes de partir Freud para París, el cargo de director del nuevo departamento neurológico que se estaba abriendo en el primer Instituto público para enfermedades de los niños. Era un viejo Instituto de la Steindlgasse, fundado en 1787, bajo el emperador José II, pero que en ese momento se estaba modernizando. Freud conservó ese cargo por espacio de muchos años, trabajando allí durante varias horas tres veces por semana, y realizó varias contribuciones de valor a la neurología. Durante los cinco años siguientes, Freud se vio absorbido por asuntos familiares, además del trabajo profesional y la traducción de los libros de Charcot y Bernheim. El único artículo publicado en ese lapso (en 1888) versaba sobre una hemianopsia observada en dos niños, uno de ellos de dos años y el otro de tres, cosa que hasta entonces no se había registrado.

La publicación siguiente fue el primer libro de Freud sobre la afasia (1891). Sobre este tema ya había dado clases en el Club de Fisiología, de Viena, en 1886, y también en la universidad, en 1887. Había escrito, además, el correspondiente artículo en el *Handwörterbuch der gesamten Medizin* de Villaret (Diccionario enciclopédico de Medicina, 1881-1891). El libro se lo dedicó a Breuer. Dedicar su primer libro al hombre que representó su principal apoyo a lo largo de sus años más difíciles, y que le había proporcionado lo que resultó ser la clave de toda su obra posterior, era el gesto más adecuado indudablemente. Lo que indujo a Freud a proceder así no fue, sin embargo, exclusivamente un motivo de gratitud: contaba con que lograría con ello una mejor disposición hacia él, y se sintió decepcionado al comprobar que, por algún oscuro motivo, su gesto tuvo el efecto opuesto.

La mayor parte de los estudiosos de la obra de Freud estarán de acuerdo con la opinión de este mismo, en el sentido de que este libro representa el más valioso de sus trabajos en neurología.

En él podemos tener la primera impresión auténtica de lo que llegaría a ser el Freud de los años ulteriores. Nos muestra el razonamiento ajustado, la lucidez, la argumentación persuasiva y sugerente, una sincera discusión de las objeciones y la notable capacidad de ordenación del material, que llegaron a ser tan característicos en sus obras. Freud, que ya cuenta a la sazón treinta y cinco años, ha dejado de ser el modesto estudiante, para convertirse en el neurólogo experto que puede dirigirse a los que tienen más edad que él en un tono confiado, de igual a igual, y toda crítica negativa de las doctrinas de éstos, por aplastante que sea, es expresada de una manera cortés y absolutamente objetiva.

El libro tiene como subtítulo «Estudio crítico», subtítulo bien apli-

cado al caso, dado que consiste esencialmente en una crítica radical y revolucionaria de la doctrina sobre la afasia, entonces casi universalmente aceptada, de Wernicke-Lichtheim. Fue la primera crítica formulada a la misma. Pero estaba lejos de ser simplemente un libro de crítica negativa, ya que en él exponía Freud sus propios puntos de vista, los cuales, si bien no eran una cosa tan enteramente redondeada como los que refutaba, estaban más cerca que éstos de los conceptos modernos sobre el problema.

Después de que Broca descubrió (1861) un área en el lóbulo frontal cuya lesión origina la «afasia motriz» (perturbación grosera de la función del habla) y Wernicke (1874) localizó un área en el lóbulo temporal cuya lesión da lugar a una «afasia sensorial» (incapacidad de entender el lenguaje), los neurólogos se vieron ante la necesidad de explicar las numerosas variedades de perturbaciones —parciales y mixtas— de esa índole que era dado comprobar. Es así como se observaban, entre otras, combinaciones tan desconcertantes como la incapacidad de hablar espontáneamente, de repetir palabras después de una palabra dada, o como la de leer las palabras, sin poder, en cambio, leer las letras, o viceversa, o bien la incapacidad de entender las palabras de un idioma recién aprendido, conservando la aptitud para la lengua materna, y así sucesivamente. Wernicke, y tras de él Lichtheim, bosquejaron esquemas ilustrativos de las supuestas conexiones de los centros e indicaron diversas áreas cuya lesión respectiva explicaría tal o cual combinación de pertubaciones afásicas. Cuanto mayor era el número de perturbaciones observadas, más complicados resultaban los diagramas, hasta que se hizo imperiosa la necesidad de un Kepler que viniera a simplificar esta «ptolomaica» situación. Esto fue lo que se propuso hacer Freud. Un análisis detallado de los casos publicados le demostró que los esquemas presentaban contradicciones internas y ello le hizo atreverse a poner en duda la base misma de la doctrina, es decir, que las diversas afasias pudieran ser explicadas por lo que había recibido el nombre de lesiones subcorticales de las vías de asociación.

Sus dudas se hubieran confirmado de una manera rotunda de haber sabido lo que le sucedió a Bastian, la gran autoridad inglesa en afasia, apenas un año después de la aparición del libro de Freud. En un caso insidioso de afasia, Bastian diagnosticó una lesión de las supuestas fibras de asociación bajo la corteza, pero cuando la autopsia reveló la existencia de un enorme quiste, que había destruido buena parte del hemisferio cerebral izquierdo, se sintió tan aturdido que renunció a su puesto en el hospital.

En lugar de este esquema de diminutas localizaciones, Freud propuso una explicación enteramente diferente, de índole *funcional*. Aceptaba que la destrucción de los tres principales centros (motor, acústico y visual) daba origen a la afasia motriz, la afasia sensorial y la alexia, respectivamente, y sugería, como explicación de todas las demás subvariedades de la perturbación, la existencia de diferentes grados de desarreglo funcional emergentes de un área (leve o seriamente) lesionada. Al hacer esta sugerencia, citaba la doctrina de la «desinvolución» de Jack-

son, según la cual las actitudes más recientemente adquiridas o menos importantes son afectadas antes que las más fundamentales, e ilustraba esto con numerosos ejemplos.

Despojó a los «centros» de Broca y de Wernicke de su aureola semimítica de centros de acción independiente, y destacó el hecho de que su importancia es solamente anatómica, no fisiológica, y debida simplemente a su proximidad de las áreas motrices del cerebro, en el caso del primero, y de la entrada a las fibras de los núcleos acústicos, en el del segundo. Estos centros no son, por lo tanto, más que puntos nodales en la red general.

Todo esto representaba, para Freud, una etapa en el proceso de su emancipación de los aspectos más mecánicos de la escuela de Helmholtz en que se había formado. Luego dio un paso más, y desafió el concepto, basado en las enseñanzas de Meynert, de que hay que imaginarse las ideas y los recuerdos como asociados a diversas células del cerebro. Se embarcó en una disquisición de las palabras y las ideas, y protestó contra el hábito de confundir los datos fisiológicos con los psicológicos. Calificó la función de dar nombre a los objetos como la parte más débil de nuestro aparato lingüístico, y que a menudo, en consecuencia, es la primera en ser afectada. A este defecto, la afasia sensorial transcortical de Wernicke, le dio el nombre de «afasia asimbólica», dando así un nuevo uso a la frase de Finkelnburg, para lo cual se basó en que éste no había hecho la distinción entre la función de designar los objetos y la de reconocerlos. La deficiencia en esta última función fue bautizada por Freud con el nombre de «agnosia», denominación que se conservó, así como la distinción por él establecida. En cuanto a la ecolalia en la afasia, era para él nada más que un signo de asimbolia.

La crítica más severa fue posiblemente la que hizo a la doctrina de su antiguo maestro Meynert, según la cual la corteza contiene una «proyección» de las diferentes partes del cuerpo. Demostró los errores de histología en que se basaba tal hipótesis.

Freud no tuvo mucha suerte con este libro, a pesar de ser muchas las conclusiones del mismo que finalmente fueron aceptadas. El ambiente no estaba aún maduro. Jelliffe observa que casi todas las reseñas históricas acerca de la afasia omiten toda referencia a este libro (la única excepción parece ser el trabajo de Goldstein, *Uber die Aphasie*, 1910).

De los 850 ejemplares que se imprimieron, al cabo de nueve años se habían vendido 257. Los restantes fueron inutilizados. En Gran Bretaña no se encuentra ningún ejemplar en las bibliotecas. Freud recibió, por derechos de autor, 156,60 guldens (12 libras y 10 chelines).

Llegamos ahora a las últimas investigaciones neurológicas de Freud, las que realizó en el departamento especial del Instituto infantil de Kassowitz. Nueve artículos datan de esa época, de los cuales uno —el que se refiere a la hemianopsia en la primera infancia— ya ha sido citado aquí.

El siguiente, publicado también en 1891, era una maciza monografía de 220 páginas, con una bibliografía de 180 títulos, escrita en colaboración con su amigo el doctor Oscar Rie, pediatra que hacía de ayudante de Freud en su servicio. Por este trabajo el nombre de Freud se hizo

conocido —y es recordado aún— entre los neurólogos de todo el mundo. El tema de las parálisis unilaterales en los niños fue tratado allí exhaustivamente, desde todos los puntos de vista, exponiéndose detalladamente treinta y cinco casos. En primer lugar, se considera plenamente la historia y la literatura del tema. Sigue después un análisis de los síntomas individuales, la anatomía patológica, el diagnóstico y el tratamiento. Es un estudio clínico de primer orden.

Por primera vez fue individualizado aquí un nuevo síndrome, la «paresia coreiforme». Es una afección en la cual la parálisis unilateral que cabría esperar es sustituida por movimientos libres semejantes a los de la corea. Más tarde se destaca que muchos casos que parecen ser de epilepsia infantil, pertenecen en realidad al grupo que aquí se estudia, aun cuando no haya verdadera parálisis. Los autores ponen en duda la opinión de Strümpell en el sentido de que la poliomielitis aguda puede causar una hemiplejía cerebral, si bien confiaban en que una concepción más amplia de la primera de estas afecciones podría conducir al descubrimiento de una etiología común.[27]

Dos años más tarde Freud publicó un breve artículo sobre un misterioso síntoma —hipertonía de los miembros inferiores— hallado en el cincuenta por ciento, más o menos, de los casos de enuresis. Estaba lejos entonces de intuir el carácter psicológico de estos casos.

En el mismo año (1893), publicó otra monografía, de 168 páginas, sobre parálisis de los niños, esta vez sobre las diplejías cerebrales. Fue publicada, como las anteriores, en unos archivos dirigidos por Kassowitz. Hacía juego con la anterior, y de este modo quedaban estudiadas todas las formas de parálisis infantil. Mucho de lo que él hizo se basaba en la obra de Little, de treinta años atrás, de la que Freud me mostró cierta vez un ejemplar que tenía en su biblioteca. También en la mencionada monografía se describe detalladamente una larga serie de casos —cincuenta y tres en total— personalmente observados. Como en la monografía anterior, primero se considera ampliamente la bibliografía, para luego pasar a la sintomatología, etc., con el mismo orden que se seguía en aquélla.

Pierre Marie, el neurólogo de más autoridad en Francia, y sucesor de Charcot en muchos aspectos, en una reseña bibliográfica de la monografía de Freud sobre las diplejías cerebrales de la infancia, afirmó: «Esta monografía constituye, sin duda alguna, el trabajo más completo, el más exacto y el mejor pensado que haya aparecido hasta ahora sobre un problema tan confuso y tan poco conocido como el de las diplejías cerebrales infantiles.» P. Marie era el director de la *Revue Neurologique*, y fue probablemente por invitación suya por lo que Freud redactó una versión resumida de la monografía en cuestión, que apareció publicada en el primer volumen de la revista.

En 1895 Freud publicó una breve nota sobre una afección peculiar e inofensiva a un nervio alto, de la que él mismo había sufrido durante un par de años, nota en la que expuso una serie de observaciones que había hecho en su propia persona. Bernhardt había descrito poco antes esta afección, que desde entonces lleva su nombre, pero Freud destaca

aquí que ya estaba familiarizado con ella, por haberla observado en varios pacientes.

Freud se había convertido ahora en la primera autoridad en el terreno de las parálisis infantiles, y no es de extrañar, por ello, que al planear Nothnagel su gran enciclopedia de medicina le encomendara a él la parte correspondiente a parálisis cerebral infantil. Probablemente porque pensaba que ya había dicho todo lo que tenía que decir sobre el tema, y además porque en ese momento ya le interesaba mucho más la psicología, el hecho es que este encargo no dejó de contrariar a Freud, que se dispuso a realizarlo con evidentes manifestaciones de descontento. La parte más tediosa era la que se refería a literatura y bibliografía.

El trabajo, de 327 páginas, llegó a ser, sin embargo, un tratado de vasto alcance, que mereció de Barnhard Sachs la calificación de «magistral y exhaustivo». En una reseña reciente, el neurólogo suizo Brun, refiriéndose a este trabajo, dice que tiene todavía un lugar reservado en la neurología moderna. He aquí lo que afirma: «La monografía de Freud constituye la exposición más cabal y completa que hasta ahora se haya escrito sobre las parálisis cerebrales de los niños... Puede dar una idea del admirable dominio del enorme material clínico aquí reunido y elaborado con visión crítica, el hecho de que sólo la bibliografía ocupa casi quince páginas. Fue una tarea admirable, y haberla realizado bastaría por sí sólo para asegurar el nombre de Freud un lugar permanente en la clínica neurológica.»

Puede considerarse tal vez como el jalón que señala el final del periodo neurológico activo de Freud, su nota necrológica sobre Charcot, publicada en septiembre de 1893. Freud expresa en ella, sin reservas, su gran admiración por el hombre «a cuya personalidad y cuya obra nadie se acercó jamás sin aprender algo de ellas». Con su acostumbrada generosidad, Freud atribuye a Charcot haber dado un paso «que le concede, para siempre, el mérito de haber dilucidado lo que es la histeria». Frase ésta que actualmente nos suena a considerable sobreestimación. No hay duda de que la actitud de Charcot frente a la histeria representó un gran estímulo —lo que los psicólogos llaman «sanción»— para Freud, y éste no dejó de quedar agradecido por ello.

11. El periodo Breuer (1882-1895)

Josef Breuer (1842-1925), cuyo nombre ha llegado a tener cierta trascendencia tan sólo por su colaboración con Freud en los comienzos de la carrera de éste, fue no sólo famoso como médico vienés, que es como a veces se le presenta, sino también un hombre de ciencia de talla considerable. Freud le describió como un hombre generoso y ampliamente dotado y cuyos intereses intelectuales sobrepasan ampliamente los límites de su actividad profesional. En su juventud había llevado a cabo, bajo la dirección de Ewald Hering, ciertos notables trabajos de investigación sobre fisiología de la respiración, ocasión en que descubrió el control automático de la misma por el nervio vago. Las posteriores investigaciones de Breuer sobre las funciones de los canales semicirculares pueden considerarse como una contribución definitiva al conocimiento científico. Obtuvo el título de *Privat-Dozent* (catedrático no titular) en Viena en 1868, pero se retiró para dedicarse exclusivamente a la práctica privada de la profesión, y rehusó el ofrecimiento de Billroth, que le proponía presentarlo como candidato al título de profesor titular. En mayo de 1894 fue designado miembro correspondiente de la Academia de Ciencias de Viena, a propuesta de Sigmund Exner, Hering y Ernst Mach, hombres todos de renombre científico internacional.

Breuer era un leal adepto de la escuela de Helmholtz, de la que ya nos hemos ocupado anteriormente. Los autores que gozaban de su más alta estimación eran Goethe y Fechner. Era uno de los facultativos vieneses que gozaban de la más alta reputación, y fue médico de familia de Brücke, Exner, Billroth, Chrobak y otros de igual rango. Freud conoció a Breuer en el Instituto de Fisiología hacia finales de la década de los setenta y, animados como estaban de los mismos intereses y con pareja orientación, no tardaron en trabar amistad. «Se convirtió —dice Freud— en mi amigo y mi sostén en circunstancias difíciles. Nos habituamos a compartir todos nuestros intereses científicos. Todas las ventajas de una amistad semejante eran naturalmente para mí.» En aquellos primeros años no cabe duda de que se hallaba en términos de la mayor intimidad y amistad con él, así como también con su esposa, por quien sentía especial admiración. Entre las familias respectivas existió, más tarde, una relación de franca amistad. La hija mayor de Freud fue bautizada con el nombre de la hermana del yerno de Breuer.

Desde diciembre de 1880 hasta junio de 1882 Breuer trató un caso de histeria que luego llegó a ser clásico, el de la señora Anna O.[28] Se trataba de una muchacha de veintiún años, de inteligencia nada común,

que había llegado a acumular una amplia gama de síntomas relacionados con la enfermedad de que murió su padre. Figuraban entre estos síntomas una parálisis de tres extremidades con contracturas y anestesias, graves y complicadas perturbaciones de la vista y del habla, incapacidad de alimentarse y una penosa tos nerviosa, que fue el síntoma por el cual fue llamado Breuer a atenderla. Lo más interesante del caso, sin embargo, era la existencia de dos diferentes estados de consciencia: uno de ellos era enteramente normal, siendo el otro de una pequeña criatura, mala y fastidiosa, semejante al de Sally Beauchamps, el famoso caso de Morton Price. Se trataba, pues, de un caso de doble personalidad. La transición de uno a otro estado se denotaba por una fase de autohipnosis, de la que despertaba con mente clara y normal. Por fortuna, esta fase coincidía con las visitas de Breuer, y pronto ella tomó el hábito de narrar a éste los acontecimientos desagradables del día. Entre éstos figuraban terribles alucinaciones, después de las cuales se sentía aliviada. En cierta ocasión le relató los detalles de la primera aparición de cierto síntoma, cosa que determinó la completa desaparición de éste, para gran asombro de Breuer. Consciente de la importancia de esta manera de proceder, la paciente siguió refiriendo un síntoma tras otro, bautizando a la par tal procedimiento con el nombre de «cura de conversación» o «limpieza de chimenea». Entre paréntesis, sólo podía hablar, a la sazón, en inglés, pues había olvidado el alemán —su idioma natal— y cuando se le pedía que leyera en voz alta un libro en italiano o en francés, lo hacía inmediatamente y con toda fluidez... en inglés.

Al poco tiempo, y en vista de la abrumadora cantidad de material, Breuer agregó a estas sesiones de la tarde sesiones matinales de hipnosis artificial. En esa época, dedicar horas enteras, todos los días, durante más de un año, a un solo paciente, y por añadidura a una histérica, denotaba indudablemente paciencia e interés, y además gran visión. Pero gracias a ello el arsenal terapéutico se vio enriquecido con un nuevo método, asociado a su nombre, y que él denominó «catarsis», que aún hoy se emplea abundantemente.

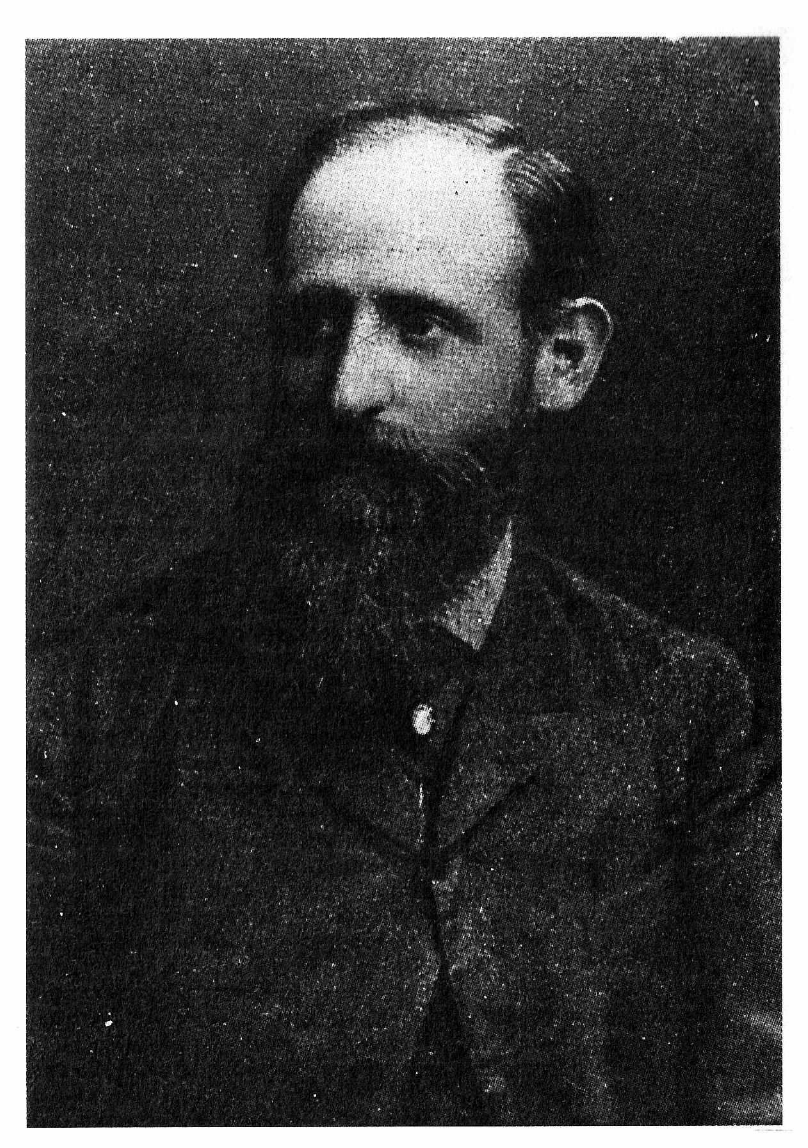
Conocí por el propio Freud un relato mucho más extenso del que éste hiciera en sus obras acerca de las peculiares circunstancias en medio de las cuales llegó a su fin este nuevo tratamiento. Parecía ser que Breuer desarrolló lo que hoy llamaríamos una poderosa contratransferencia frente a su interesante paciente. En todo caso, se dejó absorber de tal modo que su mujer terminó por sentirse molesta por no oírle hablar de otro tema que éste, y al poco tiempo, además, celosa. Si bien no manifestó esto último abiertamente, se mostró desdichada y de mal humor. Breuer, con el pensamiento bien distante de lo que ocurría a su lado, tardó bastante en comprender lo que significaba este cambio en su mujer. El descubrimiento provocó en él una violenta reacción, mezcla de amor y de culpa, que le llevó a la decisión de poner fin al tratamiento. Se lo hizo saber así a Anna O. que entonces ya se sentía mucho mejor, y se despidió de ella. Esa misma tarde tuvieron que llevarlo nuevamente a casa de la paciente, a quien halló en un estado de gran excitación, y al parecer más enferma que nunca. La paciente, que en

su opinión se había mostrado como un ser asexual, y durante todo el tratamiento no había hecho la menor alusión a tan escabroso tema, estaba sintiendo ahora los dolores de un falso parto histérico (pseudociesis), culminación lógica de un embarazo imaginario que se había iniciado y había seguido su curso, inadvertidamente, en respuesta a la atención médica de Breuer. Aunque sumamente violento frente a esto, Breuer consiguió calmarla hipnotizándola y, bañado en frío sudor, abandonó la casa. Al día siguiente partió con su mujer rumbo a Venecia, donde pasaron una segunda luna de miel, cuya consecuencia fue el nacimiento de una hija. Es curioso comprobar que la hija concebida en circunstancias tan especiales habría de suicidarse sesenta años más tarde en Nueva York.

En cuanto a la pobre paciente, no lo pasó tan bien como podría inferirse del relato publicado por Breuer. Tuvo más de una recaída y fue trasladada a una institución de Gros Enzerdorff. Un año más tarde, el mismo Breuer le reveló a Freud que estaba completamente trastornada y que lo que él deseaba era que muriera, para ser liberada de tanto sufrimiento. A pesar de todo, la enferma se repuso y abandonó la morfina. Unos años después, según relata Martha, Anna O., que resultó ser antigua amiga suya, y por añadidura pariente política más tarde, la visitó más de una vez. Por aquel entonces se sentía bastante bien durante las horas del día, pero aún recaía en sus estados alucinatorios a medida que se acercaba la noche.

Berta Pappenheim (Anna O.) no sólo era muy inteligente, sino también sumamente atractiva por su físico y por su personalidad. Cuando fue llevada al sanatorio, el psiquiatra que la atendió perdió la paz de su corazón. Cerca de 1890 su madre, de carácter un tanto temible y celosa, vino de Frankfurt y se la llevó definitivamente a esta ciudad. Nacida y educada en Viena, Berta conservó la gracia, el encanto y el humor característicamente vieneses. Poco antes de morir compuso cinco notas necrológicas dedicadas a ella misma, de intención humorística, para otros tantos periódicos. Un aspecto mucho más serio de su personalidad es el que reveló cuando, a la edad de treinta años, se convirtió en la primera asistente social alemana y una de las primeras en el mundo. Se debe a ella la creación de un periódico y varios institutos en los que impartía la enseñanza de esa profesión. Dedicó la mayor parte de su vida en beneficio de la mujer y a la causa de su emancipación, pero fue mucho lo que hizo también por los niños. Entre sus proezas se cuentan varias expediciones a Rusia, Polonia y Rumania, realizadas para rescatar a los niños que habían quedado huérfanos a consecuencia de *pogroms*. Permaneció soltera y muy devota de Dios.

El famoso caso de Anna O. despertó un gran interés en Freud cuando oyó hablar de él por primera vez, poco después de darlo por terminado Breuer, en junio de 1882, o para ser más precisos, el 18 de noviembre de ese año. Rebasaba de tal modo todo lo que había conocido hasta ese momento, que le produjo una gran impresión y le llevó a comentar con Breuer una y otra vez los detalles del caso. Cuando fue a París y tuvo la oportunidad de hablar con Charcot, le refirió el notable



Los trabajos de Josef Breuer, médico vienés colaborador de Freud durante cierto tiempo, pueden situarse en los inicios del desarrollo del psicoanálisis. Descubrió que la aplicación de la hipnosis en el tratamiento de una paciente histérica mejoraba sensiblemente el estado de ésta, al recordar experiencias pasadas cuya rememoración le resultaba vedada en situación normal.

descubrimiento, pero «el pensamiento de Charcot —como después me documentó Freud— parecía estar en otra parte», y no pudo despertar su interés por el caso. Esto parece haber embotado, por algún tiempo su propio entusiasmo acerca del descubrimiento.

Como ya dije antes, lo que más impresionó a Freud en las enseñanzas de Charcot fue su revolucionaria concepción del problema de la histeria, que era, en efecto, el tema que más interesaba a Charcot por aquel entonces. En primer término, ya era de por sí asombroso ver a un neurólogo tan eminente preocuparse seriamente por ese tema. La histeria, hasta ese momento, se consideraba cosa de simulación, o, en el mejor de los casos, de «imaginación» (que al fin de cuentas sería más o menos lo mismo), que no merecía de ningún modo ocupar el valioso tiempo de un médico respetable, o bien un peculiar trastorno del útero que podía ser tratado —y a menudo lo era— mediante la extirpación del clítoris. El útero desplazado podía también ser llevado a su lugar mediante la administración de valeriana, cuyo aroma le es desagradable. Y he aquí que, gracias a Charcot y casi de la noche a la mañana , la histeria se convirtió en una enfermedad del sistema nervioso, enteramente respetable.

Siete años más tarde, en su nota necrológica dedicada a Charcot, Freud afirmaba que para atestiguar la grandeza de este hombre de ciencia bastaría con aquel solo hecho. Exageraba sin duda la importancia del caso al compararlo con la hazaña de Pinel, quien en el siglo precedente —y también en la Salpêtrière— había liberado de sus cadenas a los dementes. Las enseñanzas de Charcot fueron provechosas, sin duda, en cuanto sirvieron para imponer una actitud más científica frente a la histeria en los círculos médicos franceses, y —lo que es más importante aún— por su influencia sobre Freud en ese sentido, pero influyó poco en los demás países e incluso tuvo consecuencias negativas.

Sin embargo, gran parte de las demostraciones de Charcot no pudieron dejar de ser tenidas en cuenta y quedaron incorporadas al conocimiento científico. Realizó un estudio sistemático y amplio de las manifestaciones de la histeria, estudio que permitió un diagnóstico más preciso de la enfermedad, y demostró al mismo tiempo el carácter histérico de muchas afecciones a las que se atribuía otra índole. Insistió además en que la histeria podía afectar también al sexo masculino, cosa que no debía extrañar ya a nadie desde el momento en que se la incluía entre las enfermedades del sistema nervioso. Su contribución al conocimiento de la histeria traumática demostró tener importancia económica. Pudo demostrar, sobre todo —y esto representó su aportación más valiosa—, que podía provocar mediante el hipnotismo, en sujetos predispuestos, síntomas histéricos, parálisis, temblores, anestesia, etc., que coincidían, hasta en sus menores detalles, con los síntomas de la histeria espontánea, tal como se presentaban en sus demás pacientes y como habían sido descritos minuciosamente en la Edad Media, época en la que se atribuían a la posesión por el demonio.

Todo esto significaba que, sea cual fuere la desconocida base neurológica de la histeria, sus síntomas no sólo podían ser tratados sino tam-



«Charcot, que es uno de los más grandes médicos..., está arruinando simplemente mis opiniones y puntos de vista... No sé si la semilla dará fruto algún día. Lo único que sé es que ningún otro ser humano me había afectado jamás de esta manera.» (Freud, 24.XI.1885).

bién suprimidos por la sola acción de ciertas ideas. Tenían un origen psíquico. Esto conducía a crear un interés médico en la investigación de la psicología de los pacientes, hecho cuyas fecundas y variadas consecuencias nos evidencia la historia de los últimos cincuenta años. La psicología misma se colocó en una situación de independencia que antes, durante la era académica de esta ciencia, no había conocido en absoluto, lo que posibilitó descubrimientos referentes a las capas profundas de la psique que de ninguna otra manera se hubieran realizado.

Freud volvió a Viena, pues, altamente conmovido por todas estas revelaciones.

Tenía muchas cosas nuevas e incitantes que comunicar. Leyó un trabajo de hipnotismo ante el Club de Fisiología el 11 de mayo, y el 27 de mayo en la Sociedad de Psiquiatría. Sus relaciones con Meynert seguramente no tenían nada que ganar con esto, dado que para éste el tema del hipnotismo era una herejía. Tenía que leer un artículo ante la Gesellschaft der Arzte (Sociedad Médica) el 4 de junio, teniendo como tema lo que él llamaba su «informe sobre el viaje», pero a causa de lo extenso del programa de esa fecha, la lectura se postergó para el otoño siguiente.

Leyó su trabajo sobre «Histeria en el hombre» el 15 de octubre de 1886, en una sesión presidida por Bamberger. Fue ésta la famosa ocasión a que se refiere diciendo «que tenía el deber de informar a la Sociedad», y que tanta amargura llegó a causarle. Hizo un relato de la forma en que Charcot clasificaba los síntomas histéricos en ataques de cuatro fases: la típica visual, las perturbaciones sensoriales y motoras, y las de las zonas histerogénicas. Esto permitía identificar muchos casos aberrantes por su aproximación más o menos variable al caso típico. Esta definición de los síntomas positivos de la histeria implicaba un cambio respecto a la concepción entonces predominante sobre la misma como una vaga simulación de enfermedad. Según Charcot, no existía ninguna relación entre esta enfermedad y los órganos genitales, ni diferencia alguna en cuanto a sus manifestaciones en el hombre y en la mujer. Freud descubrió el caso de una histeria traumática que él mismo había visto en la Salpêtrière: se trataba de un hombre que había caído de un andamio. Mencionó, por último, la sugerencia de Charcot en el sentido de que algunos síndromes medulares que se observaban después de ciertos accidentes podían ser de carácter histérico, punto de vista que había surgido en Estados Unidos, y que hallaba oposición en Alemania. Al hacer esta última observación, ajena en rigor al tema tratado, no demostraba mucho tacto, teniendo en cuenta que entre los neurólogos existía un total desacuerdo en relación con las lesiones del sistema nervioso que a menudo daban lugar a procesos histéricos.

Abrió el debate un neurólogo, Rosenthal, quien sostuvo que la histeria en el varón, si bien era relativamente rara, se podía reconocer muy bien, y describió dos casos que había visto veinte años atrás. Un *shock* psíquico, aun a continuación de lesiones leves, producía a menudo síntomas histéricos, que él suponía originados por un trastorno en la corteza cerebral. Meynert habló de casos de ataques epileptoides. A esto

agregó, más bien irónicamente, que sería interesante que el doctor Freud concuriera a su clínica y demostrara allí, sobre dichos casos, la existencia de la sintomatología que había señalado en su conferencia, siguiendo a Charcot. Bamberger dijo que, a pesar de la admiración que sentía por Charcot, no podía encontrar, en todo lo que acababan de decir, nada que fuera nuevo para los médicos de Viena. La histeria masculina era bien conocida. Lo que él ponía en duda era la etiología traumática que se alegaba. Leidesdorf apuntó que muchos pacientes víctimas de accidentes ferroviarios leves padecían a continuación de irritabilidad e insomnio, pero él estaba seguro de que estos síntomas se debían más bien a un *shock* que a histeria.

Al escribir más tarde acerca de esta reunión, que parece haberle afectado profundamente, Freud hablaba de «la mala acogida» de que había sido objeto, y a menudo señaló hasta qué punto se había sentido herido. La crónica de la reunión de ningún modo confirma tal cosa, si bien, por supuesto, no se hace eco de la frialdad de la recepción. En realidad, no hubo en ésta nada que pudiera considerarse especialmente notable, puesto que no se apartó, en general, de lo que cabía esperar en tales circunstancias, tanto en este círculo como en la mayor parte de los círculos médicos de esta índole.

Meynert[29] desafió a Freud, sin reticencia alguna, a que demostrara sus asertos presentándoles algún caso de histeria masculina con los síntomas típicos alegados por Charcot, pero todas las veces que Freud encontraba un caso apropiado en el Hospital General los médicos principales, de quienes dependía el uso de ese «material» para la demostración, le negaban la correspondiente autorización. Uno de los cirujanos llegó al extremo de poner en duda los conocimientos de Freud en materia de lenguas clásicas preguntándole si no sabía que la palabra «histeria» provenía del término griego *hysteron* (sic), que quiere decir *útero*, hecho que por definición excluía al sexo masculino. No mucho después, sin embargo, gracias al joven laringólogo doctor Von Beregszászy, pudo encontrar en otra parte el paciente que buscaba. El caso fue presentado ante la Sociedad Médica el 26 de noviembre de 1886, y el oftalmólogo doctor Königstein presentó un informe sobre los síntomas oculares el 11 de diciembre. Presidía Exner.

Habían pasado aproximadamente cuarenta años, y todavía Freud se refería al incidente con cierta amargura. «Esta vez fui aplaudido, pero el interés que les merecía no pasó de esto, la impresión de que las altas autoridades habían rechazado mis innovaciones quedaba allí, inconmovible, y fui apartado a la oposición, con mi histeria en el hombre y con los casos exhibidos de parálisis por sugestión. Como fui excluido, poco después, del laboratorio de anatomía del cerebro y no tuve dónde dar mis conferencias durante toda una temporada, me retiré de la vida académica y dejé de asistir a las instituciones científicas. Ha trascurrido ya toda una generación desde que visité por última vez la Sociedad Médica.»

El conflicto con Meynert continuó. En 1889 Meynert publicó el *Wiener Klinische Wochenschrift*, en oposición a la teoría de Charcot de que

la autosugestión era la causa de las parálisis histéricas, una explicación anatómica que Freud criticó acerbamente en una nota a las *Poliklinische Vorträge*, en 1892 (página 100), considerándola «enteramente inadecuada». Según Meynert, el error en que incurría Charcot en su explicación consistía en pasar por alto la existencia de una pequeña rama de la carótida interna, la arteria coroidal. Es evidente que gran parte de su antagonismo con Freud se debe a haberse unido éste a Charcot. Se mofaba de los «deseos de enseñarle» que atribuía a Freud, y agregaba: «Su defensa de la terapéutica de sugestión me parece tanto más notable cuanto que al partir de Viena (hacia París) era un médico con una correcta preparación en fisiología.» Tenía evidentemente la sensación de que Charcot había seducido a Freud apartándolo del estrecho sendero de la ciencia pura.

Cuando Freud, en su *Autobiografía*, nos dice que Meynert lo excluyó de su laboratorio a su regreso de París, indudablemente está abreviando los términos, dado que tal cosa sólo pudo haber ocurrido seis meses más tarde, después del regreso de su viaje de bodas. Meynert, en realidad, le había felicitado calurosamnete cuando volvió de París, invitándole además, junto con todos los discípulos que pudiera tener, a trabajar en su laboratorio. Y así lo hizo Freud durante todo ese verano. No cabe duda de que las relaciones se hicieron cada vez más tensas después de las conferencias de Freud sobre hipnotismo en mayo y de su artículo sobre Charcot en octubre, pero no sabemos si el alejamiento fue gradual o repentino. Los indicios que poseemos hacen pensar en lo primero, y después de todo, Freud nos cuenta cómo visitó a Meynert en la postrera enfermedad de éste. Además, cuando hablaba de que durante todo un año no tenía donde dar sus conferencias no podía referirse más que a las demostraciones clínicas, y esta dificultad no podía honestamente ser achacada a Meynert, dado que los dos ayudantes de éste tenían sobre el «material» derechos que eran anteriores a los de Freud. Este, en realidad, pudo dar clases en el otoño de ese año, aunque fue sólo de anatomía y tuvo bastante asistencia.

En el verano de 1886 su vida se redujo a su trabajo en el Instituto de Kassowitz, tres veces por semana, sus traducciones y reseñas bibliográficas y su práctica profesional privada. Esta última, por supuesto, comprendía en su mayor parte pacientes neuróticos, de modo que el problema terapéutico se presentaba con unos caracteres de urgencia que no existían para los investigadores. Freud hizo sus primeros ensayos valiéndose de la electroterapia ortodoxa, tal como se describía en el texto de Erb. No deja de ser extraño este acatamiento a la autoridad de un hombre que ya estaba al tanto del método catártico de Breuer, por cierto más prometedor. Con seguridad, la actitud francamente contraria de Charcot contribuyó a que dejara de prestar atención a este método. Pero esta etapa no duró mucho. «Desgraciadamente me vi forzado a comprender, bien pronto, que seguir tales instrucciones no reportaba ayuda alguna y que aquello que yo había tomado por un compendio de observaciones correctas no era más que producto de la fantasía. Comprobar que la obra que llevaba el nombre de más peso en la neuropa-

tología germana no tenía más relación con la realidad que la de cualquier libro de sueños "oriental", de los que se venden en las librerías de barato, fue doloroso, es cierto, pero contribuyó a arrancar otro jirón a esa inocente fe en la autoridad de la que aún no me había liberado.»

Durante veinte meses, sin embargo, se limitó a usar la electroterapia, acompañada de algunos recursos auxiliares, tales como los baños y el masaje, y por cierto todavía estaba utilizando estos últimos un poco más allá de la década de los noventa. Fue en diciembre de 1887 cuando volvió a la sugestión hipnótica, que continuó usando en los dieciocho meses que siguieron. Este método le valió a menudo éxitos halagadores, y en lugar de aquella anterior sensación de impotencia le aportaba la satisfacción de verse admirado como un mago. Había asistido, cuando aún era estudiante, a una exhibición pública hecha por el «magnetista» Hansen, y al advertir que una persona hipnotizada se había puesto mortalmente pálida quedó convencido de la autenticidad de los fenómenos hipnóticos. Antes del viaje a París había visto usar el hipnotismo en aplicaciones terapéuticas, y es posible que tratara de ensayarlo él mismo en el sanatorio de Obersteiner, donde pasó algunas semanas durante el verano de 1885. Después de esto tuvo una experiencia amplia en este aspecto, en su estancia en la clínica de Charcot. También había usado este método, aunque en forma ocasional, en los comienzos de su ejercicio de la profesión. Así cita, por ejemplo, el caso de una paciente italiana a la que trató con hipnotismo, que solía ser presa de un ataque convulsivo cada vez que oía la palabra *apfel* (manzana). Moebius y Heidenhain, en Alemania, tomaban en serio el hipnotismo, pero la mayor parte de los médicos y psiquiatras lo consideraban todavía como una especie de prestidigitación, o aún algo peor. Los ataques en contra eran frecuentes, y a veces violentos. Es así como el mismo Meynert, por ejemplo, escribía en 1889 que «el hipnotismo rebaja al ser humano a la altura de una criatura carente de voluntad y de razón y no hace más que apresurar su degeneración nerviosa y mental... Induce una forma de enajenación artificial». Sería una gran desgracia que se extendiera «entre los médicos esta epidemia psíquica».

Freud defendía la causa del hipnotismo con su ardor característico. Hacía reseñas de algunos libros para el *Wiener Medizinische Wochenschrift* (por ejemplo, el libro de Weir Mitchell titulado *The treatment of certain forms of neurasthenia and hysteria* y el de Obersteiner sobre neurología, los dos en 1887) y en 1889 escribió una extensa reseña, de siete páginas, acerca del libro de Forel sobre hipnotismo. Forel fue quien había provisto a Freud de una recomendación para Bernheim. La reseña fue una exposición completa y una apreciación ajustada de las posibilidades del hipnotismo. Uno de los primeros indicios de que Freud se estaba pasando de la fisiología a la psicología puede hallarse en su cáustico comentario de que «las observaciones de Forel tienen más que ver con el problema de la hipnosis que con la contraposición de cortical y subcortical y con las reflexiones acerca del ensanchamiento o el angostamiento de los vasos del cerebro». No dejó de aprovechar la oportunidad para rechazar, en términos vigorosos, una reciente pulla

de Meynert, que había dicho de él que era «nada más que un hipnotizador». Sostuvo que era un neurólogo, dispuesto a tratar todos los casos en la forma que fuera más apropiada a cada ocasión. En cuanto a los agraviantes términos, antes citados, con que Meynert se había despachado respecto al hipnotismo, Freud dijo lo siguiente: «A la mayor parte de la gente le resulta difícil aceptar el hecho de que un hombre de ciencia que en ciertos terrenos de la neuropatología ha acopiado una gran experiencia y mostrado aguda visión, no sea aclamado a la vez como autoridad en otros problemas, cualesquiera que fueren. Y el respeto a la grandeza, especialmente a la grandeza intelectual, constituye por cierto una de las mejores cualidades de la naturaleza humana. Pero ha de quedar relegado a segundo lugar cuando se trata del respeto a los hechos. No hay por qué avergonzarse de admitir esto, cuando en lugar de buscar apoyo en una autoridad, uno se apoya en el propio juicio, formado en el estudio de los hechos.»

Pero Freud se encontró con que no siempre era capaz de inducir la hipnosis en sus pacientes, y a veces sólo conseguía hacerlo de una forma poco profunda, insuficiente para sus fines. «Con la idea de perfeccionar mi técnica hipnótica, hice un viaje a Nancy en el verano de 1889, pasando allí algunas semanas. Presencié el conmovedor espectáculo del anciano Liébault trabajando entre las pobres mujeres y los chicos de las clases obreras, fui espectador de los asombrosos experimentos que hacía Bernheim con sus pacientes de hospital y recibí la más profunda de las impresiones al comprobar la posibilidad de la existencia de procesos mentales de naturaleza muy poderosa, que se mantenían ocultos, empero, a la consciencia del hombre. Pensando que resultaría instructivo, convecí a una de mis pacientes para que fuera conmigo a Nancy. Se trataba de una mujer histérica altamente dotada, de familia distinguida, que me fue enviada a mí porque nadie sabía qué hacer con ella. Mediante el uso del hipnotismo, conseguí colocarla en condiciones de aliviarla en su desdicha. Pero en todos los casos la recaída no tardaba en llegar, cosa que yo atribuí, en mi ignorancia, a que su hipnosis no alcanzaba nunca el nivel del sonambulismo con amnesia. Bernheim, en cambio, logró ese efecto varias veces, pero fracasó también en cuanto a mejorar a la enferma. Me confesó entonces, con toda franqueza, que sus éxitos terapéuticos mediante el uso de la sugestión sólo los obtenía en el hospital, no así con los pacientes de su clientela privada. Mantuve con él muchas conversaciones, llenas de interés, y me encargué de traducir al alemán sus dos libros sobre la sugestión y sus efectos terapéuticos.»

Hay en este relato un curioso error, dado que Freud ya había publicado un año antes el primero de los dos volúmenes en cuestión *(Die Suggestion)*, precediéndolo, además, de un extenso prólogo. Había publicado incluso un largo extracto del mismo en el *Wiener Medizinische Wochenschrift* (1888, página 898). La traducción había sido convenida con sus editores en diciembre de 1887, dieciocho meses antes de su visita a Bernheim.

En el prefacio al primer volumen de Bernheim (1888) se ocupó am-

pliamente de la controversia que acababa de surgir entre la escuela de Nancy (Bernheim, Liébault, etc.) y la de la Salpêtrière de París (Charcot). En líneas generales él defendía a Charcot. Lo que más le irritaba era que, puesto que podía demostrarse que los fenómenos hipnóticos eran producidos por sugestiones, los críticos pudieran sentirse con derecho a alegar que eso sucedía con los síntomas de la histeria. (El mismo Bernheim se mostraba inclinado a proceder así, tal como enfáticamente lo hizo Babinsky veinte años más tarde.) Porque en ese caso se perdía todo el sentido de las leyes psicológicas que regularmente rigen esa afección, a las que Freud asignaba la mayor importancia. Expuso excelentes argumentos para demostrar que ése no podía ser el caso de la histeria: bastaría para demostrarlo la coincidencia de las descripciones en diversos países y diferentes épocas.

En cuanto a la hipnosis, consideraba que la mayor parte de los fenómenos eran de carácter puramente psicológico, si bien algunos de ellos —la hiperexcitabilidad neuromuscular, por ejemplo— parecían ser fisiológicos. Comentando esta anomalía hizo la aguda observación de que hay que distinguir las sugestiones directas del médico de las que son más indirectas, que deben ser consideradas más bien como fenómenos de autosugestión y dependen del grado de excitabilidad nerviosa del individuo.

La monótona repetición de sugestiones no tardó en aburrir a Freud. Cuatro años más tarde, expresaba de una manera tajante su descontento con el método con las siguientes palabras: «Ni el médico ni el paciente pueden tolerar indefinidamente la contradicción que comporta el negar decididamente la existencia del trastorno en la sugestión para tener que reconocerlo luego fuera del ámbito de la sugestión.»

Tenía la certeza de que había muchos secretos ocultos tras de los síntomas manifiestos, y su inquieta indignación ardía en ansias de penetrarlos. Más tarde escribió que, ya desde el comienzo, había utilizado el hipnotismo no sólo para hacer sugestiones terapéuticas sino también con el propósito de reconstruir la historia del síntoma (el método catártico de Breuer). Tal vez corresponda expresar alguna duda acerca de la fidelidad de su memoria a este respecto. Todo hace suponer que en su comienzo tales exploraciones fueron más bien superficiales. En sus estudios sobre la histeria nos dice que el primer caso en que empleó el método catártico fue el de la señora Emmy v. N., cuyo tratamiento comenzó el 1 de mayo de 1889, cuando hacía 18 meses que venía usando el hipnotismo. No podemos suponer que en este primer intento, en el que utilizó el sonambulismo profundo, realizara una exploración verdaderamente profunda, y, en efecto, parece haber basado en gran parte el tratamiento en la sugestión terapéutica directa combinándola, como era usual, con masaje, baños y reposo. Pudo comprender, en esa oportunidad, que la razón por la cual muchos efectos favorables de la sugestión hipnótica resultaban transitorios era porque tenían su origen en el paciente mismo, en su deseo de complacer al médico, y era por eso por lo que podían desvanecerse tan pronto como se interrumpía el contacto. Se observaba con claridad, además, que Freud se hallaba aún

completamente bajo la influencia de las enseñanzas de Charcot acerca de la importancia de los traumas en la sintomatología de la histeria. Si a la paciente, en su infancia, un hermano le había tirado encima un sapo, esto bastaría para explicar la fobia ulterior de aquélla a los animalitos de esa índole. El concepto de pensamientos personales (deseos) inaceptables no se registra, por primera vez, sino tres años después de esta época.

Un artículo de Freud de 1892 nos informa de una cura obtenida mediante el uso del hipnotismo. Se trataba de una mujer que, a pesar de su intenso deseo de dar el pecho a su bebé, se veía impedida de hacerlo a causa de diversos síntomas histéricos: vómitos, anorexia nerviosa, insomnio y agitación. Bastaron dos sesiones de sugestión hipnótica para hacer cesar los síntomas, y lo mismo sucedió un año más tarde al nacer otra criatura. Los comentarios de Freud sobre el caso fueron un tanto excesivos por su extensión. Se ocupó principalmente de la existencia de lo que denominaba las «ideas antitéticas» que obstaculizaban las intenciones conscientes. En este sentido, hacía una interesante comparación entre su modo de actuar en la neurastenia y en la histeria, respectivamente. En el primer caso el sujeto tiene conocimiento del conflicto, y aunque ve debilitada por éste su voluntad, encuentra la manera de realizar su propia intención. Lo que caracteriza a la histeria, en cambio, es que el sujeto ignora el hecho de algo que se opone a su intención, pero se encuentra con que su voluntad se halla trabada, como en el caso en cuestión, por un trastorno físico producido por las «ideas antitéticas». Freud no se propuso investigar qué ideas eran ésas ni a qué se debía la existencia de esa especie de voluntad opuesta a las intenciones conscientes del sujeto. Consideraba simplemente que había que admitir su existencia, agregando solamente que se manifestaban de una manera vigorosa o bien imponían su poder en momentos de excitación o de agotamiento del individuo. El estado de agotamiento debilita mucho más la «consciencia primaria» (el yo) de lo que debilita las ideas antitéticas que se oponen a ésta y le son ajenas, hallándose a veces enteramente disociadas de la misma. Esto parecería vincularse a los conceptos de Breuer, en el sentido de que los síntomas neuróticos tienen su origen exclusivamente en un estado psíquico especial (su «estado hipnótico»), que Freud describía simplemente como un estado de agotamiento.

Llegamos ahora al tema capital del paso del método catártico al de la «asociación libre», en el que tiene su origen el psicoanálisis. Sólo gracias al método por él ideado pudo Freud penetrar en el reino, hasta entonces desconocido, del inconsciente propiamente dicho, y llevar a cabo los profundos descubrimientos que en forma imperecedera se hallan unidos a su nombre. Haber forjado este método constituye una de las dos grandes hazañas en su vida científica. La otra es su autoanálisis, gracias al cual aprendió a explorar la vida sexual temprana del niño, y dentro de ésta, el famoso complejo de Edipo.

La manera clásica de que un gran genio haga un descubrimiento o un invento es mediante un repentino chispazo de intuición, y en la historia de la ciencia abundan los dramáticos relatos de episodios de esa

índole. En cuanto a Freud, nos vemos obligados a declarar que, por mucho que resulte decepcionante para quienes se regocijan con tales relatos, el caso es enteramente diferente. Si bien poseía una intuición bastante rápida, que en los años de su madurez funcionaba con toda soltura, hay razones para suponer que en los años que hasta ahora hemos venido historiando, y particularmente entre 1875-1892, sus progresos fueron lentos y laboriosos. Los avances trabajosos y penosos parecen haber sido la característica de esos años, en los que la comprensión creciente del tema sólo era resultado de una ardua tarea. Se había sentido impresionado por la descripción que había hecho Charcot de su propia manera de trabajar: contemplar los hechos una y otra vez hasta que éstos mismos comenzaban a hablarle. Hay en esto algo de la propia actitud de Freud. Pero en la década de los años noventa —una vez que se había puesto en camino—, las cosas marcharon ya de otro modo. Uno tras otro, en rápida sucesión, se produjeron los adelantos en la comprensión de los fenómenos. Agregados al duro trabajo y a la ardua reflexión, las variaciones de ánimo y la intuición llegaron a cobrar aún más importancia que aquéllos. En los primeros años de esa década parece haberse producido en él un cambio importante —uno de los varios que se registran en su vida—, y en el verano de 1895 (el 5 de julio), tres meses después de la publicación de sus *Estudios sobre la histeria*, Breuer escribía a Fliess, amigo de ambos:«La inteligencia de Freud está alcanzando su máxima altura. Lo sigo con la vista como una gallina que contempla el vuelo de un halcón.»

No es posible establecer la fecha del descubrimiento del método de la «asociación libre». Lo único que podemos decir es que fue desarrollándose de una manera muy gradual entre 1892 y 1896, en un proceso de constante refinamiento, durante el cual fue liberándose de los recursos concomitantes —la hipnosis, la sugestión, el apremio, el interrogatorio— junto a los cuales fue surgiendo. Pero se pueden discernir algunas de las etapas de este proceso, y esto es lo que trataremos de hacer ahora.

En los *Estudios sobre la histeria* se habla de dos casos del año 1892. La investigación, aquí, se halla ya en un nivel muy diferente al del caso de Frau Emmy, antes mencionado, y que fue tratado tres años antes. Freud había enriquecido, naturalmente, su experiencia con el método catártico durante esos tres años. Pero a muchos de sus pacientes no los pudo hipnotizar —o por lo menos, hipnotizarlos tan profundamente como a él le parecía necesario— y Freud los consideró inadecuados para el método catártico.

Este fue uno de los motivos que le impulsaron a buscar otro método cuyo uso no dependiera de la susceptibilidad de los pacientes al hipnotismo. El otro motivo fue su creciente comprensión de la naturaleza del hipnotismo en sí mismo. Había aprendido que las mejorías en el tratamiento —tal como ocurrió en el caso de Frau Emmy, antes mencionado— dependían de la relación entre pacientes y médico, y que desaparecían cuando se disolvía ese vínculo entre ambos. Cierto día una paciente se abalanzó sobre Freud y le rodeó el cuello con sus brazos,

pero el inesperado incidente pudo solucionarse rápidamente gracias a la oportuna entrada de una sirvienta. Desde ese momento comprendió que aquella relación especial de tanta eficacia terapéutica tenía una base erótica, ya fuera oculta o manifiesta. Veinte años más tarde hacía la observación de que los fenómenos transferenciales le habían parecido siempre una prueba irrefutable de la etiología sexual de las neurosis. A diferencia de Breuer, muy asustado ante una situación similar, Freud consideró el problema como de interés científico general, pero estaba ansioso, más que nunca, por librarse del antifaz del hipnotismo. Años más tarde explicó cómo éste enmascara los importantes fenómenos de la resistencia y la transferencia, características esenciales de la práctica y la teoría psicoanalíticas. Este fue, sin duda, el motivo principal que le llevó a abandonar el hipnotismo, lo cual puede considerarse como el momento decisivo de la transición del método catártico de Breuer al psicoanalítico.

Mientras asistía a la señorita Elisabeth von R., cuyo tratamiento había iniciado en el otoño de 1892, se encontró con que la paciente era refractaria al hipnotismo. Decidió insistir, sin embargo, pese a la situación aparentemente sin esperanzas que planteaba. Lo que le llevó a ello fue el recuerdo de una observación de Bernheim en el sentido de que las cosas que se experimentan durante la hipnosis son olvidadas después tan sólo en apariencia y que para traerlas nuevamente a la memoria bastará con que el médico insista con bastante energía ante el paciente en que éste las conoce. Freud tuvo la intuición de que esto podría aplicarse también a los recuerdos olvidados, en el caso de la histeria. Ensayó para ello lo que llamó una técnica de «concentración», «que más tarde transformé —dice— en un método». El caso de la señorita Elisabeth fue el primero en que Freud dejó de lado el hipnotismo para usar la nueva técnica. Es interesante hacer notar que también fue el primero en el que se sintió satisfecho con lo completo que resultaba lo que denominó «análisis psíquico».

He aquí el método. Se pedía a la paciente, que se hallaba recostada y con los ojos cerrados, que concentrara su atención en un determinado síntoma y que tratara de recordar todas las cosas que pudieran ayudar a explicar el origen del mismo. Cuando no daba resultado, Freud le ponía la mano en la frente, realizando cierta presión, a la vez que aseguraba que de este modo le vendrían ciertos pensamientos o recuerdos que de otro modo no aparecerían. Sucedía a veces que retirando la presión con la mano, nada ocurría, al parecer. Pero insistiendo, y acaso después de tres veces, la paciente decía lo que le había venido a la mente, aclarando, sin embargo: «Pude habérselo dicho la primera vez, pero no creí que fuera eso lo que usted quería.» Las experiencias de esta índole fortalecieron su confianza en el método que había ideado, y que ahora le parecía infalible. Le indujeron también a dar a la paciente la orden de desestimar toda clase de censura y expresar todo pensamiento que se le ocurriera, aun cuando le pareciera que no venía al caso o no tenía importancia, o bien fuera muy desagradable. Esto constituyó el primer paso hacia lo que luego fue el método de la asociación libre.

STUDIEN

ÜBER

HYSTERIE

VON

DR. JOS. BREUER UND DR. SIGM. FREUD

IN WIEN.

LEIPZIG UND WIEN.

FRANZ DEUTICKE.

1895.

Portada de la primera edición del libro Estudios sobre la histeria, *escrito por Freud en colaboración con Breuer.*

Freud insistía en el método de apremiar, presionar e interrogar, labor que le parecía tan difícil como indispensable. Pero en una ocasión, la paciente, señorita Elisabeth, le reprochó que con sus preguntas interrumpiera el curso de sus pensamientos. Freud aprovechó la indicación,[30] y con ello dio otro paso importante hacia la asociación libre.

El nuevo procedimiento, una vez iniciado, adquiría cada vez más soltura, pero sólo en forma gradual. Freud continuaba usando el hipnotismo en todos los casos en que era posible, si bien únicamente en ciertas etapas del tratamiento, y sólo renunció finalmente a ese recurso terapéutico en 1896, cuatro años después de haber comprobado por primera vez que sería factible prescindir de su uso. Por otra parte, a medida que se afirmaba en la creencia de que la relajación de la censura ejercida por la consciencia traía como consecuencia inevitable la aparición de los recuerdos de importancia, sentía menos la necesidad de apremiar, presionar o dirigir de algún modo los pensamientos del paciente. Abandonó así la práctica de apremiar, y lo mismo hizo en cuanto a la presión ejercida con la mano sobre la frente. En cuanto a cerrar los ojos, todavía defendía el procedimiento en *La interpretación de los sueños* (1900), si bien es posible que sólo se tratara del autoanálisis. En 1904 afirmaba ya que tampoco era necesario. El único vestigio que aún quedaba del viejo periodo de la hipnosis era el hecho de permanecer el paciente acostado sobre un sofá, cosa que todavía hoy se considera deseable en la gran mayoría de los casos. Durante mucho tiempo, sin embargo, siguió utilizando los síntomas como punto de partida, y este hábito se vio fortalecido cuando se planteó la cuestión de analizar sueños, ya que en esta labor se impone tomar sucesivamente como puntos de partida, uno tras otro, los diferentes contenidos de los mismos.

El capítulo sobre psicoterapia en los estudios acerca de las histeria (1895) ofrece una aproximación tal al futuro método de la asociación libre como para justificar el hecho de considerarlo generalmente como el punto de partida del método psicoanalítico. Sin embargo, todavía hablaba entonces del «método catártico de Breuer», si bien se refería a menudo al «análisis psíquico». Es en este capítulo donde nos encontramos con la afirmación siguiente, como hecha al azar, pero de todos modos heroica: «Mucho habremos hecho el día que logremos convertir las desdichas del histérico en un caso común y corriente de desdicha.»

La denominación de «psicoanálisis» fue utilizada por primera vez en un artículo publicado en francés el 30 de marzo de 1896. En alemán es empleada por primera vez el 15 de mayo del mismo año, pero los dos artículos habían sido enviados el mismo día (5 de febrero). El 7 de julio de 1897 señalaba a Fliess que su técnica comenzaba a seguir una senda propia, como si le correspondiera por naturaleza. Este desarrollo autónomo del psicoanálisis, sin los puntos de partida anteriormente utilizados, se convirtió posteriormente en una de sus características más llamativas. Un año más tarde (1898) habla de progresos en su método que le permitían confiar plenamente en él. Creo que podemos pensar que el método de la asociación libre ya era realmente libre en ese momento, si bien se introdujeron después continuas mejoras.

A simple vista la modificación que condujo a este método pudo parecer rara, puesto que significaba dejar de lado una búsqueda con un propósito y una finalidad bien definidos a cambio de algo que sólo parecía un vagar ciego e incontrolado.

Puesto que se trata de un paso indudablemente decisivo en la vida científica de Freud —dado que de él surgieron todos sus descubrimientos—, es natural el interés en saber cómo llegó a producirse y qué motivos habían impulsado a Freud en ese sentido. Cuatro consideraciones parecen pertinentes a este respecto. En primer lugar, ya hemos insistido en que no se trataba de una decisión tomada repentinamente, sino de un proceso gradual. Algunos pacientes, al pedírseles que trataran de hacer revivir el recuerdo de las circunstancias en que habían aparecido sus síntomas, especialmente cuando se hallaban en un estado mental de relajación, reaccionaban dejando vagar sus pensamientos de una manera difusa. Freud había aprendido a no interrumpir ese flujo, como lo habrían hecho la mayor parte de los médicos, y para esto halló ayuda en una paciencia poco común y en cierta tendencia pasiva que había en él y que encontraba placer en renunciar a un vehemente control o a una constante intervención perturbadora de los pensamientos del paciente. Se trataba evidentemente de un cambio decidido en relación con la anterior actitud de la presión de la mano y del apremio.

Freud estaba, por otra parte, profundamente imbuido de los principios de casualidad y determinismo, muy importantes en la escuela de Helmholtz, que imperó en su disciplina científica de los primeros años. En vez de desestimar esas asociaciones desprovistas de todo orden, tachándolas, como otros podrían haber hecho, de casuales, inconexas y sin sentido, Freud sintió intuitivamente que debía haber una instancia psíquica determinada, aunque oculta, encargada de guiar y determinar el curso de esos pensamientos. Lo único que confirmaba esa pretensión era comprobar que cada tanto surgía un pensamiento o un recuerdo que revelaba el sentido de una serie de asociaciones anteriores.

Desde muy temprano había comprobado en sus pacientes una inconfundible actitud de desgana en cuanto a poner de manifiesto ciertos recuerdos que les resultaban penosos o indeseables. Dio el nombre de «resistencia» a esta actitud, y bien pronto lo relacionó con la «represión» que conducía al reemplazo de estos recuerdos por síntomas. No debe haber sido muy difícil llegar a suponer que ese vagar de los pensamientos era la expresión de aquella resistencia, un intento de dilatar la aparición del recuerdo importante, y que a pesar de todo el curso que seguían se hallaba íntimamente ligado a éste. De esta manera, quedaba justificada la paciencia con que Freud seguía estas series de pensamientos, con la más intensa atención y en sus menores detalles.

De carácter mucho menos visible, y acaso más instructiva que las anteriores, es la consideración siguiente. Cuando Freud depositó su confianza en el valor de las asociaciones libres, dijo que estaba «siguiendo una oscura intuición». Poseemos ahora una clave reveladora del origen de esta interesante intuición. Cierto autor, de nombre Ludwig Börne, había escrito en 1823 un ensayo que llevaba el atrayente título de *El arte*

de convertirse en escritor original en tres días. Terminaba con las siguientes palabras: «He aquí la receta que prometí dar. Tome hojas de papel y durante tres días sucesivos escriba, sin falsedad ni hipocresía de ninguna clase, todo lo que le venga a la cabeza. Escriba lo que opina de sí mismo, de sus mujeres, de la guerra de Turquía, de Goethe, del proceso criminal de Fonk, del Juicio Final, de todos aquellos que tienen más autoridad que usted... y cuando hayan pasado esos tres días usted quedará pasmado ante el reguero de nuevos y asombrosos pensamientos que han brotado de su mente. Este es el arte de transformarse en tres días en un escritor original.»

Börne fue —nos relata Freud— uno de sus autores favoritos, el primero que conquistó su entusiasmo. A los catorce años le fueron regaladas sus obras completas, y fueron éstos los únicos libros que conservó de sus años de adolescencia. Medio siglo más tarde recordaba muchos pasajes pertenecientes al volumen en que se encuentra el ensayo en cuestión, pero no así las líneas más arriba citadas. Podemos estar seguros, sin embargo, de que la sorprendente sugerencia de Börne se había grabado bien hondo en la mente de Freud, entrando en acción veinte años más tarde, al inducirle a permitir a sus pacientes el libre juego de sus pensamientos.

Se comprende muy bien que Börne haya representado tanto para Freud en su adolescencia. Se trataba de un hombre muy notable, dotado de un concepto de la vida que debe haberle resultado muy simpático a Freud, y esto no sólo en sus años juveniles. Ludwig Börne (1786-1837), que había adoptado este nombre en 1818, en lugar del suyo propio (Baruch Löb), fue un idealista, un luchador por la libertad, la honestidad, la justicia y la sinceridad, y que se opuso siempre a la opresión. Desempeñó un papel en la *Freiheitskrieg* (guerra de liberación) alemana contra Napoleón, pero atacó a los regímenes reaccionarios que vinieron luego. Vivió por un tiempo en París, donde conoció al joven Heine, cuyo cinismo irreverente, empero, fue poco de su agrado. Las tumbas de Börne y Heine fueron las únicas que Freud buscó en su visita al cementerio del Père Lachaise.

La primera cosa que observó Freud en su empeño por descubrir el origen de los recuerdos de sus pacientes, era que éstos no se detenían en el punto de partida de un síntoma, ni siquiera en el desagradable «acontecimiento traumático» que parecía ser su causa, sino que insistían en su marcha hacia atrás, en forma ininterrumpida. La formación científica de Freud le hizo enfocar esta cadena casual como una conexión legítima, aun cuando la acción de los factores aparentes no se manifestaba en primer plano. Los recuerdos proseguían constantemente en su marcha hacia el pasado, hasta la niñez misma, y Freud vio que aquí se encerraba alguna explicación acerca de la antigua controversia sobre la importancia de la disposición heredada, por un lado, y, por el otro, de los factores adquiridos (traumáticos). Su propia opinión acerca de este punto estuvo oscilando durante mucho tiempo. Estaba comprendiendo ahora que las vivencias tempranas, unidas o no a la herencia, constituyen la predisposición.

Era dado a observar que un acontecimiento traumático, indudablemente implicado en la génesis del síntoma pero en apariencia enteramente trivial en sí mismo, producía su efecto únicamente si se asociaba a una experiencia (o una actitud) temprana que de por sí no era ni traumática ni patógena: ésta era la «predisposición» necesaria para que el acontecimiento traumático pudiera convertirse en patógeno. Freud designó esta manera de reaccionar a un acontecimiento ulterior de acuerdo con las asociaciones tempranas con el nombre de «regresión», y no dudó de que había hecho un descubrimiento notable.

También fue notando, cada vez más, que una considerable proporción de los recuerdos importantes se referían a vivencias sexuales, si bien al comienzo no estaba en condiciones de deducir de este hecho ninguna conclusión de carácter general. Era una conclusión para la cual no estaba preparado y que le produjo un poco de asombro. Pero una vez que su atención fue atraída en esa dirección, comenzó deliberadamente a hacer preguntas a sus pacientes acerca de su vida sexual, cosa que, como no tardó en comprobar, tuvo un efecto desastroso en la clientela.

La progresiva acumulación de pruebas acerca del papel que corresponde a los factores sexuales en la neurosis fortaleció la sensación que en cierto modo tenía de que había contribuido a aclarar un tema de importancia. Al comienzo se preciaba de un descubrimiento espontáneamente realizado por él mismo, pero mucho más tarde, reflexionando sobre el tema, vinieron a su memoria tres hechos curiosos que sin duda habían influido en el curso de sus pensamientos y los habían guiado, sin que él se diera cuenta en absoluto de este proceso. En 1914 hizo una clara descripción de esos hechos, de la que aquí vamos a extractar lo esencial. La primera de las anécdotas tenemos que situarla en una época temprana de su carrera, cuando aún era un «joven médico de hospital», ya que la segunda, que se refiere a Charcot, es, según Freud declara, de «algunos años más tarde». Debemos situar la primera, por lo tanto, entre 1881 y 1883. Fue Breuer quien le observó, comentando el comportamiento neurótico de una paciente, que tales asuntos tenían siempre relación con secretos del lecho matrimonial. La segunda anécdota se refiere a una explicación que Charcot daba a su ayudante Brouardel, muy enfáticamente —y que a Freud le fue dado oír—, en el sentido de que en ciertos trastornos nerviosos se trataba siempre de la *chose génitale*. La tercera anécdota se refiere al ginecólogo Chrobak, a quien Freud consideraba «quizá el más distinguido de los médicos de Viena». Wittels cuenta de él que tenía en la sala de lectura un gran letrero de grandes dimensiones con la siguiente inscripción: *Primum est non nocere.*[31] En una ocasión en que pidió a Chrobak su opinión acerca de una joven paciente que presentaba una grave ansiedad y cuyo esposo era completamente impotente, éste agregó que el único remedio para el caso era tal que resultaba imposible prescribirlo: dosis repetidas de pene normal.

Dos de esos médicos —nos relata Freud— negaron posteriormente haber hecho tales observaciones, y era de presumir que el tercero, Charcot, probablemente habría hecho lo mismo de haberse dado la

oportunidad de plantearle la cuestión. Y agregaba, con toda razón, que una cosa es un chispazo casual de intuición, que a menudo ni siquiera se recuerda después, y otra, muy diferente, tomar en serio una idea, elaborar a fondo todas sus complejas implicaciones e imponerla a la opinión general; es lo mismo que media entre un simple *flirt* y el matrimonio, con todas sus obligaciones y dificultades.

El mismo Freud se había sentido un tanto molesto frente a aquellas observaciones, aparentemente cínicas. No sólo no las tomó en serio, sino que en verdad las desterró de su pensamiento. El pasaje que reproducimos a continuación, perteneciente a un importante artículo escrito en 1896, nos demuestra hasta qué punto había llegado a borrar de su memoria, durante muchos años, tales recuerdos: «Lo único que quiero observar es que en mi caso al menos no existía una opinión preconcebida que me indujera a destacar especialmente el factor sexual en la etiología de la histeria. Los dos investigadores de quien yo fui discípulo cuando comencé a trabajar en esta materia, Charcot y Breuer, se oponían enfáticamente a tal preconcepto. Mostraban, en efecto, una especial inclinación a rechazarlo, inclinación que en un principio yo había compartido.»

Ahora Freud se hallaba en una situación de divergencia cada vez mayor con respecto a sus «respetables» colegas, que ocupaban, por otra parte, posiciones de superioridad con respecto a él. En primer término, fue lo referente a la histeria masculina y a la importancia del trauma, en 1886; después, el carácter de seriedad que él adjudicaba al tema mismo de la histeria, seguido por su creciente interés en el tema, aún más sospechoso, del hipnotismo, y no mucho tiempo después, la valoración de los factores sexuales en las neurosis. La amplia experiencia acerca de éstas a que se refiere en su trabajo sobre la neurosis de angustia (1895) demuestra que esa valoración había comenzado varios años atrás. La forma en que reaccionó ante la situación que se creó fue más bien de desafío. Sentía que estaba llevando a cabo una cruzada revolucionaria contra las convenciones usuales en medicina, o en todo caso contra sus superiores en Viena, y aceptaba su misión de todo corazón.

Pero aún quedaba en él, al mismo tiempo, una necesidad juvenil de apoyo y de dependencia, en medida suficiente como para aceptar de muy buen grado la posibilidad de unir sus fuerzas a las de algún otro colega que se hallara en una posición más firme que la de él. Naturalmente, fue Breuer el primero en quien pensó.

En los últimos años que precedieron a 1890 y sobre todo en los primeros años que siguieron a esa fecha, Freud trató de reanimar el interés de Breuer en los problemas de la histeria o de inducirle al menos a dar a conocer al mundo el descubrimiento que había hecho con su paciente, la señorita Anna O. Pero hallaba en esto una gran resistencia, cuyo motivo no supo explicarse al comienzo. Aun cuando Breuer ocupaba una posición muy superior a la de Freud, a quien llevaba además catorce años, era éste, ahora, a quien por primera vez tocaba adelantarse al otro. Lentamente comenzó a comprender que la mala disposición de Breuer se relacionaba con su inquietante experiencia con Anna

O., que tuvimos ocasión de narrar en este mismo capítulo. Freud le relató entonces cómo a él también le había ocurrido que una paciente repentinamente le echara los brazos al cuello, en un transporte de cariño, y le explicó las razones que tenía para considerar que tales embarazosas incidencias eran parte de los fenómenos de transferencia característicos de ciertos tipos de histeria. Esto pareció tranquilizar a Breuer, quien evidentemente había interpretado de una manera más personal lo que le había ocurrido con la paciente, y hasta quizá se había reprochado no haberla tratado con la debida discreción. De todas maneras, Freud consiguió finalmente la cooperación de Breuer, quedando entendido que el tema de la sexualidad no sería expuesto en primer plano. Evidentemente el comentario de Freud había causado una honda impresión a Breuer, como se ve por lo que dijo a propósito del fenómeno de la transferencia cuando preparaba los *Estudios sobre la histeria:* «Creo que ésta es la cosa más importante que los dos tenemos que comunicar al mundo.»

Publicaron primeramente, entre los dos, en el *Neurologisches Zentralblatt,* en enero de 1893, un artículo titulado *El mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos,* trabajo que tuvo importancia histórica.[32]

A ese trabajo en colaboración siguió, dos años después, el conocido libro de *Studien über Hysterie (Estudios sobre la histeria)* (1895), del que se considera habitualmente que señala los comienzos del psicoanálisis. Comprende, en primer término, una reedición del trabajo en colaboración que acabamos de mencionar, y a continuación vienen cinco historias clínicas y un ensayo teórico de Breuer, para cerrarse con un capítulo de Freud sobre psicoterapia.

El primero de los historiales, perteneciente a Breuer, era el de la señorita Anna O., la paciente que inventó el método catártico. Los otros cuatro pertenecían a Freud. El primero y el último de éstos, el de la señora Emmy y el de la señorita Elisabeth respectivamente, ya han sido mencionados. El segundo era el de una institutriz inglesa de Viena, Miss Lucy, cuyos síntomas resultaron ser consecuencia de la represión de un prohibido vínculo afectivo con su patrón. Fue al referirse a este caso (1892) cuando por primera vez describió claramente cómo el proceso activo de represión de una idea inadmisible trae como resultado la sustitución de esa idea por una inervación somática («conversión»). Se trataba ya de algo enteramente diferente del hecho de sufrir un trauma, una desdicha que le es infligida a uno. En el otro historial que completaba la serie relataba la patética historia de una joven de dieciocho años, Katherina, a quien Freud halló en un refugio de los Altos Alpes. Al saber que era un médico, imploró su ayuda, pues padecía de graves síntomas de angustia. En una sola entrevista pudo descubrir el origen de sus trastornos, y probablemente aliviarla también en su sufrimiento.

El libro no fue bien recibido en el mundo médico.[33] Una reseña, muy negativa, hecha por el famoso neurólogo alemán Strümpell, parece haber sido lo que más desanimó a Breuer, en tanto que Freud, según nos dice, no tuvo inconveniente en reírse de la incomprensión del crítico: «La autoconfianza de Breuer y su capacidad de resistencia no se habían desarrollado tanto como el resto de su organización mental.»

Se tomó buena nota del libro en diversos círculos, no sólo en los de la profesión médica. Una de las reseñas merece ser especialmente recordada, por la perspicacia y la visión del futuro que de ella trasciende. Apareció en el *Neue Freie Presse*, el principal diario de Viena, el 2 de diciembre de 1895, y llevaba por título «Cirugía del alma» *(Seelenchirurgie)*. Su autor era Alfred von Bergner, profesor de historia de la literatura en la universidad y director del Teatro Imperial de Viena, poeta, historiador de la literatura y crítico dramático. Después de seguir los casos historiados con admiración y comprensión, hacía esta significativa predicción: «Vagamente concebimos la idea de que será posible algún día aproximarse a los más íntimos secretos de la personalidad humana.» «La teoría en sí misma —proseguía luego— no es otra cosa que el género de psicología utilizado por los poetas.» A continuación, pasaba a ilustrar esta tesis citando obras de Shakespeare y calificando el infortunio de lady Macbeth de «neurosis de defensa».

Se imprimieron ochocientos ejemplares de la obra, de los cuales se habían vendido, al cabo de trece años, 626. Entre ambos autores percibieron 425 guldens (18 libras cada uno).

Habían surgido divergencias científicas sobre la teoría de la histeria entre los dos autores, pero no fueron éstas, así como tampoco la decepcionante acogida que se dispensó al libro, la causa determinante de que allí mismo terminara la colaboración entre ellos, cosa que ocurrió en el verano de 1894. El hecho se debió a la falta de disposición por parte de Breuer para seguir a Freud en la investigación que éste hacía de la vida sexual de sus pacientes, o más bien en las conclusiones de largo alcance que de allí hacía derivar Freud. Que las perturbaciones de la vida sexual fueran el factor esencial tanto en la etiología de las neurosis como de las psiconeurosis era una doctrina que Breuer no podía digerir fácilmente. ¡Y en esto no era el único!

Con todo eso —¡cosa extraña!— fluctuaba de un extremo a otro. Es cierto que no llegó a suscribir nunca el punto de vista de que las perturbaciones sexuales constituyen las causas invariables específicas de las afecciones neuróticas, pero no dejó de avanzar bastante en ese sentido. Así, por ejemplo, en el capítulo sobre teoría que compuso para los *Studien über Hysterie* nos encontramos con pasajes como éstos: «El instinto sexual constituye seguramente la fuente más poderosa de incrementos duraderos de la excitación (y de las neurosis, por ello)...» «Que un conflicto de esta clase entre ideas incompatibles tiene un efecto patógeno es cosa que nos muestra la experiencia diaria. Es cuestión principalmente de ideas y procesos pertenecientes a la vida sexual.» «Esta conclusión (acerca de la predisposición para la histeria) implica por sí misma que la sexualidad constituye uno de los grandes componentes de la histeria. Pero vamos a ver que el papel que desempeña es mucho mayor aún, y que contribuye de las más diversas maneras a la instauración de la enfermedad...» «La mayor de las ideas reprimidas, y las más importantes, que conducen a la conversión (histérica) poseen un contenido sexual.» El mes en que aparecían los *Studien* escribía Freud a su amigo Fliess: «Te resultaría difícil reconocer a Breuer. Una vez más, uno

no puede dejar de quererlo sin ninguna reserva... Se ha convertido por entero a mi teoría de la sexualidad. Es ahora un hombre completamente distinto del que nos hemos acostumbrado a ver en él.» Nuevamente, unos pocos meses apenas después de esto, en una reunión del Doktorencollegium (Colegio de Médicos), Breuer habló cálidamente en favor de las obras de Freud y manifestó su acuerdo con sus ideas sobre la etiología sexual. Pero cuando Freud le manifestó luego su agradecimiento, se apartó de él diciendo: «No creo una sola palabra de todo esto.» La relación entre ambos, naturalmente, se enfrió, toda colaboración ulterior resultaba imposible y tras la amistad personal mantenida durante veinte años se produjo un distanciamiento.

Por sí solas, las divergencias de carácter científico no bastan para justificar la amargura con que Freud se refiere a Breuer en la correspondencia (inédita) con Fliess mantenida en la última década del siglo. Si recordamos lo que Breuer significó para Freud en la década anterior, su generosidad para con él, su simpatía llena de comprensión y esa mezcla de jovialidad y de estímulo científico que constantemente irradiaba, el cambio sobrevenido no dejaba de ser realmente inquietante. Mientras que antes no había una sola palabra de crítica para Breuer, el hombre perfecto, ahora no se oye hablar más de sus buenas cualidades, y sí del efecto irritante que su presencia producía en Freud. El cambio, por supuesto, no fue repentino. Si bien se lamentaba más tarde del trabajo que le había costado decidir a Breuer a trabajar en colaboración con él con fines de publicación, en abril de 1894 todavía se hallaba en relaciones suficientemente amistosas con él como para consultarle sobre su salud. Pero después de ese verano ya no volvieron a colaborar nunca más. El cambio más brusco de los sentimientos de Freud en este sentido se produjo en la primavera de 1896, fecha que coincide con la iniciación del periodo más apasionado de sus relaciones con Fliess. En febrero escribía a este último que le era imposible seguir adelante con Breuer, si bien apenas una semana después admitía que era doloroso pensar que Breuer se hallara tan enteramente fuera de su vida. Un año más tarde se sentía contento de no verle más: el hecho de volverle a ver le inclinaría a emigrar. Se trata de términos fuertes, aunque los hubo más fuertes aún, que no hay necesidad de reproducir aquí.

Eran precisamente los años de la etapa más revolucionaria de Freud, tanto desde el punto de vista intelectual como del afectivo. El boicot a que se le estaba sometiendo provocaba en él una respuesta de desafiante rebeldía. Y cuando más necesitado se hallaba de un compañero con quien compartir esto, el único hombre que tenía los conocimientos necesarios para el caso, y que fue además quien le puso en ese camino, no hacía más que atemperar su ardor y abandonar la lucha.

Pero el asunto tenía un aspecto aún más personal. Claramente se ve que Freud se sentía molesto por la vieja deuda de gratitud con Breuer, deuda que en parte podía estimarse concretamente en términos de dinero. A comienzos de 1898 hizo el primer intento de hacer una amortización. Breuer, que probablemente no se sentía inclinado a aceptar la devolución de algo que desde mucho tiempo atrás debió de considerar

como un regalo, quería descontar cierta suma que, según decía, le debía a Freud por la atención médica de un pariente suyo. Freud parece haber interpretado esto como un intento de prolongar su viejo papel de tutor, y se sintió amargamente resentido por la actitud de Breuer. Dos años después comunicaba a Fliess que gustosamente rompería del todo con Breuer, pero no estaba en condiciones de hacerlo a causa de su vieja deuda en dinero.

Y lo que falta agregar aún a esta poco feliz historia es la necesidad por parte de Freud —que él mismo confesaba— de abrigar periódicamente intensos sentimientos de amor y de odio, necesidad que aún su autoanálisis no había atemperado.

Las investigaciones sobre lo sexual, que tantas dificultades le estaban creando, eran de dos clases. Comenzaron con la observación de la frecuencia con que el análisis de síntomas histéricos (y más tarde de los obsesivos) llevaba a encontrarse con dolorosas experiencias pasadas de carácter sexual, muchas de las cuales podían denominarse traumáticas. Impresionado por la importancia de este factor en los tipos clásicos de psiconeurosis, Freud se preguntó qué papel podría desempeñar este factor en las otras formas de trastorno neurótico, que entonces se encontraban agrupadas vagamente bajo la denominación común de «neurastenia».

El concepto de esta última afección, introducido treinta años antes por Beard, había sido muy amplio, en efecto, y Freud consideraba que podría llegar a una clarificación nosológica estudiando no sólo la sintomatología de los diversos casos, sino también sus factores etiológicos específicos. Ofreció una descripción completa de los síntomas característicos de lo que él propuso denominar «neurosis de angustia», juntamente con los rasgos que permitían distinguirla de la neurastenia, por un lado, y, por otro de las fobias histéricas. Había llegado a estas conclusiones en 1893 o antes. En una carta privada, hacia finales de 1892, declaraba: «No existe neurastenia ni ninguna neurosis análoga sin una perturbación de la función sexual», y en otra carta de febrero de 1893 hacía una descripción completa de la neurosis de angustia. Estas conclusiones fueron formuladas a comienzos de 1894 y publicadas en un artículo que apareció en enero de 1895, pocos meses antes que los *Studien*. Fue ésta su primera irrupción, en forma completamente independiente, en el campo de la psicopatología.

Como resultado de sus observaciones, Freud sostenía que todas las veces que se podía investigar en forma completa los síntomas y antecedentes, aparecían factores etiológicos sexuales, que no eran iguales en una y otra forma de afección: por eso las había separado. En la neurastenia había siempre un desahogo insuficiente de la tensión sexual, la mayor parte de las veces a causa de alguna forma de funcionamiento autoerótico. Ya en 1892 había afirmado que «las perturbaciones sexuales constituyen la única causa indispensable de la neurastenia». En la neurosis de angustia,[34] en cambio, hay un montante de excitación sexual insoportable que no encuentra desahogo. Los ejemplos más comunes de esto son la frustración característica de la práctica del *coitus inte-*

rruptus y la que se observa en el caso de una pareja de novios castos y a la vez apasionados.

La explicación que da Freud de sus hallazgos clínicos ofrece gran interés en relación con su desarrollo personal. Siempre se había sentido intrigado frente al viejo problema de las relaciones entre cuerpo y psique, y antes que nada había acariciado la esperanza, con sus principios helmholtzianos tan decididamente profesados, de llegar a establecer una base fisiológica del funcionamiento psíquico. Como hemos de ver más adelante, en la década que va de 1888 a 1898 libró una verdadera batalla antes de decidirse a renunciar a la idea de hallar una correlación entre actividad somática y actividad psíquica. El nacimiento mismo de ese conflicto en Freud puede advertirse en su teoría sobre la neurosis de angustia. Era un campo muy propicio para esto, ya que son pocos los ploblemas que resulten tan fundamentales para esta cuestión de cuerpo y psique como lo es el de la angustia.

Fundamentalmente era ésta su explicación: cuando la tensión sexual que surge dentro del cuerpo llega a cierto grado da por resultado, en la psique, el deseo, la libido, que aparece además acompañada de diversas ideas y emociones. Pero cuando por alguna razón este proceso natural es detenido, la tensión se «transforma» en angustia. Ya en 1892 había formulado la siguiente frase: «La neurosis de angustia es producto, en parte, de la inhibición de la función sexual.» He aquí una afirmación que hallamos escrita en cursiva en su primer artículo: *«Debemos buscar el mecanismo de la histeria de angustia en el hecho de que la excitación sexual somática es desviada del terreno psíquico, y en el uso normal de la misma, debido a esa desviación.»* Freud insistía en que la angustia era un efecto físico de este estado de cosas, y que ni la angustia misma ni ninguno de los fenómenos somáticos que la acompañan (palpitaciones, sudor, etc.) son susceptibles de análisis psicológico.

Al referirse al hecho de por qué el resultado de este bloqueo habría de ser precisamente la angustia, Freud señaló que los concomitantes somáticos de la angustia (respiración acelerada, palpitación, transpiración, congestión, etc.) son fenómenos que acompañan al coito normal. Un año más tarde, en una carta, señalaba también que la angustia, siendo una respuesta a una obstrucción en la respiración —actividad a la que no corresponde una elaboración psíquica—, puede llegar a ser expresión de cualquier acumulación de tensión física.

En todo esto puede advertirse el prejuicio de la primera formación de Freud. Estaba a punto de dar la espalda a la fisiología y enunciar los descubrimientos y teorías derivados de su experiencia clínica en un lenguaje puramente psicológico. Pero con lo que él denominó «neurosis actuales»[35] vio una oportunidad de salvar siquiera un sector de la psicología para una explicación fisiológica.

Todavía en 1925 escribía Freud:

«Desde un punto de vista clínico, las neurosis (actuales) tienen que ser colocadas necesariamente junto a las intoxicaciones y trastornos tales como la enfermedad de Graves. Se trata de afecciones que se ori-

ginan en un exceso o en una carencia relativa de ciertas sustancias sumamente activas, ya sea producidas en el interior del cuerpo o bien introducidas desde afuera; en una palabra, de perturbaciones del quimismo corporal, de estados tóxicos. Si alguien llegara a aislar y demostrar la existencia de las hipotéticas sustancias relacionadas con las neurosis, no tendría necesidad de preocuparse por la oposición de la profesión médica. Pero no existe por el momento ninguna vía de acceso a este problema.»

Una manifestación que me hizo años más tarde proviene de esta actitud. Se trata de una predicción que hacía, mitad en serio, mitad en broma, en el sentido de que llegaría una época en la que sería posible curar la histeria (sic) mediante la administración de una droga y sin tratamiento psicológico alguno. Por otro lado, solía insistir en que se debía explorar la psicología hasta los últimos límites posibles esperando pacientemente que llegara, entre tanto, el correspondiente progreso en química biológica, y ponía en guardia a sus discípulos contra lo que denominaba «flirteo con la endocrinología».

Freud llegó a establecer una interesante comparación entre la neurosis de angustia y la histeria, que explica por qué las dos se presentan unidas con tanta frecuencia. Consideró la primera como la contrapartida somática de la segunda. «Tanto en una como en otra tiene lugar una desviación de la excitación al terreno somático, en lugar de producirse su asimilación psíquica de la misma. La diferencia consiste meramente en que en la neurosis de angustia la excitación (en cuyo desplazamiento se expresa la neurosis misma) es puramente somática (la excitación sexual somática), mientras que en la histeria es puramente psíquica (evocada por el conflicto).»

Dado que en el curso de esta biografía ya no hemos de volver al tema de las «neurosis actuales» creemos que será conveniente agregar algo más acerca de su desarrollo ulterior. En opinión de Kris, el pensamiento psicoanalítico estuvo dominado, hasta 1926, por la teoría toxicológica de Freud sobre la angustia. Esta afirmación tan extrema suscita muchas objeciones. Cierto es que la exposición nosológica hecha por Freud acerca de las dos neurosis, así como su descripción de los factores etiológicos específicos (que nunca fueron refutados) y la explicación teórica que ofreció, fueron todas incorporadas a la literatura y a las exposiciones sobre psicoanálisis. Pero mucho de esto no pasó de ser pura teoría, puesto que nada de ello halló aplicación clínica, debido, al parecer, a que nadie volvió a dar con un caso que fuera precisamente como el que Freud había descrito. Cuando en cierta ocasión llamé la atención de Freud sobre este hecho, me contestó... que tampoco él veía ahora casos como ésos, pero sí solía verlos en los comienzos de su práctica médica. En su *Autobiografía* (1925) decía: «Desde aquella época no tuve ocasión de volver a estudiar las neurosis "actuales", y tampoco se ocupó ningún otro de continuar esta parte de mi labor. Mirando ahora retrospectivamente mis primeros descubrimientos, me dan la impresión de ser los primeros y toscos esbozos de lo que probablemente consti-

tuye un tema mucho más complejo. En conjunto, sin embargo, me parece que todavía se mantiene en pie».[36]

Lo que quedó —y eso de una manera definitiva— de las primeras observaciones de Freud sobre la neurosis de angustia es la relación intrínseca, por él establecida, entre sexualidad coartada y angustia mórbida (es decir, temor excesivo frente a un peligro real). Se puede plantear la duda acerca del carácter preciso de esta relación, pero la observación empírica resultó definitiva.

Volviendo a la psiconeurosis, el terreno en que, antes que en ningún otro, Freud llegó a tener la sensación de la importancia de las perturbaciones sexuales, podemos estar seguros de que esa sensación se había ido fortaleciendo decididamente por la experiencia de los cuatro o cinco años que precedieron al momento en que por primera vez se formuló en público su convicción. Hizo esto inicialmente en un artículo titulado «Las neuropsicosis de defensa», que apareció el 15 de mayo y el 1 de junio de 1894, antes que el trabajo sobre la neurosis de angustia. Adelantaba sus sugerencias, en este artículo, con toda modestia. Observaba que en la histeria se trataba principalmente de ideas sexuales (en las mujeres) inaceptables para la personalidad. En cuanto a la neurosis obsesiva, la idea patógena era, de acuerdo con su experiencia, de índole sexual, si bien podría ser que hubiera otros casos diferentes, que él no había tenido ocasión de hallar.

En 1895 habló en el Colegio de Médicos de Viena sobre el tema de la histeria, haciéndolo en tres sesiones (14, 21 y 28 de octubre). Del trabajo, titulado *Über Hysterie* (Sobre la histeria), dice que fue bien recibido y que lo había expuesto en un estado de ánimo «muy descarado». Había hablado, realmente, sin reticencias. He aquí un ejemplo: «Tratándose de hombres previamente sanos, la neurosis de angustia tiene su origen en la abstinencia. En la mujer, se debe la mayor parte de las veces al *coitus interruptus*.» La segunda de estas conferencias, dedicada principalmente al tema de la «represión», proclamaba que «toda histeria se basa en la represión, que siempre es de contenido sexual». Al mismo tiempo anunciaba que en el tratamiento que él realizaba se podía prescindir de la hipnosis.

Al año siguiente (1896) se registra un nuevo progreso en estas ideas. En marzo aparece el cuarto de sus artículos escritos en francés, en la *Revue Neurologique*. Estaba principalmente dedicado a dirigir un ataque al punto de vista predominante en Francia de que la causa esencial de todas las neurosis es la herencia. A esto él oponía categóricamente su opinión en el sentido de que la causa específica de todas las neurosis es la existencia de alguna perturbación en la vida sexual del paciente; una perturbación en la vida corriente, como es el caso de las «neurosis actuales», o bien perteneciente al pasado del individuo, como sucede en las psiconeurosis. Dicho con más precisión, la causa de la histeria es una experiencia sexual pasiva anterior a la pubertad, es decir, una seducción traumática. Esta conclusión se basaba en trece casos ampliamente analizados. La edad propicia para tal episodio eran los tres o cuatro años, y Freud suponía que de ocurrir el mismo después de los ocho

a los diez años, no conducía a una neurosis. El mismo episodio habría sido vivido con indiferencia, o acaso con cierto grado de repugnancia o de temor. En cuanto a la neurosis obsesiva —que ilustra con seis casos, ampliamente analizados—, tenemos también una experiencia sexual previa a la pubertad, pero aquí hay dos importantes diferencias con la histeria: el haber sido placentera y activamente agresiva. Además, la experiencia obsesiva de un deseo activo parece haber sido precedida por otra anterior, de seducción pasiva. Esto explica la frecuente coexistencia de las dos formas de psiconeurosis.

El 2 de mayo de 1896 Freud hizo una exposición ante la Sociedad de Psiquiatría y Neurología de Viena, sobre etiología de la histeria, trabajo que fue publicado más tarde, en forma más extensa, durante el mismo año. La comunicación tuvo, según el mismo Freud, una acogida glacial. Kraft Ebbing, que ocupaba en esa oportunidad la presidencia, se contentó con decir: «Suena a cuento de hadas científico.» Era la penúltima vez que Freud había de leer un trabajo en Viena. La última fue ocho años después.

Se trata de un artículo valioso y amplio. Aunque no es mucho lo que en él se añade a las conclusiones que acabamos de mencionar, los argumentos son tan bien manejados y el autor se adelanta con tanta habilidad a las objeciones, que bien se puede hablar en este caso de un verdadero *tour de force* literario. En esta ocasión hablaba, evidentemente, lleno de confianza. Refiriéndose a su afirmación de que en el fondo de todo caso de histeria se ha de encontrar una o más experiencias sexuales prematuras, que corresponden a los primeros años de la infancia y que pueden ser revividas por la labor analítica aun cuando hayan transcurrido décadas enteras, agrega: «Creo que se trata de una revelación de trascendental importancia, de un descubrimiento que inicia una nueva era en la neuropatología.»

No puede pasar por alto, naturalmente, la duda acerca de si realmente han ocurrido, en cada caso, las escenas de seducción que sus pacientes reviven, y ofrece varias razones para fundar su convicción de que efectivamente es así. En una de ellas vemos evidenciarse un grado de visión psicológica que no alcanza a ser el que estamos habituados a ver en el escéptico Freud. Refiriéndose a la extremada aversión de los pacientes a revivir los contornos de esas escenas, y a su intento de negarles crédito ellos mismos, al insistir en que tienen la sensación de no recordarlas de la misma manera en que recuerdan otros materiales olvidados, agrega: «Esta última actitud por su parte parece ser absolutamente decisiva. ¿Para qué habrían de asegurarme los pacientes, de una manera tan enfática, su poca confianza en tales episodios, si, por el motivo que fuere, hubieran inventado ellos mismos las cosas que luego quieren desechar?» No pasó mucho tiempo sin que Freud estuviera en condiciones de contestar con toda facilidad a esta pregunta.

A comienzos de 1898 publicó un artículo titulado «La sexualidad en la etiología de las neurosis», que había leído en el Colegio de Médicos de Viena. En su mayor parte constituye un vigoroso alegato tendente a justificar la investigación de la vida sexual de los pacientes, y a demos-

trar la enorme importancia de esta práctica. Contiene también una defensa, bien razonada, del método psicoanalítico, en el curso de la cual define las indicaciones y limitaciones del mismo.

Dos características, empero, hallamos en este artículo, una positiva y otra negativa. Lo positivo se refiere a que por primera vez se habla allí del tema de la sexualidad infantil. Dice Freud: «Hacemos mal en ignorar enteramente la vida sexual de los niños. Según mi experiencia, los niños son capaces de todas las actividades mentales y muchas de las físicas. Así como los órganos genitales externos y las dos glándulas reproductoras no representan todo el aparato sexual del hombre, tampoco su vida sexual se inicia con el comienzo de la pubertad, como podría parecer al observador desprevenido.» Sería apresurado inferir de esta página aislada, modificada por lo que dice en algunas páginas inmediatas, que Freud ya había llegado en ese momento a la plena concepción de la sexualidad infantil. Como hemos de destacar en el capítulo 14, esto está muy lejos de ser así.

La segunda característica se refiere a la teoría de la seducción en la histeria. Si bien no hay aquí una retractación respecto a la misma, no hay tampoco ninguna mención de este tema, que tan fundamentalmente había preocupado a Freud en los últimos tres años y que bien poco antes había significado el comienzo de una nueva era para la neuropatología. Algo muy importante debió de ocurrir.

Llegamos en este punto a una de las grandes líneas divisorias en nuestro relato. Freud acababa de descubrir en parte la importancia de las fantasías.

Dos años antes había expresado la opinión de que los ultrajes relatados a menudo por histéricos adultos eran ficciones que surgían de las huellas endémicas del trauma que habían sufrido en la infancia. Pero hasta la primavera de 1897 seguía manteniendo firmemente su creencia en la realidad de dichos traumas infantiles, tan poderoso fue el efecto de las enseñanzas de Charcot acerca de las experiencias traumáticas y tanta la seguridad con que las reproducían las asociaciones de los pacientes. En esa época comenzaron a filtrarse en el ánimo de Freud algunas dudas al respecto, si bien no hay ninguna mención de las mismas en los informes que periódicamente enviaba a su amigo Fliess acerca de sus adelantos. Pero de pronto decidió confiar a éste un «gran secreto que se refiere a algo que en los últimos meses he comenzado a entrever». Era la terrible revelación de que la mayor parte de los episodios de seducción durante la infancia —no todos— que los pacientes le habían revelado, y sobre los cuales había edificado toda su teoría de la histeria, no habían ocurrido jamás. Fue este un momento decisivo en su carrera científica, que puso a prueba toda su integridad, su coraje y su visión psicológica. Había llegado el momento de comprobar si se podía seguir confiando en su método psicológico, sobre el cual lo había fundado todo. Fue éste el momento en que Freud alcanzó su culminación.

La carta en que hace este anuncio a Fliess (21 de septiembre de 1897) es tal vez la más valiosa de toda esta colección que afortunadamente se ha salvado. Daba en ella cuatro razones en las que se funda-

ban sus crecientes dudas. En primer lugar, sus numerosos desengaños en cuanto no podía completar debidamente los análisis. Los resultados eran imperfectos tanto desde el punto de vista científico como del terapéutico. Luego, el asombro que le producía verse en el caso de pensar que los padres de todos sus pacientes eran proclives a perversiones sexuales. Esta manera de conducirse tendría que haber sido mucho más común que la histeria misma, dado que esta dolencia era resultado de la acción de varios factores concurrentes. En tercer lugar, percibía claramente que en el inconsciente no existe un criterio sobre la realidad, de manera que no hay modo de distinguir la verdad de la ficción afectiva. En cuarto lugar, el hecho de que tales recuerdos no surgían en los delirios de la psicosis, ni aun en los más graves.

Si bien había estado indagando intensivamente, en los últimos meses, las fantasías sexuales referentes a la infancia, seguía creyendo firmemente, al mismo tiempo, en los episodios de seducción como hechos reales. Renunciar a esta creencia debió de representar algo así como una dolorosa separación, y es muy posible que el factor principal que precipitó el cambio fuera su propio autoanálisis, que Freud había iniciado en junio de ese año tan decisivo. Poco habrá de extrañar, por lo tanto, que sintiera la necesidad de viajar a Berlín, aunque sólo fuera durante veinticuatro horas, para consultar con su mentor.

El resto de la carta mantiene un tono de sostenida excitación, si bien no deja de hacer la triste reflexión de que, al verse obligado ahora a renunciar a su clave de los secretos de la histeria, sus esperanzas de llegar a ser un médico famoso y de éxito se venían al suelo. «Cambiaré las palabras de Hamlet —"Estar preparado..."— por estas otras: "Estar alegre lo es todo". Verdad es que yo podría sentirme muy descontento. La esperanza de alcanzar fama duradera, la seguridad de la riqueza y de una completa independencia, la idea de viajar, de ahorrar a mis hijos las duras preocupaciones que a mí me robaron mi juventud, todo eso era una perspectiva muy hermosa, y dependía de que resolviera los problemas de la histeria. Ahora, una vez más, puedo resignarme modestamente a las preocupaciones y las economías de todos los días.»

En 1914 Freud describía en los siguientes términos su situación frente al descubrimiento que acababa de hacer:

«Cuando dicha etiología se vino abajo, porque ya de ningún modo parecía probable y porque se hallaba en contradicción con hechos muy claramente comprobables, la primera consecuencia fue una sensación de impotencia y perplejidad. Siguiendo por un sendero correcto, el análisis me había llevado hacia los traumas sexuales y sin embargo, éstos no eran reales. La realidad se me escapaba bajo los pies. Gustoso hubiera abandonado, en ese momento, todo el asunto tal como había hecho Breuer, mi estimado predecesor, cuando hizo su incómodo descubrimiento. Acaso he continuado solamente porque no podía hacer otra cosa y no podía en ese momento comenzar con ninguna otra. Me hice finalmente la reflexión de que no hay derecho, después de todo, a desesperarse por el hecho de ver defraudadas las esperanzas cifradas en

algo. Es necesario revisar esas esperanzas. Si los histéricos hacen derivar sus síntomas de traumas ficticios, este nuevo hecho significa que crean tales episodios en su fantasía, y que la realidad psíquica debe ser tomada en cuenta, al mismo tiempo que se toma en cuenta la verdadera realidad.»

Resulta muy interesante destacar que este dramático relato no se compagina del todo con la descripción que de sí mismo hace en la carta que hace poco citamos, de la época de esos acontecimientos. En ella admite, es cierto, una cosa: «No sé dónde estoy, dado que no he llegado a alcanzar la comprensión teórica de la represión.» Pero esto parece ser lo único que le perturbaba. Refiriéndose a su perplejidad en cuanto al mecanismo teórico de la represión, comenta:

«Si estuviera deprimido o cansado, estas dudas podrían aparecer como signos de debilidad. Pero puesto que mi estado de ánimo es completamente opuesto a eso, tengo que considerarlas como consecuencia de un trabajo intelectual honrado y enérgico, y sentirme orgulloso de mi capacidad crítica en medio de tal concentración. Después de todo, estas dudas no son quizá más que un episodio en el progreso hacia un conocimiento mayor.»

En cuanto al reconocimiento de su gran error, que tan lejos le había llevado, Freud confiesa, sorprendido, que no se siente de ningún modo avergonzado, aun cuando —agrega— bien podría estarlo. Y aquí viene un párrafo encantador: «No lo digas en Gad, no lo pregones en las calles de Ascalón, en el país de los filisteos, pero aquí, entre tú y yo, tengo más bien la sensación de una victoria que de una derrota.»

Bien podía sentirse exaltado, ya que con la nueva visión alcanzada estaba a punto de iniciar la exploración de todo el amplio campo de la sexualidad infantil y de dar cima a su teoría de la psicología del sueño, sus dos hazañas más importantes. El año 1897 fue el año culminante en la vida de Freud.

12. La psicopatología primitiva (1890-1897)

Hacia 1890 Freud había tenido que renunciar por algunos años a todo trabajo futuro de laboratorio en neurohistología, y si bien se había convertido en un neurólogo competente, no parece haber llegado, en ningún momento, a interesarse seriamente en la clínica neurológica. La práctica privada de la profesión —de la que dependía para ganarse el sustento— le traía, afortunadamente, como es lo corriente, principalmente pacientes neuróticos. En cierto modo la clínica neurológica nunca le pareció «científica», y él anhelaba volver al trabajo «científico». No todas las veces resultaba claro qué es lo que entendía por ese término en este sentido, pero sí puede decirse que tenía en alto concepto la anatomía del cerebro. No se trataba simplemente de «investigación original», sino de algo más fundamental, que se refería, probablemente, a toda investigación que pudiera arrojar alguna luz sobre la naturaleza del hombre, sobre la relación entre cuerpo y psique, sobre el problema de cómo el hombre llegó a ser un animal consciente de sí mismo.

El único de sus trabajos en neurología que le merecía una buena opinión fue el que realizó sobre la afasia, y dado que el habla es la única función en que puede caber la pretensión de relacionar mente y cerebro (a partir del descubrimiento de Broca, que estableció su localización en el lóbulo frontal), es fácil comprender el interés de Freud en el tema.

A diferencia de lo que le ocurría con la clínica neurológica, Freud sentía un profundo interés en la clínica psicopatológica. Las cosas que en este terreno le fue dado observar y descubrir constituían fascinantes problemas intelectuales de por sí, pero el interés que esto encerraba quedaba relegado a un segundo plano frente a su grandioso plan de formular una amplia teoría de las manifestaciones neuróticas. Y esto, a su vez, llegó a absorber a Freud —como es fácil de entender— porque esperaba que pudiera aclarar, la estructura y el funcionamiento de la mente en general.

En esto había un verdadero genio. Mientras otra gente consideraba —y aún considera— las neurosis como meras anormalidades, como enfermedades que representan desviaciones de lo normal, Freud debe haber adivinado, desde muy temprano, no sólo que representan simplemente una variante del funcionamiento psíquico, sino que además proporcionan una vía de acceso a capas profundas de «la mente», es decir, de todas las mentes. Tuvo la percepción de que la psicopatología habría de convertirse en una amplia vía de acceso a la psicología en general, al tiempo que, posiblemente, en la más factible de utilizar. En uno de sus

artículos de 1896 habla, en efecto, de la futura «psicología de la neurosis», con lo que quiere exaltar la psicología «para abrir camino a la cual poco han hecho los filósofos».

Una y otra vez, con el correr de los años, los adversarios de Freud habrían de basarse en la fuente de sus conocimientos para negar toda validez a sus generalizaciones. ¿Cómo podría tener alguna validez para las personas mentalmente sanas cualquier cosa que se dedujera de los estados anormales y «de enfermedad»?

Freud mismo, desde muy temprano —en sus *Estudios sobre la histeria*—, había invalidado esta objeción: «En una tarea de esta índole —decía— es necesario desembarazarse, por supuesto, de todo prejuicio acerca de que estamos frente a cerebros anormales y "desequilibrados", cuyo estigma, enteramente privativo, consistiría en la libertad de eludir las leyes psicológicas corrientes de la asociación de ideas, o en quienes cualquier idea, sin motivo alguno, puede adquirir una intensidad indebida, a la par que otra idea cualquiera, sin razón psicológica alguna, puede resultar indestructible. La experiencia nos demuestra que lo que ocurre en la histeria es precisamente lo opuesto. Tan pronto como se han revelado los motivos ocultos —que a menudo se han mantenido inconscientes— y se ha tomado debida cuenta de ellos, nada queda en el histérico, en la forma de conexión de sus pensamientos, que sea enigmático o quede fuera de toda ley.»

La actitud de Freud frente a la sexualidad nos hace ver a una nueva luz las cosas que fundamentalmente le interesaban y los motivos que le impulsaron a proseguir sus investigaciones, una luz que además nos permite enfocar más claramente las consideraciones anteriormente hechas. Por un lado, no hay duda de que se sentía muy excitado ante su descubrimiento de que los factores sexuales desempeñan un papel esencial en la producción de la neurosis —y repito que es «esencial» porque a menudo se ha admitido que fueran factores ocasionales— y que se propuso, como uno de sus objetivos capitales, desarrollar en todos sus detalles su teoría de la libido en las neurosis. Por otro lado, sus descripciones de la actividad sexual son tan escuetas que muchos lectores las han considerado áridas y carentes de todo valor. Por todo lo que conozco de Freud, yo diría que en este tema comúnmente tan absorbente demostraba mucho menos interés personal que el que se ve en el común de la gente. No se podría hablar nunca de delectación, ni siquiera de haber comunicado cierto «sabor» a sus exposiciones sobre tópicos sexuales. En un salón de club corriente estaría fuera de ambiente, ya que raramente contaba chistes sexuales, y cuando lo hacía era porque encerraba algo que podía servir para ilustrar un tema de carácter general. Daba siempre la impresión de ser una persona excepcionalmente casta —la palabra «puritano» no estaría fuera de lugar— y todo lo que sabemos del desarrollo de sus primeros años confirma ampliamente este concepto.

Debe ser ésta, en efecto, la explicación de su inocente y casi ingenua sorpresa cuando el anuncio de sus descubrimientos en este terreno encontró una recepción tan fría.

«Al principio no percibí la peculiar naturaleza de lo que había descubierto. Sin pensarlo, sacrifiqué, desde que comencé con esto, mi popularidad como médico y la posibilidad de lograr una amplia clientela entre los enfermos de los nervios, por mis inquisiciones acerca de los factores sexuales implicados en la génesis de sus neurosis. Esto me aportó una serie numerosa de nuevos hechos que confirmaron definitivamente mi convicción sobre la importancia práctica del factor sexual. Sin prevención alguna, hablé ante la Sociedad de Neurología de Viena, y luego bajo la presidencia de Krafft-Ebbing, esperando verme compensado, por el interés y el reconocimiento de mis colegas, de las pérdidas materiales a que me había expuesto voluntariamente. Me ocupé de mis descubrimientos como de aportaciones corrientes a la ciencia, y confiaba encontrar igual espíritu en los demás. Pero el silencio con que fueron recibidas mis exposiciones, el vacío que se iba formando respecto a mi persona y las insinuaciones que poco a poco fueron llegando hasta mí me hicieron comprender paulatinamente que no se puede esperar que la exposición de los puntos de vista acerca del papel que desempeña la sexualidad en la etiología de las neurosis encuentre la misma acogida que otras comunicaciones. Comprendí que desde ese momento yo formaba parte de aquellos que «han perturbado el sueño de la humanidad», como dice Hebbel, y que no podría esperar objetividad ni tolerancia. Pero como, a pesar de todo, crecía constantemente mi confianza en que, en términos generales, eran correctas tanto mis observaciones como las conclusiones a que llegué, y mi confianza en mi propio criterio era firme, no menos firme que mi coraje moral, no cabía duda ya sobre el carácter de la situación creada. Llegué a la convicción de que me había tocado en suerte descubrir ciertas relaciones particularmente importantes, y estaba preparado para aceptar el destino que a veces va unido a semejantes descubrimientos.»

Ya en 1893, en el artículo sobre parálisis histérica, además de los conceptos sobre diagnóstico, más técnicos, hay dos ideas generales que pertenecen a la esfera de la psicopatología. Cuando se usa la expresión «afección funcional de la corteza», como en efecto lo hacen todavía algunos neurólogos, un patólogo entenderá por ello una lesión localizada y temporaria, aun cuando no fuera visible en la autopsia. Hay muchas de estas lesiones, como las producidas por un edema o por anemia, de modo tal que una parálisis histérica del brazo se debería a una afección del centro del brazo, próximo a la fisura de Roland. Con harto vigor y lucidez, Freud combatió este concepto. Habiendo demostrado recientemente que una parálisis histérica difiere netamente de una parálisis orgánica en el hecho de estar distribuida no en concordancia con los hechos anatómicos, sino de acuerdo con el concepto mental «brazo», sostenía que la única explicación posible es que el concepto mental «brazo» ha sido disociado, en este caso, del resto de la conciencia. Se trata de una ruptura en las asociaciones mentales.

Antes de eso, ese mismo año, había aparecido su «comunicación preliminar», escrita en colaboración con Breuer. Es aquí donde encon-

tramos su famosa sentencia: «Los histéricos sufren principalmente de sus reminiscencias.» Se conserva aquí la idea —que es ampliación de la de Charcot— de que la causa de los síntomas histéricos es un trauma mental, pero aclarando al mismo tiempo que el agente operante no es el trauma mismo, sino su recuerdo. El trauma no es un factor evocador ni principiante, sino que actúa —a través de su huella mnémica— a la manera de un cuerpo extraño que sigue irritando a la psique. En los *Estudios sobre la histeria* rectifica esta analogía médica: «La organización patógena no actúa realmente como un cuerpo extraño, sino que se asemeja mucho más a una infiltración. Debe entenderse, en esta comparación, que la resistencia es el material que se va infiltrando. La terapéutica, en efecto, no consiste en extirpar algo —no podría hacerlo actualmente— sino en disolver la resistencia, abriendo así un camino para la circulación en un territorio que hasta ahora se mantenía cerrado.»

Todo esto está unido a las experiencias prácticas de Freud y de Breuer en el uso de la catarsis. Binet había señalado que la terapéutica de sugestión es más eficaz cuando se hace retrotraer la atención del paciente al momento en que por primera vez había aparecido el síntoma, pero nadie había relacionado, antes de Breuer, esta vinculación entre el síntoma y el pasado del sujeto con el hecho de la abreacción. En los *Estudios,* insistían Breuer y Freud en que el simple recuerdo, sin una abreacción *afectiva,* es de escaso valor terapéutico, para ocuparse a continuación de la naturaleza y significado de la abreacción. Cuando no existe obstáculo para ello, la perturbación psíquica del trauma puede ser suprimida ya sea mediante una absorción general dentro del complejo total de las asociaciones mentales o bien por los conocidos recursos que permiten «desprenderse» (*to work off*) de las emociones y descargarlas.

Esta «dispersión» del afecto puede verse impedida en dos circunstancias diferentes. 1) Las situaciones sociales pueden hacer imposible la expresión de la emoción, o bien el trauma puede haber estado ligado a algo personalmente tan penoso que el paciente puede haberlo «reprimido» voluntariamente. Es ésta la primera ocasión en que se registra el término *verdrängt* (reprimido) en los trabajos de Freud. Inmediatamente el término adquirió un significado más técnico. En cuanto al trauma mismo, se especifica que se trata de miedo, vergüenza o dolor psíquico. 2) El trauma puede haberse producido durante uno de esos estados de «distracción» mental para los que Breuer acuñó el término genérico de «estado hipnoide». La característica de los mismos era, según el propio Breuer, una intensa actividad de ensoñación (sueño diurno), unida o bien a una pena o a pensamientos sexuales. Si bien en el artículo escrito en común Freud suscribió —no de buen grado— la afirmación de que «la existencia de los estados hipnoides constituye la base y la condición de la histeria», cada vez tuvo mayores dudas al respecto, y en el capítulo sobre psicoterapia en los *Estudios* —escrito dos años más tarde— expresaba la opinión de que el acto defensivo (de represión) *precede* a cualquier estado de aquella índole. Un año más tarde repudió abiertamente el concepto. Terminó por ser totalmente reemplazado por su doctrina de la «defensa» («represión»).

La «comunicación preliminar» —como su título completo ya lo indica— se propone describir simplemente los mecanismos de los síntomas histéricos, no las causas íntimas de la afección misma. Sin embargo, menos de tres años más tarde vemos a Freud sosteniendo, en una carta dirigida a Fliess, que se cree «capaz de curar no sólo los síntomas de la histeria, sino incluso la predisposición neurótica a la misma». Esto le procura un moderado placer. No ha vivido cuarenta años en vano. Ya anteriormente, en verdad, había expuesto, en una conferencia sobre la histeria dada ante el Mädizinisches Doktorencollegium de Viena (el 28 de octubre de 1895) las razones por las cuales creía que esto era posible. Expuso allí que las únicas represiones que se producen después de la pubertad son las relacionadas con la primera infancia, sin que puedan ocurrir otras enteramente nuevas. De este modo si se liberaba debidamente las primeras, la neurosis podía ser finalmente eliminada. He aquí una alegoría que se permitió exponer en esa ocasión: «Produce la impresión de estar frente a un demonio que se resiste, luchando, a exponerse a la luz del día, porque sabe que esto equivaldrá a su fin.»

Antes de esto, sin embargo, Freud había publicado, en una nota a uno de los libros que tradujo de Charcot, lo que constituye realmente la *primera exposición* de la nueva teoría sobre los síntomas histéricos. A este respecto, quizá resulte interesante transcribir el siguiente párrafo:

«He tratado de comprender el problema de los ataques histéricos de una manera que no fuera la simplemente descriptiva, y luego de examinar histéricos durante la hipnosis he llegado a nuevos resultados, algunos de los cuales me atrevo a mencionar aquí: el núcleo del ataque histérico, sea cualquiera la forma que éste tome, es un recuerdo, la vivencia alucinatoria de un episodio que fue importante para la eclosión de la enfermedad. Este proceso es el que se hace evidente en la frase conocida como *attitudes passionnelles,* pero no falta tampoco allí donde el ataque puede consistir únicamente en fenómenos motores. El *contenido del recuerdo* está constitutido por el *trauma* psíquico, que, o bien ha sido lo bastante intenso, como tal, para provocar el ataque histérico, o está representado por un acontecimiento convertido en trauma por el hecho de producirse en determinado momento.»

Es necesario reconocer con toda claridad que Freud no solamente sentía interés por la psicopatología, por cuanto ésta encerraba la posibilidad de un nuevo enfoque de la psicología, sino que además, y desde el primer momento, sus teorías en este terreno se hallaban entretejidas con hipótesis psicológicas y principios de carácter general.

De los trabajos publicados por Freud en el período 1893-98 —aproximadamente doce— hay tres que tienen especial importancia en cuanto al desarrollo de su psicopatología, y vamos a ceñirnos, por lo tanto, a ellos. Se trata de los dos artículos sobre las neuropsicosis de defensa y el de la etiología de la histeria.

En el primero de estos artículos, publicado el año antes de los *Es-*

tudios sobre la histeria, Freud pensaba todavía en que existían tres formas de histeria: de defensa, hipnoide y de retención, respectivamente. La primera de estas formas, que pronto habría de desalojar completamente a las otras dos, era ya, desde entonces, la que a su juicio tenía mayor importancia. De acuerdo con lo que allí expone, el objetivo de la defensa contra la idea penosa —el proceso que luego denominó «represión»— era el de debilitarla despojándola de su efecto, mediante la canalización de la energía de ese efecto por vías somáticas. Para designar esto propuso el término de «conversión». «La huella mnémica» del trauma continúa, aun después de eso, aislada del resto de la mente, y puede, de hecho, convertirse en núcleo de un sistema secundario. El afecto desplazado, sin embargo, puede regresar, algunas veces, de la inervación somática a la idea a la que primitivamente estuvo unida, y en tal caso la consecuencia puede ser un ataque histérico.

Freud expuso las razones por las cuales rechazaba la teoría de Janet sobre la histeria, según la cual se trataría de una debilidad mental congénita que facilitaría el desdoblamiento de la conciencia. Aprobaba, en cambio, lo afirmado por Strümpell, en el sentido de que «en la histeria la perturbación reside en la esfera psico-física, donde cuerpo y mente se hallan en mutua conexión». Al explicar los síntomas histéricos como una realidad mental congénita, que facilitaría el desdoblamiento de la consciencia, Freud debe haberse sentido muy cómodo en cuanto se refiere a la relación entre fisiología y psicología que ofrecía en su teoría.

Parece probable que su concepto de «conversión» haya tenido su origen en las investigaciones que Freud había llevado a cabo siete años antes, sobre la naturaleza de las parálisis histéricas. Su conclusión más importante había sido, en efecto, que representaban más bien ideas que lesiones anatómicas, es decir, que la manifestación somática estaba reemplazando algo que era de carácter psíquico. En los sujetos no predispuestos para esta manera somática de dominar el afecto, la defensa contra la idea penosa da como resultado que el afecto unido a la misma sea reemplazado por alguna otra idea, indirectamente asociada a ella, más tolerable que la anterior y que a su vez queda cargada de una cantidad excesiva de afecto. Aquí usó también los términos «dislocado» y «transportado» por «desplazado». Este es el mecanismo de las obsesiones.

Cuando la idea penosa se halla indisolublemente ligada a la realidad externa, la defensa contra aquélla desemboca en una negación de la realidad, es decir, una psicosis alucinatoria.

Los otros dos trabajos aparecidos dos años más tarde (1896) demuestran un considerable progreso en la exposición de las teorías de Freud. Le vemos ya próximo aquí al apogeo de su capacidad, si bien sus descubrimientos mas importantes habrán de tener lugar uno o dos años más tarde.

En sus «Nuevas observaciones sobre la neuropsicosis de defensa», la «defensa» es considerada, ya en la primera página, «el núcleo del mecanismo psíquico» de la psiconeurosis, y comienza a tomar el nombre

de «represión». Ambos términos son usados indiscriminadamente, porque fue apenas un par de años más tarde cuando Freud estudió, o acaso apenas reconoció entonces, las otras diferentes defensas, aparte de la represión.

En conexión con la neurosis obsesiva aparecen las conclusiones más nuevas e interesantes. Freud comenzaba con esta sencilla fórmula: *Las ideas obsesivas son invariablemente autorreproches que han vuelto a emerger de la represión en una forma transmutada y que se relacionan siempre son un acto sexual llevado a cabo con placer en la infancia.* A continuación expone el origen y el curso de los acontecimientos de la manera clásica. Pocas indicaciones hay de lo que haya sucedido en el primer periodo. En el segundo, en los comienzos de la «maduración» sexual (psíquica), que a menudo es prematura (de ocho a nueve años), el recuerdo de las actividades (originariamente placenteras) no se acompaña de autorreproches, sino de un *síntoma de defensa primaria* que aparece entonces: una excesiva «autoconsciencia», un sentimiento de vergüenza y de desconfianza de sí mismo; en suma, lo que ahora se designaría con el nombre de «defensa caracterológica». El tercer período, que es de aparente salud, podría llamarse de *defensa con éxito.* El cuarto período, el de la enfermedad propiamente dicha, se distingue por el *retorno de los recuerdos reprimidos,* es decir, por el fracaso de la defensa.

Los recuerdos reanimados y los reproches que a ellos van unidos nunca aparecen, sin embargo, en la consciencia sin experimentar alguna modificación. Tanto la idea obsesiva como el autorreproche que los reemplazan son formaciones de transición, en cuya composición entran materiales tanto de las ideas reprimidas como de las represoras.

Encontramos aquí mencionados por primera vez dos mecanismos psíquicos que desde entonces han sido siempre importantes en toda teoría psicoanalítica: la «formación transacional» y el «retorno de lo reprimido».

En este mismo aspecto, encontramos otras dos importantes manifestaciones: 1) que la represión proviene del yo, y 2) que no solamente la huella mnémica original puede ser reprimida, sino también los autorreproches mismos, es decir, derivados de la consciencia. Durante muchos años se prestó poca atención a esta última consideración en psicoanálisis, dedicado, en sus comienzos, a investigar el contenido sexual de las ideas reprimidas. No es de extrañar que durante mucho tiempo el público creyera que, según el psicoanálisis, el inconsciente no era otra cosa que dicho contenido; en verdad, nada más que un receptáculo de cosas inicuas. Solamente cuando Freud, un cuarto de siglo más tarde, estudió el superyo, pudo restablecerse el equilibrio, porque se pudo afirmar que el inconsciente contenía elementos tanto de lo más «elevado» como de lo más «bajo» que hay en el hombre.

Freud distingue dos formas primarias en neurosis obsesiva: una en la que el autorreproche, desplazado de la idea ordinaria, se une a otra, asociada a la primera, y que ya no es una idea sexual, y otra forma en que el afecto mismo del autorreproche ha sido transformado en otro

afecto, la mayor parte de las veces en una angustia mórbida. Freud proporciona una lista de variedades de esta última forma.

Hay una tercera forma de esta neurosis, que se caracteriza por síntomas de defensa secundaria. Se trata de diversas medidas de protección, que adquieren, si tiene éxito, un sentido de compulsión, cuyo resultado típico son los actos obsesivos, de sentido «apotropaico»

El artículo terminaba con una luminosa comparación y contraposición de los mecanismos de la paranoia y los de la neurosis obsesiva. Esto constituyó la primera incursión de Freud en el terreno de las psicosis. Tras observar que había estudiado varios casos de esa índole, ofrecía el análisis detallado de un caso de paranoia crónica, en una mujer de treinta y dos años, casada. Insistía especialmente en que la relación entre los síntomas y los pensamientos era tan factible de demostrar que justificaba su intento de definir estos casos con el nombre genérico de «neuropsicosis de defensa». Usó el término «proyección» para describir el mecanismo psicológico más característico de la paranoia, y explicó por qué esta enfermedad no engendra defensas secundarias como lo hace la neurosis obsesiva. La razón de ello es que el yo ya no puede protegerse más y tiene que avenirse a verse modificado por la aceptación de los síntomas producidos por el «retorno de lo reprimido», síntomas que constituyen los delirios. Sugirió, además, que la aparente debilidad de la memoria en estos casos no es un proceso destructivo, sino funcional y producido por la represión.

Freud había hecho también un intento, no muy feliz, de explicar la génesis de la melancolía. No se publicó nunca, y lo conocemos por una carta, fechada en enero de 1895. Dividía la melancolía en tres grupos: la verdadera, del tipo periódico o circular, la melancolía neurasténica (relacionada con la masturbación) y la melancolía combinada con angustia grave. En la actualidad, las dos últimas merecerían simplemente el nombre de depresión. Le impresionó la relación con el duelo —punto que desarrolló con éxito años después— y de esta forma definió la melancolía como aflicción a causa de cierta pérdida —probablemente de libido—. Insistió en la existencia de una estrecha relación entre anestesia sexual y «melancolía». Su explicación era en parte fisiológica. Cuando la libido pierde vigor, se produce una retracción de energía de las «neuronas» asociadas, y el dolor de la melancolía se debe a la disolución de las asociaciones.

No se sentía satisfecho todavía, en esa época, con la base teórica de la represión. Se planteaba, por ejemplo, la pregunta de cómo era que la represión solamente podía operar sobre ideas sexuales (suponiendo ésta un poco dudosa, como más tarde pudo verse). Sugirió como posible explicación que las experiencias sexuales de la primera infancia carecían del valor afectivo que más tarde tendrán las mismas experiencias después de la pubertad (cosa también sumamente dudosa). En el recuerdo ulterior de las mismas, reforzado por las emociones más intensas que siguen a la pubertad, lo que se reprime es el recuerdo, y agregaba: «Una relación inversa de esta índole, entre la experiencia misma y el recuerdo, parece ser la condición psicológica de la represión.» Pro-

bablemente tenía razón, sin embargo, cuando afirmaba que «la "represión" del recuerdo de un episodio sexual penoso en una época más madura sólo es posible en aquellas personas en quienes esta experiencia puede reactivar la huella mecánica de un trauma infantil.»

Como ya dijimos antes, Freud concibió indudablemente el concepto de «represión» como una simple referencia y en relación con la observación del enorme esfuerzo que realizaban los pacientes en su «resistencia» a permitir la resurrección de los recuerdos sepultados: la una es el reverso de la otra. Pero bien puede ser que la insatisfacción de Freud en cuanto a la base teórica del concepto tuviera su origen en su antiguo deseo de unir la concepción fisiológica a la psicológica. Después de todo, el concepto fisiológico de «inhibición», que Freud había de exponer ampliamente años después, no es enteramente lejano del de «represión». La diferencia principal reside en que mientras en la primera el acento se carga en la coartación de la función, en la segunda pesa sobre la disociación de la misma, en tanto que su actividad continúa. El mismo Meynert, maestro de Freud, había hecho un intento, un tanto extraño, de traducir la inhibición fisiológica en términos psicológicos, e incluso morales.

El otro artículo importante, de los tres que hemos mencionado, comenzaba poniendo de relieve que el origen de un síntoma histérico sólo puede ser aceptado como tal si llena las dos condiciones siguientes: debe poseer la debida *cualidad de causa determinante* y un apropiado *poder traumático*. Ilustraba este aserto con el caso del vómito histérico debido a un episodio provocador de asco. No podría explicarse, en cambio, por un episodio de descarrilamiento ferroviario que se descubre en la historia del paciente, cosa que podría llenar la segunda condición, pero no la primera; ni por el de haber comido una fruta podrida, recuerdo que podría llenar la primera condición, pero no la segunda. La mayor parte de las experiencias que coincidían en el tiempo con el comienzo de los síntomas llenan una u otra de estas dos condiciones —rara vez ambas— y bastante a menudo ninguna de las dos. Es así como resulta deficiente, en estos casos, el resultado terapéutico.

Pero aquí nos encontramos otra vez con una de esas situaciones frente a las cuales otro hombre podría haberse desanimado, o haber abandonado, incluso, la tarea comenzada. Pero cierta intuición, basada presumiblemente en sus creencias en el determinismo de las asociaciones mentales, le decía que el molesto enredo a que se había llegado podía deberse a que fuera incompleta la investigación sobre los recuerdos que él mismo habría de llamar «recuerdos encubridores», es decir, aquellos detrás de los cuales quedan sepultados otros que son más importantes. Esta suposición resultó correcta, y una investigación más a fondo puso de manifiesto tres cosas: 1) que no hay ningún caso de histeria que se produzca a consecuencia de una única experiencia. Se trata de una concurrencia de recuerdos («sobredeterminación»). A esta regla le atribuía el carácter de absoluta. 2) Que las experiencias importantes son invariablemente de carácter sexual y corresponden a la primera infancia. Este es el primer artículo en que Freud habla de la vida sexual de

los niños. 3) Que la cadena de asociaciones presenta un grado de complicación casi increíble. La comparó a un árbol genealógico en el que se registran muchos casamientos entre los miembros que lo integran.

La llamada exageración histérica de las emociones sólo existe, pues, en apariencia. Si se las investiga hasta alcanzar su origen se comprueba que son adecuadas y comprensibles.

Distinguir las diferentes afecciones psiconeuróticas entre sí, y por otro lado, los diferentes factores etiológicos de las mismas, era un problema que preocupaba mucho a Freud por esos años, y a él volvió más tarde, en un importante ensayo (1912). El 1 de enero de 1896 enviaba a Fliess un manuscrito dedicado principalmente a este problema. En él describía cuatro tipos de desviación patológica de los afectos normales: 1) Conflicto (histeria), 2) autorreproche (neurosis obsesiva), 3) mortificación (paranoia) y 4) aflicción (amencia alucinatoria aguda —«amencia de Meynert»)—. El fracaso en la solución satisfactoria con respecto a estos afectos depende de dos condiciones que no pueden faltar: experiencias *sexuales* durante la *infancia.*

El factor etiológico específico de la neurosis obsesiva es una experiencia (pasiva) desagradable de la primera infancia, seguida más tarde por otra agradable (y habitualmente activa). A continuación enumeraba las diversas manifestaciones de las tres etapas de la afección: la defensa primaria, los síntomas que surgen del compromiso y las defensas secundarias.

En la paranoia hay un autorreproche, pero el efecto desagradable de la primitiva experiencia sexual es proyectado sobre otra persona, dando lugar de este modo a la aparición del síntoma primario de desconfianza. El «retorno de lo reprimido» da lugar a síntomas que tienen el carácter de compromiso (deformado), pero se imponen al yo y originan lo que Freud denominó «delirios de asimilación», por los que el yo acepta el material extraño.

En la histeria el yo sucumbe al carácter desagradable de la experiencia original, en tanto que en la paranoia esto solamente ocurre al final. De manera que la primera etapa puede denominarse «histeria de terror», elocuente ilustración de la importancia que adquiere una angustia intensa ocurrida durante la primera infancia. Tanto la represión como la estructuración de síntomas defensivos se relacionan más bien con el recuerdo de una remota experiencia.

En una carta del 2 de mayo de 1897 había expuesto que en la histeria lo que es reprimido no son tanto los recuerdos como tales, sino más bien impulsos derivados de las experiencias primarias. Se advierte aquí una concepción realmente dinámica, una verdadera vislumbre de su ulterior concepción de un «ello» elemental. Discernía ahora las siguientes diferencias entre la psiconeurosis en cuanto a lo que irrumpe en la consciencia y constituye los síntomas: en la histeria son los recuerdos, en la neurosis obsesiva, los impulsos perversos; y en la paranoia, las fantasías defensivas.

En noviembre de ese año Freud sugirió a Fliess que la elección de neurosis dependía de la etapa de desarrollo en que tuvo lugar la repre-

sión. Dos años más tarde (9 de diciembre de 1899) admitía que hacer depender la elección de una neurosis de la edad del niño representaba una fórmula demasiado simplista, y que tenía más importancia la etapa del desarollo sexual, idea que fue tomando forma más definida en años ulteriores.

En una carta del 18 de noviembre de 1897 se advierte una clara visión de la verdadera significación de los factores corrientes de neurosis, tema que dio lugar a muchos malentendidos, con Jung entre otros. Freud manifestaba que la afección sólo puede originarse cuando la libido flotante (desviada de su curso a causa de las experiencias primitivas) se combina con motivos de valor corriente. Es el comienzo del concepto que más tarde denominó *sekundärer Krankheitsgewinn* («beneficio secundario de la enfermedad»).

13. El periodo Fliess (1887-1902)

Llegamos ahora a la única experiencia realmente extraordinaria de la vida de Freud. En efecto, las características de su infancia, si bien importantes desde el punto de vista psicológico, pueden considerarse sin duda insólitas, pero no extraordinarias. Aun el hecho de que un hombre de mediana edad que ha hecho un matrimonio feliz y tiene seis hijos, contraiga una apasionada amistad con un hombre manifiestamente inferior a él en calidad intelectual y durante varios años subordine sus propios juicios y opiniones a los de este hombre, si bien es poco común, tampoco llega a ser enteramente raro. Pero el hecho de liberarse mediante la elección de un sendero hasta entonces no hallado por ser humano alguno, y mediante la heroica tarea de explorar el propio inconsciente; eso sí es extraordinario, y lo es en el más alto grado.

Todo el episodio que se relaciona con Fliess es bastante dramático, y aun lo es, en menor grado, desde luego, la forma en que llegó a ser revelado al mundo. Freud destruyó las cartas que le había escrito Fliess, pero éste conservó las de Freud. En 1928, poco después de la muerte de Fliess, la viuda de éste vendió a un librero de Berlín, llamado Reinhold Stahl, un conjunto de 2.844 cartas, de índole extremadamente privada, junto con notas de carácter científico y manuscritos de Freud, que éste mandaba, de tanto en tanto, a su amigo. Pero fue condición estricta impuesta por la viuda que las cartas no pasaran a manos de Freud, puesto que sabía que éste las habría destruido inmediatamente. En la primera época, tanto Freud como su mujer se habían encariñado bastante con la señora Fliess; pero pasado algún tiempo, ésta comenzó a evidenciar crecientes sentimientos de celos por la íntima relación entre los dos hombres, e hizo todo lo que estuvo en sus manos para arruinarla. A ello fue en cierto modo estimulada nada menos que con la ayuda de... ¡Breuer! Al final, Freud la tacharía de «mala mujer». Pero sería injusto no considerar el punto de vista en que ella se colocaba. Su jugada final, en todo caso, revelaba astucia.

Stahl huyó a Francia, temporalmente, durante el régimen de los nazis, y allí ofreció los documentos en venta a Marie Bonaparte, quien advirtió de inmediato su importancia y los adquirió por la suma de cien libras esterlinas. Los llevó consigo a Viena, a donde fue para realizar un análisis de posgraduada con Freud. Cuando le habló del asunto, éste se mostró indignado por lo que se refiere a la venta, y de una manera que era característica de él, le dio su consejo, ensamblándolo con el relato de una anécdota judía. Es aquella que se refiere a cómo hay que proce-

der para cocinar un pavo real: «Se procede primeramente a enterrarlo, y al cabo de una semana se le saca de bajo tierra». —«¿Y después?» —«¡Después se tira!» Freud, por otra parte, se ofreció a indemnizar en cierto modo a Marie Bonaparte, devolviéndole la mitad de lo que había gastado, pero ella, temiendo que esto pudiera concederle ciertos derechos al respecto, no lo aceptó. Le leyó unas pocas cartas, para demostrarle su valor científico, pero él insistió en que debían ser destruidas. Por fortuna, ella tuvo el coraje de desafiar a su analista y maestro, y depositó los papeles, en el invierno de 1937-38, en el Banco Rothschild de Viena, con el propósito de examinarlos más tarde, a su regreso en el verano.

Cuando Hitler, en marzo, invadió Austria, surgió el peligro de que la casa Rothschild, al ser un banco judío, fuera saqueada. Marie Bonaparte se dirigió inmediatamente a Viena, donde, en calidad de princesa de Grecia y Dinamarca, se le permitió retirar el contenido de su caja de caudales, en presencia de la Gestapo. Con toda seguridad éstos habrían destruido la correspondencia de haberla hallado, ya sea en esa ocasión o anteriormente, en Berlín. Cuando Marie Bonaparte tuvo que abandonar París para dirigirse a Grecia, que se hallaba a punto de ser invadida —corría el mes de febrero de 1941—, depositó los valiosos documentos en la legación danesa de París. No era por cierto el lugar más a cubierto de riesgos, pero gracias a la actitud del general Von Cholbitz, que desobedeció las órdenes de Hitler al final de la guerra, se salvó París, y con ella la legación danesa. Luego de sortear todos estos peligros, la preciosa carga aún tuvo que afrontar, para llegar intacta a Londres, un quinto y último riesgo: el de las minas en el Canal de la Mancha. Se la había envuelto en material impermeable y flotante, para el caso de un naufragio.

En Londres, los papeles fueron transcritos y sometidos a una conveniente selección a cargo de Anna Freud y Ernst Kris. Este último compuso un amplio prólogo y una cantidad de valiosas notas, que le han de valer la profunda gratitud de todo estudioso de Freud.

Es importante la luz que arroja esta correspondencia sobre la personalidad de Freud en estos años, sus gustos y sus antipatías, sus ambiciones científicas y sus desengaños, sus luchas y dificultades, y la necesidad que sentía, durante esas luchas, del apoyo de un amigo. Destaca, sobre todo, la modalidad de las aspiraciones intelectuales de Freud y el desarrollo empírico —a veces tortuoso— de sus ideas. Nos permite no sólo observar el orden de ese desarrollo y establecer las fechas correspondientes a sus diversas fases, sino también seguir en sus detalles, hasta cierto punto, sus constantes esfuerzos, frecuentemente frustrados y no pocas veces erróneamente orientados, en busca de una clara percepción de las leyes que rigen los misteriosos procesos que se desarrollan en las profundidades de la mente. A esos constantes esfuerzos correspondían diferentes estados de ánimo, ora de exaltación, ora de desaliento, pero nunca de desesperación. La decisión de persistir en sus esfuerzos se mantuvo intacta en todo momento, a pesar de las dificultades. Finalmente logró resolverlas, juntamente con numerosos proble-

mas de índole personal, mediante la notable hazaña que significó su nueva técnica, de autoanálisis en este caso, del que se registran importantes detalles en dichas cartas.

Para llegar a comprender qué clase de vínculo fue el que unió a estos dos hombres será necesario conocer previamente algo acerca del propio Fliess (1858-1928). Tenía dos años menos que Freud, y era médico de nariz y garganta, especialidad que ejercía en Berlín. Todos los que le conocieron —con excepción de Karl Abraham, que no era dado a entusiasmos fáciles y no se mostró impresionado— hablan de una personalidad «fascinadora». Era un conversador brillante e inteligente, capaz de encarar gran variedad de temas. Su característica más sobresaliente era, posiblemente, su ilimitada inclinación a la especulación y una correspondiente autoconfianza, no menos irrestricta, en la importancia de las ideas que se le ocurrían. Se negaba, con dogmática persistencia, a tomar en cuenta toda crítica a esas ideas, lo que condujo finalmente a su ruptura con Freud.

Su interés científico se extendía mucho más allá de la esfera de su especialidad y abarcaba, en particular, la medicina y la biología. Fue esta amplitud de intereses, que al principio parecía coincidir con los de Freud, lo que interesó a éste. Fliess tomó como punto de partida dos hechos sencillos, sobre los cuales edificó una enorme superestructura de hipótesis. Estos hechos eran, el uno, que la menstruación ocurre una vez al mes, y el otro, que existe una relación entre la membrana mucosa de la nariz y la actividad genital. Esta membrana se inflama a menudo con la excitación genital o durante la menstruación.

En su primera publicación, que data de 1897, Fliess hizo el anuncio de un nuevo síndrome, que denominó «neurosis nasal refleja». Incluía una vasta variedad de síntomas: dolor de cabeza, dolores neurálgicos ampliamente distribuidos —desde la región cardíaca a la lumbar y desde los brazos al estómago—, y por último, perturbaciones de los órganos internos (circulación, respiración, digestión). Lo importante en cuanto a este síndrome era que todas estas manifestaciones podían ser aliviadas mediante la aplicación de cocaína a la nariz. Su causa era o bien orgánica (como secuela de una infección, etc.) o funcional (perturbaciones vasomotoras de origen sexual). Por este último rasgo se relacionaba con las investigaciones de Freud, especialmente en virtud de que el síndrome de Fliess presentaba una manifiesta semejanza con la neurastenia, una de las «neurosis actuales» de Freud.

Nunca se llegó a establecer la especifidad de este síndrome, ni a comprobarse el concepto de que la irritación de la nariz sea diferente en sus efectos nerviosos de cualquier otra irritación. Tampoco pudo convencer Fliess a sus colegas de que la dismenorrea fuera de origen nasal. No obstante lo cual, tomando como punto de partida el fenómeno de la menstruación, se embarcó en una serie de conceptos de vasto alcance. La menstruación sería la expresión de un proceso más amplio, común a ambos sexos y que abarcaría toda la vida; una tendencia a la periodicidad en todas las actividades vitales. Creía haber hallado la clave de dicha periodicidad en la aplicación de dos números, el 28 y el 23. El

primero de ellos se derivaba evidentemente de la menstruación, y el segundo, probablemente del intervalo entre el final de un período menstrual y el comienzo del siguiente. Fliess asignaba extremada importancia a la bisexualidad de todos los seres humanos, y en la totalidad de los procesos el número 28 se refería al componente femenino y el 23 al masculino. Existía la más íntima conexión entre ellos y los procesos sexuales.

Estos «periodos» sexuales determinan las etapas de nuestro crecimiento, la fecha en que se producen nuestras enfermedades y la de nuestra muerte. Los periodos de la madre determinan el sexo del recién nacido y la fecha del alumbramiento. Imperan no solamente en los seres humanos, sino también a lo largo de la escala animal, y probablemente en todos los seres orgánicos. La medida —por cierto, extensa— en que con estos números se quiere explicar los fenómenos biológicos lleva sin duda a sugerir una conexión de índole más profunda, entre los movimientos astronómicos y la creación de los organismos vivientes. ¡De la nariz al infinito! No le va a la zaga, como puede comprobarse, a Cyrano de Bergerac...

Existen bastantes indicios, si bien oscuros, de la existencia de cierta periodicidad en la vida, siendo lo más evidente, en este sentido, las fluctuaciones que se observan en el deseo sexual. La dificultad radica, empero, en descubrir alguna forma de regularidad en todo esto. Ni que decir tiene que Fliess había caído en el error de creer que había resuelto el problema. Los rasgos místicos que se observan en sus escritos y la fantástica arbitrariedad con que manejaba los números —era un numerólogo por excelencia— indujeron a algunos de sus críticos recientes a relegar la mayor parte de su obra al terreno de la psicopatología.

Su obra capital, *Der Ablauf des Lebens (El correr de la vida)*, aparecida en 1906, produjo cierta sensación en Berlín y en Viena. Leí poco después esa obra, y un par de años más tarde la comenté con Freud. Sabía que tenía alguna relación con Fliess, pero ignoraba, naturalmente, que la relación había sido estrecha. Le pregunté cómo se las arreglaba Fliess cuando un ataque de apendicitis se producía después de otro en un número de días que no era el que le correspondía según la regla.

Me miró de una manera semiburlona y me dijo: «Fliess no se sentiría muy incómodo frente a tal situación. Era un matemático experto, y multiplicando 23 y 28 por la diferencia entre ambos números, y sumando o restando luego los resultados obtenidos, o incluso utilizando procedimientos matemáticos más complicados aún, llegaría a obtener, de todos modos, el resultado que se proponía.» Esto era bien diferente de la actitud hacia Fliess en la última década del siglo.

Esta es la curiosa persona a quien hubo de tratar Freud. Fliess había llegado a Viena en 1887, para seguir algunos estudios de perfeccionamiento. Se encontró allí con el ubicuo Breuer, quien le aconsejó que asistiera a unas clases que Freud estaba dictando sobre la anatomía y las formas de funcionamiento del sistema nervioso. De esta manera, Breuer asumía el papel de agente catalítico, por segunda vez en la vida de Freud. En las discusiones de carácter científico que siguieron a esto se evidenció una mutua atracción, y la primera carta cursada entre ellos

(24 de noviembre de 1887), escrita a propósito de un paciente, comenzaba de este modo:

«Estimado amigo y colega:

Esta carta tiene como motivo ciertos asuntos de orden profesional. Pero debo confesar, ante todo, que abrigo la esperanza de que esta correspondencia entre nosotros se prolongue, ya que usted ha dejado en mí una impresión tan profunda, que fácilmente podría tentarme a declarar, sin ambages, en qué categoría de hombre colocaría a usted.»

Fliess contestó con toda cordialiad, e incluso, en prenda de su simpatía, le envió un presente. Unos meses más tarde (29 de agosto) Freud enviaba a Fliess, complaciendo una petición, su propia fotografía. Esta amistad, iniciada bajo tan buenos auspicios, se fue afirmando gradualmente hasta hacerse íntima, con una correspondencia que se prolongó en forma regular a partir de 1893. El primitivo encabezamiento de «estimado amigo» cedió su lugar al de «querido amigo» al cabo de un par de años; en 1892 el *Sie* (usted) fue reemplazado por el menos formal y más íntimo *Du* (tú) y dos años más tarde se llamaban por sus nombres, Wilhelm y Sigmund, sin más formalidades.

Freud hubiera dado el nombre de Wilhelm a cualquiera de dos hijos menores, pero por fortuna nacieron mujeres.

Pronto diremos algo acerca de la innegable atracción personal que existía entre los dos hombres, pero también es importante mencionar que existían, entre ellos, muchos lazos de interés de carácter más objetivo. Ante todo, la situación de ambos en la vida tenía mucho de común. Jóvenes médicos salidos de la clase media judía, ambos tenían la preocupación de hacerse una clientela y mantener una familia.

Fliess, en este aspecto, se hallaba en situación bastante más aliviada que Freud, por haberse casado con una mujer de fortuna y tener un mayor éxito en el ejercicio de su profesión, en una ciudad de ideas más libres como era Berlín.

Los dos tenían educación humanista, de modo que podían hacer alusiones, entre ellos, tanto a la literatura clásica como a la moderna. Freud le citaba constantemente a Shakespeare y en sus cartas le vemos recomendándole a Kipling (particularmente *The light that failed* y *The phantom Rickshaw),* en tanto que Fliess le contestaba recomendándole los relatos de Conrad Ferdinand Meyer, el famoso escritor suizo. A Freud le gustaron mucho, e incluso hizo el comentario psicoanalítico de dos de ellos, a la vez que hacía también ciertos comentarios psicoanalíticos sobre el autor.

La educación científica de los dos era bastante similiar, casi igual. También Fliess se educó en las enseñanzas de la escuela de Helmholtz de fisiología y de física, que partiendo de Berlín había llegado a Viena. El regalo de Navidad que le envió a Freud en 1898 consistió en dos volúmenes de las conferencias de Helmholtz. En cuanto a la influencia que esta común formación tuvo sobre el horizonte científico de cada uno de ellos, nos vamos a ocupar un poco más adelante.

Las preocupaciones científicas de Fliess se hallan de tal modo enlazadas a los objetivos y las necesidades personales de Freud que dejaríamos una impresión realmente equivocada al lector si nos limitáramos a proporcionarle una simple exposición de las mismas. Lo que más importa en esto es ver de qué manera estaban ligadas a la evolución íntima de Freud. Para compenetrarnos de esa vinculación será necesario que recapitulemos un poco. Ya hemos visto que Freud estaba animado de una sublime pasión de conocimiento, si bien precisar qué clase de conocimiento era el que le apasionaba es otro asunto. Podríamos decir por el momento que se trataba «del origen y la naturaleza del hombre, de cómo llegaron los seres humanos a ser lo que son, y qué eran en realidad». Dos pasajes de su correpondencia, los dos de 1896, nos llevan a esa convicción. «Mucho más allá de estas consideraciones (sobre psicopatología) late, escondida, mi creación más problemática y más ideal: la metapsicología» (12 de diciembre). «Veo que tú estás alcanzando, por la vía indirecta de la medicina, tu primera aspiración, la de entender a la criatura humana como fisiólogo, del mismo modo que yo acaricio la esperanza de alcanzar, por el mismo camino, mi objetivo primero, la filosofía. Porque ésta constituyó mi primera finalidad cuando aún no sabía para qué estaba en el mundo.»

La teorización y la especulación filosóficas, a las que más adelante consintió en dar cierta cabida en su obra, le inspiraban alguna desconfianza; quizá por razones tanto de orden personal como de carácter intelectual. Tal vez pueda decirse, incluso, que le inspiraban temor. Necesitaba, en todo caso, ponerles un serio freno, y para ello eligió el expediente más seguro: la disciplina de la ciencia. Pero hasta llegar a incorporar esta actividad a su manera de ser, le era necesario tener a alguien que le obligara a ello. No cabe duda de que fue Brücke, con mucho, el que más pudo en este sentido, entre todos los que buscó a ese efecto, y es por eso por lo que los años que pasó en el laboratorio de Brücke, el lugar que tanto le pesaba abandonar, fueran los más felices y despreocupados de su vida. En el lenguaje que usó más tarde podría haber dicho que aquí —en el laboratorio de Brücke— funcionó con entera eficiencia un centinela de su superyo. Poco debe extrañarnos que se sintiera un tanto abandonado cuando perdió ese apoyo.

Creo que aquí podemos hallar la clave de la extraña actitud de «dependencia» que a ratos se veía en él. La extrema dependencia que mostró hacia Fliess, si bien en forma decreciente, hasta la edad de cuarenta y cinco años, da casi la impresión de una tardía adolescencia. Sin embargo, se trata del extremo opuesto de esa forma de dependencia, tan conocida, propia de una personalidad débil que se aferra a otras más vigorosas, cuya fuerza le hace falta. Esa subestimación de sus propios méritos y sus éxitos, que tan a menudo encontramos en su correspondencia con Fliess, no emanaba de una debilidad interna, sino de una terrible fuerza, que por sí solo no se sentía capaz de dominar. Es así como tenía que dotar a Fliess de toda clase de cualidades imaginarias, juicio fino y mesurado, insuperable capacidad intelectual, cualidades especialmente necesarias para el papel de mentor y protector. Vale la pena pre-

guntarse, desde este punto de vista, qué es lo que podía haber en la personalidad de Fliess o en su visión personal de las cosas que podía hacerle tan apropiado para el extraordinario papel que Freud le había adjudicado.

En el verano de 1894 se quejaba de la soledad en que había quedado «desde que se había interrumpido su inercambio científico con Breuer». Tenía la esperanza de aprender de Fliess, dado que hacía años «que no tenía maestro».

Ahora bien, Fliess, así como Breuer, tenía su base en la medicina fisiológica. Además, como partidario, también él, de la famosa escuela de Helmholtz, creía que la ciencia biológica y la médica debían tender a ponerse en condiciones de describir sus hallazgos en términos de física, y en última instancia, de matemáticas. Su libro más importante llevaba, en efecto, como subtítulo: *Base para una biología exacta.* Esto prometía bastante seguridad. Estaba interesado en las neurosis. Hasta había descrito un síndrome neurótico de su propia cosecha, e incluso lo había explicado sobre una base orgánica «científica». Daba la impresión, hasta allí, de que podría reemplazar con éxito a Breuer. Pero tenía además dos ventajas inestimables sobre Breuer, con toda su valía, ventajas de tanta monta que acaso podría considerársele como la «idealización» de Breuer para Freud, con todas las cualidades que éste hubiera deseado ver en Breuer.

La ventaja más evidente con respecto a Breuer era que, en vez de rebelarse, como éste, ante los problemas sexuales, Fliess había hecho de ellos el centro de toda su labor. No sólo su síndrome era, aun siendo funcional, producto de perturbaciones sexuales, sino que Fliess había hecho de sus «periodos sexuales», uno masculino y el otro femenino, la clave de todos los fenómenos de la vida y de la muerte. Freud estaba dando a su teoría de la libido el carácter de una explicación cada vez más amplia de los fenónemos psíquicos, tanto normales como patológicos, de manera que —si bien las dos teorías estaban destinadas a chocar algún día— pareció por cierto tiempo como si los dos amigos, tomados de la mano, estuvieran explorando juntos el territorio prohibido. Este era precisamente el tipo de colaborador y mentor científico que a Freud le hacía falta en ese momento.

Pero Freud pisaba aquí, como en todo momento, un terreno mucho más firme que el de Fliess. Cuando hablaba de sexualidad se refería realmente a la sexualidad, con todas sus extrañas características. Para Fliess, en cambio, parecía ser apenas algo más que una cuestión de números mágicos. Lo que los críticos de Fliess objetaban a éste era su numerología, y no —como bien podrían haberlo hecho— su «pansexualismo». De modo que, para todo el mundo, Fliess pudo haber parecido alocado, pero el que era verdaderamente maligno era Freud.

La otra ventaja que presentaba Fliess en comparación con Breuer era más bien de temperamento. Breuer era, en su trabajo científico, reservado, cauto, enemigo de toda generalización, realista y, sobre todo, vacilante en medio de su ambivalencia. Fliess, por el contrario, era extremadamente seguro de sí mismo y comunicativo, daba a sus genera-

lizaciones, sin vacilar, el más amplio alcance y navegaba en el empíreo de sus ideas con facilidad, gracia y contagiosa felicidad.

Después de todo se podía dar suelta al «demonio», si era guiado por alguien que creía en la física y operaba con símbolos matemáticos. Y éste era el aspecto creador de Freud: su primitiva ansia de dominio, que de una manera tan completa se había transformado en el deseo apasionado de descubrir los secretos de la vida humana, un deseo por momentos tan irresistible que traicioneramente buscaba, implorante, los atajos de la especulación filosófica.

Parecía haber conferido a Fliess el derecho a tales especulaciones, que él, por su parte, desconfiado, se había negado. Es así como dice: «En cuanto a sus revelaciones en materia de fisiología sexual, sólo puedo responder con una actitud de suspensa atención y de admiración crítica. Me siento demasiado limitado en mis conocimientos como para poder discutirlas. Pero presiento en esto las cosas más hermosas e importantes, a la vez que confío en que no dejará de publicar aunque sea sus conjeturas. No podemos prescindir de aquellos que tienen el coraje de pensar cosas nuevas, aun cuando no está aún en condiciones de demostrarlas.» Había que sobreentender aquí que tal actitud podía serle permitida a un hombre de las condiciones de Fliess: suprema inteligencia, juicio crítico impecable y una completa formación en los principios físicos y matemáticos de la ciencia. Pero en cuanto se refería a él mismo, desprovisto de la autoconfianza que había transferido a su todopoderoso compañero, lo mejor que podía hacer era circunscribirse a las observaciones de carácter empírico que lentamente estaba acumulando, y permirse sólo, con relación a ese material, aquellas teorizaciones que podrían merecer la aprobación de su mentor.

¡Cuán diferente es este Freud del que veremos más tarde, una vez liberada toda su capacidad de imaginación! Apenas unos pocos años más tarde afirmaría, confiado, con ocasión del análisis de Dora: «No es que para mí sea un motivo de orgullo el haber rehuido la especulación, pero el material en que se basan mis hipótesis ha surgido de una serie de amplísimas y laboriosas investigaciones.»

Ésta es la primera y más importante exigencia que le planteó a Fliess: que escuchara la enumeración de sus últimos descubrimientos y de su explicación teórica de los mismos, y que le diera su opinión al respecto. Y Fliess cumplió lealmente con esta exigencia. No parece probable que sus comentarios al respecto tuvieran mayor valor, pero hizo diversas sugerencias acerca de los trabajos de Freud, en relación con la disposición, el estilo y la discreción, sugerencias que en su mayor parte Freud aceptaba agradecido. En una palabra, actuaba como censor. Y un censor, aparte de su evidente función en cuanto a hacer suprimir lo que sea objetable, tiene otra, más importante aún, y es la de sancionar con su silencio aquello que ha dejado pasar sin objeción. Es esta sanción lo que necesitaba Freud; no el hombre inflexible, de pensamiento independiente, que conocimos años más adelante, sino el Freud, muy distinto, de esa década final del siglo. Fliess le concedía espontáneamente tal sanción. Admiraba a Freud y no tenía motivo —¡al comienzo!—

para dudar de la corrección de sus trabajos. El elogio que de buena gana le tributaba debió haber sido, por lo tanto, un gran estímulo para Freud. Bastará citar, al efecto, una sola frase: «Tu elogio es néctar y ambrosía para mí.»

El éxito de una aprobación de esta índole, en cuanto ayuda a superar la falta de confianza en uno mismo, es estrictamente proporcional al valor que se asigna a quien lo otorga, y ésa es la razón por la cual el niño que se halla necesitado de tal ayuda de parte de su padre deberá previamente imaginarse a éste como el ser más admirable y poderoso de los hombres, hasta que el inevitable fracaso del padre en cuanto a ponerse a la altura de tal concepto hará que el hijo vuelva su mirada a Dios. En consecuencia, podemos deducir cuán grande sería la necesidad de estímulo de parte de Freud por el desmesurado concepto que se había hecho de Fliess, concepto que, a la luz de una verdadera estimación de ambos hombres, tiene sin duda un deje tragicómico. Su correspondencia está llena de ejemplos de esta situación, pero bastará agregar sólo uno que ya hemos citado. Todavía en 1898 (26 de agosto), dos años apenas antes de la ruptura, escribía Freud: «Ayer recibí la grata noticia de que los enigmas del mundo y de la vida comienzan a ser resueltos, la noticia de una conquista tal del pensamiento que ningún sueño podría superar. Yo no sé si el camino que falta para alcanzar el objetivo final, al que apunta tu decisión de utilizar las matemáticas, será corto o largo, pero estoy seguro de que se halla abierto ante ti.»

Freud estaba enteramente convencido de haber contraído una gran deuda para con Fliess, y frecuentemente le expresaba a éste su gratitud. Una vez que había descubierto la importancia de los factores sexuales en la génesis de las neurosis, con las consiguientes implicaciones sociales, y cuando advirtió la recepción más que fría que se había hecho a su anuncio, Freud se sintió impulsado a realizar una cruzada, a este respecto, contra los respetables dirigentes de su profesión. Se trataba de una actitud revolucionaria, y él nunca eludió el papel que en ello le tocaba desempeñar. Pero de todo corazón hubiera deseado contar con alguien que le prestara su colaboración y su apoyo en esta campaña, y las francas opiniones de Fliess acerca de la importancia de la sexualidad ahondaban aparentemente la esperanza de haber hallado en él a esa persona. Pero Fliess tenía más de dictador que de luchador, y por otra parte, su aparente interés por la sexualidad resultó ser más etéreo que el de Freud. De esta manera, el doloroso desengaño con Breuer encontró muy poco remedio en este aspecto.

Otra cosa importante que Freud esperaba de Fliess era que éste, con su extenso conocimiento en medicina general y biología, le ayudara a pisar terreno firme mediante la información que podría proporcionarle acerca de cualquier base orgánica posible de las manifestaciones neuróticas. Es evidente que Freud encontraba un motivo de seguridad en su conocimiento de la anatomía y la fisiología del sistema nervioso. En el momento culminante de su afección al corazón, a la que vamos a referirnos pronto, escribía (6 de mayo de 1894): «En el verano espero volver a mis viejas investigaciones y dedicarme un poco a la anatomía; des-

pués de todo, esto es lo único satisfactorio.» Era una cosa «científica» segura y que representaba, además, el freno necesario para la «especulación». Esta necesidad se hizo sentir más que nunca cuando se hallaba estudiando los procesos psíquicos, y durante años acarició la esperanza de fusionar ambas esferas.

Mucho tiempo hubo de transcurrir hasta que Freud se decidiera a prescindir de los principios fisiológicos de su juventud. En cierto sentido, no llegó nunca a hacerlo del todo, dado que, como luego veremos, buena parte de su psicología se estructuró más tarde sobre esos mismos principios.

Parece ser que tampoco aquí Fliess le sirvió de mucho, cosa que, por otra parte, tampoco podía ser de otro modo. Lo más prometedor en ese sentido era quizá su concepto acerca de un «quimismo sexual».

Por un tiempo esto infundió esperanzas a Freud, dado que éste estaba convencido de que la estimulación sexual debía ser de naturaleza química. (¡Una anticipación de las modernas hormonas gonadales!) Los dos a un mismo tiempo parecen haber dado en lo que denominaron una teoría química de la neurona, pero nada surgió de ello. Dos años más tarde Freud postuló la existencia de dos clases de material químico sexual (masculino y femenino), pero hizo la observación de que no podían ser iguales a las que Fliess estaba «investigando», si bien todos ellos obedecen a la ley 23-28. Enfocado este aspecto de su relación en su totalidad, debe suponerse que toda vez que Fliess insistía en los procesos somáticos ello significaba una rémora en el penoso camino que conduciría a Freud de la fisiología a la psicología.

Pero el desengaño más completo surgió en relación con otra cosa que Freud esperaba de Fliess. Convencido de los efectos nocivos de todos los métodos anticonceptivos entonces conocidos, Freud soñaba con hallar uno que fuera satisfactorio y que liberara el goce sexual de toda complicación. Ahora bien: si la concepción, como todos los procesos vitales, se hallaba sujeta a la ley de la periodicidad de Fliess, sería posible descubrir, seguramente, dentro del ciclo menstrual, las fechas en que el contacto sexual podría realizarse sin ningún riesgo. Desde 1893 esperó de Fliess que resolviera este problema, «tal como se espera al Mesías», y un poco más tarde le prometía, si llegara a tener éxito, una estatua en el Tiergarten de Berlín. Dos años más tarde parecía estar cerca de la solución, y Freud escribía: «Tu noticia estuvo a punto de arrancarme gritos de alegría. Si realmente has resuelto el problema de la concepción voy a preguntarte qué clase de mármol te agradaría más.»

Hasta aquí lo que se refiere a lo que Freud necesitaba y esperaba de Fliess. Para ello le escribía regularmente, a menudo más de una vez por semana, enviándole informes de sus descubrimientos, detalles respecto a sus pacientes y —lo que es más importante desde nuestro punto de vista— manuscritos en los que exponía periódicamente, de una manera más o menos esquemática, sus ideas del momento. Más que ningún otro elemento, estos manuscritos nos dan una idea de su progreso y evolución gradual en el terreno de la psicopatología.

Se reunían bastante a menudo en Viena, y ocasionalmente en Ber-

lín, pero siempre que les era posible lo hacían donde podían, durante dos o tres días, lejos de su trabajo, y era cuando podían concentrarse para considerar la evolución de sus ideas. Mitad en broma, mitad con tristeza, Freud dio a estas reuniones especiales el nombre de «congresos». Su amigo era —tal como Freud lo expresó en una alusión a una conocida nota de Nestroy— «todo su público». Esto era literalmente exacto. No tenía a nadie, absolutamente a nadie, con quien tratar los problemas que tanto le preocupaban.

Estas reuniones tuvieron lugar irregularmente desde agosto de 1890 a septiembre de 1900. Ya en 1890 (el 1 de agosto) Freud escribía lamentando no poder ir a Berlín: «...porque me encuentro muy aislado, embotado en materia científica, haragán y resignado. Cuando conversé con usted y advertí lo que usted pensaba de mí, pude llegar a tener, incluso, una buena opinión de mí mismo, y el espectáculo de confiada energía que vi en usted no pudo dejar de impresionarme. Debería también haberme beneficiado mucho con sus conocimientos médicos y con la atmósfera de Berlín, puesto que durante años había carecido de maestro.» Esta afirmación, tan suave, fue notablemente superada unos pocos años más tarde. En 1896 (30 de junio) esperaba el próximo «congreso» «como si se tratara de satisfacer el hambre y la sed». Después del encuentro en Nuremberg, que había estado «anhelando ansiosamente», se halla «en un estado de constante euforia y trabajando como un joven» (4 de mayo de 1897), no obstante lo cual, apenas pasados tres meses, la esperanza de volverse a encontrar pronto le parecía «verdaderamente la realización de un gran anhelo, un hermoso sueño que se hará realidad» (8 de agosto). Su buena disposición para el trabajo se halla en función de lo que falta para un próximo «congreso» (15 de marzo de 1898). En ese año tal necesidad alcanzaba su apogeo, cosa curiosa por cuanto ya había iniciado su autoanálisis el año anterior. Posiblemente las primeras etapas del autoanálisis exaltaron la dependencia, hasta que las sucesivas pudieron anularlas. Al mes siguiente, al no poder realizarse el encuentro, escribía: «Después de cada uno de nuestros congresos me sentía nuevamente fortalecido durante semanas enteras, nuevas ideas pujaban por abrirse camino, se restauraba el gusto por el trabajo arduo y la vacilante esperanza de hallar el propio camino a través de la selva volvía a arder con firmeza y con brillo, por un tiempo. Este tiempo de abstinencia no me enseña nada, puesto que sé, desde siempre, lo que representan para mí nuestros encuentros» (3 de abril). «Nada puedo escribir si carezco enteramente de público, pero me siento enteramente contento escribiendo solamente para tí» (18 de mayo de 1898). Incluso dos años más tarde, el 7 de mayo de 1900, escribía: «Nadie puede sustituir el contacto con un amigo que una parte especial de mí mismo —tal vez femenina— exige.»

Llegó finalmente a un momento, sin embargo, en que pudo darse cuenta de que su depresión ya no cedería más al viejo remedio, y que sólo un valiente y penoso trabajo interior podría ayudarle. Decidió entonces quedarse solo y dar la batalla. He aquí cómo describía la situación en una carta muy emocionante del 23 de marzo de 1900:

«Nunca había conocido un periodo de seis meses, como estos que acaban de transcurrir, en que hubiera sentido tal anhelo de reunirme contigo y con tu familia. Sabes que he pasado por una profunda crisis interior y comprobarías, si me vieras, cuánto me ha hecho envejecer. De manera que tu sugerencia de reunirnos durante la Pascua me produjo gran excitación. Si no dominara el arte de resolver las contradicciones no llegaría a comprender cómo es que no acepto inmediatamente tu proposición. En realidad, lo más probable es que evite este encuentro. No es simplemente por mi anhelo casi infantil de la primavera y de un hermoso paisaje: esto lo sacrificaría gustoso a cambio de la satisfacción de tenerte a mi lado durante tres días. (Argucias tal vez digas a todo esto.) Me siento muy empobrecido, he tenido que echar abajo todos mis castillos en el aire y cuento escasamente con el coraje necesario para volverlos a edificar. Durante esta catastrófica demolición habrías sido de inestimable valor para mí, pero en el estado en que ahora me encuentro difícilmente podría conseguir que me entiendas. En aquel momento pude imponerme a mi depresión con la ayuda de un régimen estricto en materia de actividad intelectual. Hoy, con esa distracción, me estoy curando lentamente. De encontrarme contigo, seguramente trataría de captarlo todo en términos conscientes, al objeto de describírtelo. Hablaríamos en términos razonables y científicos, y tus hermosos y sólidos descubrimientos biológicos provocarían mi más profunda —aunque impersonal— envidia. El resultado de todo esto sería que me pasaría cinco días quejándome, y volvería completamente alterado e insatisfecho, con todo el trabajo del verano por delante y cuando esté necesitado probablemente de todo el dominio de mí mismo. Es mi cruz y debo sobrellevarla, pero bien sabe Dios que mi espalda ha quedado visiblemente encorvada por el esfuerzo.»

Este cuadro que surge ante nosotros es muy diferente del que habitualmente se nos ha pintado: de un hombre inteligente que cómodamente sentado fue haciendo un descubrimiento tras otro. Los descubrimientos le costaron grandes sufrimientos. ¡Cuánto coraje se necesitaba para desechar el único apoyo que tenía a mano contando apenas con una débil esperanza de llegar a alcanzar la fuerza interior necesaria para reemplazarlo! Afortunadamente —para él y para nosotros— esa esperanza se vio realizada un par de años después. Toda la ayuda que Freud podía derivar de sus encuentros con Fliess debe haber sido esencialmente una beneficiosa influencia sobre su ánimo. La ayuda propiamente intelectual sólo podía ser mínima. Poco o nada podía ofrecerle Fliess en el campo de las investigaciones psicológicas, y en la misma situación se hallaba Freud en cuanto a las conjeturas matemáticas de Fliess, terreno en que se sentía particularmente flojo. Las conversaciones entre ambos eran, por lo tanto, un doble monólogo más que un diálogo. Tal como se comprueba más de una vez en la correspondencia entre ambos, cada uno de ellos hacía, por turno, una reseña de sus últimos descubrimientos y una exposición de sus ideas más recientes. La respuesta consistía principalmente, en cada caso, en un grato testimonio de admiración y

en la tranquilidad que derivaba de que cada uno de ellos estuviera en condiciones de apreciar la valía del otro, aun cuando nadie más lo hiciera. Como cabía esperar, Freud sobreestimaba en esto la capacidad del amigo, a expensas de la suya: «Hay un aspecto en el que yo soy el más favorecido de los dos. Todo lo que te cuento desde mi extremo del mundo, el del alma, encuentra en ti un crítico comprensivo, mientras que lo que relatas tú del extremo tuyo, el de los astros, sólo puede despertar en mí un estéril asombro.»

Hacia el comienzo (1894) tuvieron alguna idea de escribir juntos un libro, cuyo tema principal sería el de la importancia de los procesos sexuales, pero pronto el propósito fue desechado.

Aun cuando es posible que Fliess no haya tenido una comprensión profunda de los trabajos de Freud, parece ser que los aceptaba y los elogiaba. La aceptación de los trabajos de Fliess de parte de Freud era de igual índole. No cabe duda de que esa aprobación, de parte de Freud, persistió durante muchos años, por extraño que parezca. Hay de ello pruebas decisivas. Así es como trató de explicar en términos del 23 al 28 la diferencia entre dos tipos de «neurosis actuales» que había encontrado y también llegó a sugerir que el placer era producido por la liberación (en ambos sexos) de un material masculino, tipo 23, mientras que el «displacer» sería provocado por un material (femenino) tipo 28 (6 de diciembre de 1896). Cuando más tarde los cálculos de Fliess acerca de los periodos sexuales se extendieron a todo el universo, Freud llegó al extremo de adjudicarle el título de «Kepler de la biología» (30 de julio de 1898).

Por poco agradable que resulte la idea para los afectos al culto de los héroes, es necesario dejar sentado que Freud no poseyó en todas las épocas la serenidad y la seguridad interior que fueron su característica en los años en que ya era famoso. Tenemos que expresarlo de una manera más concluyente aún. Existe la prueba evidente de que durante diez años aproximadamente (coincidiendo más o menos con la última década del siglo) sufrió en grado considerable de una psiconeurosis. Un admirador de Freud podría verse tentado de presentar esto con los más oscuros tintes, al objeto de destacar mejor, a guisa de alivio, su hazaña de lograr el autodominio con la ayuda del incomparable instrumento que él mismo había forjado. Pero no hay ninguna necesidad de exagerar las cosas: la hazaña se destaca por sí misma. Después de todo, Freud no cesó de trabajar satisfactoriamente ni en los peores momentos. No interrumpió su tarea diaria y prosiguió con sus investigaciones científicas; la consagración y el amor a su mujer y a sus hijos no se vieron de ningún modo aminorados, y según todas las probabilidades, se evidenciaron en su conducta con relación a todos los que lo rodeaban —con la sola excepción de Fliess— muy pocas manifestaciones neuróticas. Sus sufrimientos, sin embargo, fueron muy intensos a ratos, y durante esos diez años deben haber sido muy pocos y aislados los momentos en que la vida pudiera valer mucho a sus ojos. Muy caro pagó por los bienes que donaba al mundo, que no fue, por su parte, muy generoso en la recompensa.

Fue, sin embargo, en los años que marcan la culminación de su neurosis —1897-1900— cuando Freud realizó la parte más original de su obra. Hay una relación inequívoca entre los dos hechos. Los síntomas neuróticos deben haber representado uno de los caminos que, para emerger, se estaba labrando el material inconsciente, y sin esa precisión es dudoso que Freud hubiera podido hacer los progresos que hizo. Se trata de una forma costosa de llegar a esa escondida esfera, pero de todos modos es la única.

Freud reconocía, por supuesto, su neurosis, y en la correspondencia emplea ese término varias veces para describir su estado. No parecen haber existido síntomas físicos de «conversión», e indudablemente hubiera considerado más tarde ese estado como una histeria de angustia. Consistía esencialmente en extremados cambios de ánimo, y las únicas formas de localización de su angustia eran sus ocasionales ataques de miedo a morir (*Todesangst*) y de angustia de viajar en ferrocarril (*Reisefieber*). Le quedaron restos de esta supuesta fobia, dado que en años posteriores era tal su ansiedad respecto a la posibilidad de perder un tren, que solía llegar a la estación mucho tiempo antes del tiempo indicado, a veces hasta con una hora de anticipación.[37]

Sus estados de ánimo terminan entre periodos de exaltación (*elation),* excitación, y autoconfianza, por un lado, y por otro, épocas de grave depresión, duda e inhibición. En los períodos de depresión no podía escribir ni concentrar sus pensamientos (salvo en su trabajo profesional). Dejaba pasar entonces horas de inacción, dominadas por el aburrimiento, pasando de una cosa a otra, entreteniéndose en abrir libros nuevos, contemplar mapas de la antigua Pompeya, hacer solitarios o jugar al ajedrez, pero incapaz de centrarse en nada durante largo rato. En una palabra, una especie de inquieta parálisis. Sufría a veces ataques durante los cuales se producía una acentuada restricción del grado de consciencia, un estado difícil de describir, en el que sentía como un velo que originaba un estado mental casi crepuscular (6 de diciembre de 1897).

Se sentía visiblemente inclinado a quejarse a Fliess de sus estados de humor desdichados. Resulta muy sorprendente comprobar este hecho, tan extraño al verdadero Freud. Muchas cosas tuvo que soportar en años posteriores: desdicha, aflicciones y un grave padecimiento físico. Pero sufrió todo esto con el mayor de los estoicismos. ¡Con cuánta frecuencia le he visto en el doloroso martirio del cáncer que devoraba su vida, sin que se le escapara más que una sola vez una palabra de queja! Para ser más precisos, fueron dos palabras: *höchst überflüssig* (absolutamente sin motivo, superfluo).

Ahora bien, quejarse indebidamente a una sola persona significa inconscientemente— conscientemente pudo no ser así— que el que se queja atribuya sus males a la acción del otro, a quien, en realidad, está suplicando que cese tal acción. Amistades tan intensas —que en cierto aspecto son neuróticas— como esta que existió entre Freud y Fliess, raramente se dan, o tal vez nunca, sin que exista a la vez un sentimiento latente de hostilidad, y no será muy aventurado suponer que el conflicto inconsciente que esto implica haya desempeñado un importante pa-

pel en la neurosis que temporalmente afligió a Freud. Es ciertamente digno de mención el hecho de que tanto su afección como su dependencia llegaran a su culminación en la época que va de 1897 a 1900, precisamente cuando se hallaba más empeñado en el esfuerzo sostenido de autoexploración mediante el autoanálisis. Hallamos, en efecto, un indicio muy significativo en una carta del 7 de julio de 1897 (precisamente el mes en que inició su análisis) sobre la relación que acabamos de sugerir. Venía a continuación de un episodio de completa inhibición para escribir, de modo que comenzaba con una disculpa por la interrupción producida. «Todavía no sé lo que ocurrió en mi interior. Algo que provenía de las profundidades más recónditas de mi neurosis ha estado dificultando todo progreso en la comprensión de las neurosis, y de algún modo tú estabas implicado en ello. Porque esta parálisis que me incapacitaba para escribir me parece haber ocurrido con el fin de obstaculizar nuestro contacto epistolar. No tengo seguridad en cuanto a esto. Se trata de una sensación, un sentimiento de naturaleza excesivamente oscura.» Era demasiado tarde para exclamar: *¡absit omen!*

Se podría preguntar con qué acontecimientos de la vida de Freud coincidió, cronológicamente, y a este respecto no caben dudas. Sólo dos hechos podían tener gran importancia para Freud en esa época: su exploración, más que inminente, del inconsciente y su notable dependencia respecto de Fliess. Los dos hechos deben estar relacionados entre sí. Evidentemente había, en el hecho de dejar el terreno seguro, aunque más bien tedioso, de la neurología por el inexplorado campo de la psicología, algo que debía tener claramente para Freud el más hondo de los significados. Su sentido era, indudablemente, el de satisfacer el más hondo deseo de su naturaleza, un deseo que ininterrumpidamente le empujaba hacia delante. Pero junto a esto debe haber habido cierto sentimiento, profundo también, de que se trataba de algo prohibido, del cual surgía la angustia, así como los demás estados de ánimo negativos, desdichados y paralizantes. Es como si hubiera adivinado que el sendero que pisaba había de conducirle, tarde o temprano, al encuentro de secretos terribles, cuya revelación le atemorizaba, sin dejar por ello de estar tan decidido, cuando la ocasión lo requería, como el mismo Edipo.

Finalmente, como sabemos, ese sendero le condujo al descubrimiento de su hostilidad, hondamente sepultada, contra su padre. Y no podía haber, por cierto, una protección más tentadora contra el oscuro terror de tal descubrimiento que el hallar un sustituto del padre, a quien se puede demostrar el afecto, la admiración y aun la subordinación más absolutas, cosa que indudablemente no significaba más que la repetición de una temprana actitud frente al padre verdadero. Sólo que tales remedios, por desgracia, nunca son de efecto duradero. Ocurre siempre que también la hostilidad latente es transferida y la relación termina, como sucedió en este caso, en la disensión y el alejamiento.

Al hablar de los sinsabores de Freud en esos años tan cargados de acontecimientos, es necesario no olvidar lo que se refiere a su mala salud física. Tenía, por naturaleza, una constitución muy sana, y las enfermedades que le aquejaron en sus últimos años deben considerarse

más bien adquiridas que de carácter congénito. Cierto es que fue un mártir de una persistente jaqueca, que le atormentó durante toda su vida, si bien los ataques se hicieron menos frecuentes en los últimos años. Caso curioso, también Fliess sufría jaqueca, y entre los dos urdieron diversas teorías —ninguna de ellas muy fructífera— para explicar este aflictivo trastorno. Además —cosa muy del caso, dada su amistad con un rinólogo— Freud sufrió mucho a causa de una afección nasal que le aquejó en esa época. En realidad los dos sufrieron tal afección, y se les vio tomarse un gran interés cada uno por la nariz del otro. Después de todo fue la nariz el órgano que primeramente concitó el interés de Fliess por los procesos de orden sexual... Dos veces fue operado Freud por Fliess, la segunda vez en el verano de 1895. Se trataba probablemente de cauterizaciones de los cornetes. La cocaína, que tenía en Fliess un gran creyente, también fue constantemente recetada. Pero durante mucho tiempo Freud sufrió de una sinusitis recurrente, primero de un lado y después del otro. Naturalmente, se hicieron desesperados intentos de explicar esos diversos ataques y agravaciones en función de las «leyes periódicas».

En la primavera de 1894 tuvo una afección de carácter más grave. Un ataque de gripe en 1889 le había dejado como secuela una perturbación de la actividad cardíaca (arritmia), que cinco años más tarde se hizo un tanto alarmante. Se produjo a continuación de un esfuerzo por abandonar el hábito de fumar, y puesto que se atribuyó a un envenenamiento por la nicotina, viene al caso decir aquí algo acerca de este hábito de Freud. Siempre fue un gran fumador —veinte cigarros diarios era su ración habitual— y toleraba muy mal la abstinencia. Hallamos en su correspondencia muchas alusiones a sus intentos de restringir el hábito, y hasta de abandonarlo, principalmente por consejo de Fliess. Pero ni siquiera éste pudo influir en tal sentido. Desde muy pronto se negó lisa y llanamente a seguir su consejo.[38] «No me atengo a tu prohibición de fumar. ¿Crees realmente que es una gran suerte vivir muchos años una existencia miserable?»

Pero luego vino el ataque, para cuya descripción será mejor transcribir sus propias palabras:

«Bien pronto, en cuanto dejé de fumar, vinieron días que resultaron tolerables, e incluso comencé a escribir para ti una descripción del problema de la neurosis. Luego, repentinamente, se produjo una grave afección al corazón, peor que todas las que tuve mientras fumaba. Ritmo e irregularidad alocados, constante tensión cardíaca, ardor, un cálido dolor a lo largo del brazo izquierdo, cierta disnea de una intensidad que la hacía sospechosa de ser orgánica... y todo eso a razón de dos o tres ataques diarios y sin interrupción. Y junto con todo esto una opresión del ánimo, y al mismo tiempo imaginarias escenas de muerte y de despedida que ocupaban el lugar de las fantasías usuales relacionadas con mis ocupaciones. Las perturbaciones orgánicas han disminuido en los últimos dos días. El estado hipomaníaco continúa, pero ha tenido la bondad de tranquilizarse repentinamente y dejar tras de sí un hombre

confiado en que tendrá una larga vida y en ella gozará del usual placer de fumar.

»Es un verdadero fastidio, para un médico que todo el día no hace más que ocuparse de su neurosis, el no saber si lo que padece es una depresión justificable o hipocondríaca. Necesito ayuda. Así es que consultaré a Breuer, diciéndole que a mi juicio las perturbaciones cardíacas no se concilian por un envenenamiento por la nicotina, y que tenían una miocarditis intolerante al tabaco... No sé si realmente se puede distinguir una cosa de la otra, pero supongo que tendrá que ser posible hacerlo partiendo de los síntomas subjetivos y la evolución. Pero abrigo bastantes sospechas de ti mismo, dado que fue ésta la primera ocasión en que sorprendí una contradicción en las cosas que decías. La vez anterior habías dicho que era de origen nasal y que los síntomas de un corazón "nicotínico" no se presentaban a la percusión. Ahora te estás preocupando mucho por mí y me prohíbes que fume. Esto me lo puedo explicar suponiendo que quieres ocultarme la verdadera situación, y esto, te lo ruego, no lo hagas. Si estás en condiciones de decir algo definitivo te ruego que lo hagas. No tengo una idea exagerada ni de mis responsabilidades ni de mi indispensabilidad, y me resignaré muy bien tanto a la incertidumbre de vivir como al acortamiento de la vida que naturalmente acompañan a un diagnóstico de miocarditis.[39] Hasta es posible, más bien, que llegue a disponer mejor de mi vida y a disfrutar tanto más de lo que aún me queda.»

Una semana más tarde, la actividad irregular del corazón fue dominada gracias a la digital, pero la depresión general y otros síntomas se agravaron. Breuer dudaba del diagnóstico de envenenamiento nicotínico hecho por Fliess, pero hallaba que no existía dilatación del corazón. El diagnóstico seguía siendo dudoso. Diez días más tarde el paciente se sentía mejor, pero ahora estaba convencido de que padecía una miocarditis reumática. Durante algunos años había sufrido de nódulos en los músculos y en otras partes del cuerpo (presumiblemente de carácter reumático). Dos meses después del ataque mantenía la misma opinión y comprobó que no se trataba de un envenenamiento nicotínico al sentirse mucho mejor fumando un par de cigarros por día, tras una abstinencia completa que había durado siete semanas. Desconfiaba tanto de Breuer como de Fliess, recelando que le estuvieran ocultando alguna cosa muy grave. Abrigaba dudas sobre si llegaría a los cincuenta y uno —la edad predestinada según la «ley de los períodos»— y pensaba que más bien moriría antes de los cincuenta, porque «estallaría su corazón». «Si no ha de ser inmediatamente después de los cuarenta, no estará tan mal.» Pero «¡uno desearía no morir muy pronto, y de todos modos no desearía morir!» Fliess seguía recomendando abstinencia, de modo que Freud se avino a una transacción: fumar un solo cigarro por semana, para celebrar la prohibición que le llegaba de Fliess... ¡también semanalmente! Más tarde advirtió que su único cigarro semanal iba perdiendo su sabor, lo cual le hizo concebir esperanzas de prescindir completamente de fumar.

Tuvo éxito en ese sentido, dado que transcurrieron catorce semanas hasta que comenzó nuevamente a fumar. Sobrellevar la tortura de la abstinencia parecía más allá de todo poder humano, y cuando se hizo necesario poner remedio a su lamentable estado psíquico (*psychischer Kerl*), volvió a fumar, porque de otra manera le era imposible trabajar.

Vistas las cosas como podemos verlas hoy, se abre paso la conclusión de que todas aquellas molestias no eran, en lo esencial, sino aspectos particulares de su psiconeurosis, posiblemente con una ligera localización a causa de la nicotina. No existió, indudablemente, miocarditis. El mismo, sin verlo, estaba ofreciendo entonces la prueba de este aserto. Cuando un hombre de cuarenta y tres años puede escalar la montaña del Rax (en la vecindad del Semmering) en tres horas y media, no podía tener nada que achacar a su corazón... por mucho que alegara, como lo hizo, que de entonces a esa parte... ¡el Rax había aumentado por lo menos quinientos metros de altura! Los hechos demostraron posteriormente que Freud poseía un corazón excepcionalmente sano, y que era hombre capaz de tolerar considerables dosis de nicotina.

Así siguieron transcurriendo los años, en lucha constante con los ataques de depresión, con la angustia y con los accesos de miedo a la muerte, y los demás trastornos, internos y externos.

En el análisis de uno de sus sueños,[40] Freud había expresado su opinión de que, luego de haber perdido tantos buenos amigos, por muerte o por otros motivos, y en un periodo de la vida en que ya no es fácil contraer nuevas amistades, había hallado uno finalmente que «conservaría por el resto de su vida». Iba a sufrir, en cuanto a esto, un amargo desengaño, pues había de llegar el día en que quedaría demostrado que Fliess no era el primero ni el último de los amigos cuya personalidad, a la larga, resultaría incompatible con la de Freud.

La ruptura se produjo con motivo de una divergencia de carácter científico, pero, como es el caso la mayor parte de las veces, esto estaba en relación con cosas de índole más afectiva.

La divergencia básica en el aspecto científico es fácil de exponer. Si todas las variaciones en las manifestaciones neuróticas —su iniciación y su final, las mejorías y las exacerbaciones— estaban estrictamente determinadas, como sostenía Fliess, por las «leyes periódicas» de su teoría, todos los hallazgos dinámicos y etiológicos hechos por Freud carecían *de facto* de toda importancia y significación, aun suponiendo que fueran correctos. Esto es tan sencillo que resulta realmente sorprendente el hecho de que los dos hombres hayan podido arreglárselas para mantener durante diez años un amplio intercambio de ideas, con una armonía aparentemente imperturbable. Ninguno de los dos pudo haber entendido realmente mucho de la obra del otro. Lo único que se exigían mutuamente era la admiración de cada uno por lo que el otro hacía.

Las convicciones de Fliess descansaban sobre una base patológica ajena a las de Freud, y esto le hacía aún más sensible a toda duda que pudiera recaer sobre ellas. En ese sentido hubo, en la época a que nos referimos, dos pequeños episodios que ya entonces pudieron haber adquirido carácter de graves a no ser por el tacto que Freud empleó en

suavizarlos. El primero se relacionaba con la crítica de Loewenfeld al artículo de Freud sobre la neurosis de angustia, en la que aquél afirmaba que la teoría de Freud no explicaba el carácter irregular de los ataques. Freud, en su respuesta, aludía a la multiplicidad de los factores en juego y a la variable fuerza de los mismos. Fliess, por el contrario, creyó que debía haber dado más importancia a las leyes periódicas como explicación del caso, y por su parte escribió otra respuesta a Loewenfeld, inspirada en esa idea. Freud aceptó dócilmente la actitud de Fliess, como si éste hubiera llenado una omisión en su propio alegato. La otra ocasión se presentó un año o dos más tarde, y fue cuando Freud se atrevió a emitir una opinión personal acerca de una hipótesis que Fliess estaba desarrollando sobre la teoría de la zurdería. Interpretó equivocadamente la vacilación de Freud como índice de una duda sobre la gran teoría de la bisexualidad, a la que aquella hipótesis estaba vinculada en la mente de Fliess, y que era, como pronto veremos, un tópico realmente sagrado. Hasta llegó a acusar a Freud, sin fundamento, de ser zurdo, a lo que éste contestó jocosamente que, hasta donde él podía recordar, había tenido en su infancia dos manos izquierdas, pero la del lado derecho había sido siempre la preferida. Y en lo que se refería al punto más importante, el de la bisexualidad, Freud reiteró su adhesión, que en realidad fue constante.

Naturalmente, cuanto más seguro se sentía Freud respecto a sus descubrimientos, tanto por su mayor experiencia como a consecuencia de su análisis personal, menor era la atención que prestaba a la aritmética, si bien aún en el mismo año de la ruptura seguía creyendo en las ideas de Fliess.

El inevitable choque se produjo durante el último «congreso», en Achensee, en el verano de 1900, o tal vez en Munich, donde Freud veía a Fliess cuando éste regresaba a Berlín. No conocemos con exactitud las circunstancias precisas del choque. Según la versión posterior de Fliess —hecha pública—, Freud le había hecho objeto de un violento e inesperado ataque, cosa que parece muy poco verosímil. Lo que sí se sabe es que él respondió, tal vez a raíz de haber hecho Freud alguna crítica a sus leyes periódicas, que éste no era más que un «lector de pensamientos», y lo que es más, que «leía sus propios pensamientos en los pacientes».

Cabía pensar que esto marcaría el fin de la amistad entre ambos, y en efecto, por lo que afirma Fliess —que quizá sea la verdad— éste había decidido ir cortando gradualmente toda relación con Freud, que es lo que efectivamente hizo. Nunca más volvieron a encontrarse. Freud, por su parte, no podía creer que una amistad tan valiosa podía haber llegado realmente a su fin. Durante dos años continuó aún en su empeño de enmendar las cosas, si bien tuvo que reconocer que el antiguo intercambio «científico» ya no volvería a reanudarse jamás. Hasta llegó a proponerle, un año más tarde, la idea de escribir en colaboración un libro sobre la bisexualidad, el tema favorito de Fliess. Él haría la parte clínica, y Fliess la anatómica y biológica. Pero éste ya no estaba dispuesto a dejarse seducir. Por el contrario, empezó a sospechar que se tra-

taba de una treta de Freud destinada a arrebatarle una parte de su preciosa prioridad en la materia. Tampoco respondió al llamamiento que Freud le hizo en 1902, proponiéndole una reconciliación. El resto de la correspondencia siguió siendo cordial, e incluso cálida, pero estuvo principalmente dedicada a informaciones personales o de índole familiar. Lo último fue una postal que envió Freud desde Italia, en septiembre de 1902.

Cuando ya todo parecía haber terminado, aún hubo un nuevo episodio. Los hechos se produjeron del siguiente modo. En el «congreso» de la Navidad de 1897, en Breslau, Fliess había expresado a Freud su convicción de que todos los seres humanos tenían una constitución bisexual. En efecto, sus leyes periódicas del 28 y el 23 se basaban en esa doctrina. En su último encuentro en Achensee, en el verano de 1900, Freud anunciaba esto a su amigo como una idea nueva, a lo que Fliess, atónito, replicó: «Pero si yo te hablé de esto en nuestra caminata al atardecer, en Breslau, y tú entonces te negabas a aceptarlo.» Freud había olvidado completamente la conversación y negaba todo conocimiento al respecto. Sólo una semana más tarde recuperó este recuerdo.[41]

Conocemos la secuela de este episodio por una breve correspondencia publicada por Fliess en 1906, en un libro titulado *In eigener Sache*, que es un alegato sobre prioridad. El 20 de julio de 1904 había escrito a Freud diciéndole que Otto Weininger, un brillante joven vienés, había publicado un libro[42] en el que la idea de la bisexualidad tenía un papel prominente. Había oído decir que Weininger era amigo íntimo de un discípulo de Freud, un joven psicólogo llamado Swoboda, y estaba convencido de que el gran secreto se había filtrado por ese conducto. ¿Qué podía decir Freud a esto?

Freud contestó diciendo que Swoboda no era un discípulo, sino un paciente, a quien él había mencionado, durante el análisis,[43] que la constitución bisexual era de carácter universal, y que él, a su vez, había hecho casualmente la misma observación a Weininger. De todos modos, éste podía haber encontrado fácilmente dicha idea en cualquier otra parte, ya que se registran muchas alusiones a la misma en la literatura médica. «Esto es todo lo que sé sobre la cuestión.» Ésta es quizá la única ocasión en su vida en que Freud no fue enteramente sincero. Debió sentirse ansioso por aplacar a Fliess.

Fliess le replicó entonces que anteriormente había calificado a Swoboda de discípulo suyo; que evidentemente Weininger no pudo haber tomado esa idea de sus lecturas, puesto que pretendía que era enteramente nueva; que todas las alusiones en la literatura eran casuales y no se referían a la naturaleza bisexual de toda célula viviente, que ésa era la esencia de la doctrina de Fliess, y también lo que Weininger proclamaba como su propio descubrimiento. Por último, ¿sería cierto, según había llegado a sus oídos, que Weininger llegó realmente a entrevistarse con Freud y que le había dado a leer su manuscrito?

Puesto entre la espada y la pared, Freud afrontó la situación con toda hombría. Confesó con toda franqueza que debió haber estado bajo la influencia de un deseo de robar a Fliess su originalidad, deseo com-

puesto, presumiblemente, de envidia y hostilidad. Pero era demasiado optimista el suponer que semejante explicación podría ablandar o interesar siquiera a Fliess. Concluía su carta con una observación que para el caso era fatal: que lamentaba que Fliess no tuviera tiempo para escribirle a no ser para un asunto tan *trivial* (sic) como éste. No cabe la menor duda de que ciertamente lo era, pero no para Fliess. Este no volvió a escribirle jamás, y dos años más tarde dio publicidad a lo que había sido una correspondencia de índole verdaderamente muy privada.

El final de todo esto fue francamente desagradable. A finales de 1905 Fliess consiguió que un amigo suyo publicara un panfleto atacando a Weininger, a Swoboda y a Freud. Este respondió inmediatamente. En enero de 1906 escribió una carta a Karl Krauss, director de *Die Fackel*, de la que extractamos los siguientes párrafos: «El doctor Fliess, de Berlín, ha hecho publicar un panfleto dirigido contra O. Weininger y H. Swoboda, en el que ambos jóvenes autores son acusados del más grosero de los plagios y maltratados de la manera más cruel. Se puede juzgar del credito que merece esta malhadada publicación por el hecho de que yo mismo, que fui amigo de Fliess durante muchos años, soy acusado de ser quien dio a Weininger y Swoboda la información que sirvió de base para su presunto delito... Espero, estimado señor, que usted no verá en esta carta más que una señal de mi estima y mi suposición de que usted no dejará de interesarse en esta cuestión de índole cultural. De lo que aquí se trata es de un acto de defensa contra la prepotente presunción de una personalidad brutal y el deseo de desterrar del templo de la ciencia toda mezquina ambición personal.» También escribió a Magnus Hirschfeld, de Berlín, editor del *Jahrbruch für sexuelle Zwischenstufen*: «Me permito llamarle la atención acerca de un panfleto titulado *Wilhelm Fliess und seine Nachendtdecker*... Es un desagradable libelo que, entre otras cosas, contiene absurdas calumnias contra mí... Actualmente nos las tenemos que haber con la fantasía de un hombre ambicioso que en su soledad ha perdido la capacidad de juzgar lo que es justo y lo que es permisible... No es agradable para mí pronunciar públicamente ásperas palabras acerca de alguien de quien he sido íntimo amigo durante doce años y de este modo estimularle para nuevos insultos.»

Aún hubo otro episodio, ocho años más tarde. Freud nos había citado, a cinco del grupo, a reunirnos con él en Munich, el 24 de noviembre de 1912. Quería consultarnos acerca de unas dificultades de carácter editorial que tenía con Stekel y asegurarse nuestro apoyo para un proyecto que se le había ocurrido. El asunto se arregló pronto y amistosamente, pero cuando estábamos llegando al final de la comida (era en el Park Hotel) Freud comenzó a hacer reproches a dos suizos, Jung y Riklin, acusándoles de escribir artículos sobre psicoanálisis en los periódicos suizos sin mencionar su nombre. Jung replicó que eso no era necesario, por sabido, pero Freud ya había comenzado a advertir los primeros signos de la disensión que habría de reproducirse un año después. Persistió en su actitud, y recuerdo que lo que yo pensé entonces era que tomaba el asunto en forma demasiado personal. De pronto, ante

nuestra consternación, cayó al suelo, de repente, desmayado. El corpulento Jung lo transportó a un sofá, donde enseguida comenzó a recuperarse. Sus primeras palabras cuando comenzó a volver en sí fueron bien extrañas: «¡Qué bello debe ser morir!»...

No mucho tiempo después me confesó el motivo de ese ataque. Se trataba de algo que no ocurría por primera vez. En una carta fechada el 8 de diciembre me escribió: «No puedo dejar de recordar que seis años antes padecí síntomas muy similares a los de este caso, si bien no tan intensos, en la misma habitación del Park Hotel. Conocí Munich por primera vez cuando visité a Fliess en ocasión de hallarse éste enfermo, y entre esta ciudad y mi relación con ese hombre parece haberse establecido una poderosa vinculación. Hay, en el fondo de este asunto, un tanto de obstinado sentimiento homosexual. Cuando Jung, en su última carta, hizo nuevamente cierta alusión a mi "neurosis", no se me ocurrió nada mejor que proponer que cada analista se ocupara de su propia neurosis con preferencia a la de los demás. Pienso, después de todo, que tenemos que ser amables y pacientes con Jung, y como decía el viejo Oliver, "mantener seca la pólvora"».

Un mes después de esto visité a Freud, en Viena, y me dijo en esta ocasión, según recuerdo, que la reyerta final con Fliess había tenido lugar en aquella misma habitación. Pero no podía afirmarlo con toda seguridad, y es posible que haya manifestado únicamente que esa habitación estaba, para él, unida a Fliess, lo que efectivamente es así.

Freud mencionó a Fliess varias veces en sus obras posteriores. Tomó de él, según afirma, las expresiones «período de latencia» y «sublimación».

Fue más generoso, tocante a las ideas de Fliess, en el reconocimiento del concepto de periodicidad —del que poco uso pudo hacer— que en lo que se refiere al de bisexualidad, que demostró ser importante en sus propias enseñanzas. Probablemente siguió creyendo que existía cierta periodicidad en la vida, pero de un orden más complejo que el que quería adjudicarle Fliess en sus fórmulas. En *Mas allá del principio del placer* hace referencia a la «grandiosa concepción» de Fliess según la cual todos los fenómenos vitales —y también la muerte— se hallan ligados al cumplimiento de definitivos periodos de tiempo, pero luego afirma que existen bastantes elementos de prueba para oponerse a la rigidez de las fórmulas de Fliess y para justificar la duda acerca de la importancia dominante que él adjudicaba a sus leyes.

En lo que se refiere a la bisexualidad, en *Una teoría sexual* hay una nota en la que cita a ocho autores que afirman su carácter de universalidad. Entre estos autores figura Fliess, pero dado que menciona la fecha de su libro más importante (1906) y no la fecha real, mucho anterior, del «descubrimiento», resulta que de los cinco autores citadoscomo predecesores de Fliess sólo quedarían dos. Agrega luego que esto demuestra el escaso fundamento de Weininger para adjudicarse la prioridad, como lo hace, en cuanto a este concepto. Esto debe verse tal vez como una réplica al alboroto que había armado Fliess sobre este asunto.

En cuanto a su propia deuda al respecto, todo lo que dice es que él había observado casos de bisexualidad *en las psiconeurosis*, y que Fliess, en una comunicación privada, le había llamado la atención sobre el hecho de que ésta es una característica general de las mismas. Evidentemente, el tema de la bisexualidad seguía siendo un asunto enojoso para los dos.

La separación dejó una cicatriz, pero ésta se fue borrando poco a poco. Freud siguió conservando su admiración hacia Fliess, si bien en una forma modificada, naturalmente, y el resentimiento se fue extinguiendo poco a poco.

14. El autoanálisis (1897)

En el verano de 1897 el hechizo comenzó a disiparse y Freud emprendió la hazaña más heroica de su vida: un psicoanálisis de su propio inconsciente. Resulta difícil imaginarse ahora toda la trascendencia de este hecho, y esta dificultad es precisamente un rasgo que fatalmente va unido, la mayor parte de las veces, a esta clase de realizaciones, destinadas a marcar nuevos rumbos. Pero ahí está, frente a nosotros, el carácter único de la hazaña. Una vez realizada, lo ha sido para siempre. Porque nadie más podrá ser ya el primero en explorar tales profundidades.

En la larga historia de la humanidad se registran frecuentes intentos de esta índole. Filósofos y escritores, desde Solón hasta Montaigne y desde Juvenal hasta Schopenhauer, trataron de seguir el consejo del oráculo de Delfos, pero todos se vieron derrotados en su intento. Las resistencias interiores habían bloqueado todo posible avance. De tiempo en tiempo se produjeron chispazos de intuición que de algún modo alumbraban el camino, pero invariablemente terminaban por extinguirse. La esfera del inconsciente, cuya existencia fue postulada con tanta frecuencia, seguía en la oscuridad, y continuaban en vigor las palabras de Heráclito: «El alma del hombre es un país lejano, al que no es posible aproximarse y que no podemos explorar.»

Freud no contaba con ninguna ayuda, nadie podía prestarle el menor auxilio en la empresa. Peor aún: el hecho mismo que le empujaba hacia adelante —cosa que él mismo debió haber percibido vagamente, por mucho que tratara de ocultárselo a sí mismo— sólo podía conducir a dañar o incluso cortar para siempre sus relaciones con el ser a quien se hallaba íntimamente unido y que había contribuido a afirmar su equilibrio mental. Era atreverse a mucho y era grande el riesgo. ¡Cuánto coraje, a la vez intelectual y moral, debió necesitar en esa ocasión! Pero podía contar con ello.

Sólo a distancia, sin embargo, cabe apreciar el aspecto dramático de la situación. En aquel momento sólo podía tratarse de una lucha larga y como a ciegas, de una labor hercúlea que debe haberle hecho pensar a menudo «en todos los grandes aventureros del pasado, mis iguales». En cuanto a la decisión de iniciar tal empresa, difícilmente podía tratarse de algo referente a la voluntad consciente o a un motivo deliberado. No se trataba de un chispazo genial sino de una gradual intuición de algo fatal, inevitable. Una necesidad imperiosa de alcanzar la verdad a toda costa era posiblemente el resorte interno más poderoso en

la personalidad de Freud, algo a lo que todo lo demás —comodidades, éxito, felicidad— debió sacrificarse. Y, para decirlo con las profundas palabras de su amado Goethe: «La condición primera y la última de todo genio es el amor a la verdad.»

En tales circunstancias, Freud no debió haber esperado recompensa alguna más allá de la satisfacción de esa imperiosa necesidad. Y debió transcurrir tiempo antes de que se viera aflorar en forma apreciable aquel «indescriptible sentimiento de la belleza interior» que de vez en cuando cabía esperar de tales revelaciones. Durante tres o cuatro años el sufrimiento neurótico y la dependencia siguieron, en efecto, en aumento. Pero llegó un momento en que comprendió que:

To bear all naked truths,
And to envisage circumstance all calm,
That is the top of sovereignity.[44]

El final de este esfuerzo y este sufrimiento representa la fase última en la evolución de su personalidad. De ahí surgió el Freud sereno y benévolo, enteramente dueño de sí mismo desde ese momento, y libre para proseguir con imperturbable gesto su labor.

Aquí tenemos que agregar algunos detalles acerca de este progreso y acerca de los cambiantes puntos de vista de Freud, que precedieron y acompañaron esa evolución, acerca de la sexualidad infantil. Pero antes de hacerlo vale la pena citar una frase que había escrito no menos de quince años antes de esa época. «Siempre experimento cierta desazón cuando no puedo entender a alguien en términos de mí mismo.» Evidentemente había tomado a pecho la sentencia de Terencio: *Humani nihil a me alienum puto.*[45] Había en esto una razón para fortalecer su deseo de conocerse acabadamente a sí mismo.

Dos importantes sectores en la investigación se hallaban íntimamente ligados a su autoanálisis: la interpretación de los sueños y su creciente valoración de la sexualidad infantil.

Un triple papel corresponde aquí a la interpretación de los sueños. Fue la observación y la investigación de sus propios sueños —el material más inmediatamente asequible para el estudio y el que fue utilizado más en su libro— lo que inspiró la idea, en términos conscientes, de proseguir su autoanálisis hasta llevarlo a su lógico final. Y fue éste también el método principalmente utilizado para realizarlo. Más adelante expresó la opinión de que toda persona sincera, más o menos normal y que tuviera muchos sueños podía adelantar gran trecho en el camino del autoanálisis, pero, claro está, no todo el mundo es Freud. Su autoanálisis se fue desarrollando al mismo tiempo que componía su obra maestra, *La interpretación de los sueños*, en la que registró muchos detalles de aquél. Por último, era en el terreno de la interpretación de los sueños donde más seguro se sentía, la parte de su obra que le inspiraba la mayor confianza.

Si pasamos revista a las revolucionarias opiniones de Freud sobre la sexualidad y la infancia hasta la época de su autoanálisis, tomando

como base al mismo tiempo sus publicaciones y la correspondencia con Fliess, tendremos que llegar a las siguientes conclusiones. Su comprensión del problema fue mucho más lenta y gradual de lo que a menudo se supone. Algunas cosas que hoy son claras eran entonces bastante oscuras. Tuvo que partir necesariamente del convencional punto de vista acerca de la inocencia infantil, y al toparse con los chocantes relatos acerca de la seducción de parte de los adultos prefirió también el punto de vista convencional de que esto representaba una estimulación precoz. Al comienzo no pensó que esto despertara sensaciones sexuales en el niño en ese momento. Sería únicamente más tarde, hacia la pubertad, cuando el recuerdo de estos incidentes terminaría por ser excitante. Este concepto está de acuerdo con el que expresó en 1895, en el sentido de que los recuerdos se hacen traumáticos años después de la experiencia misma. En 1896 ya suponía que tal vez «la misma edad infantil puede no hallarse exenta de ciertas delicadas excitaciones sexuales», pero está claro que éstas se consideran puramente autoeróticas, y no existe conexión entre esas excitaciones y otras personas. Un año más tarde se mostraba interesado en cuanto a la base orgánica de tales excitaciones y las localizaba en las regiones de la boca y el ano, si bien sugirió que podían interesar a la superficie total del cuerpo. En una carta del 6 de diciembre de 1896 utilizó la expresión *zonas erógenas* y en otra del 3 de enero de 1897 llamó a la boca «el órgano sexual oral».

Descubrió los aspectos aloeróticos de la sexualidad infantil de una manera curiosa e indirecta, no a través del niño sino del progenitor afectado en cada caso. Desde mayo de 1893, que fue cuando anunció esto por primera vez a Fliess, hasta septiembre de 1897, fecha en que admitió su error, sostuvo la opinión de que la causa esencial de la histeria es una seducción sexual de una criatura inocente de parte de una persona adulta, que por lo común sería el padre. La evidencia del material analítico parecía irrefutable. Se mantuvo en esta convicción durante cuatro años; si bien se sentía cada vez más sorprendido de la frecuencia de estos supuestos episodios. Empezaba a parecer que, en una proporción elevada, los padres eran protagonistas de tales ataques incestuosos. Y lo que es peor, habitualmente se trataba de episodios de índole perversa, que tomaban como punto de elección la boca o el ano. De la existencia de ciertos síntomas histéricos en su hermano y en varias de sus hermanas (nótese bien, no en él mismo) dedujo que aun su propio padre debería ser acusado de tales hechos, si bien agregaba a continuación que la frecuencia de tales hechos provocaba a menudo ciertas dudas al respecto. Hacia el final de este periodo las dudas eran cada vez más numerosas, pero eran constantemente rechazadas en vista de supuestas nuevas pruebas. Cuando finalmente tuvo un sueño acerca de su sobrina Hella, de Estados Unidos, sueño que interpretó como un deseo sexual encubierto hacia su propia hija mayor, tuvo la impresión de hallarse frente a una prueba de primera mano acerca de la exactitud de su teoría.

Cuatro meses más tarde, empero, Freud había descubierto la verdad del caso: que independientemente de los deseos incestuosos de los

progenitores hacia sus hijos e incluso de ocasionales actos de esa índole, de lo que se trataba en realidad era de la existencia, con carácter general, de deseos incestuosos de los niños hacia sus progenitores, y específicamente hacia el del sexo opuesto. Este otro lado de la cuestión se había mantenido enteramente oculto para él hasta ese momento. Quedó revelado en los dos primeros meses de su autoanálisis. Estaba empezando a comprender la verdad de la máxima de Nietzsche: «El propio ser es algo que a uno se le oculta: de todos los tesoros ocultos, el de sí mismo es el último en ser desenterrado.»

En ese momento Freud no había llegado aún, en realidad, a la idea de la sexualidad infantil tal como habría de entenderse más adelante. Los deseos y fantasías de incesto serían productos ulteriores, que se situaban probablemente entre los 8 y los 12 años y que eran referidos al pasado, encubriéndolos tras la pantalla de la primera infancia. No es aquí donde tendrían su origen. Lo más que llegaría a admitir era que los niños pequeños, incluso de 6 a 7 meses (!), tenían la capacidad de registrar y captar, aunque de forma imperfecta, el significado de los actos sexuales de los adultos que habían llegado a presenciar o a escuchar (2 de mayo de 1897). Tales experiencias llegarían a tener importancia únicamente en el momento en que su recuerdo era reanimado años más tarde por fantasías, deseos o actos de carácter sexual.

No hay duda, por lo tanto, de que durante un periodo aproximado de cinco años Freud consideró que los niños eran objeto inocente de deseos incestuosos, y que sólo de una manera muy lenta —y sin duda a costa de una considerable resistencia interior— llegó a reconocer lo que desde entonces se conoce definitivamente como sexualidad infantil. Restringió este concepto mientras le fue posible a una edad posterior, en la suposición de que las fantasías eran proyectadas a una época anterior, y hacia el final de su vida se decidió a considerar el primer año de vida del niño como un oscuro misterio tras del cual se esconden excitaciones difícilmente aprehensibles, más que impulsos y fantasías de carácter activo.

A la luz de estas consideraciones, podemos volver ahora al autoanálisis. Podemos suponer como primer comienzo del mismo aquella histórica ocasión del mes de julio de 1895, cuando por primera vez analizó completamente uno de sus sueños. En los años que siguieron a esto, comunicó varias veces a Fliees los análisis de sus propios sueños. Gracias a esta correspondencia podemos señalar también la fecha en que estos análisis casuales se convirtieron en un procedimiento regular, con un propósito definitivo. Fue en julio de 1897.

Uno se pregunta naturalmente por qué fue tomada esa decisión precisamente en ese momento. Pero también aquí nos encontramos, probablemente, con una creciente y gradual presión de fuerzas inconscientes, más bien que con un súbito golpe de genio.

El padre de Freud había fallecido en octubre último. Al agradecer a Fliess su pésame, escribió: «Por uno de esos senderos oscuros que se esconden tras la consciencia oficial, la muerte de mi padre me ha afectado profundamente. Yo le había valorado mucho y le había compren-

dido con toda exactitud. Con esa peculiar mezcla de profunda sabiduría y fácil fantasía, significó mucho en mi vida. No hay duda de que al llegarle la hora ya se había sobrevivido a sí mismo, pero su muerte ha hecho revivir en mí todos mis sentimientos más tempranos. Ahora me siento completamente desamparado.»

Freud nos ha dicho que fue esta experiencia lo que le condujo a escribir *La interpretación de los sueños* (1898), y la redacción de ese libro marchó unida con el primero o los dos primeros años de su autoanálisis. Tenemos derecho a considerar las dos cosas como muy unidas entre sí. En el prólogo a la segunda edición (escrito en 1908) dice que reconoció esa relación con la muerte de su padre sólo después de terminar el libro. «Se me reveló como una parte de mi autoanálisis, como mi reacción a la muerte de mi padre, es decir, al acontecimiento más importante, a la pérdida más amarga en la vida de un hombre.»

En el mes de febrero que siguió a la muerte de su padre, Freud mencionaba el hecho de haberle acusado de actos de seducción, y tres meses más tarde anunciaba su propio sueño incestuoso, que puso fin, según decía, a sus dudas acerca del asunto de la seducción. Al mismo tiempo que este segundo anuncio, enviaba el manuscrito en que se refería a la hostilidad que los niños que más tarde serán neuróticos sienten hacia el progenitor del mismo sexo, primer indicio del complejo de Edipo. Ambos puntos de vista, al parecer, eran sostenidos al mismo tiempo.

A mediados de abril Freud se encontró con Fliess en Nuremberg, y diez días más tarde le envió el relato de un sueño con un análisis que revelaba un resentimiento y una hostilidad inconscientes hacia él.

Evidentemente se daba cuenta de cierto torbellino emocional, dado que en un párrafo (inédito) de una carta fechada cuatro días más tarde escribió: «Mi recuperación sólo puede producirse mediante un trabajo en el inconsciente; no puedo arreglarme con los esfuerzos conscientes solamente.» Esto constituyó probablemente el primer indicio de la percepción, por parte de Freud, de que debía llevar a cabo un psicoanálisis personal, si bien todavía pasó un par de meses hasta que tomó tal decisión.

A esto siguió un periodo de apatía y «una parálisis intelectual como nunca había imaginado». Describió cómo estaba pasando por una fase neurótica: «Curiosos estados de ánimo que la propia consciencia no puede captar: pensamientos crepusculares, un velo sobre la mente y apenas, aquí y allá, un rayo de luz.» Cada línea que escribía significaba un tormento y una semana más tarde decía que su inhibición para escribir era realmente patológica. Pronto descubrió, sin embargo, que el motivo de esto era el de estorbar la relación con Fliess. Viene luego el amargo párrafo antes citado de la carta del 7 de julio en la que habla de resistencias en las profundidades mismas de su neurosis, en las que de algún modo estaba envuelto Fliess. Pero aquí está a punto de aflorar algo que resultará sin duda más divertido. «Me parece estar como el gusano de seda en su capullo, y Dios sabe qué clase de bestia saldrá de aquí.»

Poco después, Freud se reunió con su familia en Aussee y el 14 de agosto escribió decididamente acerca de su propio análisis, que según

dice, «se hace más duro que cualquier otro». «Pero habrá que llevarlo a cabo, y más aún, constituye una contrapartida necesaria de mi labor (terapéutica).»

Una parte de su histeria ya estaba resuelta. Reconoció claramente que sus propias resistencias habían estado obstaculizando su trabajo.

En cartas fechadas el 3, el 4 y el 15 de octubre, Freud proporcionaba detalles sobre el progreso de su análisis. Nos hemos ocupado de ellos en otra parte de este libro. Se había dado cuenta ya de que su padre era inocente y de que había proyectado sobre él ideas propias. Habían surgido recuerdos infantiles de deseos sexuales hacia su madre con ocasión de haberla visto desnuda. Nos encontramos con el relato de sus celos y querellas de la infancia y del redescubrimiento de su vieja niñera, a la que atribuye gran parte de sus dificultades. El recuerdo revivido de que le lavaba en agua roja, en la que previamente se había lavado ella, era un detalle particularmente convincente.

En la última de estas cartas, Freud narraba que había interrogado a su madre acerca de su primera infancia. De esta manera tuvo una confirmación acerca de la verdad de sus hallazgos analíticos y obtuvo además algunos datos que aclaraban ciertas cosas acerca de la niñera, por ejemplo, que le habían producido gran extrañeza. Señalaba que su autoanálisis prometía ser para él del más alto valor, si era conducido hasta el fin. Había descubierto en sí mismo la pasión hacia su madre y los celos que había sentido por su padre; estaba seguro de que esto era un rasgo humano de carácter general y de que a partir de él se podía entender el vigoroso impacto de la leyenda de Edipo. Agregó incluso una interpretación correspondiente de la tragedia de Hamlet. Su mente estaba trabajando ahora, evidentemente, a plena velocidad, y hasta podemos hablar aquí de súbitas intuiciones.

La superación de sus propias resistencias le permitía una visión más clara de las resistencias de sus pacientes, y ahora podía entender mucho mejor los cambios de estado de ánimo de éstos. «Encuentro aquí todo aquello que siento en los pacientes: días en que me encuentro vagando oprimido a causa de no haber podido entender nada de mis sueños, mis fantasías y mis estados de ánimo del día, y luego días en que un relámpago (*ein Blitz*) ilumina repentinamente las conexiones y me pone en condiciones de comprender esos momentos anteriores como una fase preparatoria de la visión actual.»

Naturalmente, el análisis de Freud, como todos los otros análisis, no podía producir resultados mágicos de entrada. En cartas escritas en periodos posteriores hallamos característicos relatos de variaciones en su progreso: optimismo que alterna con pesimismo, exacerbación de síntomas, etc. La neurosis misma, así como la correspondiente dependencia de Fliess, pareció haber sido más intensa, o más manifiesta, en el año o dos que siguieron, pero la determinación de Freud de salir a flote nunca desmayó y finalmente le dio la victoria. En una carta del 2 de marzo de 1899 nos enteramos de que el análisis le había hecho mucho bien y que se encontraba evidentemente mucho más normal de lo que había sido cuatro o cinco años antes.

Siendo que pocos análisis, o acaso ninguno, llegan a completarse jamás —puesto que la perfección absoluta es cosa vedada a los mortales—, sería poco razonable esperar que el autoanálisis de Freud, privado de la colaboración de un analista objetivo y sin la invalorable ayuda derivada más tarde del estudio de las manifestaciones de transferencia, pudiera hacer excepción a la regla. Acaso se nos brinde la ocasión, más adelante, de sugerir cuándo y cómo estas deficiencias pueden haber afectado algunas de sus conclusiones.

En el encabezamiento de este capítulo hemos puesto sólo la fecha inicial. La razón de ello es que Freud, según me había dicho, nunca dejó de analizarse, dedicando siempre a este fin la última media hora del día. He aquí una prueba más de su infatigable integridad.

15. La vida privada (1890-1900)

La correspondencia con Fliess agrega mucho a lo que sabemos por otras fuentes en cuanto a la forma de vivir de Freud, a sus hábitos y a las circunstancias generales de este periodo. Hallamos en ella detalles incluso triviales, que son incidentalmente mencionados, tales como que había hecho su visita diaria al barbero —lo cual indica, de paso, para un hombre de tanta barba, un desusado cuidado de su persona— o que odiaba los platos aparentemente inofensivos de carne de ave o coliflor, hasta el punto de que evitaba comer en casa de una familia donde probablemente se los servirían; o de que poseía un teléfono que había sido instalado nada menos que en 1895. El apartamento, más amplio, de la Berggasse, al que se había mudado la familia a finales del verano de 1891, demostró ser inadecuado para el número creciente de hijos, de modo tal que Freud alquiló otro más en 1892. Este se hallaba en la planta baja de la misma casa y daba, por la parte de atrás, a un pequeño y agradable jardín. Se componía de tres habitaciones, usadas como sala de espera, consultorio y escritorio, respectivamente; de modo que Freud disponía de todas las oportunidades para concentrarse tranquilamente. Esto continuó sin cambio hasta 1907.

Freud señalaba en una de sus cartas que pasaba su vida entre la sala de consulta y la habitación de los niños, en el piso alto. Era, evidentemente, un buen padre, y sus cartas a Fliess están llenas de detalles sobre las cosas notables que decían o hacían sus niños. Todos crecieron robustos y sanos, pero parecen haber padecido, durante su infancia, de todas las enfermedades infecciosas posibles. Esto constituía una fuente de constante angustia, ya que, como cabe recordar, muchas de esas enfermedades, tales como la escarlatina, la difteria, la infección de las anginas, etc., eran mucho más peligrosas que ahora y no existía para ellas otro tratamiento que la leche materna.

A pesar de sus otras preocupaciones, Freud era, en manera extrema, un hombre que vivía para su familia, interesado en todo lo que se refería a sus numerosos parientes. Además, aparte de mantener su propio hogar, tenía que contribuir al sostén de sus padres y hermanos. Su hermano Alexander le ayudaba en esto lo mejor que podía, si bien él mismo, ocasionalmente, tenía que pedir dinero prestado (a Fliess).

Freud tenía un solo *hobby* importante, pero pocos descansos aparte de sus viajes. Jugaba un poco al ajedrez, pero lo abandonó por completo antes de cumplir los 50 años, a causa de que requería una gran concentración, que prefería dedicar a otra cosa. Cuando se encontraba

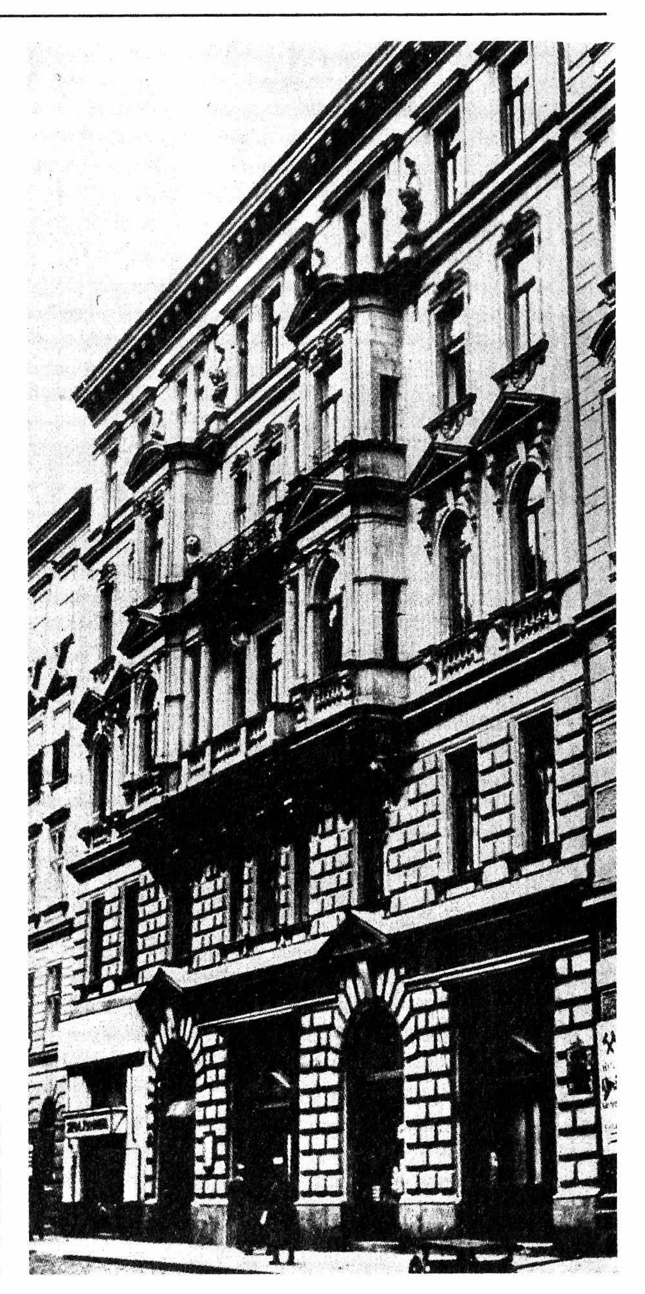
solo, con frecuencia hacía solitarios, pero había un juego de cartas al que realmente llegó a aficionarse. Era un viejo juego vienés, entre cuatro, llamado *tarock*. Sabemos que lo jugaba en la última década del siglo y probablemente antes también. Más tarde llegó a ser una institución, y las noches del sábado le eran religiosamente dedicadas. El que le inició en esto fue el profesor Königstein, el oftalmólogo, que había sido uno de los primeros en introducir en su práctica el uso de la cocaína. El juego continuó en la casa de éste hasta su muerte, en 1924.

Muy pocas veces asistía Freud al teatro o la ópera. Las óperas tenían que ser de Mozart, si bien hacía una excepción con *Carmen*. De vez en cuando asistía también a alguna conferencia. Así, por ejemplo, escuchó con gran placer a Mark Twain, un viejo favorito suyo.

Otra importante forma de descanso que había buscado era de una índole más social. En 1895, cuando su ostracismo profesional comenzó a resultarle deprimente, buscó la compañía de gente de la que se sentía más cercano. La halló en el Club Judío Benei Brith, sociedad a la que siguió perteneciendo después durante toda su vida.[46] Asistía a sus reuniones sociales o culturales cada martes alterno, y de vez en cuando él mismo pronunciaba una conferencia.

Pero su *hobby* más importante era su pasión por las antigüedades. Esto satisfacía a la vez sus necesidades estéticas y su infatigable interés por las fuentes de la civilización, así como, en realidad, por todas las actividades del hombre. Era, por cierto, su único derroche, si puede llamarse así. En una carta del 20 de agosto de 1898 comunica a Fliess que ha comprado una estatuilla romana en Innsbruck. Estaba leyendo entonces con gran placer la *Griechische Kulturegeschichte* (*Historia de la cultura griega*) de Burckhardt y señalaba paralelos que encontraba con sus hallazgos psicoanalíticos. «Mi afición a lo prehistórico en todas las manifestaciones humanas sigue invariable» (30 de enero de 1899). Cuando se obsequió a sí mismo con un ejemplar de la *Ilias* de Schliemann, se sintió especialmente interesado en el relato de su niñez que el autor hace en el prefacio y en las primeras ideas del autor que más tarde darían como resultado el descubrimiento de la sepultada Troya. «Se sentía feliz con el hallazgo del tesoro de Príamo, puesto que la única felicidad posible es la satisfacción de un deseo infantil.» Esto mismo lo manifestaba de una manera más formal en una carta anterior: «Aquí agregó una definición de la felicidad. La felicidad consiste en la satisfacción ulterior de un deseo prehistórico. Es por esto por lo que la riqueza trae tan poca felicidad: "El dinero no ha sido un deseo en la infancia"».

Por razones de clima, las prolongadas vacaciones de verano constituían en Viena una institución regular. A causa del elevado calor, hasta las escuelas cerraban a finales de junio, y era costumbre que las familias pasaran dos o tres meses en el interior del país, aun cuando los hombres no pudieran reunírseles sino a intervalos. Freud hacía todos los esfuerzos posibles por adherirse a esta costumbre, aun en sus años más penosos. Había buenas razones, cierto es, para ver en esta costumbre más bien una necesidad que un lujo. Bien pronto pudo convercerse, como les ocurrió desde entonces a todos los analistas, que la tensión



Casa de la calle Berggasse, en Viena, donde Sigmund Freud vivió entre 1891 y 1938.

requerida para su tarea era tal, que la calidad de la misma seguramente se resentiría sin un amplio periodo de recuperación. Tiene que haber además, después de todo, cierto placer en la vida y para Freud existían pocos placeres tan satisfactorios como el disfrutar de un hermoso paisaje o la contemplación de lugares desconocidos. Sentía, cosa nada rara, una atracción simultánea por el norte y el sur. Los elevados sentimientos del deber le hablaban del norte. Ahí estaba, por ejemplo, Berlín con su incansable actividad e incesante impulso de realización. Pero en cuanto a placer, felicidad y pura atracción, era el sur el que se llevaba la palma. Su suavidad y belleza, su calidad social y sus cielos azules, y sobre todo su riqueza de reliquias visibles de las etapas más antiguas de la evolución suponían para Freud, como para tantos otros, una atracción irresistible.

En esa época Freud acostumbraba mandar a su familia fuera en el mes de junio, o incluso en mayo, y continuar trabajando solo en Viena hasta bien entrado el mes de julio, con ocasionales interrupciones de fin de semana para reunirse con la familia; volvía plenamente al trabajo a mediados de septiembre. Al principio no viajaban muy lejos: permanecían en los alrededores de Viena.

Pero desde estos lugares o desde Viena como punto de partida, solía iniciar excursiones más amplias, acompañado por su mujer, su hermano y, en cierta oportunidad, por su cuñada; cuando su mujer iba con él, su hermana Rosa, mientras estuvo soltera, solía quedarse con los niños para cuidar de ellos y atenderlos. Los meses en que se quedaba solo en Viena eran agotadores, y Freud se quejaba especialmente de la elevada temperatura que tenía que soportar la ciudad en junio y en julio. Naturalmente tenía que ocuparse también de escribir y de atender a sus pacientes, y casi todos los días tenía una invitación para pasar la velada en compañía de amigos. Tenía en esa época un círculo, si no variado, asombrosamente amplio de relaciones, casi todos médicos judíos. Cuando Freud hablaba más tarde de los diez años de aislamiento, debe entenderse que se refería simplemente a su vida científica, no a la social.

En el año 1896 los planes de verano fueron mucho más ambiciosos. Fue la primera vez que la familia pudo ser llevada a una distancia tan grande como Aussee, en Estiria, donde pasaron el verano. Como esto estaba más allá del alcance de los fáciles viajes de fin de semana para reunirse con la familia, Freud planeó, como compensación, un extenso viaje. Aunque ya había mantenido un «congreso» de tres días con Fliess en Dresde, en el mes de abril, realizó otro con él en Salzburgo en la última semana de agosto, después de pasar un mes con la familia.

Después de esto se reunió con su hermano Alexander en Steinach y viajó con él a Venecia, vía Bolonia. Allí se quedaron sólo dos días y, después de una interrupción de unas pocas horas en Padua (donde «trabajó duramente» unas cuatro horas), viajó a Bolonia. Esta ciudad impresionó a Freud, que pasó tres noches allí. El último día hizo excursiones a Ravena y Faenza. Esta última le impresionó menos de lo que se podía esperar. Después vivió una estupenda semana en Florencia, donde se sintió transportado por la «magia delirante» de sus maravillas. Freud te-

nía un extraordinario poder de rápida asimilación, y esa semana debió de proporcionarle lo que habitualmente se asimila en un mes. Entre otros descubrimientos figuraba el del museo Galileo en la Torre del Gallo, en las afueras de la ciudad. Allí persuadió al propietario, Conde Galetti, que ocupaba el piso de arriba, de que les alquilara tres habitaciones para el resto de su permanencia en la ciudad, y pasaron cuatro días rodeados de tesoros inapreciables con una magnífica vista de Florencia. Este debió de ser el viaje más largo que hasta entonces había hecho Freud. Había faltado de Viena durante dos meses. En 1897 y, de nuevo, en 1898 Freud realizó largos viajes por Europa.

El verano de 1899 fue el primero de los muchos que pasó la familia en una amplia granja llamada Riemerlehen, cerca de Berchtesgaden, en Baviera. Fue durante este verano cuando Freud escribió la mayor parte de *La interpretación de los sueños*, cuyas últimas y dificultosas páginas fueron escritas en una glorieta del jardín de la casa. Su último agradable «congreso» con Fliess había tenido lugar en abril, en Innsbruck, y le sirvió sin duda de estímulo para proseguir con su gran tarea, que hasta entonces había marchado con bastante dificultad. Después de terminar el libro volvió a Viena en la tercera semana de septiembre, tras un recorrido de veintidós horas a través de una campiña inundada.

Cada vez que Freud se hallaba lejos de su mujer mantenía constante contacto con ella mediante postales y telegramas diarios, que alternaban con una larga carta; cada dos o tres días le enviaba breves descripciones de lo que había visto, y de vez en cuando agregaba agudos comentarios por su cuenta. El mal humor que solía dominarle en otros momentos desaparecía visiblemente y por completo durante sus viajes. Freud demostraba entonces una gran aptitud para el goce y un extraordinario buen gusto. A título de curiosidad podemos agregar que de todos los lugares que visitó en Italia los favoritos fueron, después de Venecia y Florencia, Bérgamo, Bolonia y Brescia.

Si bien estos viajes se realizaban, sin ninguna duda, de una manera modesta, a base de pequeños hoteles y diligencias, necesariamente debieron de ser costosos. Cuando pensamos que Freud, en esos años, tenía que mantener a una docena de personas, aparte de las de servicio, podemos darnos cuenta de por qué las finanzas constituían un constante motivo de ansiedad. La actitud de Freud hacia el dinero fue siempre realista: el dinero era para gastarlo, pero de todos modos era algo que debía tomarse en serio.

Pocas veces hallamos, en la correspondencia con Fliess, referencias a lo que ganaba en el consultorio antes de 1896. Comenzó a sentir entonces los efectos del aislamiento a que le condenaron sus colegas, a causa de sus perturbadoras opiniones sobre la sexualidad. La marcha de su consultorio, como la de muchos otros médicos, variaba ampliamente de una época a otra, como lo demuestran los siguientes ejemplos: en mayo de 1896 su sala de espera quedó vacía por primera vez, y transcurrieron varias semanas sin que apareciera un nuevo paciente. En noviembre las cosas anduvieron mal. Pero en diciembre estaba trabajando a razón de diez horas diarias y ganando 100 florines por día,

exactamente la suma que necesitaba para sus gastos. «Se hallaba, pues, mortalmente cansado y mentalmente fresco.» Esto continuó sin variar por un tiempo. Comenzaba a ser conocido en el mundo. Wernicke le había mandado un paciente, tenía otro de Budapest y otro más de Breslau (febrero de 1899). Pero por la noche, después de trabajar durante doce horas y media, «cae rendido como si hubiera estado aserrando leña». La última semana había ganado 700 florines, pero «esto no se lo dan a uno por nada; debe de ser muy duro llegar a ser rico».

En la famosa carta (21 de septiembre de 1897) en que anuncia su desengaño respecto a la teoría de la seducción, uno de los rasgos inquietantes que sobresalen es el de que, siendo errónea su teoría etiológica, ya no podría estar seguro de poder curar las neurosis, que es de lo que dependía como medio de vida. Pero su teoría sobre los sueños quedaba intacta: «¡Qué lástima que no podamos vivir de la interpretación de los sueños!» No pasó un mes sin que se cumpliera su presagio. Sólo tenía dos pacientes, los dos gratuitos: «Con esto llegan a tres, pero no rinden nada.» Durante un año las cosas anduvieron mal. No pudo abandonar Viena, ya que no podía permitirse perder un solo día de trabajo. En el mes de octubre siguiente (1898), estaba trabajando duramente otra vez, con once horas diarias de psicoanálisis. Después de hacer dos visitas de carácter profesional, comenzaba a las nueve y, tras un intervalo de dos horas y media al mediodía, terminaba a las nueve de la noche. Luego tenía que continuar con *La interpretación de los sueños*, la correspondencia y el autoanálisis. Dos meses más tarde sus ingresos habían descendido a 70 florines diarios; pero al mes siguiente estaba ganando nuevamente 100 florines, con una tarea diaria de once horas. Hacia mayo, ésta descendió a dos horas y media, y en octubre del mismo año escribía que sus ingresos en los últimos seis meses no habían sido suficientes para cubrir los gastos

Freud tenía solamente ambiciones científicas, las de descubrir. Lo más cercano a una ambición mundana era el deseo de una posición que le permitiera viajar. El progreso social y profesional no significaban nada a no ser, quizá, la posibilidad de una independencia mayor. Se quejaba de que su medio de vida dependiera de gente (colegas) a la que despreciaba. En Viena, por otra parte, la comunidad científica se hallaba impregnada de una especie de esnobismo sin parangón en ninguna parte. Cuestiones de reputación y capacidad se subordinaban totalmente a la simple posesión de un título, y la jerarquía de los títulos era sumamente complicada. Esto era especialmente pronunciado en cuanto a la profesión médica. Se consideraba socialmente inadecuado utilizar los servicios de un facultativo, por capaz que fuera, si se estaba en condiciones de pagar a un *Privat-Dozent*, y la crema de la clientela iba a los médicos que tenían el codiciado título de profesor. Freud debió de despreciar cordialmente todo esto, pero no podía dejar de reconocer sus importantes aspectos económicos. Solamente por esta razón, no por otra, se sentiría satisfecho de lograr el título. La forma en que logró este progreso es algo que arroja viva luz sobre lo que era la Viena de esos días.

En enero de 1897, después de haber sido *Privat-Dozent* por el pe-

riodo nada común de doce años, escribía que el rumor corriente de que habría de ser pospuesto, una vez más, en favor de colegas más jóvenes, le dejaba completamente indiferente, pero que podría apresurar la ruptura definitiva con la Universidad. Un mes más tarde, sin embargo, informaba de una entrevista con Nothnagel, quien le dijo que, juntamente con Kraft-Ebbing y Frankl Hochwart, iba a proponerle como profesor adjunto y que, en el caso de no ser admitido por el Consejo de la Facultad, estaban dispuestos a llevar ellos mismos la proposición al Ministerio.[47] Pero Nothnagel agregaba: «Usted conoce las dificultades que vienen después: tal vez no consigamos otra cosa que poner su caso sobre el tapete.» Lo que agradaba a Freud era que podía seguir considerándolos «hombres decentes».

Nada salió de todo esto. La actitud antisemita en los círculos oficiales habría bastado por sí misma, y a ello se agregaba aún la mala reputación de Freud en asuntos de orden sexual. Nada contaban, en la ocasión, frente a estas consideraciones, la magnífica obra realizada en el terreno de la neurología ni tampoco su fama europea como neurólogo. En la ratificación anual del mes de septiembre, él y su grupo fueron ignorados en 1897, 1898 y 1899. En 1900 fueron ratificados todos los nombres propuestos menos el de Freud. Pero éste se sintió complacido de que su amigo Königstein fuera finalmente aceptado.

Pasaron cuatro años sin que Freud diera paso alguno en este sentido. Luego tuvo lugar el gran acontecimiento de la visita a Roma, después de lo cual dijo que había aumentado su placer de vivir y disminuido su placer en el martirio. Una actitud de digno aislamiento concedía, sin duda, un sentimiento satisfactorio de superioridad, pero él estaba pagando muy caro por ello. Había decidido «ser como otros hombres» y descender de su pedestal para colocarse en un nivel menos elevado. Fue así como decidió visitar a su viejo maestro Exner. Este se comportó muy generosamente con él, pero al final le reveló que el ministro estaba siendo influido personalmente contra él por alguien, y le aconsejó que buscara algún modo de contrarrestar esa influencia. Freud sugirió el nombre de una ex-paciente, Elise Gomperz, esposa del hombre para quien Freud había traducido veinte años atrás los ensayos de John Stuart Mill. Gomperz había sido profesor de filología junto con Von Härtel, que ahora era ministro de Instrucción Pública. La señora se mostró muy bien dispuesta, pero el ministro simuló no saber nada de la antigua recomendación, de modo que fue necesario hacer llegar otra nueva. Freud escribió a Nothnagel y a Kraft-Ebbing, quienes rápidamente renovaron la recomendación. Pero tampoco surgió nada de esto.

Poco después, una de las pacientes de Freud, una tal señora Marie Ferstel, viuda de un diplomático, se enteró de la situación e inmediatamente entró en competencia con la señora Gomperz. No descansó hasta que pudo conocer al ministro personalmente y hacer un trato con él. Este estaba ansioso de poseer cierto cuadro de Böcklin (*Die Burgruine*) para la recién inaugurada Galería Moderna, y dicho cuadro estaba en poder de la tía de la señora Ferstel, señora Ernestine Thorsch. Tres meses le llevó el sacárselo a la vieja señora, pero al final el ministro anunció

graciosamente a la señora Ferstel, en una fiesta, que ella era la primera en enterarse de que había enviado al emperador, para su firma, el documento en cuestión. Al día siguiente irrumpió en la sala de Freud con el grito: *¡Ich hab's gemacht!* (¡Lo conseguí!).

Es fácil imaginar los sentimientos de Freud acerca de todo esto, pero sabemos que el 11 de marzo de 1902 escribió a Fliess que de todos los que intervienen en el caso, el asno más grande era él, que debía haber negociado este asunto desde años atrás, ya que sabía cómo marchaban las cosas en Viena. De todos modos no dejó de divertirle el hecho, y en esa misma carta a Fliess —la última de la correspondencia entre ambos— escribió: «La población está participando ampliamente. Llueven sobre mí felicitaciones y ramos de flores, como si Su Majestad hubiera reconocido ampliamente el papel de la sexualidad, el Consejo de Ministros hubiera confirmado la importancia de los sueños y la necesidad del tratamiento psicoanalítico de la histeria hubiera sido aprobada en el Parlamento por dos terceras partes de los votos.»

Este absurdo asunto tuvo los resultados esperados. Conocidos que le habían mirado por encima del hombro al cruzarse con él, ahora le hacían una reverencia desde lejos; los compañeros de escuela de sus hijos proclamaban su envidia y —la única cosa que realmente importaba— su trabajo en el consultorio mejoró, esta vez de un modo permanente. Había llegado a ser, si no respetable, al menos respetado. Este hecho coincidía casualmente con otro acontecimiento importante de su vida, su emergencia de los años de aislamiento intelectual. Comenzaron a aparecer partidarios a su alrededor, que se referían a él todas las veces simplemente como «Herr Professor», y no pasaría mucho tiempo hasta que en el extranjero comenzaran a tomar seriamente en cuenta su labor psicológica.

Este nuevo título no significó una diferencia intrínseca en la posición académica de Freud. Tal como antes, cuando era *Privat-Dozent*, estaba autorizado a dar clases en la Universidad, pero no estaba obligado a hacerlo.

Freud aprovechó ampliamente ese derecho de dictar cursos y clases, aunque no lo hizo todos los años, hasta la I Guerra Mundial. Daba clases dos veces por semana, los martes y los sábados. Probablemente alguna otra persona, aparte del que esto escribe, debe de recordar lo que significaba el privilegio de escucharle. Era fascinante como conferenciante. Sus clases estaban siempre animadas por ese peculiar humor y esa ironía suyos, del tipo de los numerosos párrafos que hasta aquí hemos citado. Siempre lo hacía en voz baja, quizá porque al esforzarse adquiría un tono áspero, pero hablaba siempre con la máxima claridad. Nunca usaba anotaciones de ningún tipo,[48] y raras veces se preparaba especialmente para dar una clase. Por lo general lo dejaba en manos de la inspiración del momento. Recuerdo que una vez, acompañándole a dar una clase, le pregunté cuál era el tema que iba a abordar esa tarde, a lo que contestó: «¡Si lo supiera yo! Tengo que dejarlo a la inspiración de mi inconsciente.»

Nunca hacía uso de oratoria alguna, y hablaba en un estilo más

bien íntimo y coloquial, por lo cual le gustaba tener bien cerca de sí a su auditorio. Teníamos la sensación de que se dirigía a nosotros personalmente, y algo de esta manera personal se reflejó en algunas conferencias posteriores que fueron publicadas. No había asomo de condescendencia en él, ni la menor pose de maestro. Quedada entendido que el auditorio estaba formado por gente sumamente inteligente a quienes quería comunicar algunas de sus recientes experiencias, si bien no había, por supuesto, discusión alguna, salvo la que en privado se hacía después.

Cuando su labor comenzó a ser más conocida, surgió el riesgo de que esta amable intimidad fuera perturbada por auditorios numerosos. En cierta ocasión, al comienzo de una clase, irrumpió un tropel de nuevos estudiantes. Freud se sintió evidentemente molesto, y adivinando sus intenciones les advirtió: «Señoras y señores, si han venido ustedes en número tan grande esperando oír algo sensacional o quizás procaz, tengan la seguridad de que haré lo posible para que sus esfuerzos resulten inútiles.» A la vez siguiente, el auditorio se había reducido a un tercio. Años más tarde Freud controlaba la situación negándose a admitir a nadie que no tuviera una tarjeta, la cual era concedida únicamente después de una entrevista personal.

De las propias palabras de Freud se tiene una viva impresión de cuán lejos estaba su manera de trabajar de la actividad intelectual pura, tal como la que tiene lugar en buena parte de las matemáticas y de la física. Claramente se deduce de ellas que, especialmente en esos años de formación, avanzaba casi enteramente por imperio de fuerzas inconscientes y estaba en gran parte a merced de éstas. Oscilaba entre estados de ánimo en los que las ideas venían claramente a su mente y tenía una visión nítida de los conceptos que estaba elaborando, y por otro lado, estados de ánimo en los que se hallaba evidentemente inhibido, detenido el flujo de ideas, a la vez que su mente se mostraba perezosa y torpe. Así, por ejemplo, escribía (3 de diciembre de 1897): «Las nuevas ideas que se me ocurrieron durante mi estado de euforia se han ido. Ya no me satisfacen, y estoy esperando que vuelvan a nacer. Presionan sobre mi mente pensamientos que prometen conducir a alguna cosa definida, que parecen unificar lo normal y lo patológico, los problemas sexuales y los psicológicos, pero luego se desvanecen. Yo no trato de aferrarme a ellos, porque sé que tanto su aparición como su desaparición de la consciencia no constituyen una expresión real de su destino. En días como el de ayer y el de hoy todo es tranquilo dentro de mí, y siento una terrible soledad... Debo esperar a que algo comience a agitarse en mi interior y que yo pueda llegar a sentirlo. Así, paso a menudo días enteros soñando.» En otra ocasión, cuando estaba muy deprimido por causa de su trabajo clínico, decía (11 de marzo de 1900): «Pronto me di cuenta de que es imposible continuar con esta tarea realmente dificultosa cuando me siento con un mal estado de ánimo y asaltado por las dudas. Cada uno de los pacientes es un espíritu torturador cuando yo no soy yo mismo y no me contento. Realmente creí que iba a sucumbir. Mi alivio fue renunciar a todo esfuerzo mental consciente e internarme a tien-

tas por el camino de los enigmas. Desde entonces he estado realizando la tarea posiblemente con más aptitud que antes, pero apenas sé ya qué es lo que estoy haciendo realmente.»

En una carta del 2 de febrero de 1899 compartía con Fliess la sensación de estar absorbido por un trabajo excesivo, «al que había que dedicar todos los esfuerzos del pensamiento y que gradualmente absorbe toda otra aptitud y la capacidad de recibir impresiones; una especie de sustancia neoplástica que se infiltra en el propio ser y termina por reemplazarlo. En mi caso esto es más cierto aún. Para mí trabajar y ganar eran la misma cosa, de modo que me convertí íntegramente en un carcinoma. Hoy tengo que ir al teatro; es ridículo, como si uno pudiera trasplantar algo a un carcinoma. Ninguna otra cosa podría prender en él, y desde ahora en adelante mi existencia es la del neoplasma.» Era la época en que estaba escribiendo *La interpretación de los sueños*. Había caído en las redes de su tiránico inconsciente, y era tanto más esclavo de ese tirano cuanto que difícilmente podía protestar. Tres años antes había hecho una observación bastante parecida: «Espero disponer de intereses científicos hasta el final de mi vida, ya que aparte de esto ya no soy un ser humano.»

En 1899, escribió: «Distingo claramente dos estados intelectuales diferentes dentro de mí: en uno de ellos tomo muy buena nota de todo lo que dicen mis pacientes e incluso realizo descubrimientos durante mi trabajo (terapéutico), pero aparte de eso no soy capaz de reflexionar ni de realizar ningún otro trabajo; durante el otro estado saco conclusiones, escribo notas e incluso me siento en libertad de interesarme en otras cosas, pero entonces estoy realmente muy alejado del asunto de que se trate y no presto gran atención a lo que ocurre con los pacientes.»

Años más tarde se produjo un cambio en su forma de trabajar. Así escribía en una carta a Abraham, el 11 de diciembre de 1914: «Mi forma de trabajar era diferente años atrás. Solía esperar a que una idea llegara hasta mí. Ahora me adelanto para encontrarla, si bien no sé si de este modo la encuentro más pronto.»

Apenas podía hablar de un control consciente de sus estados de ánimo. Tal como él mismo decía: «Nunca fui capaz de guiar el trabajo de mi intelecto, de manera que mis horas de ocio se malogran en absoluto.»

No hay duda de que las ideas provenían principalmente de cambios desconocidos en los procesos inconscientes. También influían en ellas ciertos factores conscientes, la cantidad de trabajo en el consultorio y la variable ansiedad proveniente de su situación económica. Existe, es verdad, una evidente relación entre ambas cosas, pero de ningún modo dejan de ser dos cosas diferentes. Freud necesitaba el estímulo de su trabajo y era poco lo que podía hacer si disponía de mucho tiempo libre, como solía suceder de cuando en cuando. Así, cuando tenía diez pacientes diarios decía que acaso había uno de más, pero «me desenvuelvo mejor que nunca cuando hay mucho trabajo». El detalle importante es aquí, sin embargo, que la felicidad y el bienestar no eran lo mejor para posibilitar un buen trabajo. Esto dependía más bien de cierto

malestar interno y bastante desagradable, un ruido sordo que provenía de debajo de la superficie. Como él mismo señalaba: «He estado muy ocioso, porque el moderado grado de malestar necesario para un trabajo intenso no ha aparecido.»

Parecido efecto tenían sus estados de ánimo sobre su capacidad de escribir. A pesar de la fluidez y distinción de su estilo, su confianza en su aptitud para escribir solía vacilar con bastante frecuencia y Fliess, al parecer, era a este respecto un crítico bastante severo. Así como su capacidad de trabajo requería un cierto grado de desdicha —no demasiado ni muy poco—, también lo exigía su capacidad de escribir. He aquí un divertido párrafo que se refiere a cierto capítulo de *La interpretación de los sueños*: «Mi estilo era malo allí, porque me sentía físicamente demasiado bien; necesito sentirme un tanto desdichado para escribir bien.»

En esos años Freud leía muchísimo, como lo atestigua su biblioteca. Hacía mucho tiempo, por supuesto, que estaba empapado en los clásicos alemanes, a quienes citaba con frecuencia. Hay en su correspondencia ocasionales referencias a libros que estaba leyendo, pero ellas sólo pueden representar una parte de lo que leía. Entre los mencionados allí figuran Gottfried Keller, Jacobsen, Multatuli, Guy de Maupassant, Kleinpaul, Dante, *Lives of the painters* de Vasari, C.F. Meyer, *Der Kampf um die Vorherrschaft in Deutschland, 1859-1866*, de Friedjung, *Das Rätsel der Sphnix*, de Laistner y la *Ilias* de Schliemann. Cuando leyó el *Paracelsus* de Schnitzler, hizo el siguiente comentario (19 de marzo de 1898): «Quedé asombrado al ver todo lo que un escritor como éste sabe de estas cosas.»

La observación de Freud, anteriormente hecha por investigadores franceses, en el sentido de que todos los síntomas clásicos de la histeria, tal como fueron enumerados por Charcot, ya habían sido ampliamente descritos cientos de años atrás por autores en trance de posesión demoníaca, le indujo a leer extensamente la literatura sobre ese tema de los siglos XVI y XVII. Era una prueba definitiva de que los síntomas no podían ser el resultado de una sugestión procedente de una u otra teoría médica vigente. Uno de los motivos por los cuales le fastidió el tener que hacer la monografía para Nothnagel era que le impedía realizar el estudio que en ese momento ansiaba hacer del *Malleus Maleficarum*. Freud se sintió especialmente impresionado por el hecho de que las perversiones sexuales que el diablo practicaba con sus adictos eran iguales a los relatos que los pacientes hacían acerca de su infancia, y de allí se le ocurrió sugerir que tales perversiones eran reliquia de una herencia proveniente de un antiguo culto sexual semirreligioso de los semitas (24 de enero de 1897). Aquí vemos que desde temprano Freud compartió la crencia lamarckiana, a la que se mantuvo fiel durante toda su vida.

Algo podemos decir aún de los objetivos que Freud se proponía en la vida, tanto inmediatos como remotos, tal como se manifiestan en esa década. Aparte del deseo mundano de alcanzar una posición tal que le permitiera ser independiente y viajar, se mantenía siempre despierta en Freud la ambición de incorporar sus descubrimientos sobre la represión,

y otros, al conjunto de la psicopatología y llegar, mediante la elaboración del mismo, a una psicología normal, que de ese modo se convertiría en una nueva ciencia, la metapsicología.

El carácter de esta ambición era bastante claro para Freud. Desde muy temprano, un mes antes de la aparición de los *Estudios sobre la histeria*, escribía: «Un hombre como yo no puede vivir sin un *hobby*, una pasión dominante: en realidad, sin un tirano, para usar la expresión de Schiller, y en eso se ha convertido. Porque, puesto al servicio de esto ya no conozco la moderación. La psicología es el objetivo que desde lejos ha estado llamándome, y ahora que me he puesto en contacto con las neurosis ese objetivo se halla mucho más cercano. Dos propósitos son los que no me dan descanso: ver qué confirmación adquiriría la teoría de las funciones psíquicas si se introducen las consideraciones de cantidad, una especie de economía de la energía nerviosa, y en segundo lugar, tomar para la psicología normal todo lo que la psicopatología pueda ofrecerle.»

En 1896 escribía a Fliess: «Si se nos conceden algunos años de tranquila labor, seguramente dejaremos los dos, tras de nosotros, algo que justifique nuestra existencia. Este pensamiento concede la fuerza necesaria para soportar los diarios sinsabores y afanes. Cuando era joven no ansiaba otra cosa que el conocimiento filosófico, y en este momento me hallo en camino de satisfacer este anhelo al pasar de la medicina a la psicología. Contra mi voluntad tuve que ocuparme de terapéutica».

En esta época, según parece, Freud no tenía muchas esperanzas de vivir largo tiempo. La predicción de Fliess en el sentido de que había de morir a los cincuenta y un años y sus propias dudas acerca del estado de su corazón parecen haber influido en esto. Pero acaso, con todo, la tarea podría ser realizada: «Dadme diez años y daré fin a esto de las neurosis y de la nueva psicología.» Pero un año más tarde, al reflexionar sobre lo enorme de la tarea emprendida, le hace sentirse «como un viejo. Si para establecer tan pocos puntos como los que se necesitan para resolver el problema de la neurosis se requiere tanto trabajo, tanta energía y tantos errores, ¿cómo me atrevo a abrigar la esperanza de obtener una visión, tal como alguna vez esperaba tan entrañablemente, de la totalidad del funcionamiento psíquico?»

Podemos citar aquí una descripción, muy interesante aunque no del todo en serio, que en este aspecto hizo Freud de sí mismo: «A menudo me estimas en más de lo que valgo, porque en realidad yo no soy un hombre de ciencia, ni un observador, ni un experimentador ni un pensador. No soy más que un conquistador por temperamento —un aventurero, si quieres traducir la palabra—, con la curiosidad, la audacia y la tenacidad que caracterizan a esta clase de hombres. A tales hombres se les puede recordar si triunfan, si realmente han descubierto algo. De lo contrario se les tira por la borda. Y esto no es del todo injusto.»

A menudo expresó la opinión de que era improbable alcanzar a ver el reconocimiento de sus trabajos durante su propia vida, o quizá nunca. «Ningún crítico, ni siquiera el estúpido de Loewenfeld, el Burckhhardt de la neuropatología, puede ver con más agudeza que yo la des-

proporción existente entre los problemas y las soluciones, y yo he de sufrir el justo castigo de que ninguna de las desconocidas regiones de la vida psíquica a las que yo fui el primer mortal en entrar llevará mi nombre ni seguirá las leyes que yo he formulado.» Lo que habría de suceder posiblemente es que acaso cincuenta años más tarde algún investigador haría los mismos descubrimientos, y luego el nombre de éste sería recordado como primer pionero. Es éste un pensamiento que no parece haberle deprimido de ningún modo. Lo que importaba era la oportunidad de alcanzar el objetivo fijado para su propia satisfacción.

16. La interpretación de los sueños (1895-1899)

La interpretación de los sueños es, según general consenso, la obra maestra de Freud, aquella por la cual su nombre será posiblemente recordado por más tiempo. La opinión de Freud parecería coincidir en esto. Tal como decía en el prólogo a la tercera edición inglesa, «una intuición de esta índole es única en el curso de la vida de un hombre». Fue un hecho típicamente «inesperado», dado que el descubrimiento de lo que los sueños significan fue hecho en forma casual —casi podría decirse accidental— cuando Freud estaba empeñado en descubrir el significado de las psiconeurosis.

Cierta vez que yo le pregunté cuáles eran entre sus obras las que él prefería, tomó de los estantes de su biblioteca *La interpretación de los sueños* y *Una teoría sexual*, y dijo: «Confío en que ésta dejará pronto de ser actual a causa de su aceptación general, pero esta otra durará más.» Luego, con una tranquila sonrisa, agregó: «Mi destino parece haber sido el de descubrir únicamente lo que es evidente de por sí: que los niños tienen sensaciones sexuales, cosa que todas las niñeras saben, y que los sueños son tanto una realización de deseos como lo son las ensoñaciones diurnas.»

No hace falta indagar mucho para explicarse la aceptación general de este libro. Es la obra más original de Freud. Sus conclusiones principales eran enteramente nuevas e inesperadas. Esto se aplica al tema central, la estructura del sueño, así como a numerosos temas que incidentalmente se van desarrollando en el libro. El más importante de estos últimos es el que se refiere al hoy tan conocido complejo de Edipo: allí se exponen con toda franqueza las relaciones eróticas hostiles del niño con su progenitor. Junto a esto nos hallamos con la valoración de la vida infantil y de su abrumadora importancia para todos los aspectos del desarollo que contribuyen a conformar al ser adulto. Nos proporciona, por encima de todo, no solamente una base segura para la teoría del inconsciente en el hombre, sino que nos facilita una de las mejores formas de enfoque para aproximarnos a esta oscura región, mucho más importante que la consciencia en lo que se refiere a la conducta efectiva del hombre. Con toda justicia denominó Freud la interpretación de los sueños la *via regia* para el inconsciente. El libro contiene, además, una serie de sugerencias en el campo de la literatura, la mitología y la educación —un notable ejemplo de esto es la famosa nota sobre Hamlet— que desde entonces han servido de inspiración a un gran número de estudios especiales.

El libro es particularmente amplio. Su tema principal, la intepretación de los sueños, fue desarollado de una manera tan cabal y minuciosa que sus conclusiones han sido objeto tan sólo de mínimas modificaciones o agregados en el curso del medio siglo que va desde su publicación. De muy pocas obras de importancia puede decirse cosa igual.

El interés de Freud por los sueños provenía de muy lejos, probablemente de su infancia: siempre había soñado mucho y aun desde joven no sólo les prestaba atención, sino que incluso los registraba. Apenas dos semanas después de su compromiso escribía a Martha: «Mis sueños se apartan mucho de lo común. Nunca sueño sobre cosas de las que me haya ocupado durante el día, sino únicamente con cosas aludidas por un solo momento en el curso del día y luego interrumpidas.» Esto se convirtió más tarde en un elemento muy conocido de su teoría de los sueños. Un año más tarde se refería a un beatífico sueño acerca de un paisaje, «lo cual, de acuerdo con el pequeño breviario que sobre sueños he compuesto según mi propia experiencia, se refiere a realizar un viaje». Este libro de notas, la frecuente referencia a sus sueños, así como su descripción en sus cartas a Martha, además de las alusiones en sus primeras publicaciones, indican que Freud desde el principio dio una singular importancia a los sueños, aunque su forma de pensar respecto a ellos era todavía muy convencional.

Dos parecen haber sido los puntos de partida del interés que Freud tuvo por la interpretación de los sueños, y ambos son mencionados por él mismo. Uno era el hecho sencillo de que al seguir las asociaciones de los pacientes, en las que gradualmente se les permitía una mayor libertad, observaba que intercalaban a menudo en las mismas el relato de un sueño, el cual provocaba, naturalmente, otras asociaciones. El otro era su experiencia psiquiátrica de los estados alucinatorios en los psicóticos, en los que a menudo se hace evidente el rasgo de la «realización de deseos».

En el primero de todos los análisis de sueños de que haya mención en sus obras publicadas (4 de marzo de 1895, es decir, antes de la publicación de los *Estudios*), el del sobrino de Breuer, Emil Kaufmann, Freud traza la analogía entre la evidente realización de un deseo que hay en el mismo y la psicosis de un ex-paciente de Fliess al que él había tratado. El sueño que figura en *La interpretación de los sueños* se refiere a un estudiante de medicina perezoso, que para no tomarse la molestia de levantarse, sueña que ya está en el hospital realizando sus tareas. Constituye la primera mención de la teoría de la realización de deseos en los sueños. Freud refiere, sin embargo, que antes de cesar su colaboración con Breuer —cosa que ocurrió, como sabemos, en la primavera de 1894—, le había informado de que había aprendido a interpretar los sueños.

El que la realización de un deseo oculto constituye la esencia de un sueño, idea que Freud ya había sospechado, fue confirmado por el primer análisis completo que hizo de un sueño propio, el miércoles 24 de junio de 1895, día en verdad histórico. Se trataba del sueño conocido con el nombre de «la inyección de Irma». Cierta vez me llevó Freud a

almorzar al restaurante Bellevue, en el que ocupamos la mesa del ángulo nordeste de la terraza, donde tuvo lugar el gran acontecimiento. Cuando hice el natural comentario acerca de una placa que consignara el hecho, ignoraba que ya años atrás, medio en serio y medio en broma, Freud preguntaba a Fliess en una carta si le parecía que alguna vez habría allí una placa de mármol con la siguiente inscripción: «Aquí le fue revelado al doctor Sigmund Freud el secreto de los sueños el día 24 de junio de 1895.» Siempre estamos a tiempo....

Cuatro meses más tarde Freud se refería confiado a las confirmaciones que hallaba su conclusión de que la realización de un deseo es la causa motivante de los sueños. A su regreso de la visita que hizo a Fliess en Berlín, Freud escribió febrilmente el «Proyecto de psicología científica».

Freud ya había hecho la trascendente distinción entre dos procesos psíquicos fundamentalmente diferentes, que denominó respectivamente primario y secundario. Señala que el proceso primario domina la vida onírica, cosa que explica por el relativo reposo del yo (que en las demás ocasiones inhibe el proceso primario) y por la inmovilidad muscular casi total. Si la catexis del yo se redujera a cero, el reposo del dormir transcurriría sin sueños.

Algunos otros aspectos son también enfocados. El carácter alucinatorio de los sueños, que es aceptado por la consciencia onírica en forma tal que el soñante cree en lo que está ocurriendo, es una «regresión» a los procesos de percepción, que él relaciona con el bloqueo motor en la dirección del proceso habitual de descarga.

Los mecanismos comprobados en el análisis de un sueño ofrecen una impresionante semejanza con los que llegaron a serle familiares en los análisis de los síntomas psiconeuróticos.

Tiene una idea muy clara de que todo sueño representa la realización de un deseo, pero en cambio no llega muy lejos en su intento de explicar por qué esto aparece en forma disfrazada. Al buscar el origen de la cadena de asociaciones se encuentra con que algunos eslabones no aparecen en la consciencia (durante el sueño), de manera tal que el sueño aparece a menudo completamente desprovisto de sentido. Explica este hecho, en términos de economía fisiológica, en relación con la carga relativa de las diferentes ideas, pero esta explicación le deja completamente insatisfecho. Es digno de destacar el hecho de que aquí no hace uso del proceso de la «represión», que ya le era familiar en el terreno de la psicopatología.

El 2 de mayo de 1896 habló sobre el tema ante un auditorio juvenil en la Jüdish-Akademische Lesehalle. Un año más tarde, hizo una exposición más amplia en la Verein B'nai B'rith, que le llevó dos sesiones (7 y 14 de diciembre de 1897). El 14 de mayo de 1900, ya con un pleno dominio del tema, inició un curso de conferencias en la Universidad sobre los sueños. En esta importante oportunidad el auditorio se componía... ¡de tres personas! Eran Hans Königstein, el hijo de su gran amigo, la señorita Dora Teleky y un tal doctor Marcuse, de Breslau.

En una carta del 7 de julio de 1897, el mismo mes en que había

dado comienzo a su autoanálisis, se refería a la amplia visión que ahora tenía en los problemas de los sueños, incluso las leyes de su génesis, como al aspecto mejor aclarado hasta el momento, en tanto que en lo demás se veía asediado por montones de enigmas. Había percibido ya la semejanza en la estructura de los sueños y las neurosis. «En los sueños se encierra, como en una cáscara de nuez, la psicología de las neurosis», frase que hace recordar la afirmación que había hecho el gran Hughlings Jackson: «Estableced lo que se refiere a los sueños, y tendréis todo lo que concierne a la insania.» El 15 de octubre de 1897, en la carta en que relata detalles importantes de su autoanálisis, Freud anunciaba los dos elementos del complejo de Edipo: el amor hacia uno de los progenitores y los celos y la hostilidad hacia el otro. Este descubrimiento no significaba una cosa puramente incidental para la teoría de los sueños, dado que ilustraba vívidamente las raíces infantiles de los deseos inconscientes que animan a todo sueño. Basándose en esto explicaba a continuación el conmovedor efecto de la leyenda de Edipo y sugería además que no era otra cosa lo que se escondía bajo el dilema de Hamlet. En su respuesta, Fliess no aludió a estos temas, a consecuencia de lo cual Freud se sintió ansioso ante la posibilidad de haber dado otro traspié y le rogó que le tranquilizara al respecto.

La primera alusión acerca del propósito de escribir un libro sobre los sueños se registra en una carta del 16 de mayo de 1897, es decir, en una época en que, si bien no había comenzado realmente su autoanálisis —cosa que tuvo lugar un par de meses más tarde—, se hallaba bajo la influencia de las fuerzas que le conducirían a realizarlo. En conjunto, ambas cosas fueron realizadas de una manera tan entrelazada que podríamos considerarlas casi como una sola. *La interpretación de los sueños* constituye, entre otras cosas, una selección de los contenidos de su autoanálisis. El efecto de la muerte de su padre había estado actuando lentamente en los meses que mediaron entre este hecho y su decisiva reacción al mismo. El 5 de noviembre, cuando ya estaba en curso el autoanálisis, Freud declaraba que estaba tratando de imponerse a sí mismo la tarea de escribir el libro como un medio conducente a liberarse del mal humor que le afectaba.

Cuando en septiembre de 1897 se desmoronó su importante teoría de la seducción, Freud escribió acerca de lo que todavía quedaba en pie. «En medio del desastre de todos los valores, lo único que ha quedado incólume es la teoría psicológica. La teoría de los sueños queda en pie con tanta solidez como antes.»

La primera referencia al asunto, posterior a esto, que se registra el 9 de febrero de 1898, nos presenta a Freud trabajando arduamente en la obra, cosa que probablemente estaba haciendo ya desde dos meses atrás. Había estado revisando algo de la literatura al respecto antes de escribir su primera carta en mayo de 1897 y tuvo la satisfacción de comprobar que nadie había tenido idea alguna acerca de que los sueños fueran una realización de deseos, o que tuvieran cualquier otro sentido. El libro fue concluido en septiembre de 1899, de modo que podemos afirmar que Freud tardó casi dos años en escribirlo.

Podemos seguir en forma más o menos detallada la redacción del libro. El 23 de febrero de 1898 ya estaban escritos algunos capítulos; «... parece prometedor —decía—. Me introduce en la psicología mucho más profundamente de lo que me había propuesto. Todo lo que agrego de nuevo se refiere al aspecto filosófico de la obra; en cuanto al orgánico sexual, no ha habido nada.» El 5 de marzo ya estaba compuesto todo un capítulo, «sin duda la parte mejor escrita hasta ahora». El 10 de marzo adelanta una interesante apreciación acerca de una parte importante del futuro libro tal como éste se perfilaba en ese momento. «Me está pareciendo que la teoría de la realización de deseos nos ofrece solamente la solución psicológica, no la biológica o —por mejor decir— la metapsíquica. (Quiero preguntarte seriamente si puedo usar el término de metapsicología para la psicología que va más allá de la consciencia.) A mí me parece que la vida onírica procede toda ella, biológicamente, de los vestigios del periodo "prehistórico" (de uno a tres años de edad), periodo que constituye también la fuente de lo inconsciente, y el único en que debe buscarse la etiología de las psiconeurosis. Existe normalmente, en lo que a este periodo se refiere, una amnesia análoga a la de la histeria. Se me ocurre una fórmula: todo lo que ha sido visto en ese periodo "prehistórico" da origen a los sueños; lo que fue oído, a las fantasías y lo que fue experimentado sexualmente, a las psiconeurosis. La repetición de lo que fue experimentado en este periodo constituye, en sí misma, la realización de un deseo. Un deseo reciente sólo puede dar lugar a un sueño cuando logra conectarse a un material del periodo "prehistórico" o logra asimilarse a él.» Este párrafo exhibe elocuentemente la incansable penetración mental de Freud. Como cuadra a un verdadero hombre de ciencia, advertía que la solución de un problema, por brillante que pueda ser, sólo conduce a meditar sobre otros que esa solución ha puesto de manifiesto. Y así sucesivamente, en una secuencia sin fin.

El 24 de mayo informa que la tercera parte, sobre la elaboración de los sueños, está terminada, pero a continuación Freud se detiene, presa del impulso de trazar, en líneas generales, el ensayo sobre psicología general, ocasión ésta en que descubre —cosa extraña— que son más útiles los conceptos de la psicopatología que los procedentes de los sueños. El último capítulo resulta, evidentemente, sumamente engorroso. Se había detenido en él durante un tiempo, y en parte por no sentirse satisfecho de lo que había hecho y en parte por las alusiones íntimas contenidas en el libro, se sentía poco inclinado a publicarlo del todo.

En una carta del 19 de febrero de 1899 trata de distinguir entre la naturaleza de los sueños y la de los síntomas histéricos, expresión deformada, unos y otros, de realización de deseos. Llega a la conclusión de que en los sueños sólo hay un deseo reprimido, mientras que en los síntomas existe un compromiso entre el deseo reprimido y la instancia represora. Por primera vez usa el término «autocastigo» como ejemplo de lo segundo. Solamente largo tiempo después llegó a descubrir la misma situación en los llamados «sueños de castigo».

El 28 de mayo de 1899 se registra un brote impetuoso de actividad

en lo que al libro sobre sueños se refiere —aunque «por ninguna razón especial»—, y la decisión final de darlo a la publicidad. Estaría listo para ir a la imprenta a finales de julio, antes de las vacaciones: «He estado pensando que a nada conducirán las excusas ni las omisiones, puesto que no soy tan rico como para quedarme yo sólo con el descubrimiento que he realizado, probablemente lo único que me habrá de sobrevivir.» El 9 de junio ya no tiene acerca de esto tan alta opinión. «Toda la cuestión se resuelve en un lugar común. Todos los sueños procuran la realización de *un* deseo, que se ha visto transformado en muchos otros. Es el deseo de dormir. *Tant de bruit*».[49] En la carta siguiente encuentra que el último capítulo del libro se está alargando, y no es satisfactorio ni provechoso. Siente que es su deber escribirlo, pero no por ello se siente más encariñado con el tema. Al día siguiente, sin embargo, envía a la imprenta el primer capítulo (no la parte bibliográfica).

El libro sobre los sueños propiamente dicho marchaba bastante bien, pero los dos capítulos adicionales que era forzoso agregarle resultaban demasiado engorrosos. El primero de ellos que escribió era una reseña de la literatura anterior sobre el tema. Comenzó a lidiar con esta ingrata tarea en diciembre de 1898, y le resultó «terriblemente tediosa». El 27 de julio la tarea está concluida, pero él se siente muy disgustado por la forma en que la realizó.

En su mayor parte, la literatura existente le resultó de una superficialidad repugnante. Las observaciones de Scherner acerca del simbolismo constituían tal vez la única cosa de valor. En lo que a sus principales ideas propias se refiere, no se encontró con precursor alguno.[50]

Seis meses más tarde escribía que en muchos momentos de desdicha se había sentido consolado con el pensamiento de que habría de dejar tras de sí este libro.

La otra gran dificultad era el formidable capítulo final sobre la psicología de los procesos oníricos. Es lo más difícil y lo más abstracto que haya salido de la pluma de Freud. Al mismo tiempo, lo temía de antemano, pero llegado el momento lo escribió rápidamente, «como en un sueño»,[51] terminándolo en un par de semanas, en la primera quincena de septiembre. Freud expresó vivamente sus temores acerca de lo que los psicólogos dirían del libro, del que él mismo, por supuesto, hizo, como de costumbre, una crítica implacable.

Esto también es aplicable a la redacción en sí misma. Refiriéndose a las descripciones de sueños, por ejemplo, dice Freud: «Lo que de esto no me gusta es el estilo, en el que se demuestra una completa incapacidad para hallar una expresión sencilla y distinguida, por lo que acaba degenerando simplemente en perífrasis chistosas y en una afanosa búsqueda de la imagen plástica. Yo no lo ignoro, pero la parte de mí mismo que lo sabe, y que sabe cómo debe estimar estas cosas, por sí misma no produce nada.»

El último manuscrito que fue concluido en esa fecha y una copia del libro fueron enviados a Fliess antes del 27 de octubre. El libro fue editado en realidad el 4 de noviembre de 1899. Pero el editor prefirió ponerle al frente, como fecha, 1900.

DIE

TRAUMDEUTUNG

VON

DR. SIGM. FREUD.

»FLECTERE SI NEQUEO SUPEROS, ACHERONTA MOVEBO.«

LEIPZIG UND WIEN.
FRANZ DEUTICKE.
1900.

Portada de la primera edición de La interpretación de los sueños, *considerada como la obra maestra entre las salidas de la pluma de Freud.*

El tema tomado de la *Eneida* de Virgilio, *Flectere si nequeo Superos Acheronta movebo,*[52] que evidentemente se refería al destino de lo reprimido, no era nuevo. Ya tres años antes Freud había tenido la intención de utilizarlo para encabezar el capítulo sobre «la formación de síntomas» en un libro que proyectaba escribir sobre la psicología de la histeria.

Se imprimieron 600 ejemplares, para cuya venta se necesitaron ocho años. En las primeras seis semanas se vendieron 123 ejemplares, y 228 en los dos años siguientes. Freud recibió en pago 524,40 guldens (41 libras esterlinas y 16 chelines).

Dieciocho meses más tarde, según escribía Freud, ninguna publicación periódica científica —y sólo unas pocas de otro carácter— había

mencionado el libro. Simplemente se le ignoró. El diario *Zeit* de Viena había publicado una reseña extremadamente fútil y desdeñosa escrita por Burckhardt, el ex-director del Burgtheater, seis semanas después de la aparición del libro y esto puso fin a todas las ventas en la ciudad. Aparecieron breves artículos sobre la obra en el *Umschau* (3 de marzo de 1900) y en el *Wiener Fremdenblatt* (10 de marzo). Seis meses más tarde apareció un artículo favorable en el *Berliner Tageblatt*, y nueve meses después de esto, otro menos favorable en *Der Tag*. Esto fue todo. Ni siquiera la influencia de Fliess en Berlín pudo procurarle una reseña en ningún semanario de esa ciudad.

Como un ejemplo de esta recepción en Viena, Freud mencionó el caso de un ayudante en la clínica psiquiátrica, que escribió un libro contra las teorías de Freud sin haber leído *La interpretación de los sueños*. Sus colegas de la clínica le habían asegurado que no valía la pena. Este hombre era el ex-profesor Raimann. Poco tiempo después Freud pronunció una conferencia sobre la histeria ante un auditorio de cuatrocientos estudiantes, finalizando con estas palabras: «Ya ven ustedes que esta gente enferma tiene la inclinación de descargar su psique. Un colega de aquí ha aprovechado esta circunstancia para elaborar una teoría sobre este hecho sencillo y con ello se llenó debidamente los bolsillos...»

Sin embargo, el libro no fue enteramente ignorado en las revistas psicológicas, si bien las reseñas fueron en su mayor parte tan negativas como lo habría sido un completo silencio. Así, por ejemplo, Wilhelm Stern, el psicólogo, proclamó el peligro de que «ciertas mentes desprovistas de sentido crítico se sentirían felices de unirse a este juego con las ideas, para acabar en un completo misticismo y una caótica arbitrariedad», en tanto que el profesor Liepmann, también de Berlín, sólo se sentía capaz de señalar que «los pensamientos puramente imaginativos de un artista han triunfado sobre el investigador científico».

Todavía en 1927, el profesor Hoche, de Friburgo, en uno de los últimos capítulos de su libro *Das Träumende Ich*, sobre «Misticismo del sueño», colocaba las teorías de Freud sobre los sueños junto a los sueños proféticos y a «esos libros sobre sueños, tan conocidos, impresos en papel de mala calidad, y que suelen encontrarse con frecuencia en los armarios de cocina».

Durante algunos años *La interpretación de los sueños* no tuvo venta alguna. Raras veces ha sucedido que un libro importante no haya tenido eco alguno. Fue diez años más tarde, al comenzar a ser reconocida la labor de Freud, cuando se hizo sentir la necesidad de una segunda edición. En total se hicieron ocho ediciones en vida de Freud, la última en 1929. Nunca se introdujo cambio fundamental alguno ni fue necesario hacerlo. Se incorporaban a las diversas ediciones nuevos ejemplos ilustrativos, más amplios comentarios aquí o allí, y una exposición más adecuada del importante tema del simbolismo, en cuya debida valoración Freud reconoció haber sido un tanto remiso.

Las primeras traducciones del libro se hicieron en inglés y en ruso, ambas en 1903. A éstas siguió una en español (1922), luego en francés (1926), sueco (1927), húngaro (1934) y checo (1938).

BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS

1. **Napoleón,** por André Maurois. Prólogo de Carmen Llorca.
2. **Miguel Angel,** por Heinrich Koch. Prólogo de José Manuel Cruz Valdovinos.
3. **Einstein,** por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge.
3. **Bolívar,** por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila. (2.ª serie.)
4. **Gandhi,** por Heimo Rau. Prólogo de Ramiro A. Calle.
5. **Darwin,** por Julian Huxley y H. B. D. Kettlewell. Prólogo de Faustino Cordón.
6. **Lawrence de Arabia,** por Richard Perceval Graves. Prólogo de Manuel Díez Alegría.
7. **Marx,** por Werner Blumemberg. Prólogo de Santos Juliá Díaz.
8. **Churchill,** por Alan Moorehead. Prólogo de José M.ª de Areilza.
9. **Hemingway,** por Anthony Burgess. Prólogo de Josep M.ª Castellet.
10. **Shakespeare,** por F. E. Halliday. Prólogo de Lluís Pasqual.
11. **M. Curie,** por Robert Reid. Prólogo de José Luis L. Aranguren.
12. **Freud (1),** por Ernest Jones. Prólogo de C. Castilla del Pino.
13. **Freud (2),** por Ernest Jones.
14. **Dickens,** por J. B. Priestley. Prólogo de Juan Luis Cebrián.



Freud

Esta obra ocupa un lugar único entre las biografías de Sigmund Freud. Su autor, el prestigioso psicoanalista Ernest Jones, fue durante toda su vida íntimo amigo y fiel colaborador de Freud y tuvo libre acceso a sus archivos, lo que le permitió sacar a la luz numerosos datos inéditos.

De la monumental biografía "Vida y obra de Sigmund Freud", en cuya elaboración el Dr. Jones empleó diez años de trabajo, se ha extraído esta versión, accesible al lector no especializado.

La preparación de esta edición ha corrido a cargo del conocido ensayista norteamericano Lionel Trilling y de Steven Marcus.

